Una historia sin guerras

- ¿De verdad que no habrá guerras?

- Eso esperaba

Una historia sin guerras *1*

Fatu *11*

Inspiración: El viaje 12

Preparados, listos *19*

Stop. 5:00 a.m. 20

Márketing. 12:05 p.m. 22

Ministerio de Defensa. 14:30 25

IDH. 15:00 p.m. 26

Viaje. 17:10 p.m. 29

Fin de trayecto. 18:10 p.m. 32

Una niña *35*

Garza quiere saber cómo fue la Guerra 36

Las armas no escriben 38

Érase una niña en una guerra… 40

Tonto el que mate 41

Todo se sabe 43

En el laberinto 45

Presencia en las ausencias 48

MIG-HISTORIA *52*

Episodios Nacionales en dos volúmenes 53

Mellizos 55

Dónde estás 57

No sé cómo hablarle 59

La España adolescente 61

Despiertos 63
Adolescencia 66
Cambios 68
Sobrevivió 71
El Sur 73
¿Y antes de las guerras? 75

Jacques ***76***

Policía eres tú 77

Odiseo en la Kabilia 81

El desierto avanza 93

Estancados 93
Un oasis cada cuatrocientos kilómetros 95
El final del camino 97
Refugio del Asekrem. Una firma en el libro de viajeros 101

Dobles y amenazas 102

Despertar 125

Etl carlño ***131***

Qué onda 132

Noticias de Mig 134

México amante 137

La mujer fuerte 139
Brigadas de paz 141
Ausente 143
Háblame 145

Parábola del odio que pasa 146

Pregunté a Dios, espero respuesta 150

Cómo que Dios 151
Señales y señuelos 153

Estrategias de afrontamiento 155
Salem 160
¿Quién soy? 162
Hasta otra vida 165
Esperamos respuesta 167
Expiración: Los rescatadores 171
***¡Guau!* 177**
***Jacob* 180**
Conexiones gemelas 193
La Conquista de Granada 198
En trance de enamorarse 201
***Flaco* 211**
En la ratonera 212
¿Es a mí? 216
Regreso al futuro 218
Allá, acá 219
Transición en Ukraïna 222
Auxilio 224
La pitonisa de Asís 225
Citas de Mig 227
Viaje a la luna 229
Rabia heterodoxa 231
Enmascarat 233
***Lazarillo sin provecho* 235**
Tomas de tierra 236
Manuel 239
Miguel 241

Rotos y cosidos 245

No hizo penitencia por ser humano 248

Sublime 250

Génesis 251

Carne 252

La flor de la Karmela 253

Lost Boy ***260***

Respiración: Micromegas 263

Luna humana 266

The Lost Boys 267

Una historia sin guerras 271

Los consumidores 271

Cultura política 272

Tren Congo-Vallecas 274

Contra la violencia sacra 277

Mujeres congoleñas 277

Job ***285***

La era del petróleo armado 286

Desminar 288

Víctimas colaterales 289

Los polos se congelan 291

Responsabilidad 294

¿Pena o justicia? 297

Semejanzas y diferencias entre las dos Españas. Proceso de ósmosis 299

Dilemas vitales 302

Vivir la diversidad 310

El fantasma de la ópera inacabada 316

La respuesta de Dios-a a través del cuerpo 320

Hombre-lobo ***322***

Qué te mato 323

Qué te entraño 325

Charla a la luz de la luna 327

Rostros audibles 331

¿Le gusta viajar?

Quizá haya pasado por la experiencia de montar en un auto con las manos en los bolsillos, mientras escucha la radio o un CD musical o se pierde el paisaje gracias a una película de vídeo. Es de lo más normal.

Siempre que usted no fuera quien debía conducir el vehículo.

Entonces sería una señal, probablemente la última, de una vida desesperada. Significaría que ha decidido desaparecer.

El último cigarrillo. O un suspiro. Y ya.

Con las novelas nos ha pasado eso sin casi apercibirnos. Hemos conectado el piloto automático, como si existiera la gran computadora que remeda los espíritus. Una voz en off. Neutra. Insociable. Electrónica. Carece de prosodia. No tiene timbre, ni identidad, ni finge nada, porque no es nada. No puedo reproducirla aquí, pero lo intentaré.

Basta con que usted imite a una máquina al leer estas palabras de manera monótona y con las pausas exactamente encajadas en los puntos y comas y comas y puntos y puntos y apartes de modo que si dejara de marcar la puntuación la máquina usaría el mismo tono por toda la eternidad no sé si me entiende.

Un amigo, con la ingenuidad de Alonso Quijano hacia los libros de caballerías (o de Sancho hacia don Quijote), me aconsejó que descargara de la red el audio-libro Los pilares de la tierra. *Era el momento de perder la inocencia, no mi amigo, sino yo. Cuando escuché por primera vez esa voz de ultratumba, sin nadie que la haya enterrado, sin responsabilidad, sin sentido común, por no decir afectos, ternura, agresividad, amor, ni siquiera sentí terror. Noté la ausencia de algo tan esencial para el habla como las cuerdas vocales. Las voces que nos habitan.*

Puede ser que la necesidad de leer por leer, oír en vez de escuchar, esté provocando efectos colaterales*, entre ellos la desaparición de la novela. En lugar de ese género que comenzó por aventuras griegas y se ha vestido con tantas vidas, al menos, como Edipo, Lázaro, Orlando y K. en sus respectivas versiones, queda una voz en off.*

No sé. ¿Qué piensan ustedes? ¿Dejamos de existir? ¿Soltamos el volante?

Uno de los prejuicios que los autores de novelas padecen acerca de los/as @lector.es *consiste en que necesitan la asistencia de quien haga las veces del maestro en la escuela, el manager en la empresa o el entrenador en un gimnasio: un narrador. Walter Benjamín suponía, incluso, que el Narrador fuera la metáfora de Dios-a. Estaría de acuerdo con él, siempre que los narradores fuéramos nosotros mismos, nuestra experiencia, imaginación y sed de conocer lo desconocido.*

Por eso, en vez de someterlos a la disciplina de un autor tiránico, les pido que den un paso más allá en nombre de la libertad humana. ¿No desean asomarse a la vida a través de sus ventanas? De hecho, ya lo hacen, con el soporte de los medios digitales, las redes sociales, los monólogos televisivos o los reality-shows. Pues hagámoslo con ayuda del arte.

Para escuchar, y reconocer, no hace falta alguien que dominara el mundo desde su pantalla, ni un espejo parado en el camino o en movimiento fatalmente acelerado, como el desarrollo insostenible. Hace milenios que surgió un órgano en medio de la vida; a su ritmo, con sensibilidad, consenso, consentido; con sexo y con sexto, ambos sentidos.

L@s cuentacuentos, hoy de similar manera que hace muchos milenios, recrean las voces y los rumores de su entorno, desde los gruñidos del oso o del león a la entonación infantil.

Todo lo contrario que un narrador omnisciente es una chamán que mira el mundo desde los ojos de otros seres. Podemos entenderlos, mezclarnos con ellos, convertirnos en muchas figuras sin dejar de ser nosotros mismos.

Fatu

Inspiración: El viaje

FATÚ.

Lo repite muchas veces mientras se reúnen a su alrededor.

ME LLAMO FATÚ. Ahora sé quién soy. Ahora sé quién era. Ahora sé quién serás.

Mira y se acaricia el vientre.

Como veis, estoy embarazada y muy agobiada porque me falta poco.

Como veis, tengo los ojos hinchados porque no he dormido nada desde hace dos días.

No lo veis, pero imaginaréis que tengo los pies molidos después de caminar tres días. Ay.

Y VOSOTROS QUÉ HACÉIS AQUÍ.

¿Sois las nietas y los nietos de la abuelita DUMAJA?

¿Sois vosotros los que venís por la tarde, después de la oración, para que os cuente historias y os reparta pastelillos?

Pues hoy no hay pasteles y vuestra abuela se ha ido a por el médico. Me los he comido yo.

¿Me odiáis?

No me odiéis. Llevaba tres días sin comer, los ojos hinchados, los pies molidos, el vientre lleno, pero vacío...

Qué simpáticos. Estaría contenta si mi hija naciera aquí y fuera vuestra amiga. ¿Seguro que no os la comeríais?

A ver, enseñadme los dientes. Sí, sí. Abrid vuestra bocaza.

UYYY. Tenéis colmillos de blancos caucásicos. Qué horror. Ya no estoy segura si mi hijita… Ay.

Me habían dicho que los saharauis se llaman a sí mismos blancos, y que su tierra es “la tierra de los blancos”: TRAB EL-BIDÁN. Abdullah, dices que no significa eso. Pues será lo que dice Abdullah. Para eso eres saharaui…

La tierra de la gente tranquila, la gente sin prisas. Eso me gusta.

Vuelve el rostro al público lector.

Así podría llamarse también el pais dogón, de donde procedo, si hablásemos la misma lengua. Trab el-Bidán es muy grande, pero no tanto. Incluye toda Mauritania, un pedacito del sur de Marruecos, el oeste del Sahara, junto a la tierra de los tuareg. Tienen su propio idioma: el HASANIYA. Un dialecto del árabe, mezclado con la lengua de los camellos…

¿Cómo sabéis que no? *Responde con sorpresa a los murmullos de los niños.*

Sois pastores de camellos, algo se os habrá pegado. Por ejemplo, a los madrileños, de tanto vivir con un oso, se les ha pegado el temible bostezo a las siete de la mañana, en el metro o en el cercanías. Es horroroso. Irreprimible. ¿Verdad? AAAUMH…

Si queréis, hablaré en serio… aunque me resulta difícil. Me siento tan cansada que veo estrellitas… Hasta me parece que vosotros sois grandes, qué grandullones. Qué flipazo. Aaumh.

Intenta no quedarse dormida.

El hasaniya tiene vocabulario en común con el bereber, ¿no?, aunque no tanto como la lengua tamazigh de los tuareg.

Todos ellos eran beduinos, pastores nómadas y guerreros ocasionales, muy libres, casi indómitos. Pero... Cada vez hay menos alimento para los animales del desierto. Se está

secando cada vez, cada año, más seco, más seco, más seco. Y cuando llueve, hace daño. Ay.

Vosotros sabéis que en el Sahara había regiones de clima lluvioso, con hipopótamos, peces, elefantes y jirafas, hace cinco o seis mil años. Lo dicen las piedras. No sólo esas piedras enterradas que parecen sacadas del fondo del mar. También hay grabados en la roca de gente muy antigua, más antigua que nuestros abuelos.

Yo lo he visto cuando pasé con mi LEO por los montes del Asekrem. Íbamos camino del Norte. Un tuareg nos dio de comer y nos enseñó la montaña hecha con bolas de piedra. Naturales o artificiales, quién sabe. Todas están grabadas como hacen los niños en la escuela. Había dibujos preciosos. Un hombre con el sol en la cabeza.

Igual que nuestro amigo tuareg. Era muy sabio. Salió en una película, cuando joven. Hacía de él mismo, supongo, montado en camello. Nos indicó el camino para llegar a Europa y nos prestó su odre lleno de agua.

Los saharauis también se acuerdan... Dicen que esos hombres antiguos eran gigantes, los HILALI YIN, más altos que el RIKSA (o sea, el mástil) de una jaima. Los gigantes se subieron a las montañas para poner las estrellas en su sitio, juntaron muchas bolas de piedra en una y la echaron al cielo para que hubiera luna. Atravesaron la oscuridad con sus lanzas para que entrara la luz.

Es que de noche no se veía nada, nada de nada.

Se adormece y despierta sobresaltada. Vivir con esos gigantes daría miedo, ¿no? La mujer de un gigante no podría ni abrir la boca sin que le arrancase una oreja.

O a lo mejor no eran tan brutos como esos que se creen (OOOH), *Robocop*, se engallan, se dejan bigote y se las comen crudas… después de cortarlas…

Puede que fueran atentos, pacíficos… amantes, no egoístas… Quién sabe…

Como mi Leo… Ay.

Los saharauis son casi como nosotros. Algunos dicen que son blancos, pero son casi tan morenos como yo. Fatú.

FATÚ KONATÉ KEITA. Hija de MOUSSA KONATÉ y de ROKIA KEITA.

Hace poco me acordé de cómo me llamaba. Lo olvidé en mi viaje a Europa, cuando tuve que tirar los papeles al desierto.

Yo vengo del sur, de la tierra de los negros, el SUDÁN, más allá del Sahara. Ahora pertenecemos a un estado que se llama Mali. Mañana quién sabe cómo se llamará. Quizá Burkina. Está muy cerca. Quizá País dogón, donde haya blancos dogones, chinos dogones, saharauis dogones. O una mujer dogón europea saharaui. Yo.

Mi pueblo se asoma al desierto desde un enorme acantilado sobre el mar de arena. Dicen que es como un hueso roto y recompuesto: la falla de Bandiagara. A nosotros nos ha defendido de los agresores grandullones. Nos refugiábamos en el acantilado, como hacen las avispas. Nuestras casas parecen hechas por niños, piensan los turistas, muchos turistas. Lo dicen porque se sienten más grandes, claro.

Nuestras casas tienen forma de ser vivo, eso sí. Están pensadas para la vida, como un pendiente para la oreja o una ajorca para el pelo. También esta jaima parece lo que es: una familia en el desierto. Tiene orejas para abanicarse si hace calor, se deja moldear por el viento, transpira sudor, se queja si hay una tormenta, FIUUUU.

Yo soy una mujer dogón, quizá descendiente de los pigmeos. Por eso soy pequeña, pero no me falta de nada. *Señala la cabeza los pechos las piernas el vientre bajo el vientre… sonríe.* Me falta Leo, mi hombre. Se lo comieron los blancos, el mar de los blancos, donde se ahogan los negros. Su tumba está cerca de la playa, en Málaga, junto a otras muchas tumbas, junto a otros muchísimos que no tienen tumba.

Fundido en blanco.

Claro, vosotros no conocéis la costa de Málaga. Desde el mar es como una base de extraterrestres, muchas luces, todo automático. ¿Y Madrid? No os lo imagináis. Dicen que la gente corre todo el día como si estuviera a punto de irse, no sé si entendéis, con la gotita a punto de, en fin…

Me echaron porque no se enteraron de mi embarazo. Yo tampoco. Ahora sí se nota, pero ni siquiera así me han dejado entrar. Lo único bueno, por decirlo así, es que no me han pegado. No me han forzado, como a algunas compañeras… Debe de ser porque temen a Dios o porque comprenden que Dios siempre está embarazada.

Pero a otros…

UUUH.

Los guardias de Melilla me entregaron a los policías de Marruecos. Los policías de Marruecos me llevaron a un campamento militar. No sabían a dónde devolverme. No tengo papeles ni sé cómo me llamo. No lo sabía hasta que llegué aquí. Fatú Konaté Keita, hija de Moussa y de Rokia… ¿Por dónde iba? Ah, sí.

Me entregaron a otros africanos sin papeles para que cuidaran de mí, los pobres… Algunos han muerto en este desierto que se come a los negros, el desierto de los blancos.

Y vosotros, QUÉ HACÉIS AQUÍ. ¿Esos colmillos…? A ver… Qué raro. Qué flipe. Aaaaaumh.

Abre los ojos. Mi amiga DUMAJA me encargó que os retuviera aquí, sin papeles, digo, sin pasteles… pobrecitos. Tengo que contaros cuentos desconocidos…

Podría hablaros de las estrellas. En mi lengua, *Tolo*. Nuestro pueblo viene de una de ellas, la más brillante en el Sur: Sirio. Mejor dicho, de otra más pequeña que gira a su alrededor: *Nyan Tolo*. Tan pequeña, que era desconocida por los astrónomos. Hasta hace poco.

Pero no soy una chamán. No soy una anciana sabia que habla con los muertos. No puedo hablar con Leo. Ni con mi abuelo. Me quería mucho, mi abuelo…

Fundido en blanco.

No soy maestra, pero os podría enseñar algo necesario para la vida. ¿Creéis que lo sabéis todo?

Yo conozco los cuentos del desierto porque nací en uno de sus bordes, en el pueblecito de BANANU, sobre un acantilado. A veces me daba miedo mirarlo. Y ahora estoy dentro. Me he caído dentro.

Comienza otro fundido en blanco, pero no acaba. Es como un relampagueo.

Vosotros, ¿qué sabéis? A ver, ¿qué habéis estudiado? Tú, tú.

Ingeniera, economista, jurista, oh, ala. Vuestras antepasadas estarán contentas.

Algunas habréis ido a estudiar con becas a Cuba, ¿no? Oye, y qué es eso del merengue, ¿otra epidemia, como el dengue?

Bah, no os preocupéis las demás… No os contagiaréis. Ahora ya casi no dan becas. Les dan todo lo que tienen a los turistas extranjeros, para que disfruten en vez de estudiar, tanto estudiar. Y como la Unión Europea no tiene suficientes recursos, pobres, pues tendrán que mandaros a bailar a Arabia Saudí… ¿O qué?

Pues, sí, estudiantes, como muchos que conocí en el camino a Europa…

Para que sepáis, yo, FATÚ, soy la protagonista de una obra de teatro de vanguardia. *Tombuctú, 52 días en camello*. Se llama así por el título de una señal en el desierto. Parece verdad, ¿eh? Una señal… en el desierto… escrita en árabe… a lo largo de la ruta entre Marrakesh y Tombuctú. *Lo repite abriendo los brazos*. Entre Marrakesh y Tombuctú.

En medio de la nada. Sí, la misma ruta, más o menos, que hacía el rally Paris-Dakar. La misma ruta que inventaron los traficantes de esclavos desde el Sudán.

Una señal que habla (eso no, eh, eso no te lo crees). Sólo hablaba conmigo y con el autor. Se llama Ahmed Ghazali. Es muy crítico, muy crítico, pero no por eso será malo, digo yo. Muchos premios. Pocas representaciones. Así es el teatro *aujourd'hui*. ¿Está aquí? ¡Ahmed, Ahmed!

Pues como no está, puedo seguir por libre. Esto es un cuento, no una obra teatral. En esta historia ni siquiera sale la señal, veis, no la veis, así que no digáis nada y no tendremos que pagar derechos a los parientes del autor.

A la mayoría de los autores lo que les importa es que los lean o los escuchen o les canten o les hagan cosquillas. Lo que no les gusta es que los prohíban, los persigan, los maten y los rematen.

En vez de una señal que habla, algo tan evidente que resulta completamente inverosímil, en este cuento quienes guían a FATÚ son los saharauis. Aunque aquí no hablan, todavía. Y vosotros, por ahora, calladitos.

Como soy la protagonista puedo hacer de cuentacuentas. Hay cuentacuentos y cuentacuentas. Exacto, igual que haréis algunas en vuestra profesión, contar más y más cuentas.

No me odiéis…

En vez de pasteles, os voy a contar una historia que a lo mejor ya os ha pasado. Una historia posible.

Preparados, listos

Párate. Respira..

Memorias de una vidente

Stop. 5:00 a.m.

Play. Right. Left. El trabajador de servicios se dirige al área de restauración. El trabajador de servicios circula por la derecha. El trabajador de servicios no es necesario. Left. Left. El trabajador de servicios no parece necesario. No parece nada. No aparece.

La mañana es gélida como una bomba atómica un día de domingo. En Israel, un día de sábado. En Argelia, un día de viernes. En la India, en la India… Bopal. La mezcla exacta. A granel. Dos toneladas por cada mil. Dos tapones por cada cubo. No hace espuma. Si añade más corre el riesgo de provocar una hecatombe. Pruebe primero con la escoba.

Right. Left. Un obstáculo no identificado se acerca desde el área de talleres de minería. Lo siento cada vez más cerca. No se va a apartar. No puedo parar. Lo voy a aplastar. Qué horror.

Stop.

Buenos días, compañero. Ya ves, como siempre. No hay quien duerma. Vosotros pensáis que en el turno de noche se puede dormir (A veces, sí).

Todas las mañanas me acuerdo de una mujer mientras voy a coger el tren. Mientras voy en el tren. Mientras salgo del tren y tomo el metro. Mientras voy en el metro. Mientras entro en el piso. Mientras compruebo que el fregadero está embozado. Mientras me acuesto en mis quince metros cuadrados, que el gobierno quiere ampliar a veinticinco en sus planes quinquenales. Mientras no me duermo.

Tiene los ojos brillantes. Es una mujer de verdad. La siento respirar junto a mí. Ella es la portadora oficial de los hijos de mi frustración. Ella es la amante de mis noches sin velo. Ella no me quiere. Ni me conoce. Quizá, de algo.

Tengo dos hijas y dos hijos en camino. Los llevo todos en mi vientre. Así están más calentitos. No son un proyecto. Son algo más que un pensamiento. Son los hijos de la frustración. Los hijos de los programadores con quienes me cruzo en el área de amplios despachos. Los hijos de la vida futura sin programadores y sin programados.

Los hijos de mi vecina inmigrante.

Buenas noches. Días, quiero decir, je. Ale, a la escuela, que hoy es lunes.

Yo me voy a dormir. Tengo que dormir. Duerme. ¿Por qué no duermes?

El sol comienza a brillar por el lomo del mundo. Los corazones se besan, los seres sobrecogen. Las monedas no cuelan en la máquina.

Al sur, las calles sin aceras.

Tu aliento me sopla al oído un rumor de carne sin alas, vida sin esperpento, amor sin barreras. Mi vida es real.

Tu vida sería

mi vida.

Márketing. 12:05 p.m.

Ojos cerrados. Algunos minutos más, hasta que sumen, al menos, cinco horas.

¿Cuánto vale una hora de sueño? ¿Y la vida de una persona?

El márketing es una ciencia exacta. Trabaja con números. En realidad, son muy pocas las ciencias que trabajan con personas.

Hay psicólogos seguros de que su trabajo consiste en que seamos humanos gracias a nuestras relaciones interpersonales. Hay sociólogos que dedican su tarea a que la igualdad se haga palpable, sensible, entre seres humanos que se reconocen y, de un modo u otro, se aman. Hay biólogos que se preocupan más de los seres vivos que del ciclo natural; de cómo será este hábitat para las próximas generaciones. Hay empleadas de limpieza que saben más sobre la condición humana que yo.

Ayer, después de haber buscado el teléfono móvil por toda la fábrica, Angelines me ayudó a pasar el duelo. Con su teléfono llamé a mi número y comprobé que no estaba en los cubos de basura acumulada el fin de semana. Mientras ella me agarraba del brazo como si fuéramos los protagonistas de una fantasía feliz, al otro lado del teléfono sonó la voz de alguien que habría debido encontrarlo en algún sitio, por casualidad. Si no, ¿por qué contestó? Es posible que me lo robasen, pero muy improbable. Un modelo muy antiguo y de segunda mano. Lo tenía al entrar en la fábrica, creo recordar.

Qué importa. Angelines me hizo ver que el contacto entre las personas es siempre incomparable al teléfono móvil. Más vale vivir sin móvil. Por lo menos, hasta mañana.

Hasta hoy.

Ya sé que no voy a dormir más.

Cuando salgo a la calle siempre me sorprendo de que a estas horas haya tanta gente.

Al entrar en el supermercado Diurno encuentro pocos clientes en la cola de salida. Estupendo. Me da tiempo a saludar a la cajera mientras dejo la mochila a su lado. Recorro las estanterías, los refrigeradores y los congeladores. También el segurata es un ser humano, hola. Podría ser más evidente, con otro uniforme. Quizá con dos colores. Con tres sería gracioso. Con cuatro, tutifruti.

¿Por qué no comemos helados en invierno? En Alemanía, las heladerías nunca cierran. Hay que ahorrar en helados, si quiero llegar a fin de mes.

Vuelvo a la caja para comprobar que la cola llega hasta el final del pasillo. Me pasa una vez de cada dos, más o menos. Debe de ser un estímulo inconsciente. Varios seres entramos al supermercado, nos alegramos porque está semivacío, nos vigilamos con el rabillo del ojo y nos cronometramos dentro del mismo sistema de referencia. Dentro de diez minutos, la cola volverá a desaparecer. En realidad, buscamos compañía. No nos gusta estar solos.

En ese periodo de descanso previsto por el Entrenador debería buscar los cupones que corresponden a los productos que he seleccionado, ya que el supermercado Diurno es una cadena europea con una función social. Me descuentan hasta un 50%, en algunos productos. No está mal.

Aquí encuentro muy barato el alpiste (lo llaman Müsli) que les gustaba a mis amigas y amigos alemanes. Se dedicaban a producir alternativas en vez de coches Volkswagen, allá por 1990, poco después que empujaron el muro y cayó. Íbamos en bicicleta por una ciudad siempre húmeda, a pie por el parque otoñal, en trineo por la nieve, en tranvía por Berlín Este y autostop por toda Europa. Han pasado algunos años.

Al menos sé que seguirán vivos. De las amigas y amigos centroamericanos o los indígenas de México, no sé si viven todavía. Pero yo vivo en sus entrañas, como los hijos de la frustración viven en las mías y así sucesivamente. Hasta que vengas. Por qué no vienes. Qué te pasa. Qué te he hecho. Qué te han hecho mis hijos no nacidos. Qué hago Han Solo en esta ciudad.

Por qué no cambia este mundo en el sentido de unas puertas que se abren en vez de tuercas que giran una y otra vez sobre los oprimidos, como los trituradores de basura que sólo he visto en la Estrella de la Muerte y en un almacén de suministros donde trabajé para una cadena que no tiene ninguna función social.

Auxiliar de servicios. Solo sin Hanna.

Stop.

Ministerio de Defensa. 14:30

Te da tiempo a leer una frase en el metro: “El Ministerio de Defensa ha creado un organismo para coordinar la Ayuda Humanitaria Española”.

¿Nunca pasas de esa frase?

No hay asiento.

¿Qué significa?

IDH. 15:00 p.m.

Qué grande es la estación de Atocha.

A estas horas, se queda pequeña. ¿Cuántos caben, cuántos no caben?

No puedo respirar.

Respira.

Si no supiera que es por la ansiedad, tendría alguna certeza en que apoyarme.

Me ocurren cosas. Por qué me ocurren. La respuesta está en las cosas que me ocurren. La semana pasada encontré un informe sobre la situación de las fronteras de México. Cinco mil muertos al cruzar el desierto, destino USA, por Sonora, Chihuahua, Nuevo Laredo.

Cómo es posible que estuviese en una papelera de Atocha a la hora y en el momento que yo andaba buscando un periódico usado, al mediodía, como todos los días. Pues estaba. Impreso desde la web de la BBC en español. Probable. Todos los días agarro periódicos o revistas de las papeleras, igual que otros ciudadanos en tránsito. A diferencia de otros transeúntes, a mí me interesaron esos titulares. Lógico, lógico.

Por si fuera poco, incluía una estadística del INEGI sobre la población mexicana con arreglo a los índices de calidad de vida (IDH) que utiliza el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Si no lo digo así luego luego se me olvida qué significa PNUD. Ya no me acuerdo qué significa INEGI. ¿IDH? El municipio más pobre es tan pobre como la región más pobre de África: Metlatónoc. Mi casa en la Montaña mixteca durante unos cuantos años.

Mientras iba repartiendo pizzas este fin de semana, para pagar la matrícula de otro curso que sumar al *correculo*, vi a unos niños a cien metros de la Asamblea de Madrid. Hay miles de niños en el contorno. Pero estos comían de las bolsas de basura, aupados sobre los contenedores. Viven en un barrio a medio desmantelar, en proceso de

demolición. Han contratado a una empresa de seguridad, porque no quieren que nadie reocupe los pisos vacíos. Pero no han llevado a trabajadores sociales que se encarguen de acompañar a los niños. Era domingo. No hay comedor escolar el fin de semana. Lógico, lógico.

España es el país de la UE que menos presupuesto dedica a servicios sociales. ¿No alcanza? "No alcanza. No nos lo podemos permitir". No podemos permitir que niños e inmigrantes vivan de la basura que dejan los supermercados. *No nos podemos quejar*. Les salimos caros a las empresas. Cobramos casi la mitad que en Francia. Los llamados mileuristas son seiscentistas en España. En honor de los siglos de oro y de Eldorado. Guau. Chúpate esa. "Hazte millonario y olvídate de los problemas". Millonario en euros... Mucho más millonario que antes, dónde va a parar.

Eso digo yo. Dónde.

Me quejo. Me quejo. Me quejo de los horarios sobrehumanos, la grandeza que inspiran hipotecas dignas de asustar a un ministro, pero accesibles con dos o tres empleos gracias a una heroicidad traducida en accidentes laborales. Es épico. Sublime. *Tremendum et fascinans*. La elevación de las viviendas alcanza una altura gloriosa. Miro hacia arriba. Me encojo. Los de allá, en lo alto, los ángeles, no se agachan. Ni me ven. Han multiplicado por siete u ocho el valor de sus casas en diez años, hasta rascar los talones de Los Ángeles, distrito Hollywood. Sin embargo, una ingente serie de hipotecados *(tremendum et fascinans)* se han convertido en siervos de este nuevo feudalismo, bajo el poder de los Señores Financieros. Serán los verdaderos amos durante cincuenta años. ¿Es un mundo real? No sé. Me parece tan inverosímil como el Imperio Austrohúngaro en las novelas de Robert Musil y Franz Kafka.

Necesitamos la asesoría de los economistas, para que los sindicatos no hagan comentarios inoportunos o sean prontamente acallados por respuestas sólidas y coherentes. Lógico, lógico.

Los expertos tertulianos hacen chistes sobre el sueño del reparto del trabajo y la sociedad del ocio que auguraban los *utópicos* durante los años ochenta. Ahora hay que trabajar el doble, *paletos*, nos dicen. El ocio es un negocio. Chúpate esa. Esclavas sexuales de todos los países. “No hace falta ser millonario”.

La competencia. Muchos países ofrecen salarios todavía más bajos (tres, cinco, diez veces más) porque hay hambre. Sin embargo, los inmigrantes de esos y otros países vienen a millones en busca de mejores salarios. ¿No entiendes? ¿De verdad? No es un sistema abierto, sino un túnel angosto, de modo que sólo triunfen unos pocos. ¿Por sus méritos? ¿Por adaptación? ¿Por azar? Es lo de menos.

No tienes tiempo para dormir, pero estudias. Y viceversa. ¿Cuándo eres humano? ¿No sueñas? Hoy te has saltado las clases de la mañana. A lo mejor te cruzas con alguna mujer fuera de programa. Fuera de órbita. En el espacio sideral. Quizá nos conozcamos de algo. ¿Del supermercado? Es improbable. Ilógico.

Mig-mig.

Nadie responde.

Controla. Inteligencia emocional. Saldrá el sol.

Antequera existe.

Viaje. 17:10 p.m.

Otra vez en el tren. No hago propaganda a RENFE. Es rápido y barato, gracias al abono-transporte. ¿Cuántos viajes haré al cabo del día? Por lo menos, veinte paisajes. El cielo clarea sobre Coslada. El amanecer limpia los cristales de la estación de Atocha. De día parecen sucios. El túnel es más largo que ancho, por mucho que lo amplíen. Sale de repente a la estación de Chamartín y a un páramo cubierto por viviendas. A lo lejos verdean colinas de cereal, hasta Colmenar Viejo y más allá. Nunca he ido más allá. Cuando nieva, se contempla la sierra de Guadarrama recién levantada, con la espuma en la cara. Al bajar del vagón, el viento nos afeita con su navaja de hielo. Hay un concurso de *haikus* programado por RENFE. Basta con enviar un mensaje por el móvil. Pero he perdido el móvil. Ay.

Aún no he pasado de la segunda página.

Este artículo es una propaganda rehilada. Me da modorra.

Sueño que la Ayuda Humanitaria sea una corriente continua. Transmite el amor por medio de agentes del desarrollo comunitario. Las mujeres asisten a la asamblea y los menos heridos sanan a los más heridos. Carlos Beristáin nos dio una clase impresionante sobre el modo en que algunos de entre las víctimas afrontan los desastres y sirven de puente para que la comunidad reciba vida nueva. Mediadores, facilitadores, héroes y heroínas imprevistos. Aguardaban su oportunidad o ya lo habían vivido antes, amantes.

Se está haciendo de noche.

¿Tan pronto?

El humo del ocote me acaricia la nariz con su aliento resinoso, fresco, mullido como laderas al acabar la estación lluviosa: las aguas. Es noviembre.

El camino se hace corto, pero el tiempo pasa sin sentirlo. Vengo de una larga caminada hasta la aldea de La Trinidad. Sigo una pista apenas blanquecina, con cuidado, para no meter el pie en los regueros que abrieron las lluvias.

Al lado se abre la barranca. Al fondo intuyo algunas casas de adobe entre los sembradíos del maíz recién cosechado. Oigo que los animales pisan el *totomoxtle*. Vibra el suelo con las pezuñas de los bueyes. Las vacas rumian sin atragantarse.

Entro en el pueblo palpando la casa de Manuel, un hombre de voz ronca, a quien me cuesta pillar su entonación del mixteco. Pero lo que entiendo es agradable. Huele a tierra un poco ácida. Boñiga seca, porque ya no llueve. Cómo puede ser que el almizcle y el estiércol sean aromáticos. Misterios del olfato humano. Me conmuevo. Sueño que imagino que cavo el huerto y mezclo el abono con la tierra. Preparo los surcos. Siembro. Abro los ojos. Sigo entrando a la aldea. Paso junto a la casa de Ángela. Otra Ángela en una Comedia divinamente vuelta del revés. Es la mujer que hace de portavoz en el equipo de las tejedoras. Las demás también hablan, con una lengua más cantarina que los varones.

Doblo la esquina de la calle que están empedrando gracias a una contribución del municipio. Durante cinco siglos no hubo ninguna administración de recursos para la Montaña. Después de diez años a cuestas con el movimiento indígena, van llegando algunos jornales para urbanizar el pueblo. Oigo silbar a los niños y revolotear a las niñas, al cruzar la plaza cuadrada. Una se me sube a la espalda. La llevo sobre los hombros hasta entrar en nuestro albergue. Ríe. No da patadas.

A un lado, la nueva *ve'e chiñu*, "casa del trabajo" en mixteco, *comisaría* en un español propio del *western*. La edificaron mientras Aureliano estaba en la cárcel, a pesar de los pesares. Se reúnen todos de mañana para amasar el cemento y echar la mezcla. Mientras, un grupo de mujeres prepara la masa del almuerzo en casa de un mayordomo.

Al otro lado construyeron una iglesia con el mismo material: *concreto*. Y ya han empezado la escuela nueva con puertas de verdad, ventanas de cristal. La vida, germen concreto de vida.

Doy las buenas noches. Me acuesto.

Alguien me dice: Cuidado con los cristales.

¿Qué ha pasado?

Fin de trayecto. 18:10 p.m.

¿Dónde estoy?

Un vagón vacío, tres estaciones más allá de mi parada. San Sebastián de los Reyes.

No oigo ángeles, sino Ángelas.

Percibo un campanilleo de gentes madrugadoras que toman el transporte para llegar a su curro. En esta misma línea solía volver del trabajo, después del turno de noche en la fábrica de Arganda. Trasbordo en el intercambiador Puerta de Arganda sobre las 7:30. Dirección: Atocha.

Era, y es, un mundo habitado por durmientes en posiciones inverosímiles, confiados a quien les avisara antes de llegar a un puerto definitivo. Trabajadores y trabajadoras, estudiantes universitarios de poca pela, niños inmigrantes en busca de colegio que les admita su solicitud de ingreso. Por eso toman el tren cercanías para ir a clase. Línea C-1: Alcalá - Vicálvaro - Santa Eugenia - Vallecas - Atocha - Chamartín - San Sebastián de los Reyes.

Quién soporta nuestro tren de vida. Quiénes sirven a la vida de este mundo, entre estación y estación. En este vagón se palpan huellas, olores. Algo más.

Una red de amor visible, no tasable por los bajísimos salarios ni por el horario absorbente de las empresas, que apenas deja tiempo para formar familia, reunir a una comunidad. Respirar. Dormir.

El Ministerio de Defensa no puede coordinar la ayuda humanitaria. No es su objetivo. No, al menos, mientras los ejércitos sean algo más que una policía dedicada a prevenir los crímenes mundiales. Declarar la guerra a un país en paz es un crimen. Poner bombas en un tren cercanías es un crimen.

La madrugada del 11 de marzo del 2004 me tocaba trabajar. Pero me concedieron un cambio de cuadrante, para ajustarlo al horario de mis clases.

La densidad de este recinto vacío me hace saltar las lágrimas.

No es ningún ácido. Es la memoria.

No puede ser destruida por las bombas. Tenemos nombre.

No somos el soldado desconocido.

¿Quiénes nos son desconocidos?

¿Cómo llegar a conocerlos?

¿Basta con que salgan en la TV? ¿De veras?

Una novela es una camiseta colorida, pero usada. Su lenguaje trasuda el valor de las voces relegadas por la razón de la sinrazón. No eran manchas. Eran rostros.

La novela, desde sus orígenes (chamánicos, griegos, judíos, cristianos, chinos, hindúes, japoneses, árabes o persas), recrea los encuentros en la sociedad, que por ser cotidianos pierden relieve y se bloquean como programas sin actualizar. Los convierte en foco de nuestra atención y recupera el sentido que perdimos a consecuencia de nuestras prisas. Nos deja tiempo para el reconocimiento, la anagnórisis. *Nos hace* escuchantes*, de un modo muy distinto a los imperativos dictadores, por medio de la atención a quienes no tienen dominio, capital, ni nada más que presencia humana.*

Los dramas, las novelas, el cine, el periodismo de García Márquez, Poniatówska, Kapuscinski y la historia oral, sacan a flote las voces hundidas por las guerras, acalladas por la violencia. Si no fuera por el arte, la justicia nos pillaría por sorpresa, cuando la memoria sea compartida entre muchas personas. Podemos anticipar con amor lo que, de otra manera, quizá fuera insoportable.

La Audiencia Plena. Mucho mejor, real y humana que un juicio final.

El tren se mueve otra vez.

¿Hacia dónde?

Hacia mi parada, claro.

Respira. Hondo.

Recupera el cuerpo

perdido en muchos viajes.

Déjate encontrar.

Una niña

Los únicos que hablan son los vivos.

Memorias de una vidente

Garza quiere saber cómo fue la Guerra

6-10-6

Después de una migración oceánica hasta el lugar de las nieves y la M-30, eres una prueba viva y bien formada de las consecuencias del cambio climático. Vienes en invierno a Madrid. No tengo que explicarte por qué tendríamos que hacerlo al revés: hacia el trópico. Y dejar de sorberlo todo, incluido el petróleo. Debes de ser la emisaria de una nueva oleada que un compatriota tuyo, León-Portilla, considera la más pacífica de todas las conocidas en la historia. Soy tan egoísta que a veces pienso si habrás venido en mi búsqueda, para que re-vuelva.

Casi lo primero que me preguntaste es cómo fue aquello de la Guerra Civil. Lo primero de todo, cómo se llega a Recoletos. Durante dos meses hemos ido por ese rumbo, donde encontraste un alquiler demasiado caro, y luego hacia Alberto Aguilera, porque a tus dos hijos adolescentes les convenía el sitio más cercano a sus clases. Ahora que ya sabes el camino, construiste el nido y estás doctorándote, socióloga, en Migraciones Contemporáneas… estoy casi seguro que eras una Garza americana auténtica.

Tu sentido de la orientación es excelente cuando vas sola. Cuando voy contigo, te subes a mis hombros y dejas que te lleve a cualquier parte donde haya un parque o donde el vaho exhalado sea signo de calor humano. Soy tu *buey*. Todas las garzas tienen uno, al menos.

- *Eh, güey*,

me dijeron, a veces, mientras estuve en México. Es una forma de expresar proximidad entre jóvenes. Algo de razón tenían.

Ahora ya sabes el camino y la vuelta. Te sirvo poco más que para estorbar el vuelo. Pero tú insistes en aquello, cómo fue. Me tiras de la lengua hasta hilar la hebra.

Te confieso con algo de consuelo por mi parte que yo no viví, ni quiero la Guerra, ni sé qué hubiera hecho en ese panorama de la muerte a mansalva. Setenta años después, la guerra es algo que pasa en las mentes de quienes la recuerdan. Pasa de muchas maneras. La mayoría pasa poco. Algunos pasan por los muertos de un bando, otros por los muertos del otro bando. Cada vez más pasamos por todas las víctimas, aunque corremos el peligro de avivar el fuego, dicen.

Baroja causó expectación en Salamanca, durante un auto de fe a comienzos del año 1938, por ver qué respondería a una pregunta formulada al estilo del periodista y escritor convertido en jerarca, Giménez Caballero. "¿Juráis o prometéis en Dios y en vuestro Ángel Custodio servir perpetua y lealmente al de España, bajo Imperio y norma de su tradición viva; en su catolicidad, que encarna el Pontífice de Roma; en su continuidad representada por el Caudillo, Salvador de nuestro pueblo?". Nadie sabe cierto cuál fue la respuesta. Algo así como "lo que ustedes manden".

"Prometer o jurar", era la clave tácita. La ignorancia del código de circulación me conduce en sentido contrario: "Sea vuestro lenguaje: sí o no" Mt 5, 37. Ni prometo, ni juro. Fuego para renovar el interior, en vez de quemar enemigos y mascullar prejuicios. En España todavía no los han removido las novelas, porque seguimos contando batallas, en vez de vidas.

En cualquier caso, el recuerdo de las víctimas es la trama de esta historia y de todas las historias que vale la pena contar.

Las armas no escriben

Cualquiera sabe que ni la sangre ni las armas sirven para escribir, aunque sirvan de título a Manuel Chaves Nogales o Andrés Trapiello para denunciar su retórica y a los autores de terror para simbolizar pactos con su sombra.

La mayoría de los españoles no iban armados, ni siquiera cuando fueron detenidos. Quienes se espantan del poder de las masas, no se refieren a la muchedumbre inerme, supongo, sino a una obviedad: hay muchos adoradores de la violencia. Las guerras son su ritual. El Che, a quien admiro de joven, en motocicleta y besando a los leprosos, llegó a torturar presos. Las guerras entronizan a psicóticos vengativos. Enloquecen a muchos. Transmiten su energía bipolar. En vez de amar el cuerpo que les da vida, lo devoran. Al menos, la democracia no permite que duren cuarenta años vestidos de púrpura, de caqui o de *broker*. No debería.

Según es mundialmente repetido, en inglés, *the Spanish Rebellion* el año 1936 consistía en ser reaccionario o revolucionario, lo cual no implicaba ninguna novedad, sino que prolongaba el siglo. Desde el año 750 a.C. (o, al menos, desde 1914) los libros de historia podrían recoger el rechazo cada vez más profundo y extenso contra la guerra, cualquier guerra, en ambos bandos. También la de Afganistán, claro.

Se lo decía la tía Concha a su sobrina Asunción, los últimos días de la contienda, en una novela de Max Aub.

- A mí no me contéis nada: hijos de Satanás. Todos al Infierno, unos y otros.

Ese infierno contra el que gime Concha, a punto de quedarse sin sobrina, era el presente.

La perspectiva antibélica, enmudecida, existía desde el principio, pero ha pasado oculta bajo ríos de tinta, vertederos de sangre y armas suministradas por las potencias

que se preparaban a destruir el planeta. Si hacemos hueco a esa sospecha fundada, la quema de iglesias y conventos, el *generocidio* de curas y monjas, maestras y masones, poetas y campesinos, las violaciones y los niños muertos en el vientre de sus madres, no se explican por algún error genético del *alma española*, sino por la entronización de los más violentos y por una retórica pegajosa que dejó sin cumplir las promesas de educación y reforma agraria, para sustituirla por el permiso a los asesinos. Resultado: cientos de miles de víctimas civiles, todas ellas sagradas. Toda vida.

Por si te vale, cuento la historia como me la contaron. Desde entonces aprendí a ponerme en la carne de los abuelos o los yayos, castellanos y valencianos, mis tías y tíos jóvenes, mi padre pastorcillo, mi madre niña.

Érase una niña en una guerra...

7-10-6

Si me preguntas por la guerra no será curiosidad morbosa.

Por qué así y no de otra manera.

Aunque los españoles teníamos prisa desde los años setenta por vestirnos con trajes europeos, progresar subidos al BMW o a una bicicleta ecológica, lo que caracterizó la unidad del Estado durante los cuarenta y pico años anteriores fue la guerra. La guerra padecida como una cruz. La cruz de los caídos.

No la enviaron los cielos para castigar los pecados, ni los demonios de la naturaleza para hacernos bailar la danza de la muerte. Fue la inundación provocada por el desastre (g)lobal, la rivalidad entre poderosos y aspirantes que se meriendan con la misma voracidad a sus víctimas.

A la gente de mi generación le contaron la guerra sus abuelos por las noches; a esta se la cuentan las películas: decenas y decenas, algunas de gran calidad. Por ejemplo, *El laberinto del fauno*. Dirigida por un mexicano y escenografiada por el hijo de una amiga tuya. Al salir del cine, decías: cuánta violencia. Mira que ser mexicano...

Tonto el que mate

Los narcoguerreros del apocalipsis, me cuentas, no quieren que nadie les miente a su madre, ni mucho menos que alguien les llame *güey*.

Antes muerto que güey.

Quizá sea un grito contra la esclavitud de los jornaleros y los migrantes, pero el modo de expresarlo parece tan fúnebre como la adoración por la Santa Muerte con rostro de calavera.

Las sesenta culturas indígenas de México tienen otro modo de pensar. Aman a una humanidad gestante y a punto de nacer. Suben al Tepeyac en miles de montes por todo el país para celebrar que gestan y nacen. Hablan con los difuntos o les dan de comer y de beber porque están vivos. Algunos utilizan peyote –la mayoría, prefieren cerveza- para limpiarse los ojos.

Pero los narcos se han desprendido de la comunidad cultural y de la sociedad política mientras hacen la guerra con su sombra. Casi todos mueren jóvenes. Juegan a que unos ganan y otros pierden. Al final, en esa ruleta todos perdemos, como manda la Santa Fatalidad, que protege solamente a una mano de dioses: financieros, grandes capitalistas, generales.

Los pobres y las mujeres no son tan crédulos, aunque ciertas novelas y películas hayan creado un tópico más falso que las virtudes del petróleo. Quienes parecen ineptos para la guerra no son tontos, dices tú, aleteando. Tonto el que mata y juega a ser matado.

A mí no me sorprendió la violencia en el *Laberinto del fauno*, sino el modo en que se narra. Cómo representa la realidad interior de quienes no tenían ganas de matar, pero enfermaban de horror. El impulso de ser sacrificado para escapar al dominio de los

rivales. Un trastorno psicosocial. Lo grave es que haya sacrificadores para aniquilar a las víctimas en el altar nauseabundo de su dominio.

La fábula resulta más verosímil por ser fantástica. Ya sabes que la historia está ambientada en los primeros años de la posguerra, cuando el maquis se debelaba en la espera del fin de la Guerra Mundial. España fue el primer capítulo y el único país donde los primeros en vencer fueron los que perdieron. Por lo cual, los vencidos fueron doblemente vencidos. Como han contado los supervivientes de Matthausen, los españoles eran situados *casi* en la misma casta que los judíos dentro del campo de concentración. Es uno de los motivos para que hayamos aborrecido la guerra de forma total e irreversible: la posguerra.

La imaginación convierte el trauma en una historia mágica gracias a la sensibilidad de una niña que no interviene en la matanza, sino en la búsqueda de vida que venza a la muerte. Para cualquier espectador es un cuento casi folklórico. Para una mirada niña es el símbolo de nuestra identidad profunda cuando el contexto pretende convertirnos en asesinos fratricidas. Somos hij@s de reyes que no mandan: viven.

La protagonista se llamaba Ofelia, a causa de un tal Shakespeare.

Podría llamarse 11 de Marzo.

Todo se sabe

Cuando era pequeño me enteré de la guerra por una tía mía con quien pasaba los fines de semana, más o menos en la época que murió Franco. Eran republicanos hasta la médula. La familia de mi madre se crió en la sede del sindicato de *Llauraors i Ramaders*, federado con la UGT. Cuando vino la dictadura, siguieron allí, pero en calidad de rehenes. Cuidaban la casa.

El día que murió Franco, recuerdo que sacaron una botella de vino espumoso y la abrieron sin decir nada. Mi tío, recluta, había pasado ocho años en la cárcel a cuenta de la muerte de un guardia civil que se presentó voluntariamente ante el tribunal del juicio sumarísimo. Ya habían fusilado a su hermano y a él le conmutaron la pena por cadena perpetua. No lo mató, pero ¿y si lo hubiera matado?

Unos meses después que Franco, aunque casi treinta años más joven, mi tío Alberto también se murió.

La tía Carmen se sentía muy sola por las noches. Tenía un calendario grandote de la Virgen homónima, que había enmarcado, enfrente de su cama. La protectora de los pescadores y de los rojos, o eso me imaginaba. Yo la ayudaba a calentarse los pies y ella me contaba que los rojos sufrieron mucho. En Alicante lo más espantoso era el ruido de las *pavas*. Por las noches, al escuchar las sirenas y el cloquear de las *pavas*, la gente huía al campo. Al principio imaginaba unos bichos enormes y feos como dragones. Acerté.

Los bombarderos alemanes se pavoneaban a mucha altura y dejaban caer un reguero de Santa Muerte sobre la población urbana. Es de suponer que sus objetivos serían militares, pero sus víctimas eran civiles. Volaban tan alto que los cañones antiaéreos no tenían nada que hacer. Las bombas caían en cualquier parte, incluso en

medio del campo, por lo cual la gente podía imaginar que iban decididamente a por ellos.

A lo mejor era sin mala intención. Efectos colaterales. Hicieron desaparecer Gernika. En Alicante, llegaron a bombardear a pleno sol. Una o varias fueron descargadas sobre el mercado central, cuando las mujeres estaban comprando, contaba mi tía, qué asesinos. A lo mejor no sabían lo que hacían.

En la guerra de Afganistán, desde octubre del 2001, los aviones dotados de sensores ultramodernos contra la insurgencia han bombardeado cuatro bodas, entre otros objetivos civiles, causando decenas de víctimas en cada una. En un caso, confundieron una fogata con un depósito de municiones. En el otro, los disparos al aire de algún pariente eufórico, como en miles de bodas, con un puesto de defensa antiaérea.

Habría que prohibir el uso de armas de destrucción masiva en las bodas.

Pero ya ves. Al final, todo se sabe.

En el laberinto

Mi tía era como la niña del *Laberinto*, después de la guerra, sólo que no podía escaparse ni por la tremenda. Tenía que criar a su hijo recién nacido y esperar que su marido saliera de la cárcel. Durante aquellos años de posguerra trabajaba en la fábrica de sacos, donde admitían a mujeres por su habilidad para tejer. Una miseria, hijo. Cobrábamos una miseria. Pero qué le íbamos a hacer. Aguantar...

Mi madre sí que se escapó. No la embarcaron con los niños que fueron a México y que tú, Garza, has conocido. El papá de una amiga tuya. Esos que siempre querían volver y sólo pudieron con cincuenta años.

A mi madre la enviaron con el tío Xavi, o sea, mi tocayo, que tenía casas rentadas y les daban para comer. No tenía hijos. La malcriaron, decía mi tía. Luego volvió a su casa y le tuvieron que enseñar a hacer de comer y limpiar los platos.

Suerte que estaba viva.

La escena más descriptiva del primer día de posguerra tiene por protagonista a mi madre. La representé tantas veces en la mente que lo estoy viendo como si hubiera sido testigo, desde una nube. Como si estuviera decidiéndose si yo iba a nacer o no. Así decía mi tía, no habrías nacido tú.

Es que siempre estaba en la calle. Aquella mañana, al salir de la escuela, porque mi madre llegó a estudiar primaria, los niños encontraron un juguete. La cosa era una granada que algún miliciano en retirada hacia el puerto echó al otro lado de la tapia de una huerta. Pero mi tía había visto la escena, fue a por mi madre y se la llevó de la mano. No juguéis con eso.

Explotó.

Era el día final en los partes militares. “Cautivo y desarmado el ejército rojo…”. Los soldados de Franco imaginaron que los atacaban. Rastrearon el barrio y encontraron

a un niño reventado. Mi tía lo cuenta con demasiados detalles, como si fuera el peor trauma de su vida, como es. El niño quería bromear con sus hermanas. Hizo amago de echar la granada dentro de su casa, el muy bruto. Pero se quedó con ella en la mano. Había comido las últimas *lentejas de Negrín*.

No sabía lo que hacía, criatura.

Así terminó esa guerra.

¿Que cómo empezó? Dicen que no la quiso nadie. Ni azules, ni rojos. Supongo que se refieren, de nuevo, a la mayoría, porque otros la trajeron y la mantuvieron en ristre. Todavía hay quien la exalta. Hay memorias desmemoriadas. Pero de eso hablaremos después.

Mi abuela, la madre de mi padre, era católica y monárquica. Sin embargo, comprendía la resistencia familiar contra el régimen franquista desde sus inicios. Lo que nunca toleró –y de esa manera ayudó a que mi abuelo, anarquista del Frente Popular, tampoco lo soportara- fue la persecución irreligiosa e incivil.

Después de conocer el testimonio de las monjas carmelitas de Guadalajara, al lado de las mujeres republicanas, como la *Historia de una maestra*, de Josefina Aldecoa, no es posible construir un parteaguas. Ambas manifiestan intenciones santas, aunque nadie sea *por completo* inocente. Cierto que unas murieron perdonando. Cierto que muchas de las otras nunca aceptaron la violencia. El machismo, como los ídolos (la Santa Guerra, coronada), también era común a los portabanderas de ambos bandos. Pero las obras de Machado, de Lorca o de Aleixandre comunican el Misterio de la Vida en los signos del amor humano, con una hondura comparable a Juan de la Cruz. Sé de alguien que nunca se hubiera hecho cristiano sin leerlos.

¿Y los legionarios? Entraron desde Marruecos espantando a la población civil. Saqueaban, degollaban y violaban con la misma estrategia que los serbios emplearon en

Bosnia para aterrorizar a los musulmanes. Los refugiados salieron por miles, sobre todo de Málaga, caminando días y días hasta desperdigarse por Levante, Alicante y Valencia.

Presencia en las ausencias

En el bando gubernamental fueron ganando posiciones los duros que organizaban las milicias. Los más violentos y rencorosos actuaban con impunidad contra curas, religiosas, gente indefensa que no quería y no podía escapar. Empezaron en 1821, al ritmo del Himno de Riego, y terminaron resonando bajo la cripta del Valle de los Caídos, junto con los himnos carlistas o falangistas. Pero la población civil, muchos hombres, todavía más mujeres y niños, no participaron de la matanza. Fueron testigos a quienes se pregunta poco. Tomaron parte en el reparto del agua de colonia, en algún convento. Mi tía Carmen, con mi madre en brazos, tenía dieciséis años y nunca había olido un aroma similar.

A un grupo de malagueños le tocó en suerte la finca donde laboraba mi abuelo Juanito, el que se fue a la guerra de Marruecos y volvió de capitán de caballería. Por eso, paradójicamente, no se enroló. Con una ya había tenido bastante. Era el encargado de la finca y quien la puso al servicio de los refugiados por solidaridad con su rostro de hambre y sus brazos impotentes. El dueño de aquellas pocas hectáreas estaba escondido, con ayuda del abuelito, ambos aún jóvenes. Pronto se pasó a la zona opuesta.

Mientras tanto, en la finca organizaron una cooperativa. Mi abuelo era de la CNT, o sea, jornalero convencido de que la solución sería la reforma agraria. Mi padre y sus cinco hermanas recordaban esos dos años escasos como un acontecimiento. La comuna sin títulos ni precedentes en la memoria colectiva.

Max Aub critica a los cenetistas de Alicante porque, dice, cobraban dinero a los ricos para ayudarlos a escapar. Puede ser. Otros robaban bancos y repartían el dinero entre los pobres. Lo cuenta Rosa Montero en *La hija del caníbal*. No he hablado con mi abuelo de eso, porque se murió cuando yo tenía cuatro años. Su hermano, el tío Jesús, pasó escondido dos décadas en una parte de la casa del amo, de lo cual quedaron como

prueba las ventanas tapiadas. Ambos fumaban *Ideales* en sendas mecedoras de esparto. No tengo más indicios.

Alicante fue la última ciudad en ser reconquistada por los amigos de la muerte, que para entonces ya eran *cruzados* nacionales. A finales de marzo del 39 se reunieron allí ciento y pico mil personas: los restos del ejército en desbandada, con la esperanza de que los barcos los desalojaran a través del puerto. La abuelita de quien fue mi novia en el Instituto me contaba que algunas mujeres hicieron zanjas y barricadas antes que llegaran los vencedores. Soñaban con la resistencia de Madrid.

Había puerto. Barcos, pocos. Se llevaron a unos miles a la costa de Argelia. A quienes allí quedaban, por decenas de millares, los acorralaron y arrastraron a un campo de concentración improvisado, al pie de la enorme cantera excavada en la Serra Grossa, que continúa la línea del puerto y la Explanada, la playa del Postiguet, el Raval Roig, barrio de pescadores y cármenes. Algunos reconocibles por ser cargos o por su cara fueron encerrados en el castillo de Santa Bárbara. Desde allí se llevaron a los supervivientes hasta un recinto vallado y rodeado de guardias civiles en Albatera, entre otros lugares, adonde acudían vengadores y buitres a hacer la *saca*. El *Campo de los almendros* en la imaginación de Max Aub parece una mezcla de ambos parajes.

Rafael Alberti hizo el mismo recorrido que todos esos humanos en desbandada, pero se escapó en avioneta con algunos miembros del último gobierno desde una finca de Petrer, donde todavía hay pavos reales. Lo último que vio de España al internarse en el mar fue la sierra *Aitana* recortada sobre la costa. Por eso llamó a su hija con ese nombre de mujer ibérica y resonancias vascas. Y Aitana se llaman niñas y mayores en la actualidad. Una generación de mujeres fue abandonada en manos del ogro, rescatada de los óvulos por la ternura materna, sin intervención militar.

Pero el valiente, decía mi tía, fue ese otro poeta, Miguel. Por quedarse en tierra o por ser de barro acabó en la cárcel. Como su marido y tantos miles. Algunos dicen que Miguel Hernández estaba lelo al dejarse agarrar.

Gracias al recuerdo de su mujer, Josefina Manresa, sabemos que Vicente Aleixandre le regaló un reloj de oro para su boda, el cual representaría toda su fortuna. Una vez en Portugal, la policía lo detuvo y lo devolvió a la aduana, del otro lado. Necesitaba vender aquel tesoro, pero el negocio se saldó con la venta del poeta. No era el destino, sino simple delación. Robado y entregado el poeta rojo, empezó a componer un *Cancionero y romancero de ausencias*.

Otros dicen que perdió su oportunidad, poco después. Lo dejaron momentáneamente libre en septiembre de 1936. Se fue directamente al hogar, Cox, en la Vega Baja, cerca de Orihuela. Su primer hijo había muerto con diez meses a causa de las penurias de la guerra y apenas tuvo tiempo para acompañar a su mujer. En Orihuela, algunos vecinos le volvieron a capturar, cuando salía de visitar a los padres de Ramón Sijé, el amigo añorado. No sé qué hubiera hecho un ratón. Pero a este hombre lo atraparon.

Jorge Semprún, *Federico Sánchez*, denuncia el mesianismo infundido por un poema hernandiano sobre la Pasionaria, entre otros compuestos durante la Guerra, entre los suyos propios en honor de Stalin. Gracias a la crítica de Hanna Arendt, a la Escuela de Frankfurt y buena parte de la cultura centroeuropea en la posguerra, en busca de sus fuentes judías, es sabido que el comunismo y el fascismo pretendían imitar el mundo sacro de la violencia y la *Herrschaft*, inspirados por el Augusto romano y por el Josué deuteronomista. Ahora bien, esas formas de adoración regresiva no han podido suprimir las huellas de un aprendizaje histórico que se comunica por medio de las vidas narradas:

José, Rut, Job, Jesús el de Nazaret. Los mitos sobrehumanos dejan paso al ser vulnerable, sensible y finitamente diverso.

¿Cómo? Nuestra memoria se ha ido desplazando desde la esfera del yo (sujeto héroe, yo colectivo) hacia el *tú esencial*, como lo llama Machado. Semprún lo ha hecho sencillamente en *La escritura o la vida*, de distinta manera que Ana Frank, Primo Levi, Viktor Frankl, Miguel Hernández, cuando rescataron lo vivido en el espacio de la no-vida: el totalitarismo. El último libro de Miguel –en eso todos están de acuerdo- ha escapado de las trampas tanto de la retórica como de la bipolaridad.

Mi prima Maribel, la mayor, investigó entre los parientes de Orihuela. Descubrió que Miguel Hernández era familia de la abuela María. Estaba ilusionada y lo contaba a sus nuevos amigos en Barcelona, donde empezó a ejercer la medicina.

En realidad, ¿quién no era familia?

Mi tía materna pensaba que Franco era muy malo. Tan malo, que dejó que mataran a José Antonio, el fundador de la Falange. Claro, qué íbamos a contar los rojos. A José Antonio lo fusilaron porque no lo quisieron cambiar por el hijo de Largo Caballero, se decía. El caso es que lo fusilaron. Otro tío político: Si a José Antonio no lo hubieran matado, después de la guerra muchas cosas habrían sido distintas. Lo soñaban Ridruejo, Aranguren, Laín. Yo lo dudo. Si no hubieran ganado los de armas tomar, entonces hubiera sido distinto.

O sea que todos éramos familia, menos la Santa Muerte. Narcótica. Inapelable.

MIG-HISTORIA

Vulc casarme amb la filla del rei

Enric Valor, *Historia de un mig pollastre*

Episodios Nacionales en dos volúmenes

9-10-6

Me dices que esto es sólo el principio. Y es verdad.

Pero siento que seguimos dando vueltas alrededor de lo mismo. Me gustaría que esa mismidad fuera la de Dios-a, si no resultara demasiado evidente que estamos construyendo otra realidad en su nombre contra personas y grupos sociales, con ánimo de hacerlos desaparecer. Cristianos, musulmanes, judíos, hindúes, chinos, pocos de ellos pero poderosisímos (mex.), están dispuestos a que la tierra se reparta por lotes, como en la así llamada Paz de Westfalia. Después de la así llamada Paz de Westfalia llegaron todas las guerras. Hasta la Guerra Civil Mundial.

Para que luego critiquemos la dialéctica marxista. Esto es más de lo mismo. Totalitarismo.

No es nada sutil ni metafísico. No es que los ciberpredicadores nos nieguen la eternidad, lo que sería tolerable. La *Misná*, escrita después de los dichos de Jesús, como el Derecho Canónico, está convencida de que los impíos no resucitarán. Con la misma convicción afirma que sufrirán una condena eterna. Luego es posible albergar alguna esperanza, por contradicción lógica.

Quienes peor lo tienen en esa película –o sea, en Polonia y en algún centro para la promoción de la esquizofrenia- son las lesbianas y los gays. El actual papa, quien me parece admirable como teólogo del amor, ha pedido que no les dejen celebrar el día del Orgullo Idem en Jerusalén, por si se contagia. Un obispo de una ciudad con nombre de

espada operística ha entonado un aria que canta a los homosexuales, pero afirma por h o por p que hp: os queremos, bastardos. *Sorry, darling. Pum.*

Mellizos

El protagonista de esta novela por entregas no puedo ser yo. No tengo edad para escribir memorias. Digamos que es mi hermano mellizo, el que nunca llegó a nacer. A ver, no es que mi madre abortara. Mi madre tuvo al niño en tiempo de la posguerra.

Todavía estamos en la posguerra y mi madre sigue teniendo al niño.

Se llama Mig. De *Mig Pollastre*, héroe folklórico valenciano. No es Miguel Arcángel para unos pocos amigos. Algo tiene que ver con Miguel Hernández, según mi prima Fini. Es *Mig*.

Puesto que escribo en lengua castellana desde antes que mi hermano no naciera, lo transcribiré Mich. O quizás (huracán) Mitch. Todavía más rotundo, más globalizante, más cambioclimatizante. Eh, Mitch, cómo que Mitch. Se queja. Es una grafía *etic*, construida por el antropólogo, o sea, que a mí me viene bien para describir el personaje tal como yo hubiera querido que fuese.

Mig no-nació una noche de tormenta. Mi madre estaba de fiesta nocturna con mi padre y otros (muchos) amigos por algún lugar de la Vega Baja, mientras caía tanta agua afuera como este último mes de octubre. Era signo de algo. De la humedad añorada por media especie humana, cuarenta años después, a causa de la sequía o de la contaminación que enturbia las fuentes.

En un momento tan inoportuno, dado que viajaban en coches monoplaza seiscientos cc., donde encajaban a cuatro personas, las aguas rompieron dentro. Cómo meterías a cuatro elefantes en un seiscientos. Cómo contendrías las aguas de un parto en cualquier lugar. Llegaron los dolores. No es una cita bíblica. Iba a dar a luz. Tampoco ésta lo es, pero podría. La Biblia contiene un manual de comadronas que no hemos sabido traducir.

La Vega Baja, hasta que se deshielen los polos, sigue siendo una llanura aluvial por donde dejan pasar estrechamente al río Segura con las manos en alto, aunque hay sitios que están por debajo del nivel del mar. Debe de tener alguna explicación científica. O será un recurso literario de *Mig*, que adorna mucho el cuento. Yo transcribo a mi manera: fue Mitch.

En medio de esa depresión, decidieron llevar a mi madre a un hospital un poco más optimista, de los que entonces se llamaban 18 de julio, día del Alzamiento del general Franco y del general Abajamiento. Había muchos 18's. En uno de aquellos.

El año de su no-nacimiento es el profetizado por alguien, quizá Malaquías, con toda seguridad el director de cine Roman Polanski, para que naciera la Bestia. Pero no-nació, luego no sería.

1966. Cuatro años después de la fiesta de los XXV triunfales desde que el Caudillo advino a este mundo en plan formal. El mes, Agosto.

Los Beatles ya habían toreado en España.

Por eso, lo primero que oyó mi hermano al no-nacer fue un relámpago pop. No se rompió ningún vidrio, no se dividieron las aguas, sino que se empezaron a reunir las de adentro con las de afuera. La TV española basaba su audiencia juvenil en la carta de ajuste. Antes de los programas oficiales, sonaban los Bravos, los Brincos y los Berridos de Mig por no haber nacido, antes o después. Todo esto ocurría en casa de mi tía Maruja, empleada por la primera tienda de electrodomésticos del barrio. De ahí que tuviera tele. Por eso cito a Gila constantemente.

Dónde estás

Lo primero que recuerdo que recordase mi hermano Mitch fue una balada nostálgica. Anduriña, dónde estás. Toda la vida así, Mitch.

Anduriña es el símbolo de una generación. La mujer supuestamente liberada en tiempos de la República, al menos según la iconografía de los carteles, la que se fue y nunca más volvió. A diferencia de los tangos, la canción protesta se cuestionaba: cuándo volverás.

Maranathá.

Entre Anduriña y Jesús había algo, mucho más serio que la semilla de los merovingios según el rancio folletín de Dan Brown. Una familiaridad en la esperanza. Por lo menos, así le parecía a Mitch mientras veía, oía y sudaba la primera opera rock que nos dejaron percibir con todos los sentidos en los sótanos de la parroquia del barrio: *Jesucristo Superstar*. Nunca han sido más cristianos los jóvenes, no sólo en las estadísticas, como en aquellos años. Eran las catacumbas modernas, cuando todos cantábamos Hosanna, hey. A voz en grito. Con acento globalizador de la solidaridad. Aunque mi amo me mate a la mina no voy, yo no quiero morirme en un socavón. Te recuerdo, Amanda, Amanduriña.

Se acercaban años milagrosos.

Pero antes del milagro ocurre la crisis. Una orden de alguna oficina del Movimiento Nacional transformó el Club Juvenil de la Parroquia San Francisco de Asís en *Hogar de la Organización Juvenil Española*. Fue la misma orden o al mismo tiempo que cambiaron al cura por uno vestido de negro, como estaba mandado.

En vez de cantar óperas-rock por gracia de las cuales el chico que hacía de Jesús se hizo novio apócrifo de la Magdalena (ella se llamaba Amparo), los jóvenes se iban de campamento a descolgarse por la presa de un pantano. Mis padres lo veían cosa extraña,

y pidieron a nuestra hermana mayor, la Terín, que no se metiera en política. Los jóvenes iban a lo suyo y por las noches cantaban el folklore guerrillero. Parecía una célula, pero todavía no.

El Jefe del Movimiento llamó a mis padres a una entrevista y les convenció, sobre el trasfondo de una foto de Franco, que la toma del Hogar no era política, sino una magna empresa por la recuperación de las tradiciones ancestrales. Los almogávares a la conquista de Grecia, en cómic. Flechas y arqueros. Prietas las filas, rectas, marciales. La obediencia es libertad. El Caudillo ha muerto. Viva el Rey...

El Hogar de la OJE se cerró una tarde. Luego nos enteramos que un joven barbudo, el nuevo director, hijo del barrio y estudiante de Magisterio, quien había sustituido al Jefe Modelo, nuestro maestro disciplinario en la escuela, se había hecho del PCE, si no lo era antes. Para aquel entonces ya casi estábamos constitucionales.

Quién te ha visto y quién te ve. Es el título del último auto sacramental escrito por Miguel Hernández antes que se hiciera militante comunista el año treinta y pico. Pues resulta que la Iglesia y el PCE, treinta y pico años después, inocularon de diverso modo el antídoto de la democracia en España. Esta vez, no iba a haber guerra.

Así se fraguó la década milagrosa. Mitch, aunque no-nació, es testigo interior.

No sé cómo hablarle

Mitch se enamoró silenciosamente de Amparo, la chica que hacía de Magdalena, en esa gran ópera-rock que era nuestro barrio obrero de emigrantes todos los fines de semana, donde dabas una patada a una piedra de las calles sin asfaltar y salían quince niños del coro, coreando.

Con lo cual dejó de tararear obsesivamente Anduriña.

Yo no sé como amarle,
ni qué hacer, como hablarle.
Él cambió, algo en mí.
Ya no soy la misma, soy otra mujer
desde que él me miró.
No puedo comprenderlo,
me emociono con verlo.
Sé que es un hombre más
y he tenido tantos, debo saber
que es un hombre más
sólo uno más.
Quisiera llorar, quisiera gritar,
hablarle de amor y tengo temor.
Nunca pensé llegar a sentir
un amor así,

decía Ángela Carrasco en el play-back de Amparo.

Es más o menos lo que siente un niño de siete años por una chica de estupendos dieciocho. Un sentimiento tan primigenio que no encelaba que tuviera novio. Más bien, al contrario.

Lo curioso es que al escuchar cantando a Ángela Carrasco-Amparo-la Magdalena, mi medio hermano no pensaba en las mujeres que alquilan su cuerpo por motivos extrínsecos, sino en las niñas que ya habían tenido varios novios sin acertar en

la combinación. Hasta que Amparo encontró a ese chico que hacía de Jesús con barba y todo.

- Oye, Mitch, ¿no sería el mismo barbudo infiltrado?
- Todos eran barbudos integrales
- ¿Integristas?
- Leían el *Ajoblanco* para fabricar biogás, mientras tomaban cerveza

La España adolescente

11-10-6

Si todavía sigues tejiendo esta novela sin trama con tu lectura amorosa y unas gafas que sólo conocerá quien te quiera leer leyendo, advertirás que este capítulo es tan distinto de los anteriores como el anterior lo era del anterior, etc. No encuentro otra manera de presentar el aprendizaje que la escritura reproduce. Espero que no te transmita malas vibraciones.

Adolescentes. Los hay en todas partes, pero en España se prolongan aún más que en Europa. Las estadísticas dicen que hasta los treinta. La iniciación en la vida adulta se sabe cuándo comienza, y no se sabe cuándo, no se acaba.

Primero, lo bueno. Las uniones son libres desde que la mujer no es vendida por una vaca, ni aun por treinta camellos y últimamente ni siquiera por una cadena de restaurantes. La supremacía del sentido sobre cualquier determinismo físico o económico, la edad, los bienes, los males sufridos, provoca una fluidez que puede confundirse con el caos. Precisamente esa confusión caracteriza a la adolescencia. Sólo la conciencia de la libertad saca a flote *le bateau ivre*. La provisionalidad del aprendiz humano no es una condena. La libertad convierte la búsqueda en parte del camino.

Ya no es cosa de salir a cazar por los pelos a otro ejemplar de la misma especie para fundar una familia con cabeza de varón y pies de barro. Estamos convocados a amar. Lo decís algunas mujeres. Yo lo compruebo.

Eso que llamamos con desagrado la erotización de la cultura contemporánea no es resultado de que l@s amantes se amen demasiado, se toquen mucho, se gocen

intensamente. Nada más estúpido que negarse el derecho, el espacio-tiempo y el cuerpo del amor mutuo, con dos cabezas que se besan y entonces sí, reunidas. Lo que produce angustia humana no es la fluidez del deseo, sino el engaño del estímulo que conduce a otra cosa: mírame pero no me toques. Estoy pero no existo. ¿Parezco un sujeto? Para ti soy un objeto. Entras en mi portal, te fijas en mi ventana, observas mis genitales por internet y luego te hundes en el vacío. Nos fastidiamos juntos un ratito.

Pues bien, esa confusión no empezó hace diez años, ni cientocincuenta. La cultura de las rejas y los velos hasta los ojos producía el mismo efecto. El mismo estilo de exhibición ha caracterizado al poder en todos los retratos desde que el mundo es injusto. Vemos los atributos pero no sentimos al ser humano. Por supuesto que no es una cuestión moral, sino mucho más esencial.

En ese territorio donde las personas no se encuentran, donde sólo se rozan en el metro o en el desfile o en el fútbol, donde se escucha el rumor del mar sin llegar a verlo, donde una sola gota debería quitar la sed de Tántalo, donde una mirada esquiva tendría que satisfacer a la princesa presa, allí impera la violencia del cazador de sensaciones sin rostro. En el extremo del horror, ocurre la sensación descarnada de la muerte del otro, a distancia. Pero eso ya no es la adolescencia, sino el infierno.

Hay salida.

Tú-yo-nosotros-ustedesvosotros-hacemoselclima → hagamosqueseabueno-para-todos.

Actúa local-corazón. Piensa global-mente.

Despiertos

Los adolescentes despiertan a la vida sexual de muchas maneras. Bien, bastante bien, a costalazos, más mal que bien, una vez al año, una vez cada veinte años. La entrada en la nueva dimensión parece llena de peligros, tanto como el nacimiento o la resurrección. Tanto como la reencarnación, si tuviéramos necesidad de convertirnos en insectos para que nuestra sexualidad se expresara sin apretones.

Después de observar las moscas durante la infancia y con más interés durante las horas de estudio vigilado en clase, *Mig* no parecía convencido de que tal forma de existencia le llenara los huecos enormes que sentía en el cuerpo desde los nueve años. Ni la cópula de dos moscas contra los cristales ni la *melée* masiva de diez moscas a la hora de más calor en la primavera mediterránea le producían un placer estético, sino una desazón ante la caída.

Mig era un sentimental al modo de Schiller: había empezado por añorar el paraíso perdido donde jugueteaba como un cervato. Al mismo tiempo, cada vez con más perfiles, soñaba el idilio de pasar la mejor parte de su vida con una mujer a quien sintiera carne de su carne. Un explorador capaz de aventurarse sin ánimo de conquista, con ganas de conocer todos los poros, dar y recibir en igualdad el sentido de la íntima diferencia.

Cuando leían en clase de literatura –no de biología ni de anatomía- la opinión de Unamuno sobre el matrimonio, aquello de que la unión de la carne le condujo a sentir la pierna de su mujer como su propia pierna, al principio le parecía enternecedor. Pero en poco tiempo reconocía una radical insuficiencia.

La mediación de esa experiencia simple –tu pierna es como mi pierna- se realiza a través de una empatía con tal hondura que haría explotar el cerebrito de una mosca. Los canales del consentimiento humano se abren en la roca. Profundizan hasta llegar al

centro. Alma encarnada, cuerpos espirituales, corazones compartidos que no laten para uno sólo.

De ahí que la áspera doctrina de la inmutabilidad del matrimonio sea prácticamente falsa y, sin embargo, tan verdadero el fondo de su experiencia.

En el momento que *Mig* imaginaba la pierna de la mujer amada (nota al pie de la pierna: podría haber sido el hombre amado, pero *Mig* vivió con bastante certeza el impulso amoroso de Edipo hacia su madre, sin el complejo odioso de rivalizar con su padre, con quien salía a pasturar por el campo los fines de semana), en ese mismo instante distinguía con claridad cartesiana que la atracción hacia la pierna, desde el dedito meñique, hasta la ingle, a través de los plieguecitos de la rodilla y la anchura del muslo, no se iba a quedar en una homeostasis como si fueran elementos de un mismo sistema: una misma célula, un mismo botijo con agujero y pitorro.

Mig veía los ojos de la mujer amada mirándole mientras él la miraba, acariciándole mientras la acariciaba, gozando mientras él la gozaba, gozando más él cuanto más ella.

Suprimir el deseo sólo sería posible con anestesia. Lo que podemos hacer con la energía no es ahogarla en tierra, desviarla hacia el trasmundo o sublimarla en objetos de ficción. Podemos emplear el deseo en causas al servicio de la humanidad. Amor cada día nuevo.

Cuando *Mig* tuvo la suerte de hacer amigos que padecían discapacidades graves, se sorprendió por la fuerza del deseo en ellos. Hasta el punto que podía palpar esa marea que agita el interior de los humanos concretos y se eleva en regueros de espuma para tocar el costado de Dios-a. Los humanos cuerpos claman por transformarse en vida real, encuentro real, recorrido, unión, plenitud de los amantes. No inmutable, ni impasible, sino fiel.

Mig conoció a una chica. Se gustaron, se reunieron y separaron de nuevo. Ella le enseñó hasta qué punto era diferente su modo de gozar y su dolor, su pensamiento palpable, la entonación de sus emociones. Eran amantes ideales. Modélicos en la búsqueda. Exploradores incansables. Generosos en gozar del placer prójimo. Pasaron mil pruebas en una constante maduración.

Un día empezó a pensar como Unamuno acerca de su mujer. Ya no soy un adolescente. Hemos madurado. Se le olvidó el principio: que la madurez es un continuo aprendizaje, de edad en edad.

Si hubiera despertado a tiempo, si hubiera vivido el tiempo –cada día nuevo- no se habrían repelido por falta de amor.

Adolescencia

España adolecía de experiencia democrática y abundaba en adolescentes. La mayoría relativa de jóvenes ayudó a superar el golpe de estado un 23 de febrero, como si fuera una erupción de granos.

La generación del rey Juan Carlos puso su parte en el bálsamo: no quisieron mandar más que lo necesario. Los símbolos castizos del poder…

(los tres cuernos de una bestia del Apocalipsis, a manera de velitas sobre una tarta flambeada por los bigotes mostachos de von Bismarck, Nietzsche o un profesor progre de literatura; rellena –la tarta- por una crema verde militar, por supuesto, que al abrirse expande un brazo hacia el techo con pistola en ristre: Tejero)

… en lugar de inspirar un terror razonable, como el que empezaron por notar en sus corvas los espectadores vivos de aquel estreno en el Congreso, acabaron la década convertidos en emblemas de lo grotesco, junto con los cabezudos y las chirigotas del carnaval.

Los rostros granados volvieron a lucir tersos y veraniegos, como si la revolución creativa de los años 60 se hubiera reeditado en la España de los 80. Como nunca se vivieron, aquí. Es el mensaje subliminal de algunas de las películas de Almodóvar.

Los años ochenta comenzaron por un frío invernal de violencia en auge, un viento oeste-este-oeste congelado desde la estepa siberiana, con rachas terribles de norte-norte-sur contra miles de víctimas civiles en los países más amados de la tierra: lúcido campesino El Salvador, Camboya monzónica, caravanero Afganistán. Continuaron en un verano intemporal, una adolescencia prolongada por el fenómeno incandescente de la movida madrileña, Galicia sitio distinto, los amigos de Mitch, que vivía en Alicante, donde se corta el *bakalao*.

La *movida* –nótese la minúscula provocadora- tiene relación con el Movimiento Nacional como un fluido se relaciona con un sólido. El desgaste producido por el fluido erosiona el sólido muy despacio, pero de forma implacable, al igual que una lengua fiel aplicada a un clítoris femenino que haya padecido ocultación llega, al cabo de cierto tiempo, a producir una implosión hacia dentro y una explosión hacia fuera. La impresión es indeleble. Libres y amantes.

Cambios

Mig sólo llegó a nacer cuando conoció a Cinta María. Mientras tanto, aún estaba enredado en una vuelta imposible hacia el origen, adicto a una infancia feliz en aquel solar familiar donde pasaron la guerra y la posguerra y la transición, que no era de la familia y del que terminaron por ser expulsados. No se daba cuenta que la humanidad seguía felizmente reunida en otros lugares, a otra edad. El paso brusco de la familia extensa a la modernización produce monstruos.

Desde que ingresó en las pandillas adolescentes, comenzó por emborracharse ritualmente todos los fines de semana; luego a fumar hachís y a escribir caligramas ácidos. Como si estuviera de vuelta sin haber ido.

Se lo decía el amigo poeta que le dio a leer lo más semejante a una vanguardia desaparecida: *Joven poesía española* (una reedición ampliada de los "novísimos"), a más de libros propios y antologías del círculo de vates locales. Aun así, el todavía más joven Mitch recibió halagos y algún premio para que siguiera bamboleándose en estado fetal, de tribu en tribu.

Nació cuando la conoció. Tenían catorce, quince, dieciséis años, pero Cinta María era tres meses mayor. Lo cual representaba algo a esa edad. Se vieron por primera vez en los pasillos de un Instituto de Bachillerato. Se besaron, para empezar, un día de excursión. Intercambiaron libros de Hemingway junto con sus tanteos literarios manuscritos.

Mitch se sentía *el Viejo* desde antes de nacer. De ahí su gusto por Hemingway, además que lo recomendaba un escritor local, cronista de la ciudad, quien por entonces se encargaba de enseñarles a ambos la técnica de la narración corta en un taller literario semanal: Chejov, Borges, Cortázar, Hemingway, Carver. Se volvían a encontrar cada vez con más rostro.

Por fin, el primer aniversario de la victoria electoral de los socialistas –en aquella época, la izquierda-, el 28 de octubre de 1983, tocaron tierra en una discoteca, mientras los amigos de Mitch celebraban la presentación del número, con tapas en color, de un *fanzine* oficialmente oficioso que imprimían gracias a la multicopista del Instituto. No se hicieron famosos por la revista, sino porque alguna vez lograron extraer copias de los exámenes para distribuirlas de forma arbitraria. La Cosa Nostra, aunque sin matones.

Algo así como lo que estaba haciendo una parte del PSOE para renovar la Administración. Ya que algunos cargos no habían tenido tiempo de estudiar, se inventaban los títulos y distribuían caramelos. No obstante, fueron años felices. Un poco etílicos. El Estado del Bienestar se construyó a pesar de todo. La renta nacional se equilibró: los obreros cobraban relativamente más y las pensiones bajísimas subieron a bajas. La década milagrosa no fue un farol, sino que le sobraban cartas marcadas.

Aquella edad de oro empezó a acabarse cuando la *rentrée* de Napoleón en la OTAN. Felipe González y Alfonso Guerra se repartieron las medallas de la reconquista. A mí me cogieron con el paso cambiado, es decir, como un joven comprometido con el cambio hasta las cejas. Disolvieron las Juventudes Socialistas *de facto*, porque íbamos a declararnos en campaña contra ambos bloques. Durante el congreso de la federación del País Valenciano (septiembre de 1985) me habían comisionado para defender la ponencia en el Comité Federal. Pero el secretario general, Javier de Paz, con su apellido y todo, salió por la TV para explicar que nuestro no era sí, no obstante. El Comité Federal, convocado al efecto varios meses antes, fue suspendido sin otra razón que el buen tiempo.

Al año siguiente, 1987, les montamos una huelga universitaria de 8 grados en la escala Richter, semejante a la movilización contra otros intentos de modernizarse como

los camaleones, sin alternativas sociales, económicas y culturales que produzcan esperanza. Queríamos una reforma que promoviese la formación humanista, la creatividad cultural, la investigación al servicio de las necesidades, más allá del mercado. ¿Quién va a pagarme por servir a los que no tienen dinero? ¿Quién concreta el perfil profesional? ¿El empleador o la sociedad real? ¿Las capacidades por desarrollar y las necesidades por satisfacer? ¿Ha de prevalecer el capital sobre el ser humano? En lugar de contestar, me echaron amablemente del Partido, a los brazos de los movimientos sociales. Lo mío no era ocupar un cargo político.

De esa corriente crecieron muchas ONGs, desde finales de los ochenta hasta el 2000, que ya no funcionaban como un engranaje para conquistar el poder. Lo llamaban el tercer sector. El voluntariado social, la cooperación internacional y la acción humanitaria, el ecologismo en su segunda generación, el altermundialismo sin etiquetas (de qué Internacional eres, y tú, de qué baúl sales), la reivindicación de la economía doméstica y la vida comunitaria.

Para ese viaje no servían las alforjas del joven promesa a quien el tío Pepe saludaba bromeando, “Hombre, el Presidente”. Nada que repartir. Tampoco bastaba un amor que pacta ciertos sacrificios hasta alcanzar un estatus, y después se desintegra. No era suficiente, si no iba acompañado de un marco narrativo en que la vida por los demás tuviera sentido, aunque no conquistáramos el mundo, para subvertir pacíficamente sus estructuras.

Pero eso es otro capítulo y otra historia, que acaba de empezar.

Sobrevivió

La historia de *Cinta i Mig* debería ser grabada en forma de estela alrededor de una columna, hasta donde alcanzaran a apilarse bloques cilíndricos de piedra. Luego se derrumbaría por esa tontería de la gravedad.

Corrieron hacia arriba en lugar de hacia delante. Se azuzaban uno a la otra como una tortuga a un galgo y viceversa. Sus necesidades se hicieron virtudes. Sus virtudes les exigían un rendimiento por encima de la línea del horizonte. Parecían seres alados en evolución: águilas, gaviotas, patos, gallinas, pingüinos. Llegaron a ser provisionalmente felices.

Originarios ambos del mismo barrio obrero extrarradial. Su carrera universitaria, meteórica. Premios extraordinarios, becarios de investigación, reconocimiento público. Rebeldes con causa por la emancipación de la mujer, por la salida de la OTAN, contra los socialistas tecnócratas, contra el sexo convencional, contra *lo* Todo.

A Cinta María transportadora le daba pánico quedarse embarazada. No era por razones religiosas, sino por el peligro de que ambos truncaran su trayectoria ascendente. Se dedicaron a explorar todas las alternativas, con la excepción de cualquier forma de violencia disfrazada. Hacían el amor como los ángeles, es decir, sin penetración. Se dilataban horas, días, años. Eran recíprocos en darse gozo hasta el extremo posible de la mutualidad. El único límite lo ponía el desgaste físico. A veces se pasaban.

Pero su amor adolescente no fracasó por extirpación de ningún miembro. Se truncó muy poco antes de la catástrofe de 1992, aquel año triunfal en que la movida se trastornó en Movimiento Colonial de la Vanagloria Ibérica. No sé si alguien recuerda que al año siguiente cayó el producto interior bruto por primera vez desde la posguerra. [La segunda vez, el 2009].

Para entonces, *Mig* hipertrofiado y Cinta María desconfiada ya no se aguantaban. *Mig* se concentró en su laboratorio de investigación sobre ingeniería genética, cada día más ambiciosa, cada día más horas, mientras las visitas a Cinta se transformaban en una costumbre.

Su pierna es mi pierna. Pero eso significa que me he transformado en un monstruo de cuatro patas con forma de sillón. Sea, en nombre de la experimentación científica.

Cinta María se sintió abandonada. A su alrededor surgían otros pretendientes ante la mirada impasible de él.

- Eh, *Mig*. Estoy aquí.
- Sí, *pequeña*. Tu pierna es mi pierna.

Qué rabia. Nadie podía avisarle del desastre que se avecinaba porque no daba signos de flaqueza. Ni siquiera yo, el narrador. *Ton semblable, ton frère.*

Habían competido entre sí bajo la bandera olímpica de nuevos dioses. Cayeron sobre sí mismos con un ruido de mito antiguo. Nadie supo quién de los dos se engañó primero. *Mig* se preocupó más de ocultar la derrota que de recuperar el tiempo perdido. La última batalla de Hera y Zeus antes de convertirse en frágiles humanos.

Luego les vino el *duelo*, porque estaban locamente enamorados. *Mig* sobrevivió agarrado a una tabla mientras desde el interior de su cerebro, congestionado por la exigencia de perfección técnica, salía *la Tempestad*.

El (huracán) Mitch.

El Sur

Al despertar, vio que estaba en una playa. Había acudido a contemplar el alba después de una noche agitada por todos los vientos.

Con las primeras luces, la tabla resultó ser una mano. La mano, una caricia misteriosa. El Misterio, mucho más que un enigma descifrable para conquistar el poder en Tebas.

Empezó a pronunciar la palabra Dios-a, con la esperanza de recibir respuesta.

- Madre. ¿Quién eres? ¿Quién soy?
- No soy tu espejo. Mira mi rostro crucificado. Mira, que soy tu hermana, *Mig Pollastre*. Sufro violencia, abandono, desnutrición, ¿me amas?
- Sabes que te amo
- Pues no se nota.

Tomó en sus manos el libro. Lo había recibido aquella semana. Olía a nuevo. Era un catálogo de puestos disponibles para desempeñar la prestación social sustitutoria del servicio militar. La última página, un reducido elenco de organizaciones dedicadas a la cooperación internacional: *Cruz Roja. Ekumene. Pax.* África. América Latina.

- No vayas a la Expo. Toma el camino del Sur.

Era el mes de marzo de 1992. *Mig* se gastaba sus excedentes en fumar hachís para cubrir las penas y se pasaba las noches leyendo, escribiendo o revisando películas de filmoteca. No le quedaban recursos ni ganas de visitar la Exposición Universal. Aquel verano participó en las Olimpiadas por TV. Se emocionó con la ceremonia de apertura: la mitología mediterránea de la guerra convertida en competición incruenta. Cuando vio a un atleta de un país sin potencias estelares ni tiempo para entrenar, que llegaba en último lugar de la maratón, con los pies arrastrando por la pista, un desgarro en la boca del estómago dio paso a la sinfonía del llanto.

- Madre. Ayuda a mi absoluta falta de fe
- Tu hermana, Mig. Eres libre
- Ay, libre...

“Actúa. Yo te daré mi fe”.

Así se acaba el cuento de la España adolescente.

¿Y antes de las guerras?

¿Y antes de la Guerra? Sólo tengo una memoria familiar dispersa sobre la fiesta del 14 de abril. A mi tía le regalaron, todavía niña, los retratos de dos aviadores heroicos que fueron fusilados antes de despegar, por haber proclamado la República. Dice que cuando pasaba un rato mirándolos, veía después sus rostros reflejados en el cielo. A mí me pasaba lo mismo con la Santa Faz, de mayor. Otros libros narran aquel vuelo frustrado con muchos detalles.

Te invito a disfrutar un viaje en el tiempo anterior a una guerra y, en realidad, a cualquiera de ellas, cuando todavía fue posible evitarlas. No es que estos personajes se lo propusieran. *Mig* y sus amigos –también eran míos- tenían la mente en otra parte. Pero me han servido para conocer un escenario muy distinto al que luego inventaron los beligerantes, con el fin de legitimar el recurso a la violencia.

Jacques

- No, no soy generoso. Soy avaro de mi tiempo, de mis esfuerzos, de mi fatiga, y eso me repugna.
Jacques Cormery

- Hay en mí un vacío atroz, y una indiferencia que me hace daño.
Malán

- Un hombre no hace eso […] Un hombre se contiene. Eso es un hombre y si no…
Henry Cormery

en Albert Camus, *El primer hombre*

Policía eres tú

19 de julio de 1991

La Revista, Suplemento dominical del diario *El Porvenir*

Mig García, desde Orán.

A quien se embarca nadie le asegura la travesía aunque no sea martes. Los días nublados piensan todos en la fiesta aplazada de los agricultores. Se alegran por la parte de la raíz hundida en los rurales de su árbol genealógico. Se entristecen todo lo más a causa del reuma y los inciertos grises. Pero apenas algún familiar se acuerda de los que andan por el mar sin dejar senda, que en esos días nublados no encuentran siquiera el amparo de la consabida Polar para afirmarse en el mareo del devenir.

Esa noche había luna menguante sobre cubierta. Los pasajeros dormitaban sudando en el vientre de la ballena, entre los asientos de *sky* medio reventado. Frescos y todo, la marejadilla nos mantenía despiertos. El *perpetuum movere* de las aguas, que transforma a los marinos en especie predilecta de Barojas, Conrads y Homeros. La sangre no se enquista en este medio eternamente líquido, ola arriba, ola abajo. Para quien desee ejercitar la voluntad, los dioses reservan un paseo en barco y alguna cita en mitad del infinito, con su imagen enturbiada por el espejo en danza, arribabajo.

No era difícil sentir placer por la extrañeza de estar anónimos extranjeros, en aquel suelo hostil a la quietud, el ambiente ajeno al imperial castellano. La falta de confianza, que nos impedía tumbarnos simplemente y dormir, horas después de la última genuflexión cara a La Meca. Los compañeros de viaje que todavía velaban, la cabeza apoyada grácilmente, nos miraban con tolerancia a lo distante. Un apéndice de lo que dejaban atrás.

La rareza bañada en sudor nos hacía rondar de la cubierta al interior del buque, hasta que incluso aquellos jóvenes en pantalón corto y pasaporte comunitario formaron masa con la algarabía de cuerpos, mantas, sonrisas de gusto, rostros de indiferencia, gestos oscuros que atribuir al integrismo... El silencio que servía de fondo al retumbar quejoso del barco, arribabajo.

Reparé en la absoluta falta de simetría, entre nosotros como una afirmación ruidosa con destino a Orán, y el viaje que ellos habrían cumplido callando, en autobuses nocturnos, el tiempo contado, el mundo que se les imponía estrecho. La misma expectación en aquellos jóvenes, o viejos, o mujeres, que iban a otra tierra, con la frontera sobre el lomo hasta la vuelta.

La mala conciencia, no obstante, venía a ráfagas. Sería idiota haberse embarcado en aquella travesía para encogerse bajo la concha occidental. Andar temiendo a las barbas de Mahoma. La barba (ríe) es el signo prejuiciado en los hombres, además de un rostro adusto tras haber visto a los sodomitas de Occidente sin participar (tampoco se dejan, ellos) en sus ritos de bienestar.

Tuve sueño, entonces, y noté la gravedad de los pulmones después de horas fumando sobre cubierta.

Soplaba un levantón que parecía sólido cuando te amasaba el rostro, la boca, con sabor a sales. El pasajero acodado en la borda dedicó una sonrisa al corro, alrededor de la brasa, y se marchó. El viento y el mar comunes invitaban ya a una cierta familiaridad.

- Podrías haberle ofrecido un cigarro

- ¿En qué idioma?

- Pues en francés, hombre. Cien años de colonización nos preceden.

Llevar sobre el hombro la historia del mundo es cosa de China. La única Muralla que no cae desde dentro, hasta ahora, aunque un tanto salpicada por la sangre de jóvenes, estudiantes, orantes pacíficos, niñas fuera de programa.

En aguas del Mare Nostrum, como lo llaman los piratas, no había comunidad de origen. El mar es la comunidad de origen. Nosotros, jóvenes, no prohijamos los pecados de temor senil contra la camada hambrienta que viene del Sur.

- Si no dormimos, mañana nos va a lucir el pelo. Venga, hay que moverse

- ¿Por alá o por acá?

- Cuidado con las bromas. Recuerdo de cuando estuve en Alemania, que se me ocurrió mentar a los nazis, en un autobús...

- Mañana me lo cuentas.

Nos atrevimos los tres contra el vaho tórrido del fondo, destemplados, de modo que el catarro sudoríparo en el desierto, dentro de dos semanas, ya es seguro.

Me arrellané sin pedir permiso en el butacón a la vista, para convocar el primer sueño. Ahí estaba.

- Españoles, ¿verdad?

Se inclina frente a los ojos semicerrados. Toca suavemente mi hombro. Sin buscar pretexto, deja la chaqueta en el respaldo y se quita la camiseta que cubría una piel brillante bajo los ecos de la luz eléctrica.

En la superficie tersa, entre el pelo ya canoso, destaca una constelación de estrellas moradas, algunas pequeñas y profundas, por el estómago, el pecho, la espalda. Hematomas, quemaduras. Señal de golpes y brasas de cigarrillo aplicado donde más duele. "La policía española".

- Pero nosotros no somos policías, ¿eh?

Creo que nos sonríe. Los musulmanes de Argelia miran con tanto aprecio al extranjero como violencia a los inmigrantes dedica la ohculta Europa, por debajo de los mandamientos, los spots transculturales, la supuesta tolerancia.

Odiseo en la Kabilia

Atlas, 17-7-91

Querido Xavi

Seguimos viaje con la guía de Munir y el buen hacer de Óscar. Ellos eran amigos desde mucho antes, lo que significa que Arturo y yo somos tratados mejor de lo que merecemos. Arturo se lo merece algo más, porque ha puesto el cuatro por cuatro de su hermano a nuestra disposición. Pero yo me he apuntado al grupo de casualidad.

Todo por aquella noche que salí de fiesta, durante *les Fogueres*, después de pasar la semana entera estudiando con las persianas bajadas, mientras todo Alicante bailaba, daba voces y tiraba petardos a la puerta de casa. Era la última, el 24 de junio. Salí porque no podría soportar el estruendo de la *cremá*, ni con tapones de cera. Me los encontré en la *barraca* universitaria. "Nos vamos de viaje a Argelia". Les pregunté si irían al desierto. No lo tenían pensado, pero lo incluyeron en el plan. Pues yo también me incluyo... Como aún no habías vuelto de la beca Erasmus en Alemania, te lo has perdido. Al fin y al cabo, Arturo es amigo tuyo. En fin, ya me contarás cómo acabó la estancia.

Cinta no vino a las fiestas este año. Ni se ha disculpado, cuando hablé con ella por teléfono antes de tomar el barco. Incluso creo que se enfadó. Quizá deseaba que fuera a Sevilla para organizarle una escena, delante del otro. Un inglés que estudia literatura, me dijo, y que la lleva en bicicleta. Pues que vayan donde quieran. Era y es una mujer libre. Se lo he demostrado durante siete años… aunque ella se convenció a sí misma de que la engañé durante mi visita a aquella hospitalaria *Wohngemainschaft*, o

sea, tu hogar. Mira que se lo dijiste. Mig no engaña (lo de "pero flirtea" ya lo discutiremos). La quiero de verdad. Tengo amigos y amigas, punto. En fin, qué te voy a contar. ¿Sabe lo que hace? Debería saberlo. Prefiero no pensar más.

Espero que no te hayas dejado en Alemania el pedacito de Muro de Berlín que te encomendé. No es que quiera reconstruirlo. Es que estamos entrando en una era nueva y necesito imaginarla.

No nos ha pasado nada, aviso, por si se publicara un cierto artículo, o alguien te contase la mitad de las cosas que hemos visto y oído en Argelia: descomposición institucional, mano dura, represión y recelo. Pero no contra nosotros, españoles. Un poco contra los franceses a causa de la intromisión de su gobierno, que no deja de amenazar al Frente Islámico de Salvación (FIS). Una ventaja por haber nacido en aquel suelo, al fin.

Nosotros somos parte contratante en el Noroeste de Argelia, la *wilaya* de Orán. Alicante está lleno (es un decir) de *pieds-noirs*. Pero en el resto somos conocidos por los banderines, la onda de los partidos de fútbol, que alcanza a toda la franja norte del país: más o menos, 300 kilómetros de tierra bien regada hasta el Sahara. Mediterráneos y filoeuropeos en la zona bereber. Las vías de desarrollo suelen retratar a su destino Norte. También aquí, en la Kabilia, donde ahora estamos.

Nombre mágico, Kabilia. Una parada en la Odisea. Un horror de la naturaleza: Circe que le dice amor al héroe a la cara. En esta zona las mujeres comparten la casa con el hombre, las tareas, los hijos. Aquí nos hizo de comer el padre.

Te escribo desde la montaña del Atlas, rodeado de vacas pastando, sobre un prado verde y ancho que se ampara en un picacho enorme. Por allí arriba andan Óscar y Arturo, como cabras. Munir y yo quedamos abajo con un refrito de patatas, cordero y

vegetales que compramos junto a la carretera, en un kiosko de madera llamado "Burger King" (de veras).

En el prado hay más gente con tiendas. Argelinos. Jóvenes bereberes (masc. *amazigh*, pl. *imazighen*). También hay un abrigo de pastores. Pastorcillos ilustrados, a quienes conocimos anoche. Adolescentes que estudian el Bachillerato y, durante los veranos, rehílan la tradición de los jóvenes vaqueros. Universal, creo.

Estos muchachos, alguno ya con pasaporte, conocían muchas técnicas de entretenimiento. Historias más personales que patrañas. Cálculo mágico del día de la semana que corresponde al día del nacimiento. Exhibiciones de escritura bereber (*tifinagh*) para los extranjeros, porque nos impresionaron los caracteres en una hoja de notas para el juego. Grafemas fenicios o griegos en mixtura con lo desconocido: la Kabilia. La lengua bereber (fem. *tamazigh*) es el sustrato del Norte de África. Nuestro, también, dado que la mayor parte de los colonizadores que se establecieron en Al-Andalus procedían del Magreb.

Intercambiamos regalos como jóvenes en convivencia. Ellos, chocolate. Nosotros, algo de vino, que aquí no es difícil conseguir. Como la leche de las vacas con que hemos desayunado, en el chozo de los pastores. El techo bajo de uralita. La pared de roca.

La juerga acabó bien. Un jovencito de diecisiete, el más duro, se subió con el vino a las alturas: “The stars are animals, from here, look to this cow. And that is me”. Pero luego bajó tambaleándose, hacia la cabaña.

El padre del amigo bereber de Óscar es maestro. Bereber en una zona árabe, cerca de Blida. Ahí radica la central del FIS. Dormimos en su casa anteanoche. Paseamos y hablamos en el patio común a la escuela y a la casa. Al otro lado, un

almacén que fue la escuela francesa hasta los años sesenta. Plástico y tablones. Un horno. No extrañan las revoluciones si se miran de cerca.

Parece que la familia no ha vivido mal. Quizá sientan sobre ellos un poco de resentimiento. El gobierno debió de contar tras la victoria, para la asignación de puestos, con los hombres ya formados. Muchos de ellos bereberes, puesto que el desarrollo fue mayor en la Kabilia, cruzada por autovías a la nórdica en su zona costera. Las vacas, suizas. No hay complejo de inferioridad aquí con los europeos. Los jóvenes hablan, gustosamente, el inglés, además del francés, el bereber y el árabe co-oficiales. Rechazan a los integristas, porque quieren imponer su Ley. Les repintan las pintadas con una F: F.I.S., Frente Islámico de Salvación. F.F.S. Frente de Fuerzas Socialistas, bereberes.

Munir se ha molestado porque invitamos a H., el chico bereber, para que hiciera con nosotros el resto del viaje, ya en el Sahara. Decía que en un cuatro por cuatro como el nuestro, cinco eran demasiados (a este lado del Mississipi).

Óscar habló con él sin mucho éxito.

Los bereberes de la Kabilia tienen más recursos, no mejores sueldos, pero sí más economía privada, más concesionarios extranjeros, más turismo, consumo, viajes a Europa. Viajes de estudios para algunos jóvenes como el nuestro, apuesto y cortés.

Durante los primeros días vivimos con la familia de Munir en Orán. El extremo Oeste. Cuatro hermanos, una hermana. Todos viven en la casa, hasta el hermano médico, que trabaja en el laboratorio de una clínica, como su mujer. Otros dos trabajan en talleres industriales: el propio Munir y su hermano mayor. El pequeño se llama Anuar, como Anuar el Sadat. En el comedor cuelga un retrato de Sadam Husein, pero no hay más hijos.

Anuar nació entre las guerras con Israel. Tiene veinte años. Estudió en un instituto técnico. Sin embargo, no encuentra hueco ni siquiera como marino, que sería lo

suyo. En Orán, el cincuenta por cien de los jóvenes está en paro. Marchará, dice, cuanto más lejos, mejor. Practica y vocaliza rap. Munir canta *rai*, la canción árabe argelina. Según entiendo, un desarrollo de la música sufí. Otro hermano que trabajaba en Murcia, emigrado como Munir, no da señales de vida. Tampoco Óscar sabe dónde está. Ya no manda un duro.

La hermana de Munir es soltera con más de treinta. Pero le da lo mismo, cuando no se acuerda, servir a sus hermanos que a un marido. Su padre es vendedor ambulante de huevos con una furgoneta deshojada de lata, un Renault antiquísimo. Y su madre, fuerte, cariñosa, más joven.

Vivieron en Francia con el primer hijo. Trabajaron y volvieron a Argelia, con la Revolución. Más de un millón de argelinos –árabes o bereberes- murieron en la guerra contra los colonizadores. Un primo de Munir es considerado mártir de la causa. El FLN, todavía en el gobierno, se funda sobre esa memoria. Munir nos señaló el monumento donde está inscrito su nombre.

La guerra terminó en 1962, un año antes que comenzara Vietnam. Decenas de miles de colonos (los *pieds-noirs*) regresaron a Alicante, que muchos ni siquiera conocían. Centenares de miles huyeron al sur de Francia. Mucho antes había salido de allí Albert Camus, huérfano de un padre que murió en otra guerra. Su madre sobrevivió como empleada de limpieza, sin derechos ni estabilidad, en Argel. Años después, Camus manifestó una postura equidistante contra los métodos represivos del gobierno, en defensa de los musulmanes, y, al final, contra la venganza aplicada a civiles por el FLN. *L'Homme revolté*[1].

---

[1] Nota después de 1994. La madre de Camus es de origen alicantino. La abuela le enviaba a dormir por las tardes con una "extraña expresión", cuenta en *El primer hombre*: "A benidor", lo que le daba mucha rabia porque nunca le gustó la siesta. La misma expresión, "A Benidorm", seguía usándose en la costa de la otra orilla cuando éramos niños. El topónimo tiene rasgos árabes, valencianos y castellanos, por

La familia que nos acogió es grande, extensa, dicen los sociólogos. Casi un clan, como nuestra red de tías, tíos, primos y primas en Alicante. Una parte de ella vive en Tlemcén, la ciudad sagrada donde se sitúa la tumba de Sidi Abu-Madyan. Boumediene, en francés argelino. A diferencia de Orán, en Tlemcén el alcalde ya es del FIS. Todos dan por hecho que el próximo presidente también lo será. Pero se hace notar, en su casa y en la calle, que la familia y muchos vecinos de Munir no consentirían un nuevo régimen de partido único. Hablan mucho entre ellos, lo que parece buena señal.

Todavía hay restos a lo largo de la frontera con Marruecos de la milkilométrica alambrada de púas que bloqueaba la posible ayuda del país próximo a los argelinos. Cerca de Tlemcén visitamos una cueva maravillosa, larguísima, que comunicaba con Marruecos por debajo de la frontera. Había sido irreparablemente obturada con hormigón por los franceses. La colonia dejó peores olores en el oeste.

Hablando de muros. La hermana y la madre apenas salen de casa. A la puerta. Por las noches sólo se encuentran hombres en la calle. Sin embargo, una cuñada de Munir es médica en el Hospital. Se interesó realmente por mi investigación sobre el genoma. Nadie le dice que se cubra la cabeza. Ni pensarlo, quizá porque la tiene bien sentada. Pero la madre y la hermana, como mucho, visitan a las demás mujeres de la familia. No salen a comprar. Van los hermanos, guardianes casi inconscientes de su hermana. Así creen cumplir su obligación en la casa.

Entre todos la construyeron hace diez años. Albañilería fina, porque su padre era albañil en Francia. Guarda las sombras, el cuarto del té y de los invitados, separado del comedor por una suave cortina de aire. Allí duermen Munir y Óscar. Arturo y yo, con los hermanos.

---

etimología popular. Algo imposible de traducir, excepto como una ironía. Un pequeño enigma. El mestizaje.

Toda la casa es un gineceo durante el día, igual que en España cuando éramos niños. Toda para ellas solas, hasta que vuelven los hombres. Se van. Vuelven. Si tenemos memoria, admitiremos que en nuestro país esa era la tónica hasta hace cuatro días. Hasta que llegaron los ochenta (en realidad, somos millones).

Entonces estuvimos nosotros. Un ambiente festivo, el asombro ante tamaña hospitalidad, la compañía que deja márgenes. La comida: pescado, cordero, couscous. Honrados, alegres, respetuosos. Munir estaba pendiente de cualquier necesidad. Casi no hablábamos. Sonreíamos, con éxito. Hacíamos elogios, con precaución. Me sentía, sinceramente, como en casa de las tías o de los abuelitos, hace diez, quince años.

Después de comer, Munir conectaba un lector de CDs mantenido con pinzas: sus manitas de currantes especializados. Ponía y bailaba la música *rai* de los jóvenes hirvientes de Orán. Ritmo ondulatorio continuamente acelerado, hasta el éxtasis. Los hombres acaban derrengados.

En la última sobremesa pudimos bailar, gracias a la intervención de Óscar, provocador, quien animó, sucesivamente, a las dos hembras de la casa. Acabamos bailando todos, mientras la madre –en ausencia del padre- modulaba un grito jubiloso a la cintura de Óscar, como hacen las mujeres con los hombres que bailan en las bodas, solos. El hecho de que sea homosexual y que la familia lo sepa no modifica la evidencia. Le quieren como a un hijo, en respuesta a la acogida que ha recibido Munir, desde que se conocieron en Alicante. Es sorprendente.

Nos marchamos de Orán después de tres noches, con Munir. Guía y viajero, porque tampoco conoce el Sur. Excepto el desierto en Tindouf, al Suroeste, junto a los campos de refugiados de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) y la frontera con el Sahara Occidental. El solar de su servicio militar.

Allí pusieron a prueba su carácter. Arrestos sobre arrestos, cada vez más largos, en una base subterránea bajo el Sahara. Durante los primeros meses, y en los intermedios de calma, cumplía funciones de vigilancia en camello. Dormía la noche helada del desierto al amparo de un círculo de gasoil contra los escorpiones. Al final intentó escaparse a pie en medio de la nada, con su mejor amigo en prisión. Un helicóptero pudo localizarles y les ametralló. Su compañero murió. Munir se tiró al suelo con los brazos abiertos.

Con Munir hemos cruzado el Norte de Argelia hasta aquí. Pone condiciones. Finalmente es H. quien no viene al desierto. Ya no tenía ganas, de hecho.

Durante un momento pensé que se pegaban, porque Munir se empeñó en dormir en el coche cuando el padre de H. le ofrecía su casa. Pero M. y H. acabaron cediendo. Viajará el mes que viene a España para visitar a Óscar. Quizá coja el barco hacia Alicante con nosotros. No sé.

Ayer por la mañana Óscar le cambió dinero, con la venia y la colaboración de Munir. Uno de los intercambios más preciados en Argelia es el monetario. Necesitan moneda extranjera para salir del país, si ahorran el dinero suficiente para pagar el visado. A quienes no tienen contactos en Europa –o les niegan el visado, vaya usted a saber por qué- no les queda otra que pasar en barca y arriesgar el pellejo. Así ocurre por toda la costa del Mediterráneo y su extensión canaria, desde Turquía hasta el África occidental.

Tropezamos a un francés en la capital de la Kabilia, Tizi-Ouzu: un mecánico que nos dio consejos para la ruta del desierto. La rueda de repuesto está agrietada y en el taller no tenían cubiertas. Para conseguir una tuvimos que comprársela al gobierno. Es un decir, a la empresa distribuidora oficial. No atienden a particulares. El primo de un cargo, nuestro contacto, quiso cobrar miles de dinares por la operación. Tuvimos que ir

nosotros mismos hasta las oficinas de la gran Compañía de Hidrocarburos, meternos en el laberinto y encontrar a la persona que debía firmarnos un vale, a canjear en cualquier gasolinera. Lo obtuvimos por la mitad de precio y sin manteca. Munir se manejó con valor, como siempre.

Cuando bajemos de aquí, continuaremos hacia el desierto, por la estepa, hasta cruzar el Gran Erg Oriental: el Mar de Arena en el que crece el petróleo día y noche. Los dátiles de Ouargla, Biskra, Tougourt. Más allá, todavía, nos espera el valle de Mzab, donde se alojan doce ciudades de cultura tradicionalista. La más conocida, Ghardaia. En la Kabilia las mujeres no van cubiertas, pero sí en el Mzab. La etnia predominante en el sur es la bereber, pero la costumbre de aquellos rumbos debe de ser más rigurosa y las excepciones más aventuradas, casi morbosas. Munir cuenta cómo las mujeres se velan el rostro para dejar libre un solo ojo, que les basta y sobra para que su cuerpo hable, no el demonio: para manifestar sorpresa, ira, molestia, agrado, deseo, soberbia. También dolor, porque la moral acarrea más de una desgracia espiritual y física: conducir un ciclomotor con un ojo tapado es un virtuosismo absurdo, reconoce.

Por contraste, nuestro mejor baño ha sido en una playa camino de Argel, al natural. Había arena y más arena, dunas sobre dunas a lo largo de quince kilómetros en una franja de unos trescientos metros, desde la orilla hasta los cerros pelados junto a la costa y una frontera de huertos. Sin accidentes modernos ni el omnipresente mercado para el extranjero. Tan sólo un camino que asaltamos con el todoterreno. Perseguíamos el crepúsculo, hasta donde pudimos. Luego saltamos al vacío sobre una red de arena. Nos quitamos ropa corriendo, nos dejamos rodar por las dunas. Acabamos en cueros. Lástima que no fuéramos mejor acompañados, sin desacreditar la presencia masculina.

Intento ponerme a la altura de la ausente. Qué sentiría, pensaría, compadecería, burlaría, Cinta María, sentada en su cruce entre el Sur y el Norte, americana y europea,

feminista porque es lista. Gracias a ella, a su madre brasileña y a su vitalidad arrebatadora no puedo imaginar un mundo que no sea de colores, como dice la canción.

En el instante que entramos al agua, salpicados por el Levante casi paralelo a la costa, la piel sedienta, entraba el sol. Luego sentimos frío por secarnos al aire. Yo me abracé al recuerdo de Cinta, para calentarme en todos los sentidos. Me quedé dormido con la cabeza fuera de la tienda, Cinta imaginada sobre mi regazo, la vista al cielo. Las estrellas parecían relámpagos, tan lujosas. Entonces era luna nueva. En los fines del Sahara será luna llena.

Aún tengo tortícolis.

Otro astro a perseguir en el ciclo del viaje: Tamanrasset. La última población al Sur. Los montes Hoggar, que tan distintos serán a éstos, casi alpinos. De noche, la Luna tibia sobre el desierto.

Todavía hoy, ya anochecido, dormiremos en la montaña. Uno de los pastores, Isa, rubio vivo, ha venido para invitarnos de nuevo. Ayer le regaló a Óscar, también rubio, un cristal de roca a punto de ser transparente. Nos reímos por la cara de niño malo con que lo recibía. Otros chicos vienen con una guitarra, gesticulan, se sientan, hablan con Munir. Parece que lo encuentran muy serio. Yo tampoco tengo ganas de seguirles el juego. Tenemos que acostarnos pronto y madrugar, rumbo al Sahara.

Espero que Óscar y Arturo no se hayan despeñado. Todavía andan por el monte.

Nuestro padre fue pastor de niño, recuerdas. Con diez años, sacaba los animales por el secano, fuera del sembrado. Con las cabras, campo abierto. Por allí encontraba rastros: nidos de tarántulas, jacintos de compostela, fragmentos de cerámica. Con él hemos aprendido a encorvar la espalda. Cuando niños, nos perdíamos por los recovecos de la tierra derrumbada, caliza blanca, arcilla roja. Los estratos que abría el barranco desde la Montaña. La Font de agua caliente en invierno, fría en verano. Aprendimos a

buscar, durante esos viajes, las raíces a ras de suelo. Las huellas y las voces con que la tierra habla. La vida creciendo una sobre la otra.

Algunos bichos también nos gustaban. Los escarabajos, sobre todo. Cuando la abuelita decía que eran de la cuerda del diablo, nosotros los defendíamos, el grupo de primas y primos, tú y yo. Inofensivos, juguetones, aventurados, con sus pelotas de estiércol, como nosotros. Nos encantaba reciclar materiales de desecho para construir refugios, con todo su mobiliario, herramientas, escaleras para subir al árbol.

La tierra patria, porque nos la enseño el padre. Pero él no trabajó allí. No era su parcela, ni la de su padre. Sólo suelo. Estirpe nómada, pues, como las mayorías que apenas han conocido la propiedad.

El problema es dónde emigrar ahora. El desierto avanza.

Xavi, hermano, amigo. Tú al menos sabes media verdad (aunque, al final, todo se sabe). Me han reducido a la mitad, como al Mig Pollastre. Por lo menos, en su versión castellana. Según otra, que contaba Enric Valor en nuestro manual escolar de valenciano, el *chicotet* llega a casarse con *la filla del rei*.

Estoy enamorado de Cinta, mucho más que el primer día. Pero tengo miedo a su venganza, porque no se dirige contra mí, sino contra un fantasma. ¿Cómo ha podido hacerme esto, sino por olvido de quién amaba? Me ha sustituido por otro antes de sustituirme por otro. No es un juego de palabras. No soy su padre, ni un patriarca añejo.

Soy ella.

Mañana entramos en el desierto. El infinito.

El teu Mig germà.

PD: Si me dejas introducir un falso pensamiento póstumo (no tengo intención de morir), te diré lo mismo que ya habrás experimentado a través de este relato a ritmo frenético. Argelia es un país muy dinámico, que comunica su vitalidad a quien desea entrar en su danza (sufí, árabe y bereber). Pero ese mar de petróleo no estallará, gracias a muchos canales de interacción. Hay un espacio público abierto, donde cabe la exigencia de igualdad en el trato y el reconocimiento mutuo. A no ser que alguien haga explosionar la mezcla. No basta una cerilla, como la discusión entre Munir y H. Las disputas se resuelven.

Sería necesario un plan premeditado, una conspiración, como la que provocó el horror de nuestra Guerra. El fratricidio.

El desierto avanza

Sahara argelino (Tierra de Kel Ahaggar)

Arturo, Óscar, Munir y Mig

Julio 1991

Estancados

- Suena como tira, tira

- Haróa, haróa. Óscar. ¡Casi estamos fuera del agujero! Engánchate a las piedras. ¡Eres una máquina!

Nos falta muy poco. Cinco kilómetros, por ahí

- ¿Cómo lo sabes? ¿Habías pasado antes? ¿En tu otra vida, Munir?

- Eso no es musulmán. Quien obedece el Corán va al cielo, y el que no, no. Una vida y ya... Llevamos más de cien kilómetros por la pista. Falta poco.

- Me lloran los ojos. Perdona, Munir. Respeto tu creencia por absurda que sea

- Tú mira la carretera. Nosotros buscamos los hitos

- ¿Qué carretera? Piedra, igual que nieve. Y llámalos pivotes, como todo el mundo

- Hitos kilométricos

- Me escuece de oírlo. Más de cien veces. “Mira, un hito”. Hito, hito, gorgorito. Tócame el…

- Suda y desfógate. Ya falta poco, dice Munir

- Menudo tute llevas, macho. Yo sería caldo de tu asiento

- Luego conduces tú, Arturo

- Como legítimo propietario

- Tu hermano, chulo

- Mi hermano es mi sangre. Qué no te enteras

- Pues le vas a devolver la chatarra

- ¡Cuidado, Óscar! Eso es otro pozo de arena

- Munir, eres el copiloto ideal. Te voy a comer a besos cuando lleguemos a Reganne. ¿Por dónde empiezo?

- Quieto, marica

- Y tú eres jilipollas, Munir, ¿verdad?

- Verdad.

Ten cuidado.

¿Qué quieres, Óscar, loco?

Estás loco

- ¿No te ha gustado?

- Marica

- ¿Otro besito más, Munir?

- Me voy a condenar, con vosotros

Un oasis cada cuatrocientos kilómetros

- Según viajamos hacia el Sur, la piel tiene más melanina

- Y nosotros. El sol entra por todos los trapos. Mírate, Arturo. Imagina que llegamos a Alicante, al Barrio, con esta pinta

- Quítate el turbante y saluda. Sammuaikum, Munir

- Salam alkum, aprende. Saludo de paz. Con Dios es con Paz, en árabe

- ¿Y la guerra santa?

- Los árabes no matan a cualquiera que pasa, ya lo habéis visto. Vencen batallas, como en España. Pocos árabes y muchos españoles. Pero llegaron a tener un califa, Abderramán. Y poesía dorada

- Lástima que no durásemos los perdedores

- Entre españoles y árabes hay mucho en común. El fuego en los hombres

- ¿En las mujeres no?

- Las palabras que tú me dijiste en la horta de Tlemcen, ¿o se dice huerta? (Óscar me habla en valenciano, también), acequia, aseguia; albaricoque, albercoq.

Oh Alá, hola… ¡Ala, qué dices!

Hyal, vámonos

- Tenemos que esperar a Óscar. Primero comemos de lo que traiga. Luego, nos vamos a dar un paseo. Y lo que quieras

- Claro. Pero escucha lo que te digo. “Hyal” es como “ale, vámonos”

- Lo siento, Munir. Desde que entramos en el desierto estoy asolado.

Además, “ale” se parece más a “allez” en francés

- ¿No encuentras lo que buscas?

- No exactamente

- Hemos tenido mucha suerte hasta ahora. Atravesar el desierto con este calor, el mes de julio. Es difícil

- Una locura

- El desierto es el infierno, para los árabes. Muerte en todas partes

- También las piedras viven. Tienen su historia, medida en millones de años

- La vida está aquí, en el oasis. Eso es un descubrimiento, ¿no? También hay islas en el infierno

- No es suficiente. Ya hemos encontrado a muchos niños y jóvenes que nos pedían una prueba del paraíso: bolígrafos, encendedores, lo que fuera. Quieren escapar, como tú

- Mucha gente de África. Cruzan el desierto hasta el mar

- Los que llegan…

- Aquí viene Oscar... ¿Ya measte?

- Sí, pero no ha crecido nada

El final del camino

- Arturo, tienes fuelle

- Corre y suda, tú también. Ya amanece

- ¡Ah!

- ¿Qué?

- No puedo más

- Hasta luego

- Voy, voy. ¡Oye, vosotros, esperad!

- Óscar y Munir llegaron arriba hace una hora

- No tengo la culpa de ser doméstico. Veinticinco mullidos años

- No hables. Respira

- ¡Dios mío! Mira a tu alrededor

- La ermita del padre Foucauld. Si clamas otra vez por Dios, te lo vas a encontrar

- ¡Dios mío, en medio del desierto!

Creo que las nubes no dejan ver el sol

- Las primeras nubes en dos mil kilómetros

- Bailemos la danza de la lluvia

- Baila tú, que estás hecho un fiambre

- Montañas peladas, siniestras, nacientes, arrugas sin costra humana.

Aquí no hay basura. Hay pureza muerta

- ¡Ese porro! ¿Y los escorpiones?

- Y los tuareg

- Son duros

- Pero se lo montan bien

- Con la cara tapada tienen pinta de gángsters

- O de Valentino targui

- Son casi libres. Sus mujeres, destapadas

- A mí me inspiran más respeto, por eso

- No les falto al respeto. Pero llevo tres semanas en dique seco. Y anoche esa chica francesa, con los dos gángsters, en el refugio…

- Aparta tu hocico. Sobrevivir aquí es admirable

- Nuestro guía parece un dios. Cuando nos revelaba el secreto de las palabras, en su lengua *tamazigh*, se formaba el mundo

- Cada montaña es una indicación para el camino. Un dedo humano. Como ese monte en los primeros Hoggar. "El Pulgar".

¿De qué te ríes? ¿Lo que parecía?

- Lo que era

- A mí me pareció más bien un pezón. Y todo el Mundo era su teta

- "El final del camino". Asekrem. No estaremos más al Sur que aquí

- El monte más alto de los alrededores. Flotamos sobre el mundo. ¿Sería desde aquí, la Tentación?

- La altura en el desierto es muy relativa

(Silencio ancho)

- Mira, por dónde ha salido

- Ya se ve, al iluminador

- Iluminadora. Femenino Mujer, en alemán: *Sohne*

- Los alemanes son muy raros. Yo veo a las mujeres más lunares

- Y yo más solares

- Mira qué grande está ya. Rojo

(Silencio largo)

- ¿Dónde habrán ido éstos?

- Supongo que a la ermita

- ¡Cinta!

- ¿A quién llamas?

- A Óscar. Joder

- Pues no se parecen

- Lo que llevo en la cabeza. Debajo del turbante

- ¿La echas de menos?

(Silencio atravesado, hasta entrar en la ermita de los Hermanitos de Jesús)

- El desierto avanza por todo el planeta. Destruye lo que estaba sembrado. Separa los pueblos

- Peor son las guerras

(A la izquierda, la capilla)

- Eli, Eli…

- ¿Qué dices?

- Esta página, escogida al azar

- En toda ermita hay una Biblia. Eso no es azar

Refugio del Asekrem. Una firma en el libro de viajeros

Montañas siniestras
peladas, nacientes
sin capa de hombre
desnudas
desolas
Arruga
sin tiempo

Tan tarde, tan pronto

Amanecer perdido
entre pureza muerta

Mig Jo, 26-7-91

Dobles y amenazas

Descubierto por México, 1993

I

He atravesado una ola de frío hasta el aeropuerto de Newark. Casi me congelo en el tránsito desde un andén a otro de la compañía Continental, con destino a México D.F. Mi mochila iba cargada de medicinas sin declarar, que pasaron milagrosamente ante los ojos del escáner, si es que los tiene.

Después de compartir las enormes colas con miles de transeúntes, en su mayoría latinos, tomar otro avión, sobrevolar un océano apagado y un mar de luces en el valle de México, el edificio y la habitación del hotel que me recomendó alguien de la organización, Isabel la Católica, me han parecido absurdamente coloniales para un país con dos siglos de historia independiente.

Hoy, cuando me senté a la mesa en el restaurante, el administrador se presentó y me invitó. Llevaba toda la mañana caminando, el dinero escaso, así que lo agradecí. Empezó por contarme acerca de su juventud bohemia de un lado a otro de España, durante los años setenta, con el oficio de viajante y vendedor a lomos de un Citroën Dian 6. Luego se vino a México con su cuñado a des-hacer las Américas y le fue bastante bien, aunque hubiera deseado llegar a más rico.

De todos los mexicanos decía, en general, que eran flojos, excepto los descendientes de europeos. Conocía la Montaña de Guerrero y Oaxaca, porque había trabajado para empresas madereras cortando el *ocote*, la variedad americana de pino.

Madera resinosa, muy aromática, muy combustible, que los campesinos usan de diversas formas, incluso como antorcha. Este *güero* despojaba el monte y a sus habitantes autóctonos. Me ha tocado conocerlo nada más aterrizar.

Al hablar sobre los indígenas, su expresión se hizo acerada como un obús. Los indios le habían impedido realizar su trabajo. Bloqueaban el paso de los camiones y le pedían dinero, no más para tomárselo en forma de alcohol, rugía. Lo suyo es todo un teorema político.

- La mala suerte que han tenido los mexicanos es que los conquistadores fuimos nosotros *vosotros, que os preciáis de cristianos*. Los ingleses sí que sabían hacerlo. Empezaron por acabar con todos los indios. Aquí fuimos demasiado buenos, y ahora lo pagan, *en estas islas no habéis dejado ni un testigo de vuestros crímenes. Pero no ha de ser así en Nueva España.*

Si tal personaje se empeñaba en hacer el papel de encomendero o el de Ginés de Sepúlveda, era inevitable que resonara desde el sótano una réplica adecuada:

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en estirpar y raer de la haz de la tierra a aquellas miserandas naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndolos con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen e se resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

Bartolomé de las Casas, Introducción a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

Me declaro curioso, pero ajeno a la Historia de la Iglesia, tanto a sus luces como a sus sombras. He leído ávidamente a los historiadores de la Conquista, mientras en España se celebraban los fastos conmemorativos de 1992. Decididamente, mi preferido es Alvar Núñez Cabeza de Vaca, voluntariamente extraviado entre los pueblos indios de Tejas: *Naufragios.*

Pero en el contexto adonde me devolvía la voz de este personaje hiperreal, he tomado postura. Ante su arrebato, le recordé que voy enviado a cumplir mi servicio social con los misioneros que continúan la tarea de promoción y defensa de los pueblos indígenas en el mismo nombre, después de cuatro siglos. No le dije que mi exnovia era medio brasileña, medio negra y medio india, porque no le importa. Además, como es administrador, me diría que de todos esos medios salen dos o tres. Y es verdad.

A él le parecía simpático que me hubiera "librado de la mili". Le recuerdo sus años mozos. No ha hecho comentarios sobre la Misión, quizá por un respeto atávico a los ancestros. *La causa por que han muerto y destruido tantas y tales e tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días.*

Así ha transcurrido el segundo episodio en el descenso desde los paraísos de acero, cemento y asfalto a la tierra y el maíz de los hombres.

El primero: viaje de Madrid a Nueva York, ha sido una prueba de nervios. Una hora y media estuvo ahuecando su agujero el avión, en medio de una tormenta de nieve, hasta patinar sobre el hielo y detenerse en medio de la euforia de los pasajeros, puestos en pie para ovacionar al piloto; los mismos que poco antes vomitaban a mi alrededor.

Al llegar a México, el taxista que me llevó al único hotel del que tengo nombre y dirección, repito, me avisó que en Guerrero eran “muy bravos”. *Vicente Guerrero, hijo de los bravos guerreros de la Corona, hermano de los más bravos guerreros de la Independencia, abuelo de los bravísimos guerreros de la Revolución, y dale que dale.* Las habitaciones de techos altísimos y muebles viejos y pesados, se distribuyen alrededor de un patio señorial. El administrador de *Isabel la Católica* es el vástago citado de Cortés. Digno de una novela sobre el turbio origen de la violencia en la propia familia. Como personaje secundario, al menos.

Su imagen de la modernidad me ha obligado a extrañarme de la causa de nuestros beneficios, ahora que somos *soberanos*. Durante estos tiempos, cuando las transnacionales españolas pretenden colonizar nuevamente Latinoamérica, conviene ampararse en la predicación de Antonio de Montesinos, en los alegatos de Bartolomé de las Casas o en la Santa Fe de Vasco de Quiroga, para no arder febriles de oro. *América Latina, últimos treinta años, Agencias. La sequía está inundando Centroamérica. Las madereras han barrido el monte. Ganaderos, guerrilleros y narcos empujan a los campesinos hacia la emigración.*

Hoy mismo, por la tarde, he ido a tomar el autobús de línea. Escribo en medio de un coro de gentes, en la Central Camionera del Sur. La Taxqueña.

II

El *camión* nocturno –así lo llaman- hacia Ometepec. La impresión de los colores vistosos, los aromas embargantes y el primer contacto con la gente indígena, después de tal polifonía con el administrador de Isabel la Católica y mis lecturas heridas por Bartolomé de las Casas, dieron lugar a una pesadilla que me agitó de pánico en el último asiento del autobús.

Me sentí observado por las espaldas de los mexicanos. Culpable tanto de la brutalidad de mis antepasados como la barbarie de este sistema económico que juega con la idea del exterminio, a cada paso hacia su perfección de *concreto* y sílice, plástico y asfalto. Una casa construida desde el techo, que empieza por dotarse de un soporte informático, para permanecer anclada en el disco duro, a pesar de los vaivenes: la globalización.

Al bajar del autobús empezaba a clarear. Con ayuda de una camioneta de transporte rural encontré la casita donde renta una minúscula habitación la comunidad misionera/cooperante de Pueblo. El médico, también objetor de conciencia en servicio social, estaba durmiendo sobre el catre de cuerda trenzada y me pidió que le dejase descansar unas horas más.

III

Retomo este relato cuando siento que me es necesario.

Ya llevo cuatro meses aquí arriba. No me cuesta admitir que, antes de venir, ignoraba casi todo sobre el sentido de lo sagrado, tanto como sobre la actualidad de las religiones. Mi reacción ha sido observar con ojos ajenos la realidad que tengo enfrente, con mayor distancia si cabe a causa de la diferencia de lengua y cultura. Me apoyo en los comentarios del objetor médico (psiquiatra), quien se ha dedicado a investigar acerca de los ritos chamánicos. Su objetivo es reproducir aquellos gestos en el código de relación con los pacientes. También me ha ayudado al prestarme fuentes de información que utiliza en sus observaciones: tratados de antropología, historia y funciones sociales de los mixtecos. Miguel Valbuena es a quien me encontré el primer día, al llegar a Ometepec.

Al día siguiente apareció Pablo Aragón, el misionero enviado para reordenar la Misión y valorar las opciones: su mantenimiento o su cierre temporal. Lo conozco y le respeto con cierta fascinación, desde que nos dio una charla a los jóvenes reunidos en un encuentro vocacional, para contarnos su experiencia en un valle de Katanga, Zaire, durante trece años de trabajo al servicio de los pobres. Otro mundo que surgía del hambre para organizarse con sus propios recursos, en forma de asamblea, comités y empresas sociales. Era el fin de semana de la Inmaculada de 1992, cuando estaba empezando a descascarillarse la fachada y se hacía necesario profundizar la memoria demasiado parcial del encuentro entre Europa y América. Volverlo a encontrar al cabo de mes y medio, en un ámbito tan distinto, me ha tranquilizado.

Dormimos aquella noche con un relativo orden. Ellos dos, dentro del cuarto rentado. Yo me pedí la hamaca en el porche, aunque sólo me sirvió para agitarme como

un péndulo que no ha tomado el pulso a este planeta. El plan era que viajáramos hacia Pueblo Viejo en aquel todoterreno de segunda mano, heredado de Pepe Ramírez. Salimos por la mañana después de hacer la compra y nos detuvimos en Tlacoachistlahuaca (*Tlacoachis*) para saludar a las Madres de la Presentación y al P. Javier, franciscano, párroco por más señas.

Javier es alto y delgado, firme como un roble, con un acento norteamericano que no le impide mostrar una perfecta entonación mexicana. Como he visto pocos curas en mi vida, me parece la viva imagen de san Javier –comparado con mi hermano Xavi, es un santo- mientras le oigo referirse con admiración a los siglos de oro. Yo le hablo del *Lazarillo.*

Las Madres, con quienes tengo mucho trato, son las más comprometidas con los mixtecos y las que vinieron a organizar en Pueblo Viejo –a las tres semanas que llegué- el curso anual para los catequistas de la Montaña, a finales de febrero. Gabriela y Mayra.

Gabriela es una mujer llena de paz, dotada para transmitir la ternura con limpieza de corazón. A los catequistas y a las familias que soportan alguna desgracia, además de las comunes, los acoge con tanta delicadeza como a un amante. A los primeros les pide responsabilidad con sus comunidades y a los segundos los hace sentirse preferidos, con la certitud de una promesa que se ha de cumplir. La dimensión presente de un Misterio de Amor a través de la ternura puede parecer loca. A mí me conmueve por entero.

La Madre Mayra tiene una llama'hada interior que sale a través de todos sus gestos, pero especialmente con los niños y con las mujeres. La exigencia moral perfila los rasgos austeros de su rostro, su ingenuidad y su rectitud. Se ha quedado a vivir un

mes en Pueblo, con la intención de aprender el mixteco de una voz amiga: Nayo, el único de los misioneros que lo ha aprendido de veras.

Sigo contando mi llegada, porque me impactó. Cuando continuamos el viaje *manejaba* Miguel, el médico, con unos modales demasiado riesgosos para mi frágil estabilidad en la trasera del vehículo. Las Madres me habían ofrecido un sombrero con que defenderme del sol, pero yo lo rechacé a causa de la misma necedad que me hace confundir la iniciación espiritual con un baño en la naturaleza salvaje. Por la noche sufrí los efectos de la insolación. No tenía *cabeza de vaca*, aún.

Pero en aquel momento me sentí un igual con las personas que íbamos recogiendo por el camino y que me saludaban diciendo: Buenos días, si iban hasta el pueblo de Las Minas, o *Tanikú*, si subían hacia la Montaña. En la trasera conocí a José Florentino.

- Está duro el camino, ¿eh?

- Tengo que acostumbrarme.

Empezó hablándome de Pepe, el misionero que fundó la Misión, ya entonces ausente, con una mezcla de nostalgia y de reproche porque, según dice, *hablaba muy bravo*. A mí me hizo pensar en la diferencia de hábitos o el tono de voz entre culturas distintas y temperamentos tan parecidos.

- Usted no es bravo
- Qué quiere decir con “bravo”
- No habla enfadado
- No tengo motivos. Esta tierra es un paraíso
- Ay, ay. Cuando vea Pueblo... Es muy feo
- Por qué dice eso, si usted es de allí
- El gobierno no da nada. Sólo habla, habla.

Acompaña sus palabras con gestos que dibujan surcos en el aire, unos secos y cortantes, otros irónicos: nada, habla. Él se defiende en español porque ha trabajado como pescador en Marquelia. Se siente costeño.

- Nosotros somos los pobres de Dios, como dice Cristo. *Nandaví*, en mixteco
- Qué significa eso
- La gente humilde, que recibe palos y palos. Se quejan. Y más palos. Pero ya estuvo bueno. No aguantamos más. No, mano.

Florentino es bravo, pero suave en la expresión. Incluso cuando se burla parece dulce. Vocero de la oposición política, me puso al día, durante ese primer viaje, acerca de los principios del movimiento indígena. Quieren proteger los recursos naturales contra las madereras que están dilapidando el bosque (*cortan, cortan*) y a solicitar servicios que rediman las necesidades básicas de la región. Valora bien a *los españoles* –qué paradoja- porque han formado un equipo de emergencias para hacer frente a la epidemia de cólera endémico durante los últimos dos años. Pero le hierve la sangre contra quienes han abandonado a su pueblo en la miseria.

A diferencia de ese hombre pequeño y nervioso, Aureliano habla poco y sólo en las ocasiones que puede empujar a la comunidad o colaborar a la unión de los diferentes pueblos. Según dice, casi todas esas aldeas se han dispersado por la piel de la Montaña a partir de unas cuantas familias, como las genealogías del libro del Génesis. Todos los domingos interviene en la celebración durante la plegaria, para rogar con inusitado detalle por las necesidades y las capacidades de sus vecinos.

Aureliano tiene el don anticipado por carisma de los consejeros maduros, los *xakuá*, que están siempre en proceso de serlo para servir a la paz entre las personas. Además, una confianza misteriosa le hace capaz de sobreponerse a la miseria. Yo *leo*

sus gestos con una mezcla de fascinación y miedo, hasta que Nayo me traduce algo. No entiendo el mixteco.

IV

Poco antes que comiencen las lluvias, tengo muy pocas expectativas de que la situación de los mixtecos, por la que me siento alcanzado hasta lo más hondo, pueda cambiar. La presencia de un pequeño grupo de voluntarios en aquella inmensa Montaña, y entre su dispersa población, parece tan desesperada como la del médico Rieux en *La peste* de Albert Camus. Sólo cabe expresar ternura y vencer la depresión, gracias al intercambio afectivo que nos permiten las víctimas, con una proximidad humana antes desconocida.

El clamor de los pobres se expresa en los rostros, en las velas siempre a punto de apagarse. Las niñas y los niños que padecen desnutrición no están obligados a parecer satisfechos. Hay que manifestar el dolor, para que la enfermedad pueda sanar. Al médico y a mí, el extremo de la miseria contemplada a diario nos causa un desasosiego que no termina de hacerse consciente.

Los ritos de la fiesta en los pueblos mixtecos pueden compararse a los de otras culturas en las que domina el regalo como forma de obtener prestigio, a diferencia de la acumulación. Son las categorías que intercambiamos el psiquiatra en funciones de mago y el genetista mutante, en nuestras relaciones con la comunidad. Salimos a darnos un baño al río con la toalla al hombro y gafas de sol. Una facha de turistas caídos del avión antes de llegar a destino, que los cooperantes en regiones apartadas corremos el riesgo de asumir como una segunda piel, para no culminar el descenso al lugar del encuentro.

- Los mixtecos parecen generosos. Pero son egoístas porque no comprenden la reciprocidad. Lo mejor del ser humano está en el intercambio recíproco, me dice Miguel con la intención de justificar, implícitamente, el desarrollo de occidente.

La gratuidad en las relaciones no es una traición contra el médico, quien pide sin éxito una contribución simbólica a sus servicios y a la farmacopea traída de España en el fondo de la mochila, o de USA con ayuda de las Madres. No termina de entender que la mayoría de ellos no tienen dinero en absoluto, o sólo con vistas a algún fin muy determinado en el seno de la familia o de la comunidad: sufragar la fiesta.

Las familias que celebran su servicio de amor están más que dispuestas a compensar dándole parte en la vida comunitaria. No hay mejor manera de reciprocidad, me parece. Para los mixtecos, el trabajo es el servicio, el servicio es la gracia, la gracia es la razón. Trabajo, servicio, gracia, razón son la autoridad. En una sola palabra: *chiñu*. Algo he aprendido.

V

Cuando se marchaba, acompañé al médico en el camino de bajada desde la Montaña hacia la ciudad, a principios del mes de junio. Dado que la lluvia había cortado ya el acceso, hasta decenas de kilómetros de distancia, íbamos llevando las riendas de un caballo con la carga de su equipaje.

Desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche anduvimos a un ritmo adecuado para la conversación, hasta llegar a *Tlacoachis*. Allí pasamos la noche, y al día siguiente salimos hacia Ometepec y Acapulco. Yo tenía que recoger mis papeles en la oficina de inmigración, hasta el año próximo. Él, su billete de vuelta.

Al principio, hizo unos pasos de baile.

- Ningún *manolito*
- ¿Cómo?
- No se me ha muerto nadie.

Desde luego, es un milagro, dadas las circunstancias. Pero sólo ha estado seis meses y apenas ha salido del pueblo, hasta El Carmen, en bicicleta. Ahora nos toca a nosotros pasar la estación de lluvias. Otros seis meses, pero éstos en aislamiento.

Fuimos observando el reguero de pueblos y la diferencia de etnias entre mixtecos, desde Pueblo a San Martín, nahuas de El Carmen, amuzgos en Las Minas y Tlacoachistlahuaca, mestizos desde San Isidro, en plena Montaña, hasta la ciudad, Ometepec. Le hizo recordar el amable paisaje de Bosnia, que ha estallado después que se rompiera el espejo comunista, donde se refleja un ideal de humanidad sin crisol en que comunicarse y sin piscina alquímica en que igualarse.

- Aquí va a pasar lo mismo.

Lo dice con la melancolía sincera de un ávido lector de catástrofes dignas de ser contadas y dramatizadas, aunque sea por medio de máscaras. Se había llevado consigo a Pueblo Viejo las obras completas de Shakespeare en inglés.

No es él solo. Hemos leído y comentado juntos la novela *Bajo el volcán*, de Lowry, ambientada en el México de los años treinta, que yo acarreo junto a otras (*La región más transparente* de Carlos Fuentes, *Hasta no verte, Jesús mío* de Elena Poniatowska, *Un héroe de nuestro tiempo* de Lérmontov), con la mente puesta en escribir la historia de este naufragio. En el trasfondo de la calma agarrotada que exhibe el protagonista, hervía la lucha política entre el fascio y el comunismo. La novela narra la autodestrucción de un grupo de intelectuales desorientados que, en el fondo, no deseaban la muerte de nadie. Personajes congelados en una novela. Ya no pueden cambiar, ni tienen otro trasfondo que descubrir.

- La guerra es una locura
- O un destino,

apuntilla el doctor, quien sigue obsesionado por esos *dobles imaginarios* que los antropólogos llaman *tonos*.

Dioses que dominan el tiempo. Animales o seres animados que rigen la vida y la muerte de los humanos, a manera de un *doppelgänger*, tal como aparecen en los calendarios y las crónicas mesoamericanas: 4 Conejo, 5 Caimán, 8 Venado, 9 Águila, 11 Agua, 12 Serpiente, hasta veinticuatro días, a los que se asocian distintos iconos, a su vez alternantes (4 Caimán o Jaguar o etc.), durante dieciocho meses. En los pueblos mixtecos siguen llamando a los niños y niñas por el santo del día en que nacieron. Da pie a una hermosa diversidad, frente a lo que pudiera parecer: Juventino, Heraclio, Feliciana, Librada, Porfirio, Lorenzo, Gregoria, etc. Pero esos nombres ya no son vínculos naturales, sino signos arbitrarios y convencionales. Su identidad no nace determinada, sino que se hace.

No quiero ser un personaje de novela. Quiero, querría, aprender. Pero nunca termino de hacerlo.

En Pueblo (y creo que tampoco en los alrededores) no hay ningún hechicero que se dedique a echar el mal de ojo. El trabajo de los *profesionales* consiste en sanarlo. Las personas que a lo largo de la vida han sido sometidas a pruebas sucesivas por los sistemas económico y político, por el patriarcado y por la violencia, tanto en el papel de víctima como, otras veces, en el de agresor, se agitan por la necesidad de sanación, consuelo y perdón, con una expresión sufriente. Algunos de ellos, los más generosos y amables, se hacen sanadores.

VI

¿Qué hago yo aquí?

Es una pregunta inevitable.

Cuando salió el sol, a la mañana siguiente de llegar, me asomé a la puerta y subí a un cerrito cercano, para tener una perspectiva del pueblo. Casi todas las casas son de madera y paja. No hay calles, aunque sí una línea que cruza entre las casas, de un extremo al otro, y un espacio central donde se yergue un enorme palo de mango, de unos veinticinco metros de altura y otros quince de anchura. A un lado, una escuela con ventanas, pero sin cristales, que parece un almacén. Al otro, una casa sin ventanas que llaman la "comisaría". En el tercer lado del cuadrado, la puerta de la Casa-Misión. Por todas partes, basura orgánica, cochinos grandes y pequeños. Y los niños correteando, saltando, revolcándose. Recuerdo lo que me dijo Florentino. "Cuando llegue a Pueblo, verá". No sé si es más fuerte la rabia o las ganas de huir. ¿Por qué aguanto?

Un año y medio antes de *subir a la Montaña*, estaba en el desierto del Sahara, un mes de julio. Acompañé a Óscar, librero, y a Arturo, compañero de carrera de mi hermano Xavi, quienes habían organizado previamente el viaje para visitar a un amigo procedente de Orán, al noroeste de Argelia. Les convencí, sin mucha dificultad, para que nos internáramos en el Sahara, después que había leído la novela de Paul Bowles y admirado la versión cinematográfica de Bernardo Bertolucci: *The Sheltering Sky*. Estaba huyendo de una ruptura reciente, forzado por circunstancias que parecían fatales, y sentía una inclinación irresistible por desaparecer como el protagonista, devorado por la arena o la enfermedad.

Alguien me dijo que me sobraban novelas y me faltaba experiencia. Es lo que los mayores dicen a los jóvenes. Pero las novelas sirven, precisamente, para compartir la experiencia y aprender de una sensibilidad viva. Eso decimos los jóvenes, como mi

hermano Xavi, que me ha traspasado el virus, junto con sus lecturas. Dentro de mí se ha convertido en fiebre.

Tuvo que pasar año y medio, cuando ya tenía veintiséis, hasta que pude marchar a Pueblo Viejo con el ánimo de escapar a una pulsión mortal: la tendencia a imitar el suicidio estético frente a un mundo injusto, tan frío como el fugaz pasaje por el aeropuerto de Newark, camino del trópico. Los mixtecos son la *gente de las nubes*, en náhuatl (*Mixtecapan* "pueblo de nube"; *Mixtlán*, "lugar de nube"). Están viendo siempre el cielo abierto, mientras sus difuntos suben y bajan, envueltos en la luz de las candelas. Han superado el miedo a la muerte; sin embargo, la religión milenaria no basta para rescatarles de su dominio. La altísima mortalidad materna e infantil, las epidemias periódicas, los brotes de violencia, el siniestro (éste sí) laboral.

Ellos quieren vivir. Por eso, la cultura cambia. Cambiará todavía más. ¿Cambiaré yo?

Aún estoy viendo el ataúd metálico de un joven de quince años, *Zeferino*, cuando lo subieron a la Montaña la semana pasada desde Zihuatanejo, Gro., ciudad turística en desarrollo. Declaraba tener dieciséis, para conseguir trabajo. Aquí le habían enseñado a leer, lo suficiente para que emigrase por su cuenta y encontrara un puesto en la construcción, con el plan de casarse al regreso. Al cabo de apenas un mes, lo aplastó un puente que carecía de la sustentación adecuada.

Puentes.

Hacen falta puentes.

VII

En sus últimas conversaciones, el médico psiquiatra de este peculiar Balneario se cree obligado a facilitarme el modo de adaptación que a él le ha resultado útil. Es lo mismo que hacen los brujos con los mixtecos. Creo que me hacen más efecto.

Miguel teoriza que una experiencia tan dura en medio de la miseria puede contribuir a mi integración en el modelo occidental de reciprocidad, mercado y buen gobierno. El único posible, después de la caída del muro de Berlín. Me anima a encontrar una compañera como la suya, quien fue a visitarle el mes de abril, durante las fiestas de Semana Santa.

Le agradecí el consejo, pero no lo veo realizable en mis circunstancias. Me hago a la idea de que nuestra tarea exige algo parecido al celibato, para no perturbar la paz de la comunidad. Quién lo iba a decir de mí.

Miguel lo entiende. Pero se burla.

- Madrid es la única ciudad del mundo que ha construido un monumento al diablo
- ¿El metro?
- El ángel caído del Retiro
- ¿Quieres darme miedo?
- Ríete, ríete. Y se reía él, con algo de razón, de mi hipersensibilidad.
- Lo más parecido a la figura del ángel rebelde, la que te fascina… sería Cristo, le he dicho yo, en tentativa.
- Si existió
- Es histórico
- ¿Crees?
- Eso querría

- He ahí el absurdo.

Miguel es coherente al objetar que no hay motivo para participar en la liturgia de las horas con los misioneros (Paco, Jesús y Nayo), si no somos creyentes. Pero a mí me llama la atención un mundo casi desconocido. Es el canal más visible para conectar con un pueblo religioso, en vez de guardar una distancia *científica.*

Desde luego, me atrae mucho más la historia de Jesús y la memoria de Israel que los productos del miedo. Por ejemplo, las películas de terror. Occidente ha desarrollado esa faceta de lo fantástico (la imaginación *gótica*) hasta un punto que resulta desquiciante, con una fascinación que delata a los dominadores. Cuando los mixtecos sufren un *espanto*, pueden acudir a los sabios *tuvá* para librarse de sus efectos, por medio de un ritual. Miguel quiere servir para algo semejante, como buen psiquiatra.

Pero hay *algo más.* ¿Cómo liberar a quienes son víctimas de un trauma político, social, económico, estructural? ¿Cómo salir del aislamiento y del individualismo occidental? ¿No deberían ocurrir ambas cosas al mismo tiempo?

VIII

Nos despedimos. Miguel recogió su boleto de vuelta y yo aproveché mis vacaciones de quince días para visitar a una pareja de amigos en Austin, Texas. Apenas había ahorrado algo durante dos años de trabajo como becario de investigación. Así que me he visto obligado a cruzar en un autobús directo, durante dos días, la República mexicana, desde Acapulco hasta Nuevo Laredo.

Me molestó que el policía norteamericano de la aduana me tratara mejor por parecer *distinto* a los *spanish*, con un nombre de perro. *Spaniard*. Al otro lado, hice el resto del viaje en una línea conocida por las películas: *Greyhound*. El vehículo parece sacado de una película de Elvis o reciclado de un tanque, con un potente motor que hace un ruido espantoso. Cuando bajé en Austin, no sabía cómo llegar a casa de Dani y Cristina. Había dormido poco. No llegaba el dinero para un taxi y ellos tampoco tienen carro.

Me subí a un autobús urbano y pregunté por la dirección. Algunos pasajeros se burlaban de mi pronunciación escolar: *I'm going to. I would*. Pero la manejadora afroamericana se quedó con mi cara, con la mochila y con los huaraches.

- Eres misionero
- No exactamente. Algo parecido
- Lo sabía.

No se cortó un pelo. Hizo bajar al pasaje.

- Lo siento, aquí se acaba este viaje
- Pero qué hace
- Tomen el próximo autobús. No tarda mucho.

Protestaron. *She's crazy*, etc. Cuando nos quedamos solos, cerró las puertas.

- Ahora, dime a dónde vas.

Le pasé la dirección escrita. La miró y continuó, después de algunas vueltas, hasta una larga travesía que termina en un puente sobre la *highway*.

- Éste barrio es muy peligroso. Ve con cuidado. Cruza la autopista (por arriba, ¿eh?, hay un paso de peatones). Y allí lo encontrarás.

Nunca había visto nada igual, ni siquiera en mi barrio obrero, donde los conductores de autobús son como de la familia.

Mis amigos trabajan en la Universidad de Austin. Ella estudia y da clases de español. Él quiere especializarse en paleoantropología. Me ayudaron a conseguir algo de documentación sobre el mixteco. Si no aprendía la lengua y ensayaba alguna forma de transcribirla, a partir de las ya existentes, ni siquiera podría comenzar el trabajo de poner nombre –en mixteco- a las especies de la flora en la Montaña, fueran autóctonas o, en su mayoría, comunes.

En realidad, yo no soy botánico, sino genetista. Me motiva la oportunidad de iniciarme en una lengua tan diferente de las indoeuropeas, semejante al chino, pero *filtrada* por el estrecho de Bearing hace 15.000 años, cuando cruzaron sus antepasados de Asia a América. Muy poco tiempo, si lo comparamos con el espectro temporal de la evolución de las especies, desde hace cuatro mil millones de años, el momento *n* en que surgió la vida. Cadenas de aminoácidos reunidas por azar: LUCA, lo llamamos, como si fuera un primo lejano. Cuanto más investigo, más cercano me siento de los humanos en las antípodas. Compartimos prácticamente el mismo genoma, a pesar de la diferencia fenotípica.

La genética no puede explicar por sí sola el desarrollo moral, ni lo peor ni lo mejor de las culturas. Pero habría que prestar más atención a las capacidades propias de las mujeres, que también han configurado la cultura real y otras culturas posibles. El

futuro de la vida e incluso la supervivencia de las demás especies depende, hoy, de que los seres humanos seamos capaces de convertirnos en cuidadores y amamantadores de los demás seres. Comenzando por nuestros congéneres.

Lo que digo chocaría a Cinta, quien aborrece las explicaciones biosociales, con razón. Aun así, confío en que hay zonas del cerebro sometidas a una marginación comparable con el olvido de la memoria de muchos pueblos y el ocultamiento del Sur del mundo por las proyecciones cartográficas. Lo empequeñecen. Nuestro desarrollo puede ser de otra manera, porque *ha sido de otra manera en otros pueblos y en otras culturas dentro de la nuestra.* "Hay otros mundos, pero están en éste. Hay otras vidas, pero están ti".

Pues bien, los indígenas amerindios y, concretamente, los mixtecos con quienes me ha tocado vivir, son un testimonio espléndido de que la solidaridad hasta el extremo, hasta compartir todo lo que tienen en cada *fiesta*, les ha permitido resistir al impacto terrible de los dominadores, conquistadores, colonos, criollos y bestias que no son producto de la evolución, sino de una perversidad sistémica. Los admiro e intento aprender con ellos.

Una noche que salimos a tomar algo por la ciudad, animados por el ambiente primaveral, me sentía inquieto a causa de mi ropa desgastada y mis huaraches, a la vez que resentido con la alegría de los circunstantes. Pasé al lado de un joven negro desconocido. Sin dejar de bailar, me dijo casi al oído, susurrante:

- *Take it easy*.

Intenté tomarle la palabra. Pero las conversaciones con Dani y Cristina giraban sobre el pasado común en nuestra pequeña ciudad costera: Alicante. Habíamos estudiado y hecho vida de pareja juntos, con mi exnovia. No me presentaron al amor de mi vida, sino que me lo recordaron. *Ni modo.*

La anormalidad no acabó ahí. Cuando iba a pasar de nuevo la frontera hacia México, el aduanero descubrió que mi visa había caducado. Era cierto. Cuando estuve en Acapulco fui a la oficina de Migración, pero todavía no habían solucionado el permiso de residencia por un año. Imaginé que mientras tanto podría salir y entrar del país, con mi solicitud sellada. Si lo hubiera preguntado, me habrían dicho que no. Ahora tenía que regresar a la ciudad más cercana y pedir otra visa de turista al cónsul mexicano.

- No tengo dinero
- Y qué quiere usted.

Le conté lo que había venido a hacer a México, la visita durante mis cortas vacaciones, la nostalgia de los amigos.

- Lo siento. No puedo hacer nada
- Tenga compasión.

Aquel hombre tampoco sabía cómo reaccionar. Se quedó callado unos segundos.

- A partir de esa puerta ya está en México
- Pero no puedo pasar, ¿verdad?
- No.

Hizo como si recordara algo.

- No puedo perder más tiempo con usted. Buenos días.

Se marchó. Transcurrieron unos minutos. No había nada que se interpusiera en el camino. Salí por la puerta y entré en México. Cuando el autobús cruzó por encima del río Grande, sentí que todas las espaldas mojadas del mundo me saludaban.

- Ándele.

Estaba eufórico. Había cruzado la frontera de lo aparente hacia una vivencia más profunda. Pasé de vuelta por el desierto cansado, descansando, a diferencia de la ida.

Otra vez en Acapulco, lo poco que me quedó sólo alcanzaba para una casa de huéspedes de que me había hablado Eduard, otro objetor, quien ya había terminado su periodo de servicio. La hospedera me hizo esperar en una sala durante un buen rato. Aparecieron dos policías con uniforme negro de judiciales, un poco tomados. Primero preguntaron por el dinero.

- No tengo más que lo justo para el boleto de vuelta a Ometepec.

El más viejo sacó su pistola de la funda y continuó el juego.

- ¿Sabe para qué sirve esto?
- Para defenderse, ¿no?

Pidieron el pasaporte. Lo examinaron de arriba a abajo.

- ¿Usted cree que me serviría a mí?

Querían sentir mi miedo.

- Creo que no
- Puede que si recortamos la foto…

Les *expliqué* lo injusto que era el hecho de que viniesen a México tantos extranjeros y que los mexicanos no pudieran devolver la visita, sin grandes impedimentos. Acerté.

- Los turistas no conocen a la Virgen de Guadalupe. Yo soy misionero (o casi, me dije a mí mismo).

El que había permanecido en silencio se arrancó a hablarme sobre su novia, a quien había querido mucho. Para mi sorpresa, se puso a llorar desconsoladamente.

- Si usted respeta a las mujeres, la Virgen le ayudará
- Sí.

Creo que me lo decía a mí mismo. Me dejaron en paz, como a un personaje ya conocido.

- Ándele, padrecito. Tenga cuidado con la gente de aquí. Hay mucho vicio.

Quizá seguían tomándome el pelo. También yo les engañé a ellos, o eso me pensaba. Salí por la puerta, después de cruzar otra frontera. Fui directamente a la *estación camionera* "Estrella Blanca" y esperé despierto hasta el primer *camión* con destino a Ometepec, a las seis, todavía de noche.

He pasado las cinco horas del viaje, pueblo a pueblo, dormitando con la fresca de la mañana, entre las voces de los pasajeros costeños, señoras grandes, jóvenes chanzones, rostros y acentos afromexicanos, recién despiertos o con los ojos pegados. El amanecer me ha hecho sentir parte de esta tierra. Un güero con guaraches y aspecto familiar de lagarto guancho.

Ahora tengo que pasar por la experiencia del fuego sin quemarme. El aislamiento, la enfermedad y la miseria entorno pueden ser motivo de trauma para cualquier persona, comenzando por los habitantes autóctonos. Seguiré adelante con el tejido de cada día, como el doctor Bernard Rieux en *La peste* se redime a través de su atención cotidiana a los pacientes, sin más teorías.

Hace tres meses, un viernes de Cuaresma, me tocó la invitación del catequista actual, Juan Pedro, a que levantase la cruz en la procesión. No había mucho espectáculo en aquel viaje por la oscuridad a la luz de las velas. El camino simbólico que mujeres y hombres hacen sobre su propio suelo, dentro de su carne, para celebrar que *procedemos* de Dios-a, aunque seamos tan frágiles. Soy convocado misteriosamente, durante mi propio caminar, para que me reúna con una comunidad, participe de la humanidad paciente y del amor agente. El ritual sólo adquiere sentido cuando percibo los signos de esa solidaridad y entro en nuevas formas de relación interpersonal.

No es mi doble. Es mi hermano. Despierto.

Despertar

Ya es hora, tan temprano. *Na'a ní.*

Dios te ayuda a levantarte, a tientas, en busca de la lumbre.

La mano al cerillo, que chisporrotea y llega a iluminar a todos los que duermen. El cerillo a la vela, con la vela hacia fuera, hacia la madrugada.

En el porche de la casa está el comal. Frío.

Las manos y los brazos por dentro del vestido. *Nduvi ní na zíi vali, te nda kundixi na xiku*. Qué bonitas las chicas cuando visten el huipil, el que ellas han cosido y bordado durante un año para la boda, para el renuevo, para las hijas.

¿Por qué no ellos?

Queda algo de leña. Suspiras de alivio. Con un trozo de ocote resinoso y oloroso enciendes el comal. No hace falta guardar las brasas. Hay cerillos.

La abuela sí que las guardaba debajo de la ceniza. Vigilaba para que no se apagaran. "Dichoso el servidor prudente". Ya prende. Sientes su calor.

Molino arriba y molino abajo. El soporte de madera tiembla por tu esfuerzo. Parece que se quiebra pero no. Tomas la masa, la amasas. Rodillo adelante, rodillo atrás. La palmeas.

Al echarla sobre el comal de barro recocido ya no hace frío. Se tuesta bien tostada.

Una y otra y otra, hasta llenar la jícara grande con tortillas calientitas.

Son horas. Se sucede el bostezo de los primeros gorriones, gallos, guajolotes.

Al volver adentro, ya se han levantado el marido y el hijo mayor. Da gozo verles en marcha hacia la milpa, que ya quiere brotar. *Kúni tava nu*.

Respiras.

Hoy no se ha despertado la niña. Es raro. Marcela, Marcela. *Ndakóo kúu.* A levantarse.

Kaf, kaf. Esto es toser, con ronquera. Es que hace frío.

Vixi ní. Sí hija, mucho frío.

Te pones una cobija sobre la cabeza y sales. Despunta el sol. Caminas entre el barro hasta la puerta de la Misión.

Estamos desayunando.

Ven más tarde. *Kixi tuku kúu.*

Entro a rezar los salmos de laudes, día Viernes de la semana… qué semana. Ah, sí… *Ten piedad de mí, oh Dios, por tu amor, por tu inmensa compasión, borra mi culpa, lava del todo mi maldad, limpia mi pecado*. Hoy hace mucho frío. Son las últimas lluvias de noviembre. *Hazme sentir el gozo y la alegría y exultarán los huesos quebrantados*.

Me levanto.

Y voy a buscarla, mientras es tiempo.

IX

Seis de diciembre. Día del nacimiento de un nuevo país al otro lado del océano. Lo dice la onda corta, junto con la noticia de que ha subido el paro.

Los meses de aislamiento han sido largos. Apenas hace unos días que abrieron de nuevo la brecha, con una sola máquina para toda la comarca. Tardó un par de meses en llegar hasta Yoloxóchitl, a cinco kms. de aquí. Hasta aquí no sube, pero esa parte del camino ya la había arreglado la comunidad. En español mexicano, *fajina*. En mixteco, *chiñu.*

Hace dos meses, Florentino entró a preguntar si se estaba cumpliendo el Apocalipsis. No ha dejado de cumplirse durante los dos milenios transcurridos desde que lo escribieron, quizá desde el principio, le dije en tentativa. Pero él me hablaba de su temor a la muerte. Este año, un ciclón se ha llevado el techo de su casa y la cubierta endeble de un pequeño hangar, donde guarecíamos el carro de la Misión. Hubo quien lo interpretó como un castigo divino contra ambos. Quién sabe a causa de qué. Ni se me ocurrió indagarlo. La lluvia de estrellas fue especialmente intensa el mes de agosto. Los temblores menudean, alguno muy recio.

Otra vez, por tercer año consecutivo, el cólera nos ha arañado la cara. Debilitó los cuerpos ya desnutridos de los campesinos más pobres de México. Ha matado a muchas personas en los pueblos de más arriba, donde no hay doctor ni, tampoco, un dispensario.

Cuando se marcharon el médico y Nayo, nos tocó atender a la gente. Dejaron un consejo: no hagáis lo que no sepáis hacer. Pablo tiene experiencia para saber lo que no sabe. Dibujó un cuadro de los síntomas.

Sólo se ha llevado a dos personas en este pueblo. El año pasado, con médico y todo, murieron cinco. Una explicación posible: se ha marchado más gente durante las aguas, para que no les agarrara. Pero no basta.

Durante los últimos meses ya se me ha desatado la lengua. Había que entender y explicarse. Ancianos y niños me han descubierto una realidad que mantenía velada.

No soy yo. No son poderes ni fuerzas. Está en los mixtecos.

No es su pobreza. Es su vida y su sentido.

Es la naturaleza viva en esta jícara abierta por todas sus caras.

La vida no se da ni se quita. Vale más que las palabras.

Fluye.

Cada ser, un infinito.

Somos.

Pablo me cuenta que la comunión de los santos significa eso. Podrían llamarla República de Dios, para que se comprendiera mejor.

Enfermó el hombre menos apreciado del pueblo, el que siempre anda tomado y a rastras. De quien todos se ríen nada más nombrarlo. Su estómago no aguantaba el antibiótico. Vomitaba el suero. Rezamos.

Por la mañana, entró el ejército. Con ese destacamento, regimiento o como ponchas se llame siempre anda un enfermero. Le instaló el suero intravenoso. Salvó la vida.

Llamarlo ejército de Dios me parece excesivo. Así que hay que buscar la solución en otra parte, con otros conceptos.

Misterio cotidiano. El ser disponible.

Al cabo de quince días, lo que llegó fue una brigada de la Secretaría de Salud del Estado, al mando del *mero mero*. El doctor Saúl. Alguien había admitido la existencia

del cólera. Se creían muy responsables y eficaces. Subieron bromeando hacia algunos pueblos de más arriba: Xicayán, El Limón Guadalupe. Hay muchos más. Bajaron con una expresión grave que me sorprendió, por contraste con la ida.

No son nazis. Son humanos y médicos. Preferían ignorar. Ya no pueden.

La cuestión es: quién se queda.

¿Quién puede irse de donde ha estado?

¿En qué lugar del cosmos reside la memoria? ¿Se desintegra en partículas elementales? ¿Desaparece cuando el universo late, hacia dentro o hacia fuera? ¿Se confunde con el tiempo? ¿Deja de ser tiempo, para convertirse en sentido común, eterno? Yo qué sé.

Sólo sé que podemos entender las voces: indígenas mixtecos, mexicanos criollos o mestizos, anglosajones, afroamericanos, españoles expatriados, marcianos hipotéticos, huesos desenterrados, difuntos siemprevivos, toda suerte de vida.

Vida.

Podemos. La llevamos dentro.

Ese corazón que nos habita, una parte muy esponjosa del cerebro, me parece comparable a la fachada de Santa María Novella, en Florencia, a diferencia de los castillos, los campanarios enhiestos o las monótonas crónicas medievales.

Antes que se construyera la fachada, en un interior ya esbozado por albañiles góticos, fue donde aquel grupo de jóvenes, a iniciativa de una mujer, Pampinea*, se puso de acuerdo para reinventar las* novelle*. Vagaban en medio de una epidemia de peste, a mediados del siglo XIV. Buscaban sentido (con sexo y consentido) más allá de los muros. Organizaron la Danza de la Vida, mientras otros se dedicaban a tocar danzas de muerte.*

De distinta manera que Bocaccio, el contexto actual me aconseja racionar el consumo en pequeñas dosis. No es cosa de la crisis, sino a causa de nuestro modo de existencia. Ni siquiera los desempleados tenemos mucho tiempo para leer; al menos de día.

Son hipertextos que tienen los vínculos digitales conectados directamente a la memoria y a la imaginación de los/as @lector.es*. No necesitan ni mucha ni poca batería.*

Estar vivos es suficiente.

Eti cariño

La guerra es un mecanismo para impedir que hagamos memoria *consecuente* de las víctimas cotidianas en cualquier etapa histórica: los hambrientos, las mujeres violentadas, los enfermos abandonados, el infanticidio. Por eso, puede haber guerras que sólo ocurran en la mente de los desmemoriados.

Memorias de una vidente

Qué onda

14-10-6

Hace apenas dos horas que te he acompañado al aeropuerto. Dices que volverás, y lo creo. Tienes pendiente el curso entero. Pero querías estar al lado de tu madre durante lo que pueden ser sus últimas horas, o un episodio transitable hacia su recuperación. Yo hubiera querido aprovechar esa oportunidad con mi padre.

Si no hubiera tenido un padre tierno como la hierba que verdea todo el año, nunca habría ido a México. No tendría un hermano llamado *Mig*, que aprendió a ser humano porque tenía un padre tierno como la llamada que te enseña a hacer lo que debes sin temor al castigo. No habría respetado a mi madre, la mujer que me impedía salir de casa los días laborables por la tarde, para que estudiara y no me perdiera en una marea luminosa. Pero yo la contemplaba extasiado desde el balcón de mi casa. Niñas y niños jugando a ser niñas y niños, mientras yo jugaba con mi hermano *Mig* a tener un hermano mellizo. No habría amado a mi hermana rebelde y brava en su adolescencia, prudente y sabia en su madurez. Nuestra hermana mayor, Tere, a quien mi padre nunca puso la mano encima. A mí, una vez. No recuerdo bien qué tipo de trastada haría, pero imagino que sería odiosa, tan odiosa como los gritos que yo le espetaba a mi madre a los veinte años, poco antes de que mi padre muriera.

Si no hubiera tenido un padre tierno como las entrañas de una madre, me habría odiado a mí mismo por haber herido a mi madre, por no cumplir sus expectativas, por salir de su órbita y volver a quererla con toda la libertad que da sentirse amado sin condiciones. Si no hubiera tenido un padre tan tierno que lo quería toda la gente, con la

excepción de algunos, supongo, yo no habría amado a la humanidad como si fuera el *Mig* de mí.

Si no hubiera tenido un padre tierno como la hierba que verdea todo el año, no habría reconocido a otras personas que aman sobre la capa de la tierra, sin ensayar demasiado, pero con tal fidelidad que palidece el mediodía. *Mig* no se habría salido de madre para marcharse. Nunca habría ido a México en busca del tiempo futuro. No habría aprendido a saludar en lengua indígena: *Tanikú.* "Me eres tan familiar", en traducción literal libérrima. Nadie habría salido al encuentro de la Garza en su temporada de migración, cuando reconociera el tono cantarín de tu onda mexicana.

Ahora bien, la vida me viene de la madre. Si no hubiera tenido una madre perseverante, terca, empeñada en hacer de mí algo así como lo que ella quería ser, nunca habría conocido a mi padre, a quien ella amaba apasionadamente, nunca se me hubiera ocurrido seguir a *Mig* en camino al Sur, nunca habría olido las entrañas de la Sierra Madre con el olfato místico de la Diosa del Tepeyac, no me habría quemado la injusticia en las entrañas, no contaría a nadie lo que te cuento. No tendría el humor ácido cuando escribo, la sangre caliente cuando estás cerca y los pies fríos mientras arde la tierra. No habría saboreado en tu lengua lo mejor que he conocido de México.

Noticias de Mig

Mig llegó antes que yo con el mandato de realizar su servicio social gracias a los medios de una organización cristiana: Empresas de Justicia y Paz. Para conseguirlo no tuvo más que contar su historia de abandono amoroso, al mismo tiempo que mostraba una disponibilidad total a cualquier tarea: la alfabetización, el campo. No le pusieron trabas, sino que se ganó la confianza de los responsables con humildad y buenos modales. El más anciano se fijó en que era biólogo, para encargarle que realizase un estudio de botánica en la región con el fin de promover los cultivos locales.

Otros ya habían hecho el mismo viaje y se los encontraría después en un lugar recóndito de la Sierra Madre. Antes lo invitaron a un encuentro misionero junto a jóvenes que no tenían títulos con que adornarse el rostro.

Después de dos días de convivencia le parecían personajes de los textos sagrados. A uno con la barba picuda lo llamaba Santiago. El que parecía tener más autoridad moral, Pedro. El cura simpático, flaco y tenaz le pareció Juan. Volvió a desatarse en una marea de llanto un poco histérico por la certeza afectiva de que lo amaban y no sabía por qué.

- No tengo fe.
- Tranquilo, hombre. Pero tienes amor.

Hipaba feliz.

Desde aquel pueblito –por mejor decir, desde un apartado en la oficina de correos más cercana, Ometepec, a ochenta kilómetros- me enviaba cartas que oscilaban entre la euforia alucinada por la relación mutual de las comunidades indígenas con su hábitat, y el desencanto ante la dificultad insalvable para llevar adelante ningún proyecto. Tal era el grado de aislamiento y la carencia de servicios públicos esenciales, que parecían vivir en una aldea campesina medieval, olvidada de los señores feudales

por su escasez de productos. *Mig* se evadía con frecuencia para emprender caminatas a través de bosques espesos, por sendas intrincadas, hacia comunidades que sólo mantenían relaciones gracias a las fiestas patronales y unos lazos de parentesco originados en el éxodo común a aquellas tierras, como resultado de la Revolución mexicana.

Cuando decidió quedarse, al terminar el plazo de su servicio social, me produjo una quemazón interna. Creo que era un tirón de ese hilo invisible que nos ha reunido desde que nacimos. Pero no me llamaba a una simple visita.

La aventura de mi hermano vino a agitarme en un momento oportuno. Llevaba cinco años preparando las oposiciones para ser profesor de lengua y literatura, sin mucha suerte, mientras que *Mig* se había atrevido a rechazar el puesto ofrecido por su departamento universitario en un proyecto de investigación genética, junto a la red de organismos públicos que estaban empezando a descifrar el genoma humano. Yo llevaba a cuestas una tesis que parecía imposible, sobre las formas del aprendizaje a través de la novela moderna. Me servía, al menos, para estar al tanto de los avances en las ciencias sociales y la teoría literaria. Mi director sugería que era demasiado ingenuo para reflexionar. Me faltaba experiencia. También por eso me atrajo cumplir el servicio social de otra manera, justo antes que lo suprimiesen.

Aproveché la ocasión para empezar de nuevo. Me presenté al grupo de misioneras y misioneros laicos como un joven desorientado. Estuve compartiendo con una comunidad de inserción social casi un año de vida en el Vertedero de Madrid, La Cañada Real, a manera de prueba, que todavía me pareció corto. Cuando ya no estaba obligado, las credenciales de mi hermano sirvieron para que decidieran enviarme al mismo lugar. No obstante, yo hubiera preferido ir a África.

Aquel anciano venerable, fundador de la asociación Empresas de Justicia y Paz, abreviado, *Pax*, me encomendó la tarea de estudiar la lengua indígena y elaborar un diccionario. Me pareció muy improbable, pero acepté el desafío con tal de emprender el camino.

- Cuida de tu hermano.

Pensé que don Ignaci, catalán en Madrid, se refería al desencanto manifestado por *Mig* en las cartas, o quizás a alguna recaída en el consumo de drogas. No imaginé que Mitch hubiera soplado hacia otra dirección.

Desde antes de 1994, una red de organizaciones cafetaleras en Los Altos de Chiapas se había convertido en grupo guerrillero bajo la advocación de Zapata. Estaba más o menos al tanto de los acuerdos de paz promovidos en San Andrés Larrainzar por el obispo Samuel Ruiz y por una comisión de diputados y senadores en representación del gobierno federal: la COCOPA, Comisión de Concordia y Pacificación.

Me aseguraron que los indígenas mixtecos de Guerrero habían adoptado una estrategia distinta para conseguir servicios públicos esenciales, por medios firmes y pacíficos. Así lo comprobé al llegar. Mitch estuvo ilustrándose sobre la historia mexicana con una estudiante de la UNAM durante sus visitas a México DF. Ahí empezó la cosa.

México amante

17-10-6

Hay historias de amantes que se arrastran a tironazos hacia un destino ciego: el *amor fou*. Unos destruyen su *auto* por querer redimir con sus solas fuerzas y esquemas de folletín a quienes sufren traumas tan graves como la mera vida. Otros destruyen su *alter*, con tal de vengarse de las agresiones sufridas por parte de los dominadores (reales o potenciales) sobre mí, *paloma que se ha convertido en gavilán*; como si fuera excusa.

Hay caminos que recorren los amantes desde antes de encontrarse, bebedores de agua viva en el desierto. Empezaron por llenar su corazón con una capacidad de entrega mutua sin límites. Luego se vierten con generosidad para comprobar que la fuente interior es inagotable y da para todos. La conciencia llena de cicatrices sabias. La angustia que todavía espera la transformación del mundo en hogar humano, comunidad de mesa, muchedumbre festiva. El deseo bañado en lágrimas para que se abran las puertas del infierno y se reconozcan, a la luz del fuego, hermanos iguales en el lecho, cuerpos diferentes en la común búsqueda de ser unidos.

Las señales interiores desde que tú y yo nos conocimos en el tren, como dos pasajeros en la misma dirección, pueden convertirse en sellos abiertos, expresados, para que nuestra felicidad aliente las capacidades con que podamos servir a los humanos semejantes.

Tu sufrimiento querría que se convirtiera en gozo. Pero no me engaño. Serás tú quien optes en libertad por soltar anclajes para que otros se te embarquen. El anclaje del miedo contra el mundo, en sed de justicia. El anclaje de la humillación en reconocimiento de la dignidad humana creciente. El anclaje de la dialéctica entre tu

bienestar y la pobreza lacerante, en ganas de compartir las necesidades de los pobres, en su mayoría mujeres hermanas nuestras, con un solo corazón. Todo eso que ya tienes en el tuyo.

Hemos secado lágrimas, mojado nuestro gozo, celebrado la memoria de una ardua liberación a través de la solidaridad con los amados que sufrieron enfermedad y muerte: tu marido, tu mejor amigo, ese jesuita ocupado por el desarrollo de los *huicholes* (*wixarikas*, según ellos mismos), tus padres, tu hijo recién nacido. Ahora estás compartiendo el tránsito con tu madre. Tienes entrañas para entender la dimensión inmensa de la esperanza contrafáctica.

Esa humanidad que no augura vivir más de cuarenta años: los mixtecos que conocí, los sudaneses que investigué, los enfermos de SIDA en Kibera, las mujeres amenazadas por la ley o por muchos partos, cambian los códigos del programa, gracias al afecto que nos reúne. Hacen magia con un poder divino a escala humana. Inventan el nuevo mundo con sus valores ancestrales a favor de las víctimas. Podemos recomenzar con tu vida y la mía hasta que sientas que tu/mi libertad nos hace libres.

Te has hecho cargo de mi provisionalidad y de las demandas de amor para multiplicarlas con tu ternura, gestos decididos, mordisco en el lóbulo que me ha arrancado la argolla de esclavo y abierto a tus dones. La euforia de sentirse elegido. Dure lo que dure.

No sé si este encuentro era trazado desde que fui a México. Pero en tu cara de niña china, en la dulzura, la rebeldía y la prudencia de tus ojos, en la madurez de tus manos y en tu forma insinuosa resplandecen las ganas de tenerme. En cualquier lugar donde nos hubiéramos cruzado.

Pasaste por el fondo marino. Has soltado el lastre para quedarte con la perla. Dejaste de empujar la roca en pendiente y bebiste del agua que brotaba. Eres una fuente

consciente de vida que diluye la melancolía y me concentra en el acontecimiento: lo que nos pasa. El deseo es una promesa que se cumple entera algunas veces, cuando sirve a la persona amada y aprende a saborearla libre.

La mujer fuerte

Cuando fui a México el año 1997, tras la estela de Mitch, nuevamente huracanado, hacía ya tres años que el movimiento indígena se había reorganizado en un Foro Nacional. Los acuerdos de San Andrés no se habían cumplido, sino que servían de referente para conciliar a los movimientos sociales, desde las redes para la defensa y la promoción de los derechos humanos ("La voz de los sin voz"), grupos enraizados en las comunidades eclesiales de base, hasta aquel telar enigmático que los jóvenes nombraban con una peculiar connivencia: *La Neta*. La verdad no es absoluta, sino neta. Los seres somos netos, no brutos pesados por el sistema. La Neta es un servidor y una red civil.

Mi hermano Mitch debió de buscar y encontrar en *Ética* una fuente vital que le permitiera superar su anterior fracaso. La conoció a mediados de los noventa, mientras visitaba la UNAM con el intento de comprometer a la oficina de servicio social para que enviara a estudiantes con unos objetivos bien determinados por los programas que estábamos desarrollando en la región más pobre de México, después de años dedicados al análisis participativo de sus necesidades.

Los mixtecos de Guerrero, según los índices de desarrollo humano (IDH y similares), eran tan angustiosamente privados de sus capacidades en salud, educación, vivienda, salubridad, como sus congéneres de Burkina Faso: la existencia más precaria del planeta. La amenaza de conflictos podía compararse al efecto de los paramilitares en amplias zonas de Colombia o del Congo, a causa de una organización económica

desigual que rediseñaban los caciques de la Costa en su favor, al ritmo de los reajustes internacionales.

No es que la cultura mixteca fuera inferior en recursos organizativos, sino que las instituciones corrompidas en el distrito y en el estado les negaban la condición humana; aquellas libertades y derechos que reconocen capacidades transculturales. Las mismas que hoy están contenidas en los Objetivos para el Desarrollo del Milenio: equidad de género, salud, maternidad, educación, medioambiente apto para la vida humana, capacidades de producción y comercialización en condiciones de justicia, dentro de un contexto hecho viable por una Alianza para el desarrollo.

El movimiento indígena también transforma las relaciones internas entre los géneros, gracias a que las mujeres con liderazgo por su formación o su carisma han catalizado la organización de sus hermanas bajo la sombra de diversas tradiciones, hasta hacerla salir a la luz de modo incontestable. La tarea común de las mujeres serias en la fiesta popular, mientras los varones toman y, a veces, caen, se ha transformado en una celebración alegre de la solidaridad entre aquellas que no desisten, hasta empoderarse y revitalizar sus comunidades.

La historia de México durante los cien años anteriores había sido tramada por los varones, como cuenta el novelista Carlos Fuentes en *Los años con Laura Díaz*. Mitch se dejó entretejer por la seguridad y la valentía de Eti Cariño; Ética, para los amigos. Lo he observado en otras jóvenes-maduras de distintos orígenes sociales: carisma político, capacidad de liderazgo, ansia de claridad en las ideas y apropiación de los métodos de las ciencias sociales, para traspasarlos al desarrollo comunitario. Además, hay una especie de entusiasmo religioso que permite cruzar, sin morir de miedo al otro lado del fuego.

Pero hay fuego.

A Digna Ochoa la mataron sin que nadie sepa quién fue, como a ochocientas mujeres desaparecidas en Ciudad Juárez. Digna abogada del centro Miguel Agustín Pro a favor de los derechos humanos, fue asesinada en el DF. Dicen que fue suicidada.

Brigadas de paz

Las "brigadas pedagógicas" en la España de 1931 a 1936 son contemporáneas de otras similares en México, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. Una especie de apostolado por el desarrollo en aquellas comunidades y pueblos que debieran haberse beneficiado de la revolución, y por su parte lo hicieron. Ocuparon de nuevo las tierras ancestrales que les había arrebatado el porfiriato en la Montaña Baja de Guerrero y Oaxaca: Xicayán, Pueblo Viejo/Nuevo, San Pedro Cuitlapa, La Soledad, Mesones Hidalgo. Sólo que no fueron integrados en la distribución de los bienes públicos por la nueva administración.

A quien se le ocurrió el nombre y la práctica, algunos años antes, fue al mexicano José Gálvez en 1923, con el nombre de *misiones culturales*. Vasconcelos extendió el proyecto cuando lo nombraron Secretario de Instrucción Pública. No es difícil rastrear sus orígenes hasta otras misiones similarmente preocupadas por la liberación de los pueblos conquistados, a pesar de las presiones que afrontaron y las contradicciones que las detuvieron.

Pero en los años treinta del siglo pasado se peleaban por el dominio ateos y clericales de distintas tendencias. Desde la apertura significada por el Vaticano II al humanismo y a la metodología social, las misiones católicas han ido asumiendo funciones pedagógicas, con la convicción de que cualquier servicio necesario entre humanos es la quintaesencia de lo sagrado. En México, la Iglesia no había sido sometida a la exclusividad de un partido o de una ideología, después de pasar setenta

años resistiendo a una dictadura. Tú me contaste lo que desataron en tu vida las visitas a Chiapas con los jesuitas de la *Ibero* y de Bachajón, allá por finales de los setenta, cuando la Garza era chiquita. No obstante, desde hace unos años el impulso del Concilio parece volverse hacia adentro y hacia atrás, mientras la secuencia de crisis económicas afecta cada vez a más personas, aquí afuera, ahí delante.

En algunos aspectos, las iglesias mexicanas han crecido en diversidad y en participación. A un español se le hace difícil admitir que sea posible la democracia en una diócesis, a través de asambleas anuales donde se deciden las líneas generales de la pastoral y es elegido el vicario que ha de asumir tales acuerdos. Así ocurría en las diócesis del Sur: Acapulco, Tlapa, Oaxaca, Tehuantepec, San Cristóbal. En otros lugares, la línea más conservadora ha impuesto su método: el ordeno y mando, como si fuera la ley natural. Aspiran a controlar el poder, en vez de empoderar a las mujeres y a los pobres.

Mientras que Mitch seguía radicado en el corazón de la Montaña Baja Mixteca, Ética peregrinaba junto a otros estudiantes de la UNAM a una región indígena más cercana a Acapulco, donde la cultura también es mixteca. Una vez allí, convocaban a los agentes mejor dispuestos a concienciarse sobre el destino y los medios con que promover a sus comunidades. A causa de esos métodos asambleístas, se atraían de modo consciente o temerario las inquinas de los caciques que controlaban todo lo que se movía en la región.

Sus apariciones eran esporádicas. Sin embargo, dejaban un buen sabor de boca a los comisarios ejidales, campesinos, maestros y catequistas que acudían a reunirse al amparo de los únicos locales disponibles en las aldeas: las escuelas. Así fue como Mitch, convertido en un miembro más de la red de solidaridad insurgente, se enamoró de Ética.

Ausente

Para intervenir en ese proceso tuvo que ausentarse con cierta frecuencia de la Montaña y transferir parte de sus funciones. A mí me tocó, nada más llegar a tierra, continuar la alfabetización bilingüe de niñas y niños. Mitch ya conocía los rudimentos de la lengua. Me dejó en herencia sus apuntes de vocabulario, fonética y sintaxis básica, para que comenzara mi trabajo sobre algún fundamento.

En Ometepec, la capital de Costa Chica, al pie de la Montaña, me esperaba Baptiste, un valenciano que fue pescador antes que misionero, mientras hacía acopio de víveres. Además, estaba José Manuel. Se ha casado y vive en Guerrero, al servicio de una ONG local, pero sigue apoyando a quienes trabajamos en Pueblo. Me pusieron al tanto y se encargaron de mis primeros pasos, *Mig* ausente.

Nadie sabía nada cierto de él, excepto que convivía pacíficamente en el DF con una comunidad de religiosos franciscanos, los mismos que dirigían las dos parroquias a cargo de la mayor parte de las aldeas indígenas en nuestra región: mixtecos, amuzgos y nahuas. Llamé por teléfono. Ciertamente, allí estaba. Tras una riña por no haber venido a recibirme cuando llegué a México, contó lo esencial.

Entre los apuntes que *Mig* había preparado a conciencia, encontré el diario escrito durante sus años en Pueblo Viejo: *Memoria del fin del mundo*. Ya conoces una parte. Comienza un año antes de la revolución zapatista y antes, también, que se hicieran notar las primeras huellas del desarrollo propiciado por el movimiento indígena, cuando la sordera de su entorno social y político era más ostensible. Los mixtecos no parecían personas reales, sino seres imaginados desde muy lejos, a quienes una *mano invisible* condenaba a la extinción.

Aunque en la Montaña nadie tenía acceso a la prensa diaria, alguno de nosotros bajaba a la ciudad cada cierto tiempo, para abastecerse de alimentos, y volvía con noticias.

Al cabo de pocos meses, tres o cuatro, reconocí el nombre de Ética en el sumario de la crónica sobre el operativo militar contra una escuela donde estaban concentrados varias decenas de mujeres, hombres y niños. Comprendí que los habían cazado de forma premeditada. Los cargos: promover una guerrilla en la región.

Háblame

El odio desconcha las paredes blancas por dentro y por fuera
Tiemblan los ojos dentro las ventanas por el agua a raudales
Las cierro. Me encierro a contar las mañanas
Tengo ganas de morirme pronto. Pero no resuelvo nada
En los arrabales del infierno próximo
nos miramos la cara sin conocer
las ganas
de abrazar nuestras corvas de humanos
tartajas, sin miedo
a tropezar y reírse
del odio que pasa

Habla
Cuanto más te oigo
más te estoy amando
Cuando te parezca
que cedo ante el odio
que entra en mi casa
que hago por dentro lo
que me hagan por fuera
háblame

Parábola del odio que pasa

18-10-6

Era de madrugada. Los despertaron disparos, ráfagas, cristales rotos, gritos amenazadores y humillantes. Muertos o rematados mientras imploraban.

Corría o era corrido junio de 1998, día 7. Los militares asesinaron a once personas, entre ellas al novio de Ética. Un muchacho que estudiaba en la UNAM, grandón, cabello largo recogido en coleta. El encargado de llevar la mesa y presentar a quienes iban a intervenir. Con él, mujeres y hombres mixtecos que habían llegado de otros pueblitos a la escuela de El Charco para discutir sobre programas de desarrollo, decían siempre que alguien les preguntaba sin amenazas. Se llevaron presos e incomunicados a los supervivientes, después de someterlos a torturas y disparar a sangre fría a algunos, arrodillados, en el patio de la escuela.

En la cárcel permanecieron veintisiete indígenas mixtecos que apenas conocían el español, cinco de ellos menores de edad, sin que a ningún oficial se le ocurriera proporcionarles un traductor durante el juicio por *conspiración e invitación a la rebelión*, sino al cabo de más de un año, gracias a las presiones de la Liga Mexicana para la Defensa de los Derechos Humanos (LIMEDDH). El más joven de todos, Francisco Cristino, de 13 años, fue herido de bala en un brazo y luego mal atendido, por lo que sufre una discapacidad permanente. Estuvo apartado de sus familiares y privado de comunicación durante meses, dado que nadie entendía el peculiar mixteco de su región: Ayutla. Entre los detenidos, la única que hablaba español desde la cuna era Ética.

Los militares dijeron haber requisado un vídeo de la reunión, grabado por los asistentes, donde unos tipos aparecían disfrazados con un pasamontañas. Obviamente,

con la cara tapada no se sabía quiénes eran. A esa prueba se agarraron para legitimar la acción punitiva, porque no habían encontrado armas. Pero la jueza encargada del sumario la rechazó. Ningún pretexto.

El ejército entró a matar una vez que hubo desplegado camiones, helicópteros e infantería en apretado cerco. No hacía muchos meses, el mismo general que comandaba la operación había sufrido una agresión armada que reivindicó el EPR (luego ERPI). Lo más siniestro del asunto es que las connivencias (buscadas o no) entre asesinos de ambas vertientes resultan, al menos, verosímiles. Mientras los supervivientes hablan de una asamblea informativa para tratar el desarrollo de la región, los únicos que parecían de acuerdo en que ese evento convocado en la escuela "Caritino Maldonado" tenía un carácter militar fueron los portavoces del ejército y un comunicado del ERPI, al cabo de varias semanas. Una guerra fantasma que ha provocado una represión real.

Justo Andrés, el vicario elegido por la asamblea diocesana, hizo un primer intento por organizar una conferencia internacional sobre *la matanza de El Charco*. Quería invitar a organismos de derechos humanos para que realizasen una investigación a fondo. Pero el nivel de las amenazas recibidas no bajaba de os haremos lo mismo que a ellos, pinches etc.

Como las presiones no hacían huella en su ánimo, los tejedores de sombras decidieron pasar a mayores. Una noche, medio México vio proyectados sus terrores en la entrada del noticiero estrella de Teleazteca. La otra mitad, como sintonizaba Televisa, se lo perdió. Un cura jovencito y con cara de culpable cogido en agonía, es decir, aterrorizado, y una joven secretaria del cura, lo más morboso que uno pueda imaginarse, habían sido detenidos por el secuestro de un niño de corta edad. Nada menos. Pues bien, ese cura no era el padre Justo por una sola razón. Como no tenía un rostro famoso, se habían equivocado.

En vez de entramparlo a él, habían agarrado a su ayudante en la parroquia, el padre Daniel, quien, además, daba clases en el seminario diocesano. La muchacha, Elisa, era la encargada de una oficina que tramitaba, sobre todo, reuniones, cursos y demandas en favor de los derechos humanos por toda la Costa de Guerrero, Chica y Grande.

Los presuntos autores del secuestro eran un ex policía y un ex militar. Habían captado para la operación, quizá con la excusa de cuidar realmente a un niño, una mujer necesitada que con frecuencia iba a la capilla de la Parroquia de Buena Esperanza a orar y a solicitar ayuda. Por tal vía quisieron implicar al párroco. Dieron las señas del lugar para que depositaran la bolsa con el rescate del secuestro. Y pasaron recado a la joven secretaria, mientras estaba trabajando en el despacho parroquial, para que recogiese el *óbito* como un objeto olvidado por algún feligrés. El sacerdote que estaba presente era Daniel, porque Justo andaba por la diócesis.

Tanto Elisa como Daniel estuvieron presos *solamente* algunas semanas. El impacto tan terrible por que detuvieran, encarcelasen y exhibieran públicamente a dos amigos y colaboradores como a los chivos expiatorios de una trama a lo bestia contra su persona, fue el detonante para que Justo se dejara convencer, después de meses de resistencia, y saliera del país. Llevaba mucho tiempo recibiendo amenazas físicas; pero se habían concretado de un modo inesperado, premeditado o no. Los mensajes al Arzobispo procedían de gente poderosa. ¿Quiénes? Ni idea. Sólo sé que eran lectores de una novela sobre sucesos ocurridos veinte años antes: *Guerra en el paraíso*. Y que usaron a agentes de sucesos cotidianos en el México de hoy: los secuestros de niños.

Justo pasó en el exilio unos cuantos años. Se dice pronto.

Esta historia es un clásico de la sociología. Los más poderosos de la tierra construyen los acontecimientos como les viene en gana. Han inventado una divinidad de

la guerra y de los sacrificios. Han edificado una economía *divina* de acuerdo con sus intereses. Los más vulnerables sólo tienen una defensa.

Buscar la verdad.

Pregunté a Dios, espero respuesta

10-11-6

Has vuelto. La muerte de tu madre es demasiado. No te animo a que lo soportes, sino a que sigas sintiéndola cerca. Todos estamos de viaje y llegamos a alguna parte. ¿A dónde?

Cómo es Dios-a para ti. Me has dicho mirándome de adentro. Tienes unos ojos tan expresivos que cuando estás triste no puedes esconderte. Cuando te enamoras soleas con rayos acariciantes. Te alegras con veracidad. En la tierra. Te creo.

La pregunta sobre Dios-a está asociada a nuestra existencia real. A ti, que preguntas. Habría que preguntarle a Dios-a y esperar respuesta sensible. ¿Si responde y no nos damos por enterados?

En esta historia, y en todas las historias, el Misterio desborda los límites del mundo, tal como lo modelamos con nuestras categorías. No hace falta ser filósofo ni teólogo para sentir y consentir que la respuesta ocurre en la vida. La muerte que nos asalta con sus legiones, el dolor inhumano, la violencia, la injusticia estructural, niegan brutalmente el sentido de la existencia. Dios-a, el mundo, yo mismo perdemos realidad para la conciencia humana. Quien no se rebela contra la traumática nada, se arriesga a caer en el horror de confundir el absurdo con el Ser. ¿Abandonarse al dominio de los males, como si fueran sagrados?

Nunca mais.

El amor comunicado por el deseo, la intuición, el encuentro. La unión. Nos dejan prenda de un sentido pleno. Puede ser Dios-a. Puede que exista conmigo y contigo.

Puede vivir con nosotros. Puede sentarse a la mesa común. Puede participar y hacernos parte.

Cómo que Dios

No lo cuestionaba cuando era niño. Estaba inmerso en una familia repleta de símbolos populares: por todas partes, el Sagrado Corazón de Jesús; la memoria bendecidora de algunos antepasados y difuntos recientes; algunos santos, como Francisco de Asís, quien ha dado forma al barrio en que nací, a partir del magma bullero de la emigración.

No lo cuestionaba cuando era adolescente. Estaba inmerso en una demostración de los hechos que no necesita a Dios-a como fundamento. La física moderna constata que la realidad es profundamente inestable. Nada parecido a un suelo bajo nuestros pies. Ni un físico ni Mallarmé pueden reconocer a Dios-a en el azar, aunque sospechemos que el azar sea divino por alguna especie de fatalismo.

Antes que naciera ya deseaba que ese humano condenado a la cruz por hacer el bien y denunciar la injusticia en las relaciones sociales fuera Dios-a. Es un sentido común de mi cultura, sin la cual no podría ni siquiera hablar. No entendería qué significa amar. La duda razonable consiste en cuestionar que la cruz sea divina. Si Dios fuera un crucificador, mejor que no exista.

No me caso con la violencia y con la muerte. Nada justifica la tortura y el asesinato. Los chivos expiatorios no salvan a nadie, ni cambian la lógica del dominio y del acaparamiento. Al contrario, son un instrumento todavía usado para provocar terror. O eso pretenden los que aterrorizan.

Tenemos que hacer memoria de la vida, siempre y continuamente, para que no sea devorada por los emblemas de la muerte. La vida no es una fantasía ni se cambia por

cuarenta monedas, por cincuenta latigazos o por una muerte. Es lo único real. Una piedra, un átomo o un virus, que duran miles de años, son incapaces de entenderlo. Sólo la vida es vulnerable. Sólo la vida es eterna.

Sé de buena tinta que le pasa a muchos agnósticos, al menos mientras bucean en el humanismo por amor a sus semejantes. Lo he leído en escritos de personas que me han conformado a la *in-con-formidad*: Albert Camus, Simone de Beauvoir, Saramago, Hanna Arendt, Simone Weil. Es una palabra hermosa. El presidente Salinas de Gortari la hizo famosa en México: los inconformes. Nadie puede conformarse perfectamente, ni siquiera el que los evocaba con desprecio. Salinas no se conformaba a ser criticado, el muy... glorioso.

Más concreto. La in-con-formidad y el desafío de Jesús sintonizan con la existencia de personas amantes que afrontan la sanción social por reunirse en contra de los planes proyectados sobre ellos y a pesar de algunas costumbres.

Fui a México acompañando a *Mig*. Descubrí a Dios-a desenredado-a de la madeja del odio. Estaba en el tejido, tejedor-a de las redes de solidaridad que sacaron a flote pueblos condenados a una muerte lenta. El sentido global de esa transformación local me dio ojos para contar la Historia común sin alardes ideológicos (al cabo, totalitarios). La luz en vela me era dada por personas concretas a través de encuentros y vínculos por el bien de los vivos, es decir, por la Vida.

Cuando Israel fue odio, no era signo de Dios. Si Cristo fuera odio, no sería Cristo. La *yihad* sólo puede consistir en una lucha contra el odio. Comienza por que me resista interiormente a actuar y a responder con violencia. Sublimar *demasiado* el *eros* reseca a la persona, porque me aparta de la realidad del Otro-ser-cuerpo por quien siento afecto. Pero sublimar la agresividad para convertirla en dinamismo es tan necesario como la vida.

Señales y señuelos

Cuando *Mig* volvió a nuestro pueblito en la Montaña, parecía deshecho. Apenas dormía por las noches. Se levantaba muchas veces a orinar mientras palpaba las paredes en busca de sombras al acecho. Tenía sus razones, pero estaba perdiendo la salud. Reconozco que hizo lo posible por no contagiarnos su ansiedad ante una muerte que presumía anunciada.

Durante un año sufrimos dos operativos militares. No se dirigían contra los indígenas, curiosamente. No tenían más objetivo que pillarnos en medio de una reunión multitudinaria, que no habíamos convocado nosotros, sino el movimiento autóctono. Cazarnos de cualquier modo en aquel pueblo convertido de una fiesta de la miseria a otra de la solidaridad permanente: *Pueblo Nuevo de la Democracia*, antes Pueblo Viejo.

La última vez, nuestra casa fue rodeada por soldados como si fuera el foco de la guerrilla fantasma. En parte era cierto. No había guerrilla, pero nosotros tampoco estábamos. En suma, fantasmizados.

Habíamos marchado a Tlacoachis para participar en un curso de formación con los catequistas de la Montaña, los que toca hacer año tras año: uno en Pueblo, el mes de febrero, con los mixtecos de más arriba; otro en Tlacoachis, el mes de septiembre u octubre, para toda la parroquia.

Nos lo contó la gente de la aldea, a la vuelta de cuatro días, mientras me observaban como si ya no me conocieran. Como si fuéramos de pronto reos por sedición. Es como si me hubieran visto con un cartel al cuello por la TV. ¿Qué éramos? Unos *chingaditos*, un grupito de servidores en tareas domésticas y comunitarias: cuidado de niños, discapacitados, ancianos, viudas, personas solas; escuela de adultos, talleres de economía social (comités de abonos y maíz, huertos familiares, apicultura, acuicultura), información sobre sus derechos (humanos, laborales), prevención sanitaria,

promoción de la cultura mixteca dentro del sistema educativo bilingüe. Intentamos articular nuestros programas con las universidades de México DF y Acapulco, aunque sólo respondió la *Ibero* (Iberoamericana de Santa Fe). También contamos con el apoyo de Manuel, un amigo casado y residente en Acapulco, para que saliera adelante un PDA (Programa de Desarrollo de Área) como el que él mismo estaba implementando en la Costa Chica. Su ONG se llama *World Solidarity*.

A mí me tocó desplegar la defensa en un tablero virtual, sin esconder nada. Puse los trapos al sol. Si la incursión esporádica de unos cuantos jóvenes, como Ética y Gerardo, en otras regiones vecinas, había desatado una furibunda operación de castigo contra los indígenas, no era aventurado suponer que podría volver a repetirse siempre que encontraran algún señuelo.

Estrategias de afrontamiento

La prensa independiente no ponía mucho de su parte para evitar el uso de los mixtecos (además de nahuas, amuzgos y tlapanecos) como corderos sacrificiales de la lucha política por el poder local y regional entre rivales mimetizados. De vez en cuando, noticias breves o incluso reportajes anunciaban que el EPR o un imaginario ERPI (con la I *rechula* de Indígena) recorrían la Sierra Madre desde Guerrero hasta Oaxaca.

Yo también he leído la novela de Carlos Monsivais, *Guerra en el paraíso*. Parece verídica o, al menos, verosímil. Por eso mismo, cualquier parecido entre Lucho Cabañas, a principios de los años setenta, en Costa Chica, y los líderes mixtecos de la Montaña, durante los años noventa, me parece fruto de una calentura ideológica.

Todavía se me ponen los pelos de punta cuando recuerdo un artículo en la revista *Proceso*, donde el periodista, seguro que con intención de ser objetivo, confundía a Aureliano con el mero Zapata y a un cartel del mero Zapata que este hombre tenía en el porche de su casa con el rostro de Lucho Cabañas, el guerrillero de los 70. Nada más lógico, ¿verdad? Estado de Guerrero, Costa Chica, todo encaja. Pero Aureliano, en su lengua materna, pedía a la gente que se organizara en paz para hacer justicia. Nunca los animó a tomar el poder por las armas, sencillamente, porque no quería ver muertos a sus vecinos. Cuando hablaba español, lo hacía en un *pidgin* con estructura mixteca. Entiendo que confundieran sus palabras, pero trasfundir los rostros de un cártel roza la alucinación. Así estaban las cosas.

El psicólogo Ignacio Martín Baró, asesinado en la UCA, describió los mecanismos de la polarización y la guerra psicológica. Si no existe el enemigo o no se ajusta a los parámetros necesarios, hay que inventárselo por medio de la represión y caldear el ambiente para una *guerra de baja intensidad*. Ni más ni menos. El despliegue permanente del ejército. Un poco de candela, de vez en cuando.

En este caso, los militares más duros y una prensa añorante de ambiguas glorias estaban aplicando sin saberlo las teorías de René Girard: el sacrificio del *chivo expiatorio*, a consecuencia de la violencia acumulada entre el gobierno priista y la oposición. No importaba tanto que el escenario fuera bipartidista. Vuelve a ocurrir con tres partidos en liza: PAN, PRI, PRD. La Guerra Civil española no fue entre dos bandos, sino al menos entre cinco. Un romance sefardí, hoy andaluz, "Por tres chavicos" (en hebreo, Khad Gadya, "el corderito"), cuenta el final de esa historia:

Y vino la agua

que apagó el fuego

que quemó la vara

que pegó al perro

que mordió al cabrito

que compró mi papa

por dos chavicos

ahí va

que compró mi papa por dos chavicos

¿Cuándo y cómo llegará el agua?

A este Pueblo empezó a llegar cuando entre todos construyeron la conducción desde el arroyo y dieron paso al líquido potabilizado, con su tanque y su comité para el mantenimiento, de modo que el cólera dejara de sumar más difuntos cada año.

Vivíamos en medio de una zona aislada por la ausencia de comunicaciones terrestres y por una marginación secular. Las comunidades habían decidido organizarse desde las bases de su propia cultura: las asambleas de las aldeas, los consejos de ancianos. Tan sólo en algunos pueblos, la enemistad entre familias y los conflictos por la escasez de recursos (tierra de regadío, abonos, etc.) dieron lugar a sectas difícilmente

reconciliables, bajo la rúbrica de un partido o de otro. De modo que gran parte de mi actividad se centró en espantar el fantasma que tentaba a tirios y a troyanos para que vistieran las máscaras rituales de la violencia sagrada, como podría pasar en cualquier otro lugar del mundo.

El ejército, los medios de comunicación y los grupos procedentes de México D.F., tuvieron ocasión de contrastar el absurdo de una guerrilla en aquella zona donde las comunidades indígenas eran dueñas efectivas de la tierra. Lo único que les faltaba, y les sigue faltando, es que el gobierno reconozca que tienen derecho a desarrollarse con sus propios recursos. La manufactura de la madera podría traspasarse de las transnacionales a las comunidades. Ojalá ocurra antes que el monte sea arrasado por completo, entre los calveros que dejan las empresas madereras y los incendios que provocan los niños pastores, todos los años, para que no les ataquen las alimañas y el ganado no se pierda. Quien no disfruta de los frutos del bosque tampoco toma conciencia de que *debe conservarlo*. Es sólo un lugar de paso y esconde riesgos.

La salida forzosa, provisional, que los mixtecos encontraron a la mortalidad infantil, la desnutrición, la represión militar y policial, incluso la discriminación de las mujeres, quienes permanecían en el lugar mientras los hombres emigraban, consistió en atraerse el interés de los grandes cultivadores de productos agrícolas para la exportación a USA en el Noroeste de México: Sinaloa, Sonora, Baja California, sobre todo, aunque también emigrasen a otras zonas.

Vienen a recogerles hasta la puerta de su casa, en la aldea. Contratan a enganchadores y, con ellos, camionetas de redilas que hacen habitualmente el viaje a la Montaña para vender refrescos. Al bajar, les recogen autobuses viejos que se llenan como ollas para recorrer dos o tres mil kilómetros, desde Ometepec o Tlapa hasta los campos del tomate, el pepino, la fresa y los frutales. En el plazo de una década, la

tendencia migratoria se ha ido orientando hacia USA para superar la brecha interna de los salarios mexicanos, que obligaba a muchas familias a arrastrar a sus hijos a los campos, ida y vuelta, de aquí p'allá y de allá p'acá.

A los indígenas, fuera cual fuera su signo político, no les hacía gracia que el ejército se asentase en sus tierras, a cuenta de una supuesta guerrilla. Bastante soportaban con el periódico chequeo de sus montes en busca de plantaciones de *amapola*, al menos desde mediados de los años ochenta. Los cateos indiscriminados, robos, violaciones, detenciones ilegales, se cuentan por centenares en los archivos de la asociación *Tlachinollan* y la red mexicana "La voz de los sin voz". Los mixtecos, fuera cual fuera su bando, no consideraban que la guerrilla diera lugar a otra realidad distinta a la que llevan sufriendo, sino un agravamiento de su libertad condicional.

Para conseguir algún día el control y la administración de sus recursos naturales han pasado por el filtro de la organización propia, el crecimiento en las capacidades, el empoderamiento de las comunidades, la sanación y el fortalecimiento de las vulnerabilidades, la resistencia activa. Lo que supera el límite de cualquier desgracia son los fantasmas y las fantasmagorías inventadas para proyectar la violencia de los dominadores, mientras rivalizan entre ellos, contra pueblos abandonados a la hambruna durante quinientos años. Lo siguen haciendo las potencias neocoloniales en África: escupen su veneno. Lo hicieron los bloques refrigeradores en América Latina, durante la *Cool War*, antes de la caída del muro de Berlín.

México ha despertado a tiempo de un sueño/pesadilla criolla: perpetuar la sociedad de castas bajo el paraguas ideológico de la revolución. La democracia liberal es un sistema imperfecto, pero contiene algunas mediaciones para el cambio permanente, en la medida que la organización de las personas y las castas condenadas

por un estatus jurídico y económico inferior, que impide reconocer su realidad cultural, su vivencia, su dolor y su muerte real, no sean una entelequia o un montaje.

Mano a mano con mixtecos de todos los bandos, me dediqué a tejer palabras con que pudiéramos aclarar el cristal del reconocimiento. Un revocado sobre las paredes ancestrales de la resistencia comunitaria, desde que los conquistadores, los encomenderos, los colonos y luego los latifundistas, en tiempo de Porfirio Díaz, pretendieron adueñarse de la Montaña.

El redactor de un periódico acapulqueño, Rubén, cada vez que paraba en nuestra casa nos decía, con un tono confidencial, que *los muchachos* andaban por la Sierra. Se refería al EPR-ERPI. Dada la extensión milkilométrica de la Sierra Madre del Sur, quizá aludiera al estado de Chihuahua. Juan Bautista, *free-lance* de un canal televisivo en el DF, nos animaba a volver a España cuanto antes. Por nuestra salud. Él vivía torturado en una casa urbana donde entraban inexplicablemente escorpiones amarillos, ponzoñosos, hasta los armarios de la ropa. Le sugerí que se mudara a la Montaña. Es más sano.

Pero todos los visitantes nos trataron con respeto, incluidos los militares que iban interrogando sucesivamente a Baptiste, a Francesc y a mí, a lo largo de tres años, mientras tomábamos un café, desde el general hasta los soldados, y vuelta a empezar. Lo cierto es que estoy vivo.

Salem

En cada uno de los pasos descubrí a Dios-a saliendo al encuentro con una tortilla de maíz y un plato de frijoles.

El misterioso rey de Salem se presentó a Abrahán con una bendición ritual y la ofrenda incruenta del pan y del vino, durante la campaña para rescatar a los secuestrados de entre su propia familia y de otras vecinas por un ejército de reyezuelos. Aquí, los reyes de Salem eran los campesinos más pobres de México. Y yo, un nómada sin rebaño ni posesiones.

La actitud de reconocimiento mutuo habita en la conciencia de muchas personas, creyentes o ateos, para que celebremos juntos la venida de la luz, en vez de oscuridad. La mayoría de los líderes indígenas, especialmente las mujeres, junto con profesionales del derecho, la economía social, la salud y la educación, las iglesias, podíamos dialogar cara a cara.

No reclamaba ninguna contrapartida más que afecto. Podían tomarme, de hecho lo hicieron, como un cable secundario que se tendía entre unas sangres y otras para que se comunicaran sin derramarse. La euforia que me transmitía el contacto interpersonal era mi beneficio neto.

La acción de gracias ocurría en la pequeña capilla de adobe donde nos reuníamos con los niños huérfanos, los hijos de emigrantes a cargo de abuelas, hermanas o tías, los internos en el albergue para estudiar secundaria, catequistas, algunos ancianos, de diverso signo político, y una mayoría de mujeres. Una de mis alucinaciones, no demasiado perniciosa, en aquellas oraciones largas donde intercambiábamos lecturas, cantos y plegarias haciendo uso de la lengua mixteca, consistía en sentir a nuestro alrededor el aroma de una liturgia desde otra dimensión. Olía a copal, aunque nadie lo quemaba.

Las víctimas de la injusticia durante siglos se habían reunido por nosotros. Nos echaban un aliento de vida nueva a la nuca y cantaban nuestros cantos. Esos mensajeros de la memoria nos protegían, a falta de alguna seguridad más palpable.

No era una mera alucinación. Los mixtecos no tienen querencia por la muerte, como piensan ridículamente (cuando se burlan de los indígenas) las élites urbanas. Quieren otra vida y otro mundo posible. Los dioses de los poderosos que dominan este mundo son distintos de los pobres que lo subvierten con sus ritos. Es una de las causas, si no la principal, del politeísmo.

El círculo ha sido abierto por las garzas. Desde luego, no me refiero a los españoles, sino a la migración forzosa de aves tan autóctonas como los demás habitantes de la región, hasta Sinaloa, Sonora, Baja California, USA. Tú, hoy, en Europa.

Volvían todos los años para posarse suavemente sobre el lomo del ganado, durante el tiempo cálido, cuando empiezan las lluvias. Las familias campesinas aprovechan aquella estación para sembrar la poca tierra disponible. Las garzas suben a la montaña huyendo del clima tórrido en la Costa. Van comiendo los moscos y otros parásitos que torturan a las reses. Éstas se dejan hacer.

Las garzas pueden contarlo. Tú, también. Si consintieras, yo sería un buey pacífico, cargado de memoria, a tu disposición.

¿Quién soy?

Mig ya casi no salía del pueblito. Recuperó y mantuvo su trabajo con los niños, mientras cavilaba sobre planes futuros. Hacía tiempo que había renunciado a su brillante carrera como investigador en genética. Todos los días, aún de madrugada, iba a cultivar un huertecito que sirviera de modelo para los *huertos familiares* en la comunidad. Lo que no imaginaba es que esas oraciones diarias le iban a llevar más lejos.

Al cabo de unos meses, recibió una orden de la Secretaría de Gobernación para que se presentara a una entrevista en Acapulco. Habían rechazado su solicitud y, en consecuencia, le daban un plazo de quince días para abandonar el país. ¿Qué razones? Nunca las supimos a ciencia cierta. De hecho, Mig ya no podía ampararse en el estatus de trabajador dependiente de la diócesis, porque había preferido no solicitar la autorización protocolaria del Arzobispo. El consul le recomendó que se marchara.

Al parecer, la coincidencia entre el asalto a la escuelita de El Charco y el trámite inmigratorio había resultado funesta. Mig presentó algún tipo de aval a cargo de un organismo subordinado a la Universidad Nacional Autónoma de México, el cual cambió de opinión o de dirección. Tampoco es de extrañar. La matanza había sellado a las víctimas mixtecas con el supuesto de que fueran peligrosas. EPR, Guerrero, Lucho Cabañas, constituían el foco potencial de la sospecha. La añeja teoría del foquismo servía a la práctica de romper las lentes y dejar, temporalmente, ciega a una sociedad de un cachetazo.

Regresó a España con la intención secreta de entrar en el noviciado de los franciscanos menores, con quienes había vivido en México DF: *ora et labora*, huerta, meditación y servicio al prójimo. Manteníamos buenas relaciones con ellos en la parroquia más cercana, a pesar de chismes y calumnias que rondaban alrededor de nuestro trabajo. Sin embargo, la cola de esos chismorreos, convertidos en un contra-

informe al arzobispo sobre nuestras actividades, terminó por hacerme la vida muy complicada.

A *Mig* le querían mucho; a mí no. El Estado y la jerarquía desconfiaban de Mig; el nuevo párroco, de mí. Mig no se sentía culpable; yo, sí. Será que los humanos no soportamos más que a una mitad. Por esa estupidez hay que elegir entre Caín y Abel, Isaac e Ismael, Esaú y Jacob, en vez de amar a los dos. Otra razón de índole subjetiva son los celos que nos teníamos. Creo que si nos escucháramos mutuamente nos iría mejor. Mientras eso no ocurra, a quien le va bien es sólo a uno: Mig.

De Pueblo a Tlacoachis, la cabecera municipal, sólo hay por medio un teléfono celular que funciona a rachas y los cuarenta kilómetros que ya conoces a través de la intrincada Montaña. Bajé con él por aquel camino, como años antes *Mig* había acompañado a Miguel, el médico psiquiatra. Era junio de 1999. Mientras siguiéramos en la Montaña, el calor no resultaba sofocante.

Hicimos el camino sin hablarnos durante quince kilómetros, hasta cruzar por San Pedro Cuitlapa. Íbamos apresurados por alcanzar alguna de las camionetas que aún se atrevían a subir por las tardes hasta aquel punto, pasaban la noche y volvían a la mañana próxima. Pero no tuvimos suerte. El día anterior había llovido a cántaros. El manejador no quiso pasar el río de San Martín, quince kilómetros más abajo, que desciende desde mis cerros amados, adonde confluyen el Arroyo *Cantarejo* (Itia xita lo'o) y el Río Encajonado (Itia ní'i). Un fluido mejor sonante que la Alhambra.

Había que caminar otros veinticinco kilómetros, pues. Nuestra oportunidad de sacarle más sentido a ser hermanos.

- ¿El heredero?
- Al que le salgan bien las lentejas
- Pues tú

- Prefiero los frijoles
- No tenemos que pelearnos por la bendición
- Si no es que te aburres
- Hay otros temas.

Hasta otra vida

Aquel año fue el más tenso que se había vivido en Pueblo Nuevo desde la ocupación de la Presidencia Municipal de Tlacoachistlahuaca en 1995. Unas semanas antes, en abril de 1999, los soldados habían asesinado a dos jóvenes campesinos y violado a las mujeres que reclamaban sus cuerpos, apenas a diez kilómetros de nuestra casa. *Mig* ya no quería saber nada.

- Guarda la calma. Pasará.

Pero a las dos horas recobró la lengua. Me contó otra vez la historia rehilada de Cinta María, su miedo a enamorarse, hasta el momento en que conoció a Ética. La impotencia mientras ella permanecía en la cárcel, amenazada por un juicio que se iba aplazando. No se realizó mientras él no se hubo marchado de México.

- Gerardo, pobre Gerardo,

le salió, de pronto, a Mitch.

- No juzgo a nadie. Pero la armaron, le respondí.
- ¿Qué dices? Iban desarmados
- Tú que sabes
- Pareces un infiltrado del ejército. No te cagues
- Y tú un falso revolucionario
- Eso sí. No me gustan las armas ni por respeto al abuelo
- Al abuelito le gustarían todavía menos
- Llegó a ser capitán de caballería en Marruecos
- Fue un recluta, tío
- Vale. Hablábamos de otra cosa.

Se paró a secarme la cara sudorosa.

- Yo tampoco quiero guerra, idiota. Después de los acuerdos de San Andrés, nadie. Hay que conseguir que se apliquen. Escucha bien. Nadie

- Algunos sí. O lo parece

- Trabaja, y no me comas la cabeza.

Nos detuvo un control del ejército justo antes de entrar a Tlacoachistlahuaca. Mitch tenía calma, es cierto. Pero yo estaba inquieto por lo ocurrido en San José Ñuu xaá, tan cerca y reciente. Los cuerpos de los dos campesinos, doce y veintisiete años, desaparecieron. Sólo al cabo de dos semanas supimos que los habían llevado en helicóptero a una base militar, en el puerto de Acapulco.

Me salía el corazón por los ojos, con la boca cerrada. Apenas pude abrirla cuando se acercó un soldado a registrarnos. Intervino *Mig*, mientras otros militares inspeccionaban nuestros pasaportes.

- Llevamos cuarenta kilómetros caminando. Venimos de la misión de Pueblo

- Y qué hacen allí

- Enseñar... Aprender, mejor dicho

- Y los maestros de allá, qué enseñan

- Lo que pueden, cuando les dejan. Nosotros no hacemos lo mismo que los maestros de la SEG. Damos clases de secundaria en colaboración con el CONAFE

- Ya pueden irse

- Hasta otra vida

El soldado se quedó mirando a Mitch como si lo hubiera amenazado.

- Es que regreso a España

- Lo siento

- Hombre, no es para tanto.

Esperamos respuesta

La pista de entrada a Tlacoachis se convierte en una pendiente de barro arcilloso desde junio hasta noviembre, durante las aguas. Subimos y bajamos por una trocha para acceder a las calles pavimentadas. A los niños y las niñas de Pueblo, cuando les pedíamos que dibujaran un pueblo bonito, nos pintaban las calles y las casitas, todas de adobe o de *concreto*, que forman el disperso urbanismo de la cabecera municipal. En mixteco, *Xako*.

El tlacoache (*xako*) es un marsupial muy listo con cara de niño que se hace el muerto durante horas para conseguir que le dejen en paz. Luego sale por donde entró, sea en ayunas, sea con algunos huevitos en su haber. Agarramos uno en la Misión, a los pocos meses de que yo llegara al corazón del bosque. Pusimos a prueba sus dotes. A la mañana siguiente se había desatado la pata sin despedirse. Me demostró que la fuga debería ser un derecho reconocido por la ONU.

Tenía en la mente aquel animal mientras caminaba al lado de *Mig*. ¿Por qué no me fugaba con él? Aún estaba a tiempo.

Cuando llegamos a la parroquia de la Inmaculada, no había nadie que pudiera recibirnos. El cura estaba de ronda por pueblos alejados. La joven empleada de la cocina recién sustituyó a una mujer de etnia amuzga que siempre nos había tratado con cariño. Decía no disponer de las llaves de las habitaciones.

Subimos a un taxi rutero con dos personas más, hacia Ometepec. Esos taxis endebles han sustituido a las camionetas pasajeras con rediles, al menos para el transporte de humanos, desde que construyeron la carretera el año anterior, sólo entre Tlacoachis y Ometepec. Otros veintitantos kilómetros que recorreríamos, esta vez, en menos de media hora por el asfalto.

Cuando ya había arrancado llegó corriendo un señor huero, alto y delgado. Se metió en el taxi como pudo, hasta sumar cinco pasajeros más el manejador. Entre bromas para distender, al menos, el rostro, el último en incrustarse contaba sus incursiones por toda la tierra amuzga de Xochis y Tlacoachis, a la caza de tesoros. Había deshecho ruinas precolombinas, para arruinarse luego con otros negocios. Más tardando, se fue a hacer fortuna al Norte, a *los Estados*, y allí vivía con su familia.

- Pero ¿encontró el tesoro?
- Nada, nada
- Algo habría, dice uno, guiñando el ojo hacia el pasajero más próximo.
- Sí, por eso viajo en taxi, respondió el otro muy serio.

Ya estaba anocheciendo cuando llegamos a Ometepec.

- Algún día habrá una carretera como ésta a Pueblo Nuevo
- Para entonces, los mixtecos habrán colonizado California
- O Nueva York
- Quién sabe.

Paramos en la estación de camiones con el tiempo suficiente para que Mig decidiera tomar uno esa misma noche, con dirección a México DF.

- No te despides del arzobispo
- Estará enfadado conmigo
- ¿Por qué? Siempre nos han acogido en el seminario de Acapulco
- No tengo ganas. Prefiero despedirme de alguien en México
- Eres un enigma
- Y tú un pesado. Ya no necesito protección
- Todos la necesitamos.

Yo, sobre todo, que aquí me quedo, mientras tú escapas en el momento oportuno, pensaba sin poder evitarlo. Mig, como si lo oyera, me dio un abrazo tan fuerte que dolía.

- No seas bruto. Si quieres ser cariñoso, dame un beso
- A ver qué haces, Xavi
- ¿Qué se puede hacer?
- Una red de solidaridad
- Sí, sí, claro. Pero uno más en la red; soy más humilde que tú. La Neta. La voz de los sin voz. ETC
- Querrás decir EZLN
- Quiero decir etcétera
- Idiota.

Sentí su dedo en el pecho y la expresión del entrenador antes de sacarte a la pista.

Al contemplar su rostro detrás del vidrio, lagrimeando con la sonrisa abierta, me vino el recuerdo de Ezequiel. “Cuando veáis al profeta saliendo en medio de la noche por un agujero en el muro, preparaos”. No tardaría mucho en seguir su trayecto.

Le pregunté a Dios: por qué.

Por qué no empiezas a cambiarlo todo desde este ángulo empobrecido del planeta más rico de la Historia.

Aquello me dio impulso. Después se lo grité con la cabeza contra el muro. El impulso se hizo temerario. Finalmente, cuando ya no tenía fuerzas, esperé a que lo hiciera. Pero le dije: puedo empezar de nuevo.

Aunque suene un poco estúpido, a veces Le amenazo con recordárSelo eternamente.

Expiración: Los rescatadores

Un día, un hombre muy estudioso empezó a cruzar el desierto con una caravana. El guía de la caravana le escuchaba con interés y respeto.

El hombre sabio le dijo: ¿no has leído el Corán? ¿No conoces las leyes del universo ni las leyes de los hombres? Entonces has perdido la mitad de la vida. El pobre camellero se quedó pensando, triste. Ya sabéis, es que no hay igualdad de oportunidades, y eso pone a triste a cualquiera.

Yo nunca pude estudiar, hasta que llegué a la ciudad, a BAMAKO y conocí a Leo y me enseñó a escribir en los descansos. Mientras nos amábamos y nos amábamos… Mientras trabajábamos y trabajábamos cosechando algodón. Hasta que reunimos lo suficiente para el pasaje a Europa.

Bueno, el pasaje… Un camión repleto de seres humanos sudaaando y riendo, por no llorar. Mali. Níger. Miles de kilómetros en esa cisterna de sudor y lágrimas. Hasta una ciudad que hay al sur de Argelia. ¿Tamanrasset? Puede ser. Allí, donde los gigantes hacían dibujitos. El Asekrem, eso es. Allí se acabó el viaje organizado (*package holydays, eh, well?*).

Otra vez tuvimos que trabajar. Una larga historia. Más desierto que cruzar. La frontera con Marruecos. Los campamentos ocultos, clandestinos, en el monte, en los bosques. Las batidas de la policía, con perros, GUAU, GUAU, GUAU. Había que saltar la valla, mejor pronto que tarde. AAAYYYY.

Veis la cicatriz. Y eso que Leo me llevaba a hombros. Es que soy pequeñita. Alguna ventaja tengo que tener…

Leo. Mi Leo… *Otro fundido-relampagueo.*

Ay, me disperso, se me van las ideas. No sé contar cuentos. Y ya me he salido de cuentas. Sí. El parto debía ser, más o menos…

Hoy.

Pero vuestra abuela no se enfadará. Y vosotros ponéis esa cara de tontitos... Como si nunca hubierais visto una mujer negra, embarazada, dogón. ¿No?

Yo creo que nos parecemos a las mujeres saharauis. Cuando más, cuando bailamos. No veas cómo bailamos. Ni lo verás, si no vas a Cuba… o a España… o a Bananu.

Las mujeres saharauis son distintas a las demás mujeres. Valientes, se las apañan muy bien, todo lo tienen organizado… hasta las vacaciones de los niños.

Aquí todas son iguales. Los niños y las niñas entran en todas las casas, como en mi pueblo. Son hijos de todas y de todos. Pero aquí las mujeres mandan, eh. Antes mandaban más, mientras los hombres y algunas, pocas, mujeres estaban de guerra. Aquí son maestras, médicas, ingenieras, políticas. La Unión Nacional de Mujeres Saharauis.

¿Os gusta el vestido que me han dado? ¿Cómo se llama? ¿Milupa, melón? MELHFA, Mehlfa. Es bonito, aunque a mí me gustaría con muchos colores. ¿Hay con más colores? Vale… Es suave.

Esto es un campamento en la HAMADA, el desierto más cruel, donde vivían los demonios en los cuentos. Pero no es un cuento. Es LA HISTORIA DE FATÚ Y SUS RESCATADORES.

Aquí viven los saharauis. ¿Duros? No, resistentes, ¿eh?

Estamos en una JAIMA, se llama así, ¿verdad? Una tienda donde todo es gratis, no se vende nada, ni caramelos, ni sellos, ni esclavas. Igual que sus abuelos y abuelas, bisabuelas, tatarabuelas y la tira de antepasados. Ahora, hace treinta años, no más, les han arrancado de la tierra (RASD) donde vivieron durante siglos y siglos. Me lo ha dicho la anciana Dumaja.

La jaima de Dumaja está en la *wilaya* de… ésta, y en la *daria* de… pues tampoco me acuerdo. Decís que son los nombres de las regiones y los municipios de su tierra robada. Adonde volveréis un día u otro día. Todos los días. Sin soldados que maten a quien quiera pasar pacá o pallá.

Relampagueo.

Soldados. *Se pone el dedo en la boca.*

Nos llevaron al muro que separa el desierto de aquí y el desierto de allá. Nos dijeron. Por ahí se va a Tindouf. Por ahí, por este dedo. Y luego se llevaron el dedo.

Qué listos. Nos habríamos muerto todos.

Dos relámpagos.

Ni siquiera nos hablaron de las minas que rodean el muro.

Primero oímos un rugido, como de camello. Sí, ya lo sé. Los camellos no rugen. Pero era más tranquilizador imaginar que serían camellos.

Brillaron unas luces. Estaba anocheciendo. Como en una película que vi en Bamako. Exactamente: *Star Wars*. Veis, también nosotros estamos globalizados. Se acercaban como si supieran dónde buscar. Es que estuvimos allí parados un día entero. Para no gastar energías. Para morir juntos, quienes quedamos.

Tres relámpagos.

Por dónde iba. Ah, sí. Cuando vuelva Dumaja haremos la última oración de la noche y vosotros iréis a dormir. Ya, ya está bien… Parecéis mayores. Pero es por lo que tomáis, mucha leche, ¿verdad? Los dogón comemos poquito, por eso somos pequeñitos. Pero también somos creyentes, musulmanes. Bueno, a ratos. Quiero decir, hacemos las cinco oraciones. Pero hay muchas leyes que no las sabemos (por suerte).

Por dónde iba. Ah, sí. ¿Por dónde? A ver todo lo que sabéis, por dónde iba. Imposible, verdad. Pues eso… el hombre sabio que iba en la caravana con un camellero triste

porque no pudo estudiar… leyes… Os creéis que el sabio respetaba al camellero en lo más profundo de su corazón. ¿De verdad?

Pues no.

Luz intensa y niebla.

Érase una vez que hubo una tormenta.

La arena les golpeaba el rostro a través del velo. Les secaba la boca. Les impedía respirar y hablar. No veían lo que tenían delante. Daba mucho miedo.

El sabio sentía que se quedaba atrás. Ya no distinguía a nadie. El camello, pasmado, iba a su aire. Después de cinco minutos, aquel sabio tan sabio empezó a llorar. Maldijo su suerte. Dudó que Dios existiera. Luego pensó que Dios existía pero le estaba castigando por confiar en los camelleros ignorantes que abandonan a sus semejantes porque no conocen el Corán.

Entonces, oyó rugir otro camello. No no, regoldar. No no, bramar. No sé.

El camellero se acercó al sabio hasta que éste pudo distinguir su rostro y escucharle, a pesar del horrible estruendo del viento.

Se alegró muchísimo. Devolvió las gracias a Dios por su infinita misericordia. Le caían las lágrimas por la cara. Bueno, caerle no le caían, porque tenía mucha arena pegada a la piel grasienta, después de días y días sin poderse lavar. Se le quedaban colgando los lagrimones, uno tras otro.

Y ahora qué, le dijo el camellero. Yo he perdido la mitad de la vida por no conocer las leyes y el Corán. Pero tú habrías perdido la vida entera por no ser camellero en el desierto. *Relámpago.*

Acto seguido le dio un pañuelo para que se sonara. Como no tenía práctica en desplegar pañuelos en medio de una tormenta, primero se le llenó de arena como un capazo. Luego, cuando quiso espolsarlo, se fue volando. El sabio se quedó mirando fijamente su

grácil trayectoria entre los torbellinos, hasta que lo perdió de vista, mientras pensaba que la vida del hombre es ligera como un lienzo en una tormenta de arena. Le pareció un pensamiento muy profundo y muy religioso.

Cuando abrió los ojos, el camellero había vuelto a desaparecer.

Fundido en blanco.

Ooooh.

Por donde iba. Ah, sí.

Me rescató un camellero. Mejor dicho, a nosotros, un grupito de supervivientes que sólo esperaban morir juntos, débiles y abandonados, *¿más relámpagos?*, nos rescató una manada de todoterrenos conducidos por pilotos de la República Árabe Saharaui Democrática. ¡Viva la Humanidad! (Esto no es mera propaganda de mi especie, sino un arranque emotivo).

¿Qué habría ocurrido si los pilotos fueran expertos, expertísimos conductores durante el rally Paris-Dakar? ¿Qué habrían hecho? ¿EH? Exacto. Sólo pararían a mear sobre la señal "Tombuctú, 50 días en camello". Comprobadlo, comprobadlo. Está escrito.

Máquinas sublimes, pero inhumanas.

¿Y si fuera un grupo de turistas, que ignoran dónde está prohibido aparcar en el desierto? (porque hay lugares donde no se puede pasar, otros por donde se pasa, pero no se puede aparcar). A ver, ustedes que han estudiado, ¿dónde no? ¿Dónde no pero sí? ¿Por dónde sí pero no? Donde hay arena, claro. ¿Mucha, poca, arena blanda, arena dura, arena y piedra, dunas? Son movedizas, inseguras, no se puede fiar una de ellas. No son como las tetas, por mucho que comparen.

Mi pueblo está a punto de ser cubierto por las dunas. Todos los años avanzan y avanzan. Así lo sufren por todo el Sudán.

Fundido en blanco.

¿Y si hubiera una tormenta de arena, dónde os esconderíais? Debajo de la arena, claro. Hasta que vinieran los arqueólogos a desenterrarnos. Como sacaron la señal de… los derechos de autor.

Por dónde iba. ¿Por dónde? No, no, por ahí no. Por ahí no se puede pasar. Por aquí…

Vuelve a quedarse dormida. Habla como en sueños.

Soy una mujer dogón. Estoy durmiendo en una jaima. No una mujer esclava, como había antes, muchas, en la tierra de los blancos. Una mujer rescatada del vientre del desierto, que nunca dio a luz. Sólo arena y viento. Dicen que el desierto está comiéndose el corazón de la tierra. Crece y crece, más, más.

Se despierta.

Pero aquí estamos nosotras y nosotros, ¿verdad? Servimos para algo, ¿no?

¿Tú sirves para algo? Luchas contra el desierto, a favor de la vida, contra la guerra, a favor de la paz, contra la violencia doméstica, a favor del amor, contra tus deseos, ¿a favor de qué?

¿Y si son buenos? ¿Yo soy un buen deseo?

Dice que no… Será un filósofo… en una tormenta de arena.

¡guau!

1) Onomatopeya con que se representa el ladrido (RAE)

2) Expresión de asombro

3) Novela que trata sobre la humillación de un personaje

4) Una respuesta posible a “Miau”

Dos partes no solamente son dos caras. El salto de un lado a otro de la vida: Sur y Norte, antes o después, pasado-presente, juventud-madurez, ida y vuelta.

La segunda parte de esta historia veraz sobre la mitad de un personaje que nunca existió narra una parábola secular.

La servidumbre a que nos somete el dinero, o sus emanaciones cósmicas, hoy resulta indistinguible de la esclavitud. Lázaro fue mozo de mil amos, como bien saben los/as @lector.es*, solamente porque pudo elegir de quiénes se hacía esclavo. La libertad de trabajo sin reconocimiento humano consiste, a grandes rasgos, en eso, mientras no cambie nuestro orden de valores. Incluida la distribución de la renta.*

Los protagonistas (Mig, Garza o Xavi) han cruzado el mar, como Ulises, para participar en el drama y ocupar un espacio. Han hecho lo que podían. Han soliviantado, mucho o poco, a los guardianes del orden cósmico. Siguen vivos, lo cual ya es un milagro.

A la ida sucede el viaje de vuelta, algo más reflexivo, a tempo lento*, en busca de una reconciliación con la memoria propia y ajena. La experiencia humana. La herencia o los rostros de las víctimas en la Cosa global. Pretenden lograr o recibir, del modo que sea, una respuesta a las voces que claman desde su interior. Palpar sus rostros.*

A Ulises le costó volver diez años, que pasó bajo el dominio de distintos dioses, convertido en cerdo, carne, animal fugitivo, mente encarcelada. Pero no perdió el humor.

Jacob

La mayoría de los expertos reconocen que los perros de tamaño mediano y pequeño son más parientes del zorro (*vulpe vulpes*, entre otras muchas especies) o del coyote (*canis latrans*) que del lobo en cualquiera de sus manifestaciones. Como es sabido, todos ellos pertenecen a la gran familia de los cánidos.

En cualquier caso, los hábitos de construir madrigueras no son ajenos a los perros. Aun cuando convivan con los humanos durante milenios, algunos volverían a construirlas si se convierten en salvajes.

El mejor amigo del perro

Todo empezó una noche

Otra más en vela (Bajo la farola, y sereno).

Me envuelvo en luz lunar. Camino por las aguas sin ser tragado. Son un abismo de muerte y el principio de la vida. Madre devoradora (No será la tuya).

Si he olvidado el azúcar, las galletas o la botellita rellena de leche, me cabreo y clamo por todas las penalidades de la humanidad, hasta que contemplo la bahía en calma. Qué debilidad (Todavía eres humano).

He vivido con un pueblo de hábitos milenarios. En realidad, sigo viviendo allí, aunque esté aquí, desarraigado. Conozco el ritmo de la lluvia y de la sequía. Adoro la luz, el fuego y la carne. Cada tiempo es un tiempo. Nacer, crecer, gozar, sufrir, reír, vivir, morir.

Antes de ir allí (aquí), estaba perdido en un tiempo sin tiempo. No me casé. No he tenido hijos. Pero bendigo a quienes lo han hecho. No me ahogo de frustración. Bebo leche, tranquilo, sin ahogarme. Me como la primera galleta. Ya son las dos (Estás más solo que la una).

Ay. Me lleno de odio. ¿Para qué vivo?

Los poderes de este mundo quieren destruirlo. Lo conseguirán, para que se cumpla lo que estaba profetizado desde el principio. Pero no tengo que esperar el fin. ¿Y si tardan demasiado? (Qué contradicción, si me permites intervenir en tu monólogo. No te lo permito. Pues quede constancia).

Me vacío para contemplar. Contemplo. Los males producen bienes. Todo está bien hecho (Cándido). Todo está en proceso (Empezamos a entendernos). Calla (Sal de aquí). *Mig-Mig*.

Escríbeme tú, al menos. *El meu Mig germá.*

Mig se ofrece como Cazafantasmas

Jordi Enhorabuena 01/02/01 22:05:03 8 KB

Mig amic meu

Me alegra haber organizado el curso de formación en la pastoral con inmigrantes, porque ha sido una oportunidad para conocernos y para recuperar el contacto con viejos amigos como el sociólogo Chimo García Roca. Hemos compartido muchas batallas. Seguimos en la brecha.

Recuerdo con agrado la imagen de Francisco de Asís que nos presentaste: una persona sin hogar de nuestra época. Quizás uno de esos cuerdos locos a quienes atendemos en el Centro de Día, con la sana intención de orientarles en la búsqueda de empleo, el desarrollo de sus "competencias laborales", la adquisición de hábitos sociales que les permitan relacionarse. Si comenzáramos por la escucha empática y la comprensión, como queremos y defendemos, puede que nos lleváramos una, muchas sorpresas. Si es que nos dejamos.

En algunas de estas personas hay una cordura más profunda que la mía, por cuanto me he adaptado más de lo necesario a un sistema en crisis permanente y un orden de funciones muchas veces absurdas. La ecología de Francisco no era sólo ecologismo, sino un estilo de vida que deberíamos considerar *santa* para comenzar a entender algo. No podemos desacreditar a los pobres, despreciar a las personas con quienes trabajamos y a quienes servimos, sin detenernos a considerar su misterio. Creo que eso es lo que pretendías transmitirnos, si no me equivoco.

Cambio de tema. Aprovecho la oportunidad para llamarte la atención sobre alguien que conocemos ambos: tu hermano Xavier.

Te confieso que me quedé extrañado al enterarme de vuestro parentesco. Os parecéis poco, no sólo físicamente. Por bienintencionado que sea, y todo eso, me está creando problemas graves en la parroquia. Quiere *hacerse* cura, pero se comporta como un ermitaño medieval. Le acogí y orienté como a cualquier otro cuando quiso ser voluntario del Centro de Día. Ya sabes que es necesaria una preparación técnica, al menos, en la *relación de ayuda*. Espero que le haya servido de algo.

Le apoyé para que se dedicara a lo suyo, decía él, promover una empresa social con las personas sin hogar; siempre que compartieran esa inquietud, le insistí. Al poco tiempo vino a solicitar un local abandonado y sin calefacción de la parroquia, que nos sirve de almacén, para que dos "empresarios" vivieran allí. Me costó mucho aceptarlo, pero lo hice, con la condición de que fuera temporal: no más de dos semanas, mientras se conocían y aprendían a convivir. Incluso él quería venirse con ellos, pero parece ser que vuestra madre le disuadió. Te imaginarás que aquello fue un fracaso.

Le he permitido organizar un curso de Biblia con los jóvenes de la parroquia más concienciados. Pues mira que al poco tiempo algunas chicas vinieron a protestar porque se esforzaba en convencerlas de que marcharan de misioneras al Sudán, como si fuera lo único que podían hacer dos estudiantes de enfermería que están buscando novio y desearían formar una familia…

Ahora que te conozco, me parece que serías la persona indicada para orientarle.

Por lo demás, espero que vayamos compartiendo espacios y objetivos. Aunque la Iglesia esté sufriendo una cierta parálisis, seguimos creciendo en la capacidad de contemplar. Lo que sirve de poco, o más bien de nada, es quedarse fijamente mirando hacia atrás, como la mujer de Lot. La tradición no es fría, no es de piedra.

Deseo que no te quedes congelado en Madrid, con este tiempo. *Una abraçada molt forta.*

Jordi

delegadocaritas@diocesisalicante.es

Ring, ring.

- Hombre, Xavi

- Me agrada sentirte bien templado. Aquí hace frío

- Ya. Tu hermano

- Todos somos hermanos

- Es tu hermano

- Qué le pasa

- Le iría bien hablar con alguien. Quizás un tratamiento

- No sé. Hace tiempo que no conversamos. Un año, más o menos

- Pues por eso. Te lo digo yo

- Le pasa algo, sí

- No es grave. Enajenación mental

- Venga, Jordi, aquí el más loco es el rey

- ¿Cuál rey?

- Todos los que reinan, aunque sea por un día

Click.

- ¿Jordi? Hola, hola... ¿Tienes el teléfono pinchado, *fill meu*?

- Eso será en otro país. Aquí nos pinchamos mutuamente. ¿Todavía eres del Barça o te has pasado al *Madrit*?

- Decía que lo tendré en cuenta.

Mig Fw: Enhorabuena 03/02/01 20:01:03 16 KB

Xavi:

Te reenvío este correo de Jordi para que reflexiones sobre tu situación real, por si no te habías dado cuenta. El trabajo de guarda no te conviene. Imagino el frío que estarás pasando, noche tras noche, en la obra de esa urbanización de lujo donde no se te ha perdido nada. Ojalá pudiera visitarte y fumarnos un cigarrito (¿es cierto que ya no fumas?) frente a la bahía de Alicante.

Me extraña que apenas tengas trato con nuestras amigas y amigos de toda la vida, que han hecho familia con su propio modelo: Viqui y Tiru, Frutos y su mujer, Óscar y su hombre. Pasas la mitad de tu existencia en el Centro de Día para personas sin hogar. ¿No podría contratarte *Cáritas*? ¿O vas en calidad de cliente?

Podrías empezar por una revisión de tus engranajes. Ya sé que no estás chalao. Pero me vienes ahora con que la psicología no ha sido capaz de entender la experiencia mística. Si no quieres que te clasifiquen, entonces ¿por qué no buscas atención en un grupo de psicólogos? No te encierres en una jaula para demostrar que eres un *pájaro*.

Te hablo de mi propia experiencia. Cuando regresé de la Montaña sabes que acudí a un grupo de terapia psicosocial: el GAC [Grupo de Acción Comunitaria], por consejo de Alberto, un colombiano. La mejor manera de sanar las propias heridas es aprender los métodos con que ayudar a otras personas.

Lo tuyo es más complejo y gravoso que lo mío, porque te ha tocado soportar la presión dentro de tu círculo de confianza, cuando más apoyo necesitabas, en medio de una guerra no declarada por el ejército. Gracias a Crisóstomo, el párroco franciscano, yo me decidí a entrar en el noviciado. Tú también participabas de la alegría por compartir la

esperanza y algunas lecturas. La lucha contra la pobreza surge de la misma fuente que el memorial de Israel. No hay memoria sin compromiso.

Criso tuvo que marcharse de la parroquia, casi a la vez que el vicario de la diócesis, Justo. *Justo a tiempo* para que las amenazas pendientes sobre ellos no se cumplieran. También yo tuve que volver a España antes de lo que tenía previsto. Me convenciste a tiempo, supongo. En cierto modo, me obligaste, como un autor hace con sus personajes. En fin, alguien tenía que hacerlo.

Fue entonces cuando os cayó encima todo aquello. No tendré yo la culpa. Ya no estaba. Tampoco mentían. Si te llamaron *izquierdista* o *liberacionista* fue por haber promovido esos derechos humanos que otros no asumen. El contrainforme del nuevo párroco describía los hechos. Defendiste a la cabeza visible del movimiento indígena, Aureliano, cuando le daban por eterno en la cárcel. Los caciques locales querían castigarlo y la oposición regional necesitaba un mártir. Salió libre, contra todo pronóstico. Qué sorpresa se llevaron. ¿Hay jueces independientes? Increíble... Es el principio de cualquier democracia, desde que los tribunales se constituyeron en Grecia, frente al poder de los tiranos.

Les molestaste, Xavi. Por eso te *invitaron* a marchar. De poco te sirvió tanta prudencia. Llamabas *caridad* a todo, y con eso pensarías convencer a los más duros... Si ya lo saben; de sobra lo saben. Te lo dije entonces y te lo repito ahora. Hace falta asumir un compromiso político. No basta con *ayudar*. Has comprobado que quien se pone de parte de los pobres, es tratado como ellos. Si querías evitar ese *efecto boomerang*, no engañaste a nadie.

O hacemos un esfuerzo por comprender la realidad para explicar los hechos o terminamos por confundir a Dios con la Naturaleza, el orden cultural con la *fatalidad*. Todo confuso bajo la etiqueta de la *predestinación*.

El conflicto dentro de las élites dominantes por repartirse el pastel es como la tinta del calamar. Impide que se hagan visibles las necesidades de los más pobres y que sean reconocidas como intereses generales, es decir, la clave del bien común. En vez de luchar contra la desigualdad más flagrante, los rivales en este pobre planeta sobreexplotado (y en México) sólo aspiran a conquistar el poder. Unos y otros (partidos, empresarios, los narcos) imponen condiciones a los indígenas, que no podrían cumplir sin perder su identidad.

Los indios, mientras permanecen en el marco de su cultura, no les obedecen. No adoran al Dinero ni a la Santa Muerte. Son extraños. Vagos (aunque trabajen doce horas por un salario ínfimo). Machistas (como si los demás no lo fueran). Su lengua es un dialecto primitivo, dicen. Simplemente, ni les entienden ni los valoran. Buscan pretextos para privarles del derecho a la autogestión de sus recursos, su tierra y el control de su vida, en fin.

Hay que participar en el espacio público por medio de los movimientos sociales, de manera activa y con medios racionales. No hay desarrollo posible si no empieza por un análisis de las condiciones de vida reales. Sólo entonces sabremos qué capacidades podemos desarrollar y cuáles son las vulnerabilidades que debemos aminorar. ¿Quién extrae la madera del monte y sus beneficios? ¿Para qué se usa la mano de obra indígena? ¿Por qué han montado un sistema de educación, si no les dejan administrar sus recursos? Lo demás son prejuicios, ideología...

- Óyelo. El cronista oficial de la revolución

- No te avergüences

- No te enrolles

- Eres de izquierdas, ¿o no? Hay que ver, *Chavi*… Los escrúpulos que salen de la chistera

- Para ti es muy fácil. Has vuelto por la puerta grande

- Ya está bien. Te estoy escribiendo un correo electrónico. La telepatía es inverosímil

- Da igual. No existes

- Respeta los cánones de cualquier relato

- Déjame en paz. No pienso escribir nada sobre México. Ni permitiré que *tú* utilices a los indígenas como personajes en un producto panfletario

- Un lenguaje coherente que nos permita razonar

- Ya no quiero razonar. ¿Para qué, con quién?

- Conmigo

- Soy un bicho raro. Lo tengo asumido

- Anda que yo... Hace unos cuantos años, ateo declarado. Hoy, fraile

- Lo tuyo es oportunismo. Un poco más comprensible

- No seas cruel

- Deja de escribirme cartas apócrifas, *Sam*

- *Mig*, no Sam. Te equivocas de película. Yo no te toco nada, huevón

- *San Migbufat*

- Continúo, quieras o no

- Con Dios, tengo bastante. Nada me falta. Desconecta

- Desconecta tú. ¿Por qué me lees?

"Según me enseñó el curso de salud mental en situaciones de conflicto, el estrés postraumático (PTSD) afecta, en distinto grado, a un número y diversidad de personas cada vez mayor. Quienes han sufrido accidentes y robos, o han soportado amenazas y maltrato, o han cruzado para entrar al Norte, clandestinamente, una frontera política y natural, o han pasado por una catástrofe humanitaria, un régimen represivo, una familia patriarcal, un esposo violento, un parto dificultoso, una cesárea, siniestros laborales,

comenzando precisamente por los profesionales de la ayuda: psicólogos, educadores, enfermeros, médicos, bomberos, cooperantes, misioneros... “

- Y los políticos, y los profesionales del mercado financiero, y los empresarios... Estás describiendo las causas del estrés en la sociedad actual. Si insinúas que estoy estresado, ahórrate el discurso. Duermo como un niño. No tengo ambiciones. Me doy tiempo para meditar y contemplar.

“Con la experiencia de toda esa humanidad habrá que escribir una novela terapéutica, que nos permita superar el horror de una vez para siempre. Supongo que la están preparando para el Buen Día (eso que llaman el Juicio Final, en la versión *heavy-metal* del grupo *Leviathan*). La Memoria podría provocarnos un PTSD global e incurable. Si los psicólogos tienen razón, y no creo que puedas demostrarme lo contrario, Dios se limitará a devolver la palabra...”

- ¿A ti? Qué paciencia...

“... a todos esos testigos que ya han empezado a comunicarse en los evangelios y en la memoria histórica de cualquier pueblo víctima de la insensatez. La *memoria passionis*, dice Juan Bautista Metz. Ninguno tiene la posesión absoluta de la verdad. Nos escucharemos”.

- Iluso

“Tenemos mucho tiempo. Una eternidad”.

- Desgraciada humanidad... Sólo una voz es necesaria. Lo demás es contingencia y torbellino, ruido o sueño...

“Podemos aprender unos de otros. Es la oportunidad que se nos dio al nacer”.

- ¿Qué oportunidad? No hay solución

- Otro mundo posible, acá

- Otro mundo, más allá

- Si no quieres escribir, no te preocupes. Deja que me haga cargo de esta historia

- Que te crees tú eso. Soy yo quien escribe tu vida, Mig

- Te has declarado insolvente e insípido. Ahora me toca a mí

- Eres la mitad de quien me desprendí. El testigo de mis fracasos. La herida del pecado

- Estás chalao

- Quizá

- Escucha

- No puedo

- Aprende a escuchar

- ¿Has acabado?

"Lo mejor sería que modificásemos las causas del trauma, además de sanar a la persona; o que permaneciésemos a salvo. Tienes una hermana, quien te acoge en su casa, y medio hermano, el que te escribe".

- Escucha tú. No tengo ningún trauma, ni estoy estresado. He sobrevivido entero. Y entero me iré a otra parte del mundo.

"Un abrazo. Acuérdate de *mi-g*"

- Por fin.

...

"P.D.: Me alegro que no llegaras a tiempo de votar al PP. El regeneracionismo de la anterior legislatura tenía sentido. Ésta empieza de cráneo. Ya ves en qué ha acabado la ley para la Integración Social de los Inmigrantes, a pesar de Manuel Pimentel. En una campaña de persecución y desconfianza contra los extranjeros, bajo el control del Ministerio del Interior, que mantenga callados y sumisos a quienes siguen llegando. Lo pide la locomotora del crecimiento. Más madera".

- Y tú quieres fuego

“Así no durará el crecimiento y el desarrollo será insostenible. La especulación inmobiliaria nos va a ahogar. Aunque ahora proporcione puestos de trabajo precarios y mal pagados, como el tuyo”.

- No pensaba votar

- Y entonces, ¿qué piensas hacer? ¿La lucha armada?

- Nada

- ¿Nada? Otros lo harán por ti. Estamos conectados

Conexiones gemelas

Barcelona, 10-11-2001

Por favor, Javier…

No me salgas con que habías previsto el atentado contra las Torres Gemelas. Lo que diste a leer hace unos meses eran elucubraciones sobre el Apocalipsis, en conexión con tus lecturas de los pasajes que el Corán dedica a las figuras de Isa y de Mariam.

Siento decirte que todas las religiones se refieren al Misterio, pero no a la misma persona. Los budistas ni siquiera creen en una divinidad personal. El Islam confía en el Todopoderoso, de quien dependen absolutamente todos los seres y quien ha planificado todos los acontecimientos, que son considerados premios o castigos. Algo semejante hacían los profetas de Israel cuando explicaban los hechos pasados y anunciaban catástrofes como si fueran intervenciones directas de Dios. El apocalipticismo y la imaginación apocalíptica tensan hasta el extremo (rigor) tales postulados, a través de una teología del poder terrenal, es decir, como un pretexto para la ambición de dominio. Así ocurrió en la Iglesia medieval, durante las cruzadas, y así ocurre en nuestra época con quienes buscan fundamento en el libro de Josué y en el Apocalipsis para adoptar las posturas más beligerantes contra el Islam en el Próximo Oriente.

Los teólogos que han disfrazado a Jesús de Nazaret como un trasunto de César, con teorías sobre su dominio supremo, no pueden explicar por qué dedicó la mayor parte de su vida a la relación interpersonal, a la escucha y a la argumentación de sus propuestas. A Jesús le mataron por no haberse convertido en miembro de la casta

suprema, por *no ser un dictador*. Esa singularidad no la pueden ocultar, a pesar de su Pantocrátor, sus monumentos, sus ejércitos, sus emperadores y la sota de bastos.

- Mig, por favor, no vuelvas a echarme el rollo

- No le pidas a Dios el fin del mundo

- Lo esencial para ti y para mí debería ser que la dialéctica consiste en una grave deformación de la realidad: los proyectos de un sujeto individual o los de un sujeto colectivo. Por ejemplo, el proletariado...

- ...la Cristiandad, el Islam, mi nación, mi transnacional, la tecnocracia financiera, el superhombre, el personaje del científico loco en los cómics. Yo

- Eso, tú.

"Mientras ruegas por la liberación de los sudaneses condenados a un lento genocidio, tus cartas oscilan peligrosamente entre soluciones extremas: la intervención militar que acabe con el régimen, como el Beato de Liébana animaba a Carlomagno, o un servilismo que provoque piedad al integrista religioso, quien dice aplicar la pura *Sharia*. Puede que ese ruego sea poco fraterno. El derecho de los refugiados todavía no les asegura la oportunidad de recomenzar en otra parte, sino que los condena a repetir una y otra vez el trauma en campos de concentración camuflados. Empecemos por comprometer a todas las partes, los de aquí y los de allá, Europa, USA, China, para que les acojan y dejen de polarizar a esta pobre humanidad, a cambio de un puñado de pozos de petróleo".

- Los sudaneses ya se están organizando para dar a conocer su situación. Los hijos de la guerra, *The Lost Boys*, no quieren que continúe años y años. Ahora hablan inglés, además de árabe, como lengua *koiné* entre 120 etnias distintas.

¿Sabes cómo llaman las guerrillas del Sur a eso que los está matando?

- ¿Es un concurso?

- Colabora

- Vale: *War*

- *Big War*. Se consideran héroes épicos. Tienen sus rapsodas, igual que todos los guerreros

- Muy bien. Estamos de acuerdo. Si quieres demostrar que amas la Paz (Salom, Salam), envía un mensaje a Saladino, como hizo Francisco de Asís, ofreciendo tu paz

- ¿Soy Francisco de Asís?

- A veces le echas un aire. Y yo, ¿soy Saladino? Pues con esta explicación, basta.

"Ahora el tal Bin-Laden nos vende la vieja moto del Apocalipsis global como si fuera nueva. Lo que ha hecho es *tunear* un vehículo muy deteriorado, que sólo ha servido para castigar a la humanidad con las mismas plagas que anuncia. La destrucción y el fuego en el corazón de Babilonia humean sobre las cabezas de la humanidad, *como estaba anunciado*. Como si no hubiera ya una Historia común de aprendizaje que rechaza las guerras y empieza a desacralizar la violencia, cualesquiera sean sus epifanías. Precisamente cuando debíamos encarar con seriedad el compromiso con los Objetivos para el Desarrollo del Milenio en un nuevo sistema internacional, en una Organización de Naciones Unidas reformada y fortalecida... ¿Te parece casual?

"¿Has oído despotricar contra la ONU a los fundamentalistas nazi-americanos, como si fuera la bestia del Apocalipsis? ¿Cómo crees que van a reaccionar ante ese ataque a su orgullo bíblico?

"¿Por qué se parece tanto Bin-Laden al personaje del *Doctor-No* en la primera película de la serie *James Bond*? ¿Será consciente de la trama malévola que ha montado? ¿Sabías que se formó casi enteramente en Inglaterra, durante los años 60 y 70?"

- Estás frivolizando

- Se llama ironía y es necesaria para desenterrar algo de verdad. Échale humor.

“Esta película anda por los primeros capítulos. *To be continued*. ¿Caerán los musulmanes en la trampa de ese califa mediático? ¿Volverá el hijo Bush a repetir los errores del padre? ¿O será peor?

“Ya ves que a mí también se me nubla el pensamiento. Pero no considero que el atentado del 11-S sea producto de la voluntad divina, hasta ahí podíamos llegar. Es una tentación grave al odio que todos llevamos dentro. Ten por seguro que no tendrá ninguna consecuencia positiva, excepto si las víctimas piden justicia renunciando a la venganza. Necesitamos comprometer a todo el planeta en el control de la violencia y el fin de las guerras.

“Resiste, hermano. Y ayúdame a resistir.

“Te deseo suerte en la entrevista de selección para el trabajo que buscas en Sudán. Pero mi consejo sería que dejeases pasar un tiempo de preparación, antes de emprender otro proyecto. Sin prisas. Tienes, tenemos, mucha vida por delante. Ya que has empezado a estudiar otra vez, ¿por qué no continúas, al menos este año? Entiendo que no estás en una situación envidiable. Te imagino saliendo de un sótano todas las noches, y se me encoge el corazón.

“Si hubieras comenzado un año antes, nos habríamos encontrado en Madrid. Habría hecho lo posible para que te dejaran vivir en mi comunidad, hasta que encontraras un trabajo mejor. Sólo que hace un año estabas recién llegado de México.

“De Barcelona ya te contaré algún día. *Molts amics no son prou*. Los hay buenos y mejores, si te das tiempo para cultivarlos.

“Pero no quiero marear. Sigue *palante* como los de Alicante y currante en Vallekas.

“Shalom, Salam, hermano.

El teu Mig.

“Ah, se me olvidaba. Por favor, vuelve a usar en cuanto puedas el correo electrónico. Aunque no te llegue el salario para conectarte a Internet, tendrás al menos un euro que gastar en algún locutorio, como hacen miles de inmigrantes. Tus semejantes. No los olvides”.

La Conquista de Granada

Mig Haz el amor, no el hambre 21/03/03 20:12:05 5 KB

Hola, Xavi

Me alegra que hayas despertado de tus viajes por el inframundo. Los talleres de ayuda humanitaria te habrán dado las capacidades que no tenías para afrontar con las víctimas los largos procesos de reconciliación, en este planeta asolado por una treintena de guerras olvidadas.

No conocía a Arancha del Pozo, esa profe tuya sensible, que estuvo trabajando en terapia psicosocial con las mujeres y los niños de Bosnia, después del genocidio, y ahora da clase en una universidad norteamericana. Cuando me describiste el gesto de las mujeres musulmanas bosnias en el documental, mientras narraban las agresiones sufridas, es como si tuviera delante a algunas mujeres gitanas que se han hecho con las riendas de su vida gracias a la venta ambulante. También reconocí a Pablo Aragón, nuestro amigo misionero en el Congo. Se pasan la mano por los ojos y la frente hasta la raíz del cabello, como si quisieran echar los recuerdos más dolorosos, mientras fuman un cigarro detrás de otro.

Es curioso que la forma de impureza o contaminación entre los mixtecos no fuera la menstruación femenina, ni los cadáveres, como en otras culturas, sino la violencia física o la agresividad verbal. La autoridad mixteca, o era realmente buena, o tenía que disfrazarse de no-violenta.

La vida es un cuento folklórico de héroes y heroínas chiquitas, como *Mig Pollastre*. Atamos los brazos de los gigantes mientras duermen. Los derechos humanos, laborales, ecológicos. Todos héroes y heroínas del camino recto: *ña ndakú kúu yoo.*

Pero no entiendo cómo te las arreglas para perder el equilibrio. Ahora se te ocurre hacer huelga de hambre para ganar la guerra contra la guerra. La estampa del santo Sardina.

Así no vas a encontrar una chica ni por equivocación. Tomas tan a la letra el papel de fermento que estás consumiéndote antes de la mezcla. Un par sin utilidad.

Te vendría bien enamorarte… o mutarás de sardina a bacalao seco.

- ¿Y a ti, qué te vendría bien?

- ¿Por qué lo dices?

Mig **Respuesta: vida** **23/03/03 08:05:05** **3 KB**

Hola, Xavi

No sé si has tenido ocasión de leer mi mensaje antes que comenzara la invasión. Ya están en marcha los ejércitos imperiales.

No te deprimas, chiqui. Deja las legumbres y cómete un pescado para que se fastidien los enemigos del cuerpo y de la vida en la tierra. Celebra con tu amigo Sergi que no estamos en ese pantano. Sal una noche y diviértete.

Aunque no me harás caso. Estoy mandón... Qué ristra de imperativos…

Compartimos el desencanto, por decirlo finamente. Lo de Afganistán comenzó en nombre de la "libertad duradera". Ahora la emprenden con la "justicia infinita". Cuéntame el cuento de la guerra justa y verás qué pesadillas tengo. Duraderas e infinitas...

Hay quienes ya han propuesto a los tres de las Azores para el Premio Nóbel de la Paz. Se lo ha ganado la población mundial, a pesar de su impotencia.

- Si nos dejaran votar

- Exacto.

En trance de enamorarse

Mig **Gracias, hermano** **23/08/03 23:05:03** **5 KB**

Hola, Xavi

Gracias por acogernos en casa aquella noche. No es lo que piensas. Más grave o más leve, depende cómo lo mires.

El curso sobre "Tratamiento del agua en situaciones de emergencia" fue tan motivador que estoy pensando con toda seriedad en cambiar de oficio, sin renunciar a mi compromiso más profundo. Para algo soy biólogo.

Los técnicos de Acción Contra el Hambre demuestran una calidad moral que deja huella. No se resignan al trabajo asistencial, sino que han inventado una nueva práctica: la *acción humanitaria*. Ya sé que los gobiernos franceses han atacado a varias ONGs, como Greenpeace o Amnistía Internacional, pero esto es *genial*.

Se dedican a tareas de *advocacy* para defender a las poblaciones de refugiados y a los desplazados internos (IDPs), a causa de conflictos armados. Son capaces de poner en riesgo el mero reparto de alimentos con tal de asegurar que las vidas de cientos de miles de personas se salven de una amenaza mayor.

En el trasfondo late la solicitud de que sea reglamentada por el derecho internacional la *intervención humanitaria*, de modo que los trabajadores implicados no actúen como meros peones en la estrategia de los bandos beligerantes, dentro y fuera de un país en guerra. Compara tales parámetros con la actuación de USA, UK and the Kingdom of

Aznar en Irak. La intervención militar sólo tiene como fundamento el *humo narcótico* de las agencias de información USA, lo cual debería considerarse un arma química.

Al principio creyeron tener éxito, con el sustento de una ansiedad informativa por seguir a las tropas al ritmo de sus flamantes conquistas. Ahora utilizan ciertas figuras de pesadilla, recurrentes en la tradición española, hasta que hagamos una autocrítica tan profunda como los alemanes sobre su pasado. La rancia Reconquista que terminó con la expulsión de judíos y moriscos. La figura modélica de Isabel la Católica, a quien pretenden hacer santa, como si no tuviera suficiente con haber sido co-fundadora del sistema mundial. El imperio *donde no salía el sol*, desde el punto de vista de las víctimas.

Te aconsejo que seas menos agresivo en tu lucha particular contra la guerra. Si te han desplazado de esa comunidad de *Proyecto Hombre* donde echabas una mano debe de haber sido por esa rabia tuya que no deja hablar a los demás; como a mí. Tampoco te digo que calles, sino que *respires*. Lo que me cuenta nuestro amigo Sergi sobre tus cabreos en el piso, provoca alarma. Le chillas a la TV, al Cristo que tenéis en el comedor. Ojo, hermano. Mira que no estás solo, aunque lo sientas… Te van a echar.

Sal a un parque, corre y grita lo que quieras, al aire libre. No te pares, Xavi. Pero descansa.

Mig Diálogo continuo 23/08/03 23:55:12 12 KB

A lo que íbamos, hermanito. Lo de esta chica no es un ligue, sino un cambio de planes. En lugar de viajar a Irak con una delegación *intercongregacional*, para lo cual vine a hacer el curso impartido por técnicos de ACH, Stephanie me anima a que la acompañe a la zona de los Grandes Lagos, concretamente el este de la República Democrática del Congo: el Kivu. Allí comenzó a trabajar junto con su primer equipo, en 1996, antes de ir a Sierra Leona.

La guerra entre varias facciones congoleñas desde 1997 es una prolongación de otros conflictos que han desplazado a millones de personas:

- la guerrilla del Lord's Resistance Army en la frontera con Uganda, Chad y Sudán;
- en el Kivu norte, las incursiones del ejército ugandés;
- en el Kivu Sur, lo más conocido a través de los medios de comunicación, el exilio de miles de ruandeses de etnia tutsi, seguido poco después por una huida todavía mayor, la de millón y medio de hutus empujados por la milicia *interahamwe* (Frente Democrático de Liberación de Ruanda, FDLR), de su misma etnia, y perseguidos por el Frente Patriótico Ruandés (FPR).

Ya sabes que los tutsis del FPR tomaron el poder apenas tres meses después del primer genocidio provocado por una ideología hutu, en 1996, que algunos medios de comunicación difundieron por todo el país durante sus prolegómenos. Todavía recuerdo con pánico la pasividad internacional, poco después de lo ocurrido en Bosnia.

El ejército del FPR, bien preparado y armado, invadió Ruanda desde la frontera con Uganda, al norte, y barrió literalmente a los genocidas. No fue un hecho coyuntural, sino el fruto de una guerra premeditada que provocó terror en otras muchas personas.

Los campos de refugiados hutus en el Congo, justo al otro lado de la frontera, acabaron siendo dirigidos por los enemigos del nuevo régimen. Organizaban incursiones militares o meras rapiñas desde sus bases, con efectos sangrientos.

En consecuencia, el mismo ejército que les había hecho salir del país invadió, esta vez, el Congo y les obligó, fueran o no culpables, a huir de nuevo sin rumbo fijo. Sólo unos pocos sobrevivieron a esa prueba, entre ellos mi amigo Aimable, un seminarista hutu ruandés que conocí en Madrid. Algunos de sus compañeros murieron de hambre, otros se ahogaron o fueron muertos por fieras, antes que llegara a la frontera del Congo-Brazaville.

Stephanie trabajaba en uno de aquellos campos que se quedaron sin refugiados. No la asesinaron de milagro y, sobre todo, gracias a su postura equidistante entre los violentos. Había denunciado las presiones internas en su lugar de trabajo por parte de la milicia *interahamwe*. La llamaron pocos días antes para que expusiera los hechos ante una comisión. Por eso estaba ausente cuando las milicias tutsis, con apoyo del ejército ruandés, se vengaron atacando los campos.

La crisis se ha enquistado al este del Congo. Hutus y tutsis convirtieron el Kivu en un infierno, dentro del cual vinieron a prosperar otros oportunistas: los partidarios y los enemigos congoleños de Laurent Kabila, desde 1997 hasta la fecha.

¿Qué se disputan con tanta saña?

El control sobre una de las regiones del planeta más ricas en minerales. A las antiguas minas que proceden de la colonización belga (cobre, oro, diamantes, el estaño de la casiterita, que empieza a escasear, el wolframio), en el Kivu y el norte de Katanga se añade una revolución tecnológica. Lo innovador no reside en el modo de extraer el mineral, con pico y pala.

Calculan que el ochenta por ciento del *coltán* (columbita-tantalita) yace bajo los pies de unos millones de congoleños. De ese mineral se extrae el tantalio, un superconductor con el cual se fabrican condensadores electrolíticos mucho más precisos y de menor tamaño que los de aluminio, para usarlos en tecnología miniaturizada: ordenadores portátiles, teléfonos móviles, GPS, MP3, equipos aeronáuticos. Armas militares de alta precisión.

Es probable y deseable que el Congo sea una potencia regional, como Sudáfrica, y que colabore en el desarrollo de África. Nuestros amigos de *Pax* están poniendo su parte para que ocurra el milagro en los valles de Katanga, por medio de bueyes y arados.

Aunque a un ingeniero convencional le parezca retrógrado, se trata de un programa adaptado a la realidad y al medio; innovador en mucha mayor medida que otras técnicas inasequibles y pensadas para el negocio de las transnacionales. Además de ellos, hay un grupo numeroso de misioneros y cooperantes españoles en la zona, quienes han organizado una red de comunicación por onda corta; incluso una liga de fútbol que juegan jóvenes congoleños con los nombres y las camisetas de equipos peninsulares.

A diferencia de Katanga, en el Kivu es primordial atender a las víctimas y proteger a los más vulnerables, sobre todo a las mujeres que cultivan sus campos año tras año, para que no vengan los militares, sean quienes sean, les roben la cosecha, las violen o las maten. Es necesaria una *intervención* bien organizada, en la que ACH se ocupa de lo suyo: organizar los campos de refugiados (el saneamiento), suministrar alimentos y agua, pero también denunciar los abusos contra los derechos humanos.

No sé más. Stephanie parece una buena amiga. Una pantera de la acción humanitaria.

Bosque salvaje sin animales venenosos.

Conciencia inquebrantable.

Fue religiosa en Paris cuando jovencita. Vivía con inmigrantes senegaleses y marfileños en la *banlieu*. Se dedicaba a apoyar a las mujeres prostitutas para que no cayeran en la toxicomanía, no se contagiaran de SIDA o, ya enfermas, recibieran tratamiento. Luego estuvo con ACH en Congo; más tarde, en Sierra Leona durante varios años.

Tuvo que afrontar peligros que no caben en las novelas, hasta que regresó a Francia para responsabilizarse de tareas de formación, como ésta en que la he conocido.

En una guerra no hay buenos ni malos, matiza, siempre que hay ocasión. Todos los que matan son agresores y todos los agredidos, víctimas, en su gran mayoría mujeres. Según la entiendo, cualquier violencia es abominable, aunque quienes la sufren no tengan pedigrí de santos o de revolucionarios.

Me parece que puedo fiarme de la libertad humana, si está bien orientada.

Todavía no se lo he contado a mis hermanos de comunidad. A ti, porque me conoces como si fuera tu otra mitad. No encontraba un proyecto de vida que me llenara el corazón. En fin, ya es mucho hablar.

Veremos.

Por favor, no me juzgues. En mi lugar, enviarán a Irak otro religioso de cualquier país, sin dificultad. Somos miles. Pero tengo pruebas suficientes de que los ocupantes españoles, italianos, polacos, etc., utilizan a los cristianos caldeos (católicos, como sabes) para justificar la guerra o, peor, como víctimas interpuestas. Me corroe las entrañas de impotencia. Si me dejaran criticar abiertamente a las tropas invasoras, ya estaría de viaje. No lo consideran diplomático.

Cuando visité el Vaticano el mes pasado, en calidad de último mono e ilusionado hasta las cejas, no me imaginaba un embrollo tan tremendo. Lo único que pude hacer, durante dos semanas, fue ver una película de Harold Lloyd. Te la cuento.

El papa le dice a toda la curia: “A la piscina”. Toman carrerilla, hasta llegar al borde. Pero distinguen en el agua a los tres tiburones de las Azores. Se quedan clavados cuando los escualos les enseñan los dientes, mientras Juan Pablo se echa él solito y se moja entero. Los tiburones le hacen carantoñas. De vez en cuando, lanzan gruñidos en dirección a los demás bañistas.

Ahí sigue la mayoría de los curiales, tanto diocesanos y religiosos, como laicos ultraconservadores, silbando y mirando hacia otro lado, al borde de la piscina. Poco a poco, todos, van cambiando de rostro.

Dos adivinanzas: ¿En qué se convierten? ¿Cómo se llama la película?

PS: ¿Lo pasaste bien en tu cumpleaños? ¿Cuándo piensas invitar a tu mejor amiga?

- Mig, no me mientas

- No podría

- Tú has ligao

- Eres...

- Tu hermano.

Mig Una mujer que te ame 23/02/04 21:15:37 8 KB

Querido Xavi

Según nos vamos haciendo *mayores*, entiendo mejor lo que significa ser hermanos. Me ha dado mucha tranquilidad tu apoyo en este proceso, en parte porque no puedo escapar a mi fiscal interior. Ya sabes que resulta penoso despedirse bruscamente de quienes te han querido bien. Además están los votos... Una descalificación canónica para toda la vida. Te colocan en la casta de los futuros purgantes… quiero decir, purgandos. Menos mal que no tuve tiempo de ordenarme.

No te imagines que voy a trabajar con ACH sólo por Stephanie, ni que me envían a su proyecto en Congo sólo por nuestra amistad. Sencillamente, ella me ha animado a aprovechar la ocasión. Es cierto que nos llevamos bien. Pero de ahí no pasa.

...

- El que no tenía escrúpulos

- No empieces

- Sigue, sigue. Te escucho.

"A ti te haría falta encontrar una amiga de verdad. Una mujer que hable francés, con entrañas y mucha sensibilidad. Una mujer que ame a los pobres y reconozca sus valores, en vez de culparles de su pobreza. Una mujer que te ame por quién eres.

- Y que se llame...

- Perdona, estoy describiendo a Stephanie. Da igual qué idioma hable. Pero no puedes vivir como *el hombre invisible*

- No me escondo. Es que no se dan cuenta

- Comprendo que te cause mucha molestia cuando algunos compañeros de estudios repiten a diario que tienes los ojos hinchados. Ni eres perfecto, ni perfectamente invisible

- Si no trabajara de noche, no podría seguir estudiando. Además, quiero ser testigo en medio del mundo real

- Para eso no hace falta que te suicides

- Los religiosos pensáis que merezco el castigo por no haber renunciado al mundo... o algo así

- ¿Qué tonterías dices? Se limitan a constatar los hechos: estás haciéndote daño y no sirve para nada

- Míralo, el crítico. Tú te has aprovechado de una comunidad religiosa mientras te hizo falta. ¿Y ahora?

- ¿Esa es tu paz, hermano?

- Lo siento... Supongo que eres libre

- ¿Lo supones, Xavi? La vida en comunidad debería ser una alternativa disponible para muchas personas. Tú no la aprovechaste. Querías ser único

- Quería ser laico, a mi manera

- Muy interesante. ¿Me dejas terminar?

"¿No has pensado que deberías cambiar de carrera, ya puestos? Un título civil, que sirva para desarrollar una profesión. Ya sé que la teología no es militar, pero en España, a diferencia del Reino Unido, Alemania o USA, no puede ejercerse como una profesión civil. No es una titulación pública en la universidad, ni sirve para dar clase en los centros de enseñanza media, si no es con la aprobación episcopal... He ahí un efecto del Concordato entre Iglesia y Estado que nadie se ha interesado por corregir. Ocurre algo similar en otros países católicos: Francia, Italia...

“Casi no me atrevo a recordarte que dejaste una tesis a medio hacer en Literatura Comparada. No quiero estresarte”.

- Te soy sincero, Mig. Creo que eres un listo

- Xavi, no lo estropees más

- Me dejas solo otra vez. Siempre vas dos kilómetros por delante...

No puedo seguirte

- Replantea lo que quieres hacer con tu vida. ¿No te parece?

…

“Estaré ocupado a partir de ahora, como puedes imaginar. Cuídate”.

Flaco

Enfermedades caninas: Parvo virus; Leptosposis; Hepatitis canina; Alergias cutáneas; Otitis infecciosa; Obstrucciones intestinales; Displasia de cadera; Leishmaniosis; Filariosis; Parásitos intestinales; Sarna; Parásitos externos; Enfermedades caninas oculares; Rabia…

En la ratonera

21-11-6

¿Te da miedo la autoridad? ¿A qué no? Cuando era más niño no tenía esa sensación. Aunque mi familia tuviera un aspecto tradicional, el padre en el trabajo, la madre encerrada en casa, concentrada, nunca me subió la angustia por escuchar los pasos de la madre o del padre en acercamiento amenazante. La entrada del padre en días laborables significaba una peseta y una partida de ajedrez que no siempre perdía, porque se despistaba o porque me dejaba. Su voz acariciante y preguntas sobre el colegio. Me iba bien.

La vez que me apedrearon la cabeza en la escuela, por cruzar en medio de una trayectoria parabólica, no se me ocurrió acusar a nadie ni me quedó grabada una impresión de muerte. Guardo asociada esa escena a otra más o menos simétrica. Una carrera a lo largo del patio que a cualquiera deja exhausto. Me dejo caer bromeando sobre el cuerpo de un compañero, lo suficiente para que pierda el equilibrio y se desplome. Veo la frente abierta contra un poyo de cemento que parecía recién afilado, el muy borde. Quedo petrificado de horror. Recuerdo con toda crudeza el grito de la maestra:

- Quién ha sido, brutos.

Fue la primera vez que me tragó la tierra. Aquellos dos golpes de azar me hicieron inmune contra las ganas de pelear por glorias mundanas. Si ocurrían desgracias sin pretenderlo, cómo sería en medio de la refriega.

Lo único que me ha dado terror es la oscuridad. Al principio, ni siquiera soportaba estar solo. Me fue haciendo libre el hábito de leer en cualquier circunstancia.

En el lecho cálido con las amígdalas inflamadas o sobre la frescura del suelo de terrazo en verano. Plegado en un sillón. Boca abajo con las piernas hacia el cielo. Un empollón con inclinaciones de faquir en ángulo de 90º, que se aventuraba junto a Ulises a través de tempestades, sin titubear, a la espera de que lo recogiera en una playa la sabia princesa de los feacios. Con marineros tan experimentados no había nada que temer.

El ambiente de la casa de Ulises era más o menos como la casa presidida por mi abuela o por mi madre, en ausencia del jefe clánico. Penélope. María después del parto. No estoy seguro si entendía bien a mi madre concentrada en un campo doméstico. Su campaña permanente contra la mentira, de la cual era el único receptor; algún que otro bofetón publicitario. La manera en que se acercaba silenciosamente, después, a observar mis posturas de meditación trascendental. Sus besos inesperados.

Pero en la oscuridad no se podía leer. Dentro de una habitación a oscuras –o una tienda de campaña, junto a amigos o novias, qué vergüenza- recurría el trauma originario. No es que me ahogara en el nacimiento, aunque gritar, gritaba. La cosa empezó en los parvulitos.

Había un maestro y una maestra. No obstante, a veces estaban tan ocupados que dejaban la clase suelta durante algunos minutos, quizás horas. Por entonces no sabía cálculo. El caos iba propagándose por grupos, hasta que todos se convertían en electrones saltando y tropezando en plena reacción nuclear. A mí me pillaban siempre debajo del montón. O así lo recuerdo.

El castigo podía ser verbal. Eso no debió de resultar traumático. Lo que sigo midiendo con los ojos que no ven es el *cuarto de las ratas*. La tortura no era malvada, sino irresponsable. Los maestros sabían que no había ratas, ni potros, ni gas letal. Sólo trastos arrumbados, libros deshojados. Y fantasmas.

No sé cuántas veces me encerraron allí a oscuras.

Y a los demás. Cómo lo llevarán los demás...

Pude haber sido un esquizofrénico modelo. Sin embargo, los besos de mi madre, en un hogar habitado por Ulises y sus compañeros, las voces en tertulia constante, rompían el contexto. Los dos escapábamos por puertas paralelas a otros mundos: la radio, la lectura. Mi madre se enfadaba mucho, pero al poco rato ya se le había pasado. La sensación de agobio se convertía en fiesta. No era la madrastra ni aquello era un cuento. No era ese tipo de bruja que describe George Bateson, quien te acorrala hasta la locura mientras dice "te quiero".

Mi madre asistió al tránsito continuo hacia la democracia –todavía sigue transitando, gracias a Dios-a- con más perspectiva que mi padre, el cual lidiaba con jefes poco domesticados y se adaptaba a las razones y las sinrazones de las empresas para las que trabajaba como contable. A su manera, una y otro me han alegrado la infancia por reaccionar a mis salidas de tono mucho mejor de lo que hubiera imaginado.

Por el contrario, el *cuarto de las ratas* donde metían a los parvulitos podría ser un símbolo de la cámara de tortura, las prisiones, los ghetos, el apartheid, la franja de Gaza, Guantánamo, Auschwitz.

Hay espacios-tiempos en que una leve privación de dignidad permite comprender por simpatía la gravedad de los traumas que dejan a las personas sin sentido. En todos los sistemas de referencia, por relativos que sean, los menores deben ser tratados como tales, sin importar las circunstancias, las mujeres luchan por empoderarse, los pobres aman la justicia en los actos cotidianos, los ricos también lloran en los culebrones televisivos. Son motivos de la vida narrada en cualquier cultura de nuestro tiempo.

Cuando ya era adolescente, me despertaban terribles pesadillas con ojos de fuego en la oscuridad. Para vencer el miedo tenía que pasar algo muy gordo. Supongo

que fue una transición desde los fantasmas imaginarios –seres con patas y antenas larguísimas, dentones y cabezones- a las imágenes reales, mientras estuve en la Mixteca. También las cucarachas contribuyeron.

La cocina en la casa de nuestra aldea de adopción, *Pueblo Viejo-Nuevo*, se llenaba todas las noches de cucarachas palpables, a causa de una obra mal hecha. Un pozo ciego que era tuerto, o sea, un criadero de las susodichas. Después de cruzar sobre un mar de insectos todas las noches, a oscuras o a la luz de la vela, para beber agua hervida de una garrafa que volvíamos a llenar todas las mañanas, no quedaba uno transformado en el Fantástico Aventurero. Pero sí curado de algunos espantos. Los bichos llegan a ser familiares.

¿Es a mí?

La cosa más parecida al cuarto de las ratas en mi vida adulta ha sido este puesto de guardia en turno de noche. Caminante sonámbulo por las obras, los parques industriales, los centros comerciales, las estaciones. A la vuelta de México alunicé en el Monte de la Soledad. Vine a parar aquí por una serie de carambolas, sin caer en el agujero. De medio lado, quizá. *Mig* me ha ayudado a seguir a flote.

Pedí trabajo como educador social en el Centro de Día de *Cáritas* para personas sin hogar, pero no tenía el título adecuado. Quise enseñar, como antes, español para extranjeros en la Universidad. Pero los puestos estaban copados y mis antiguos compañeros todavía no eran jefes. Bastante que fueran contratados de curso en curso. Solicité la entrada en el seminario diocesano, con el objetivo de que me enviaran, de una vez para siempre, como misionero al corazón de Sudán, donde las ONGs no entraban por falta de infraestructuras. El rector de Jartum comprendió mis motivos, pero tampoco podía hacerse cargo de un paracaidista, hasta que acabara los estudios pertinentes. El rector de Alicante decía que era un profeta y me mandó reflexionar durante un año. A lo que me dediqué en realidad fue a estudiar árabe y a reunir información sobre las culturas sudanesas. Y pero tras pero, tampoco llegué a bombero, que me hubiera hecho ilusión, porque andaba en el límite de edad.

Lo único que no hice fue postular para fraile. Ya era suficiente con *Mig* en la familia. Su bienaventuranza me daba a veces envidia, otras un poco de rechazo, como una madre que hubiera preferido niña. Al menos podía recurrir a un hermano que comprendiera mi experiencia religiosa. ¿Seguía imitándolo?

Así que mis andanzas y andamios han acabado en la vigilancia nocturna, hecho un Simeón estilita, durante seis años. Contemplación de la bahía, el parque, la industria, la noche tenebrosa. Raptos de agonía o de esperanza. Plegaria universal por el Sudán, el

Congo y mis amados mixtecos. Estudios de filosofía previos a la teología en Alicante. Teología durante cinco años en Madrid, en busca de una nueva identidad a prueba de pruebas. Vivir sin vivir.

Sereno.

¿Es a mí?

Regreso al futuro

22-11-6

Llevamos días haciendo música con nuestros cuerpos, mientras el frío recrudece. Cada día te conozco algún detalle. Cuanto más tiempo, más espacio en la micronesia, de atolón en atolón, hasta llegar a la escala de las partículas elementales.

Más tarde vendrá la época de explorar los canales en Marte. Por ahora, voy investigando tus fuentes con la única intención de hacerte feliz y llegar a la unidad desde el origen hasta el fin.

No adoro la materia, ni me siento condicionado a nada más que a amarte por tu manera formidable de ser, por tu continua irradiación de amor. Pero tu carne es la mejor expresión de ti, la más bella; es la huella más misteriosa de tu vivir. Inseparable de tu voz como una música que nunca se apaga, ni cuando respiras, ni cuando duermes. Ni cuando yo muera y espere que resucites.

Ahora reinamos en intimidad. Me desbordo contigo hacia quienes tú amas. Dado que has amado mucho, tengo mucho que aprender: tus dos hijos, tus hermanos, tus amigos, ciudades presentes y futuras. México, Latinoamérica, Europa. Cuando hablo contigo, me haces consciente de que nuestro tema es la humanidad en todos y cada uno. Ni puedo ni quiero reservarte en un jardín cerrado, como si fueras una propiedad. Me fío de tu valentía para mirar juntos hacia fuera, sin ira ni prejuicios beligerantes. Buscas justicia y ofreces paz en un mundo habitable.

Allá, acá

La vuelta a Alicante, cinco años después que salí, a mediados del año 2000, fue un internarse de regreso a la familia, el barrio donde me he criado, la iglesia local, la divinidad femenina. Buscaba protección para lamer las heridas y recomenzar de nuevo. Buceaba en los símbolos de los primeros cristianos: la nave, el ancla, el pez. Me revolvía de modo semiconsciente contra una estructura que me había dejado sin habla, hacia las fuentes del habla.

Mi madre viuda sobrevivió a un infarto cerebral y varias operaciones de cadera, con la carga de una hemiplejía. Recuperó la palabra con ayuda de una logopeda. Sus dos lados se llenaron de ternura. Durante aquel año fue como si hubiéramos vuelto a la sintonía de mi infancia, después de una adolescencia prolongada.

Mi hermana Tere y mi hermano Higinio, su marido –con ambos he crecido desde que tenía once años- habían entrado a una iglesia pentecostal donde encontraron amigos antiguos y nuevos: las *Asambleas de Dios*. De modo que mi vuelta no podía ser *totalmente* regresiva. Tenía que adaptarme a lo nuevo con las sinapsis y sinergias que lleva consigo la novedad. El cuidado a la madre que me cuidó. El encuentro con estas herederas de las *Free Churches*, en un país marcado con fuego por la historia de persecuciones contra los protestantes.

Isa, mi sobrina adolescente, llevaba una trayectoria muy suya y de su generación, en búsqueda de relación personal a través de los medios informáticos. Ya entonces quería aprender japonés. Le pedí algunas novelas de Harry Potter, que había descargado de Internet en inglés. Quería entender a los jóvenes, después de pasar algunos años fuera de este mundo.

Los protagonistas se preparan a hacer milagros, pero se imaginan que los tales consisten en adquirir poderes mágicos para vencer a monstruos fantásticos. A mí

también se me desbocó la imaginación. Tendría que haber empezado, ya entonces, a escribir lo que te estoy contando.

Pasé unos meses en Valladolid, junto a una comunidad de *Pax*. Acompañé en su recuperación a un amigo jubilado, maestro y peatón a quien un coche estuvo a punto de aplastar. Las pláticas con Antonio, a lo largo de dos meses, me dieron motivos para encarar de nuevo una misión. La fui enfocando con la ayuda de *Google*. El lugar más pobre de la tierra. Las comunidades más perseguidas. Los mártires, decía Antonio.

Por la mañana acudía a una escuela-taller de carpintería y por las tardes estudiaba árabe dialectal, con la intención de continuar la vida al sur de Sudán. ¿Has visto alguna foto? El Sahel es el primer lugar de la tierra y el más afectado por el cambio climático, desde hace más de treinta años. No son paisajes lunares, pero casi.

Pasaba unas cuantas horas al día estudiando en la biblioteca pública instalada dentro del recinto de la antigua Chancillería, que sirvió de prisión en tiempos de Felipe II. Podía recrear las escenas de tortura inquisitorial que narra Miguel Delibes en *El hereje*, al mismo tiempo que me internaba en los dos tomos de *La Ciudad de Dios*, los cinco de la *Suma Teológica*, la patrística y la catequesis primitiva de donde han bebido las comunidades de los *pikos*.

Su fundador, Piko Moncloa, artista religioso, comenzó su tarea en las chabolas de Vallecas. Se ha convertido en enemigo de cualquier llamada al compromiso, que no sea el catecumenado. Se siente perseguido. Persigue. Sin premeditación, iba de cabeza a ese hoyo. Mi personaje podría llamarse *Ciudadano Paradox* (en recuerdo de Baroja, otro ser ahogado por la contradicción), habitante de una ciudad entre cielo y tierra. Necesitaba una identidad a prueba de pruebas. Imposible, ¿verdad? Algo así como Luke Skywalker antes de darse a conocer. No sé si un imposible o mera estupidez.

De viaje hacia Alicante, me entrevisté en Madrid con dos misioneros experimentados en el África Oriental. El director de un centro de información sobre temas africanos, a cargo de los Padres Blancos, me proporcionó lo que necesitaba sobre la lengua y la cultura *dinkas*. Un jesuita responsable de la misión en el Chad durante veinticinco años me puso en contacto con otro más joven en Alicante, quien había estudiado árabe en Egipto.

A Joan Margall le fue creciendo la tarea de redimir inmigrantes como abogado en el Centro Loyola de Alicante y en una asociación de la red Acoge. Alguna vez te contaré su viaje al desierto para rescatar a los subsaharianos que fueron expulsados de Marruecos el mes de noviembre de 2005. Pasamos algunas tardes del curso 2000-2001 hilvanando mi historia y parte de la suya en un despachito del Centro Loyola. Joan es un experto en el diálogo pausado, intenso, con el Islam.

Cada hora se escuchaba el carillón del Ayuntamiento de Alicante, mientras hablábamos del presente agónico del Sudán o las penalidades que sufrían los inmigrantes, sobre todo aquellos que aún no habían encontrado cobijo. Al cabo de unos años, la policía descubrió a uno de los agentes de Al Qaeda en España a causa de aquel sonido característico, en conversaciones grabadas desde un teléfono público. Alicante es ciudad portuaria y turística, entre Europa y el mundo árabe. No éramos nosotros, claro.

Pero algo me relacionaba con Al Qaeda: mi locura. Una locura contagiosa que se cuece en el corazón de Sudán, Colombia o cualquiera de las guerras olvidadas. Una insania que pone en peligro cualquier vida en este planeta. Todo o nada.

Quería salvar a la humanidad. También quería morir. Me ahogaba el peso de tantas frustraciones. Lo había dado todo a cambio de nada. Lo más fácil era seguir desnudo, hasta el final. Y luego, el paraíso.

Transición en Ukraïna

Durante aquel año me dediqué a trabajar de voluntario con transeúntes en el Centro de Día de Cáritas, algunos de ellos inmigrantes. Jóvenes y adultos con traumas no resueltos o enfermedades mentales que todos padecemos, pero afloran o se agravan en la existencia de algunos a la intemperie. Parejas que sobrevivían en tránsito de una pensión a la calle y de la calle a un exiguo albergue municipal, mientras recibían apoyo del PAPSH (Plan de Apoyo a Personas Sin Hogar), para encontrar un empleo o para mantenerlo.

Con un matrimonio de ucranianos llegué a una amistad entrañada y áspera por las amarguras cotidianas. Huyeron del país bajo amenaza de secuestro legal sobre sus hijas, a raíz de la catástrofe nuclear de Chernóbil. Se desplazaron desde Járkov hasta la costa de Crimea para evitar los efectos de la radiación, después de pasar varios años ganándose un capital gracias a su grupo de música neovanguardista. Ella, compositora, él, ingeniero militar, se habían reunido durante la *perestroika* para recorrer el país convirtiendo en sinfonía lumínica (*música-luz*, en ruso) las melodías propias y ajenas, desde Beethoven y los Beatles hasta el tecno-pop. Se hicieron católicos por las buenas ondas que les transmitieron unos jesuitas, a quienes vigilaba alguno de los varios servicios de información soviéticos. Les amenazaron con quitarles a sus hijas para internarlas en un orfanato, si no volvían a Járkov. De esa manera se interpretaba la igualdad, poco antes que cayera el muro de Berlín. Tan absurdo como la "libertad duradera" a base de bombas.

Por fin, huyeron de Ucrania hacia el encuentro de Cestokova con Juan Pablo II, en un viaje tolerado por el gobierno, después de abandonarlo todo (casa, dinero), excepto a sus tres hijas. A partir de entonces, se pasaron diez años vagando por Europa

sin bandera y sin ser reconocidos por los administradores del derecho de asilo. Apátridas.

Hasta hace muy poco, cuando la oposición ganó las elecciones, la fachada democrática del régimen ucraniano seguía albergando el mismo horror, pero tentaba a los trabajadores sociales de varios países (Alemania, Holanda, España), a su vez presionados por la orden interna de restringir gastos. Varias veces estuvieron a punto de ser devueltos a su país contra su voluntad. Eso les ponía muy nerviosos, claro.

No sé si habrán vuelto ya a Ucrania, por propia iniciativa, después de la última revuelta democrática, o si obtendrían la nacionalidad, al cabo de varios años clandestinos en España. Los últimos tiempos los pasaron en un pueblecito de la Vega Baja, donde fueron más felices. Nicolás reparaba televisores, hasta que el pequeño negocio, sin papeles, ya no dio más de sí. Fue entonces que los conocí, entre el albergue municipal y el Centro de Día. Más que apátridas, víctimas del abandono y la incomprensión.

Se me encoge el interior cuando recuerdo sus dientes cariados, a diferencia de los brillantes que mostraba su hija pequeña, la única que aún no se había casado. Lo daban todo a sus hijas… Se me abre de nuevo –diástole- cuando nos veo sentados durante las noches tibias frente a la bahía de Alicante. Compartíamos la experiencia de todos esos cambios y una esperanza insólita entre los coletazos del dragón.

A veces lo traducían en lenguaje del Apocalipsis: Chernóbil, el agua envenenada por una estrella caída del cielo (Ap 8, 10 ss.). Pero Nicolás sabía física. ¿Qué es el destino? ¿Cómo se fabrica? ¿Nos impiden Dios o una agencia pseudodivina (Satán, Leviatán, Patatán) prevenir las catástrofes? Somos vulnerables. ¿Por qué lo ignoramos en cualquier cálculo económico, soviético o capitalista? ¿Por qué seguir invirtiendo en una energía tan peligrosa, cuando hay alternativas? Las personas son consideradas

números sobre el papel o en la pantalla del ordenador. Si yo estaba loco por falta de autoestima, por considerar mi vida un trapo utilizable, ¿cómo calificar a quienes juzgan la vida de los demás, millones de personas, una cantidad prescindible?

El Centro de Día era un lugar de encuentros sorprendentes, únicos, tan reales que me devolvían, una y otra vez, al orden de la gravedad. Ni los electrones, ni las almas ectópicas, padecen esos problemas. Los humanos sí. Fue el mejor modo que encontré para vivir un periodo de transición al regresar de la tierra mexicana, densa y grave, donde había pasado los años anteriores. Mi imaginación no flotaba en mundos posibles o dejados atrás. Pero tampoco tomaba tierra. No quería arraigar, por miedo a ser arrancado de nuevo.

Auxilio

Por entonces empecé a trabajar de noche como auxiliar de servicios. Había acompañado a tres usuarios del Centro de Día en su búsqueda de empleo. Eran los que permanecieron después que se dispersara un grupo más amplio, formado para trabajar en el proyecto de una empresa social. No salió adelante porque cualquiera de las opciones manejadas, en ausencia de capital inicial, era indeseable: montar bolígrafos, reciclar ropa usada, servicio doméstico, a cual peor pagada. Preferían buscarse la vida por su cuenta.

Tuve que aplicarme el mismo cuento, porque carecía de cualquier ingreso desde que volví de México. Entre Antonio, Fernando y yo, nos repartimos dos turnos (día y noche) en una obra. El puesto dependía de una pequeña empresa de *control y mantenimiento*. Nicolás, el ucraniano, estuvo un mes destinado en otro edificio. Lo obligaron a cortarse la coleta –literalmente, le llegaba a la cintura- y ni aun así le mantuvieron el contrato. No podía empequeñecer su metro noventa ni apagar el brillo de

sus ojos. El jefe se quejaba de que llevara consigo un pequeño ordenador portátil, que habíamos conseguido en una tienda de segunda mano, para que se familiarizara con los programas de oficina. Algún vecino había protestado por tal insumisión. “Si roban, no se da cuenta”. El caso era humillarle y doblar su testuz, como diría el Deuteronomio en sus fragmentos más pavorosos. En esas estuve durante seis meses, hasta que decidí marchar a Madrid.

Las noches blancas pasaban por algo de lectura, la mirada en reposo al paisaje abierto, desde uno de los extremos de la bahía de Alicante, cerca del cabo de San Juan. La contemplación no impide sondear la realidad, excepto si se utiliza un silenciador. Para mí, la soledad era un medio de resonancia, donde vibraban las ondas más débiles, a causa de la distancia o el olvido, y adquirían su dimensión propia.

La pitonisa de Asís

Por haber vivido con los migrantes en su propia cuna, era un poco menos incapaz de comprender sus raíces. Me había presentado como voluntario a la asociación *Alicante Acoge*, pero no me llamaron hasta que empezó un proceso de regularización extraordinaria, sin continuidad, entre junio y agosto del año 2001. Me tocó hacer de portero para recibir a varios millares durante unos meses muy intensos, poco antes de marchar a Madrid. Las historias que me contaban tenían la cualidad de ser más reales que las fronteras. Sus *links* con decenas de miles de familiares en red eran mucho más vitales y legales que el filtro reglamentario.

Algunos de esos vínculos eran connotativos. Aquella asociación tenía sus locales en el edificio de la parroquia de la Ciudad de Asís. El barrio de emigrantes donde me crié.

Ya no había apenas jóvenes en mi barrio. La mayoría, ancianos. Entre ellos, mis tías y sus maridos. Los jóvenes, mis primos, buscaban acomodo en nuevas urbanizaciones. Poco a poco, los huecos eran llenados por familias inmigrantes, en su mayoría magrebíes y ecuatorianos.

El núcleo de la comunidad cristiana era una mujer: Juana, sanadora, vidente, cuidadora y catequista de niños. En su casa hay un trasiego continuo de personas que van a contar lo que les pasa, sea lo que sea que les impida sentirse en paz consigo mismos. Desde luego, me pareció bastante más cómoda que la cueva de la Pitia y menos impersonal que la mayoría de las clínicas psiquiátricas. Todas las paredes están llenas de exvotos traídos por los peticionarios: Vírgenes de todas las advocaciones imaginables, Sagrados Corazones, *santicas* y *santicos*, en castellano de la Vega Baja. Signos humanos con que asomarse al Misterio.

A través de ella, con mis tías, mis primas Amparo, Amada y Fini, mi madre, algunas amigas como Rosa o Silvia, ambas trabajadoras sociales, comencé a vislumbrar, por la grieta de la facundia patriarcal, las luces de una transformación inevitable en las religiones universales. El paso de los dioses de la guerra, viriles y etnocéntricos, hacia las entrañas de Dios-a sanadora y cuidadora, en respuesta a la evidencia de los desastres que hemos ocasionado hasta las cuatro esquinas del planeta, en nombre de un Gran Sacrificador.

Como diría *Mig*, yo *pasaba* por un SPTD. Necesitaba sanación. Cuando Juana me puso las manos sobre la cabeza, sentí algo parecido a un gato que vuelve a ser cachorro. Un ronroneo.

“Pero ningún oráculo puede sustituir a la responsabilidad ni al gozo de ser libres”.

Eso entendí.

Citas de Mig

Mig enviaba mensajes que me parecían aún más indescifrables que los Oráculos Sibilinos. La causa no era suya. Había en mí una cierta o total desconfianza hacia todo lo que no fuera metafísico, espiritual, esencial o, al menos, lírico. Los leía en las noches blancas, como si fueran inventados por un yo rebelde y descontentadizo.

"La economía neoliberal desde los años 70 ha generado una casta con ínfulas religiosas, que se presentan a sí mismos como el Siervo de Dios Sufriente (Novak y Casessous *dixerunt*). Ellos administran los sacrificios humanos necesarios para que la globalización funcione". Como diría Susan George, "son piratas vulgares que se han creído su propia leyenda. No te conviertas en un santo pirata, Xavi".

Estábamos en México, allá por 1998, cuando la revista *Proceso* se hizo eco de las denuncias presentadas por las decenas de víctimas que dejó en su camino el insigne fundador de la *Legio*, don Marcial Lafuente Estefanía. Creo que se llamaba así o quizá lo confundo con un famoso escritor. Pederasta hábil en todo tipo de artimañas (pedófilo), padre de cinco hijos con distintas madres, a quienes mantenía en secreto. Por lo menos, las mantenía (filántropo).

Yo no podía creerlo. Lo veía como el enemigo público de Mig. Había decretado la persecución de las *comunidades de base* en México y cualquier otro lugar del planeta, a través de sus filiales laicas, que estaban implantadas por toda la República y parte del extranjero.

Mig y yo conocíamos a un joven nahua, padre de familia en El Carmen, quien se había metido tangencialmente en esa trama. Nos contaba el contenido de las clases que le daban en Acapulco, mes tras mes, para ejercer la función de "evangelizador a tiempo completo", a cambio de una exigua beca. Él, con perfecta ingenuidad, nos aconsejaba

que no leyéramos libros de la teología de la liberación. “Son demoníacos. Promueven la subversión del orden establecido por Dios”. Mig se ponía verde.

Yo tenía la impresión de merecer las críticas, por no ser un ángel ni haberme lavado con lejía. Por el contrario, los ataques a *don Marcial* me parecían menos creíbles.

Mig se angustiaba. “Con esa actitud de renuncia a la investigación y al sentido común no ayudas a los pobres, ni tampoco a los ricos, si piensas bien. Ese olor de santidad es falso, Xavi. No es más que deseo de ser elevado a los altares. Santos y santas son las víctimas que no querrían serlo: los pobres”.

Otras citas de Mig:

“Los países productores de materias primas se hunden por las estrategias de las transnacionales para dominar el mercado de los alimentos. Muchos gobiernos sustituyeron el cultivo de nutrientes básicos por productos para el consumo global. Quienes los cultivan no pueden comerlos. El resultado ha sido una creciente concentración de capital y tierra, junto con una mayor migración a ciudades que no tienen infraestructura para albergarlos”.

¿No te parece un tanto marxista? Así lo veía yo, pobre de Mig. En realidad, dice lo contrario que Marx. No basta con el desarrollo de las fuerzas productivas para afrontar las causas del hambre, ni aún menos el efecto destructivo sobre el medio ambiente: la creciente reducción de la biodiversidad, el calentamiento global. Tendría que ocurrir una crisis en los países más ricos, incluso un decrecimiento, sobre todo una pérdida de influencia, para que fuera posible el desarrollo de los más pobres.

“Lo único que realmente ha colaborado para erradicar la hambruna al sur del Sahara, y hacer posible una vida sostenible en algunas zonas, como Lukotola, ha sido la economía centrada en el consumo interior, dedicada a producir con recursos técnicos

locales, en forma de empresas sociales o redes comunitarias". Los bueyes y los arados, por primitivos que les parezcan a algunos, no necesitan recambios de multinacionales que nunca los proporcionarán. No son rentables, al menos a corto plazo. Los Objetivos para el Desarrollo del Milenio son, paradójicamente, ajenos a la economía globalizada.

Viaje a la luna

Desde aquel puesto marginal en una obra, y todos los que me tocaron después, a lo largo de cinco años, he tenido acceso a la gente más humilde y a los más poderosos de mi época. Espectador imprevisto de un drama realista o de una película sin principio ni fin, cuyos protagonistas eran, por igual, empleados de limpieza, mozos de almacén, obreros de la construcción, transportistas, capataces, administrativos, arquitectos, ejecutivos, ingenieros, administradores y gerentes de empresas punteras (Madritel, Talgo, Movistar) o de negocios renqueantes, que sólo se sostenían gracias al saldo de mano de obra, entre cuatrocientos setenta euros y setecientos y pico por cabeza.

Me creció una zona específica en el cerebro para calibrar el aumento de la desigualdad, año tras año. Crecían los sueldos más altos y sus rostros se llenaban de salud, se hacían tersos y se expandían, un poco más las mujeres que los varones, rumbo hacia los cien años, mientras se desgastaban, más todavía en las mujeres que en los hombres, los huesos, las articulaciones, las vértebras, los ojos y la piel de los obreros con los salarios más bajos, cada vez con menos esperanza de vida. Las estadísticas de hoy serán modificadas por el impacto, de un modo incalculable.

Muchos de esos trabajadores y, aún más, los inmigrantes, han acarreado dos y hasta tres empleos (fines de semana, dobles turnos), con la expectativa de entrar a una especie de limbo, que cada vez estaba en un escalón superior. Las hipotecas no estaban a su altura, y no han dejado de subir, por lo que han tenido que contorsionarse hasta el

límite del desgarro. Sólo el Estado del bienestar puede amortiguar los efectos de tamaña desproporción. Aun así, será necesaria una revolución pacífica para recuperar los derechos perdidos en el viaje a la luna.

Aunque nos cueste admitirlo, el aumento de riqueza no está provocando –al menos, durante los últimos años- una mejora de la calidad de vida en la mayoría de la población. Si no se reparte el trabajo, viviremos menos y, de hecho, vivimos peor.

Rabia heterodoxa

23-11-6

El rector de Alicante me ponía de ejemplo a Charles de Foucauld, autoexiliado en el Sahara. Por ese camino ilustraría mi soledad de una resignación sublime en algún desierto. ¿Es que era incapaz de relación? ¿O es que había en mí un peligro desconocido? Reconozco que la disposición a conocerte bíblicamente no sería adecuada para un miembro de la casta célibe.

Mi mejor amiga durante varios años fue una compañera de estudios que ingresó en un convento de las carmelitas *reformadas* por la Madre Maravillas. Antes de encontrar esa comunidad, había tanteado los límites del mundo. Investigó acerca de uno de los poetas fascinados por la oscuridad, todavía vivo, en obediencia a su director de tesis. A mí me pareció una maldición académica. Ella buscaba luz a raudales. La ha encontrado en su interior, entre cuatro paredes.

¿No hay otro camino?

Durante la homilía de apertura (clausura, quiero decir) del monasterio de Novelda, adonde mi amiga fue trasladada, un obispo declaraba, citando a san Pablo:

- El mundo es una basura.

Aquello me ponía a rabiar. Pero a la vez me sentía culpable de mi rabia, como si fuera heterodoxa. Entre la negación estúpida del mundo y la necia adoración a la oscuridad, vive una muchedumbre muda que ha perdido el derecho a clamar ante el rostro del Misterio, suponiendo que sea amante, justo y comprensivo. A quienes le protestan a Dios-a, los llaman ateos. A Job. Es un ejemplo.

En la metafísica hay una tendencia a odiar a los seres vulnerables, quienes somos la realidad. Prefieren una lógica abstracta y cuadriculada, imitada de la física, que provoca fascinación.

Me afectó.

Desde que volví de México, padecía un síndrome de autodesprecio por ser débil. No había conseguido casi nada, excepto la constatación de muchos fracasos. De vez en cuando, estallaba en gritos a Dios Nuestro Señor, puesto que había dado tanto poder a los poderosos. ¿No es Dios la fuente del Poder? ¿No es quien ha organizado el mundo? Pues que nos mande a todos ser buenos y que lo rehaga todo desde el principio. Es lo que dicen los profetas, bajo cualquier tiranía, mientras recuperan el don de la palabra y de la acción libre. A veces no la recuperan nunca.

Esa inclinación apocalíptica prevalecía sobre mi búsqueda de identidad. ¿Cómo torcer el brazo del tirano? ¿No debería someterme a una institución fuerte, con todas las normas en su sitio, para conseguirlo? ¿No tengo cabeza para dominar, aunque fuera una pequeña parcela de la realidad, con tal que el Cosmos llegue a la Tierra?

El demonio interior ha mortificado a los filósofos y a los reyes por igual: la *enkrasis*. Que se lo digan a Platón en Siracusa. Se le olvidó por completo quién era Sócrates, aquel personaje popular que ponía en cuestión los supuestos de la estupidez (ambiciosa, destructiva), por medio de la ironía. En sus últimos diálogos habla otro personaje: la Marcialidad, con distintos sentidos.

Enmascarat

Después de tantear otras alternativas, el *Mig germà* me convenció de que la salida más coherente consistía en aventurarme a comenzar la carrera de teología en Madrid, sin el amparo ni el desamparo de nadie, libre para orar y madurar. Pero en la facultad de Comillas, aconsejaba él.

Alguien me dijo que los neocatecumenales, Comunión y Regeneración, la Obra, la *Legio*, promovían sacerdotes en el Seminario de Madrid, muchos de ellos latinoamericanos. Yo estaba encantado por el efecto global del Jubileo 2000. *Mig* me sacó la idea de la cabeza con cierta dificultad.

En el ambiente de Comillas, decía, iba a encontrar una diversidad de compañeros todavía mayor, mejor orientada por las ganas de servir e inquieta por saber *para qué*, a quién. Era uno de mis sueños incubados en Valladolid, mientras navegaba por la *web* en busca de un destino. Habría mujeres, además de hombres.

- No me tientes, Mig
- Lo que pasa es que tú quieres vestir de negro
- Es un signo de luto por las víctimas
- Dedícate a ese Dios que es Diosa. O vete a un monasterio. Pero no me jorobes, Xavi
- No es la Diosa. Es María, la Madre de Dios
- Quita, *enmascarat*.

Llegué a Madrid el 1 de septiembre para trabajar donde pude encontrar, por medio de un servidor de empleo en internet. Un puesto de control nocturno en el nodo de comunicaciones que *Madritel* (TV y teléfono por cable), por entonces en plena expansión, estaba instalando en el barrio de Pacífico-Adelfas. El salario mínimo, más complementos por nocturnidad. Insuficiente para pagar estudios, transporte, habitación

compartida, comida barata, un estatus virtual de socio en algunas ONGs que estaban haciendo lo que yo querría. Lo que me faltaba tenía que obtenerlo del autosacrificio en un altar ambiguo.

Llevaba once noches de trabajo seguidas. Necesitaba ponerme al día con los gastos de matrícula, el alquiler, el abono-transporte. Cuando salí a la calle después de doce horas de trabajo, a las siete de la mañana del día 12 de septiembre, me quedé parado delante del quiosco de la avenida Doctor Esquerdo, antes de tomar el autobús hacia mi nuevo hogar. No compré el periódico para no salirme del presupuesto. Me puse a leerlo sin disimular, mientras el quiosquero iba y venía montando el tenderete. De todas maneras, fui a la cama y dormí, antes de continuar hilando.

Se avecinaba una era distinta a los años noventa, cuyo norte religioso había sido el Jubileo, el ecumenismo (finalmente fracasado) y la lucha contra la deuda externa. Las religiones eran manipuladas como pretexto para la guerra por el control regional: el Cáucaso, el Próximo Oriente, India y Pakistán, África. Las culturas donde están más presentes los mil millones de católicos (Europa, América) se debaten de nuevo en un escenario bipolar: laicismo e integrismo; lo que antes del Concilio se denominaba Ilustración y tradicionalismo, liberales y ultramontanos.

A consecuencia de un escenario montado en falso, las oportunidades para el diálogo, la convivencia y el aprendizaje en una sociedad abierta se reducen sin que los bien establecidos parezcan darse cuenta. La lucha obsesiva por conquistar el poder sustituye a la racionalidad, el odio oculta las emociones que nos humanizan, la retórica suplanta a la memoria, las imágenes del dominio, el dinero, la violencia, impiden reconocer los signos del amor eterno. Lo sentía dentro.

Lazarillo sin provecho

También conocidos como *lazarillos*, los perros guía van ganando un papel importante en nuestra sociedad.

adiestradorcanino.com

Y pensando en qué modo de vivir *no* haría mi asiento por *no* tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa; y [...] todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré: *el salario mínimo* [...].

Anónimo, *Lázaro flagelante*

Tomas de tierra

25-11-6

¿Por dónde iba? Es difícil orientarse con tanta movilidad laboral. Incluso para una Garza.

Aterricé en Madrid, con menos vuelo que tú, para estudiar teología; concretamente, en Vallecas, porque este barrio tiene miga. Trabajaba en turno de noche, durante los fines de semana y algún día comúnmente laborable. Colaboraba como catequista de confirmación en la parroquia, con un grupo de chicos y chicas imprevisibles. Participaba en la comunidad "Fuente y caudal" de apoyo a toxicómanos en rehabilitación, dentro del Proyecto Hombre. Poco, pero dormía. La cama en la habitación compartida de un piso en Puente de Vallecas, cerca de la avenida de San Diego, no incluía calefacción. Pero los cinco obreros habitantes de las tres habitaciones manteníamos el calor humano por encima de los 14º, según el termómetro.

Mi desamparo me dio la oportunidad de compartir el destino de los inmigrantes que llegan por primera vez a la capital, desde la cara del mundo que sólo enfocan algunos documentales. No tenía que inventármelo; me había confundido con ellos.

Ninguna de las pocas personas conocidas me ofreció albergue, salvo un jesuita que se sentía responsable de los alumnos extraños, por ser director de la Oficina de Solidaridad en Comillas. Le había contado el propósito de marchar a Sudán, en cuanto pudiera. Me ofreció vivir en el Colegio Mayor. Si no aproveché esa oportunidad fue, sencillamente, porque llevaba algunos meses conviviendo con cuatro currantes hechos a las penas. Para entonces, pensaba que mi obligación era seguir en su compañía.

¿Me equivoqué? Ahora, qué más da.

Esos cuatro trabajadores podían ser los seleccionados por una empresa de *casting* sociológico para representar a la clase trabajadora en la diáspora. Un padre de familia de cuatro hijos, camarero, procedía de un pueblo en la Sierra Norte de Madrid, a donde no llegan ni el metro ni el cercanías. De sus cincuenta años, llevaba veinte separado de su hogar durante los días laborables y volviendo en autobús cada fin de semana.

Un maduro treintañero de Burgos se había quedado sin novia cuando no lo esperaba. Vino a Madrid en cuanto alguien le ofreció trabajar con una empresa de montaje. Deseaba cambiar de vida. Cuando lo conocí, había pasado ya ocho años en aquel piso.

Un inmigrante de veintitantos salió de Ecuador con una cojera que le dificultaba ganarse la vida en la granjita de sus padres, junto a otros trece hermanos y hermanas. Pero en España se las apañaba como ayudante de fontanero, desde hacía un año y medio.

- Quiero ver mundo, me dijo.

Se marchó a vivir con una amiga, después de algunos meses.

Manuel, mi compañero de habitación, era un hombre de cuarenta y dos años que sobrevivía sacando y metiendo los contenedores de la basura en un centenar de edificios donde no había portero, a todo lo ancho del barrio de Pacífico. Estaba separado legalmente de su mujer, pero no se avenía a esa idea. Hice lo que pude y supe por animarle, como a los demás compañeros de piso. Con escasa eficacia.

Todos ellos soportaban un horario absorbente y un salario que no les permitía arriesgarse a la compra de un piso, al menos en Madrid. La vida cotidiana consistía en ir y volver a su puesto, preparar la cena, sentarse una hora para ver la tele. Los dos más jóvenes salían el sábado por la tarde hasta que cundiera la noche.

Uno podría imaginar que muchos obreros en países desarrollados hacen más o menos igual. Pero no es del todo cierto. El contexto puede variar de la noche al día. Vivir fuera del ámbito de una familia es un trauma oculto, que conocen quienes se convierten en solitarios a la fuerza o por carambola. La alternativa de prosperar en hogares individuales, como ya hacen miles de personas en las grandes ciudades, sólo está al alcance de quienes tienen un estatus superior. Los obreros tienen que hipotecarse en pareja, como mínimo, si quieren vivir.

Manuel

Aunque mi sueldo era apenas de seiscientos euros, Manuel se empeñó en pedir trabajo a la misma empresa. Le avisé. Esto no es vida. Yo aguanto porque me permiten estudiar noche tras noche, en el sótano de un edificio en obras que me ha tocado por suerte. Pero no se lo recomiendo a ningún ser humano. Cobro el salario mínimo: 470 euros, más complementos…

Empezó afeitándose todos los días y echando los restos.

- Mira a Manuel. Parece un señorito, le decía el montador.
- ¿Ahora te enteras?

Al cabo de dos meses, llevaba los ojos pegados por la falta de sueño, zarandeado de un turno a otro, agobiado por las llamadas imprevistas de los inspectores que le demandaban cubrir otros servicios en sus días libres. Le dije que se negara a aceptar esa presión, que tenía derecho a descansar. Un día se quedó dormido y llegó tarde. Al siguiente, no fue.

Todavía recuerdo el modo en que celebramos el jueves santo, aquel año. Coincidió con el cumpleaños de Manuel, por casualidad. Fue la primera y la última vez que pusimos la mesa en común y compartimos una lata que aportó cada uno. Hasta entonces, las únicas reuniones ocasionales habían sido delante del televisor, cada quien con la bandeja sobre las piernas.

Cuatro días después, el lunes de Pascua, recibí una notificación para que me personara en la comisaría por una denuncia. Me pareció una broma. Pero fui, perplejo.

- ¿Es usted Javier García? Léalo y alegue lo que le parezca, a ver qué decide el juez.

La queja al más allá había sido presentada por mi compañero de habitación. No podía hacerse cargo del precio de su cama. Tampoco me lo había dicho. Se defendió

ante la casera con la ocurrencia de que yo le había robado cien euros. Y fue a la comisaría para obtener una prueba. Eso fue el día de Viernes Santo.

No podía sentirme culpable. Pero tampoco un santo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y poco tiempo para comprometerme en los asuntos de Manuel, con mejores consecuencias. En cualquier caso, me fastidió. Lo único que podía era aguantarme.

Miguel

Dos meses después, los propietarios aún no habían encontrado quien ocupara la cama de al lado. No es de extrañar, dadas las condiciones del piso. Limpio, porque la señora venía dos veces a la semana para adecentar las dependencias comunes. Pero vacío como una caverna de cualquier huella humana, excepto una foto del hijo de los dueños. Aun así, no faltaban candidatos.

Lo que me daba vida: participar en una comunidad de rehabilitación a cargo de Proyecto Hombre, a algunas manzanas de allí. Iba y venía caminando los días que libraba del trabajo, más los estudios. Una de mis compañeras, todas ellas amables y vivaces, era una monja dominica jovencita, que andaba terminando sus estudios de psicología. Luisa mostraba un afecto por los *usuarios* que iba más allá de lo reglamentado. El programa obliga a romper cualquier contacto con quienes *recaen* (o sea, vuelven a consumir alguna droga) a lo largo de cualquiera de sus fases, que por entonces se prolongaban durante dos años. Pero Luisa estaba disponible para echarles una mano.

Uno de ellos quería regresar por tercera vez, después de pasar el proceso de desintoxicación, que dura unos cuantos días. La comunidad *Eben Ezer*, en la periferia de Madrid, era el lugar más adecuado para permanecer tranquilo soportando el *mono*. Por desgracia, no tenía plazas. Así que le ofrecí la cama libre en mi habitación durante el fin de semana, cuando el padre camarero estaba con su familia y el otro superviviente del piso, el montador, apenas hacía acto de presencia.

Fuimos a recogerlo al poblado de las Barranquillas, a las afueras del distrito de Vallecas, donde tenía que conseguir la última dosis. Luisa me pidió que condujera su seat Panda, sólo para aquel trayecto, aunque ella sabe de sobra. Supongo que no deseaba que alguien identificara el coche junto con la dueña.

Yo había conocido y vivido en algún paisaje objetivamente más desolador. Pero nunca hasta entonces contemplé a centenares de heroinómanos repartidos en distintas posturas por el barro, alrededor del servicio permanente montado por la Comunidad de Madrid para el seguimiento de la marea, donde se administra metadona con arreglo a un programa. Allí tenía una taquilla Miguel, hasta que encontró fuerzas para salir de nuevo. Mientras recogía su petate, hablé con una psicóloga a quien había conocido, de vista, en la cafetería de Comillas. Era su primer empleo. Parecía congestionada, pero cumplía eficazmente su trabajo, en medio de un temporal que no remite.

Proyecto Hombre, oficialmente, se opone a la legalización de las drogas, porque la adicción es indigna del ser humano. Me dejé convencer hasta aquel día, cuando entré en el territorio de esos vecinos procedentes de todos los rincones de Madrid. Ni apaches ni comanches. Moribundos. El argumento inapelable para legalizar el consumo de los toxicómanos, bajo control sanitario, no era otro que contemplar los efectos del mercado ilegal sobre un barrio entero.

Me acordé de Colombia y Afganistán, los mayores productores de coca y de opio, respectivamente. La frontera de USA y México, donde se escenifica de modo salvaje la diferencia entre el Norte consumidor y el Sur productor. Las leyes chinas, entre otras barbaridades, estipulan la pena de muerte contra los pequeños traficantes. Quienes se hacen la guerra en esos infiernos son peones de un sistema ciego. En vez de legalizar y controlar el consumo de drogas, con toda la información necesaria acerca de sus riesgos, hemos diseñado un infierno para ángeles caídos.

La adicción es una enfermedad, a diferencia del uso ritualizado de drogas en distintas culturas, las cuales se utilizan durante las celebraciones o las prácticas de sanación. Aunque parezca *raro* a quien no lo reflexiona, los ritos iniciáticos en algo tan

sencillo como la vida familiar recurren a determinadas drogas en cantidades claramente delimitadas. Cualquiera sabe que, si se sobrepasan, la boda acaba en disgusto.

En cualquier mundo posible, los adultos conocemos los efectos perniciosos de los psicotropos, o deberíamos, antes de experimentar con sus efectos. Podríamos reconocer en los adictos a personas enfermas, cuya autonomía ha sido gravemente limitada y necesitan un tratamiento razonable. Nunca se van a curar de una tendencia autodestructiva si viven en el infierno de las Barranquillas o en cualquier otro fabricado por la competencia que arrambla a los perdedores.

Llevamos a Miguel hasta mi casa en el coche de Luisa. Lo acomodé en mi habitación y me fui al trabajo que tocaba aquel sábado por la noche. Ella no se marchó, sino que esperó a otra compañera para relevarse mientras lo cuidaban, casi igual a como organizábamos los turnos en la comunidad de rehabilitación, noche y día. Cuando volví, Miguel hacía esfuerzos por dormir. Así le resultaría menos duro.

Me acosté en la cama de enfrente y pasé la mañana en duermevela. Luisa leía un libro en el comedor. Hablamos un rato, mientras yo comía. Sobre las seis, me volví de nuevo al trabajo, porque los fines de semana me obligaban a cubrir una jornada de doce horas. A la salida, fui directamente a la Universidad. Me hubiera quedado hasta la tarde, porque estaba matriculado en el máster de ayuda humanitaria. Pero regresé al terminar la primera tanda de clases, por si acaso.

Cuando llamé al timbre del portal –le había dejado mis llaves a las *rehabilitadoras*- me habló la casera por el telefonillo:

- Suba, suba.

Me imaginé alguna reacción imprevista. ¿Una crisis? ¿Quiso tirarse por la ventana?

La explicación era otra. El montador treintañero, a quien me había encontrado el domingo a la hora de comer, no había aceptado mis explicaciones, aunque lo pareciera. Llamó a la dueña para protestar por lo que consideraba una perturbación. Ella me esperaba en la puerta de nuestro tercer piso sin ascensor.

- Ese chico tiene que salir de aquí inmediatamente
- Señora, no hace daño a nadie
- No lo sé, ni me importa. Es mi casa
- Si quiere, le pago lo que corresponda por el uso de la cama
- Nada, nada. Tiene que irse. Está molestando a sus compañeros, ¿no se da cuenta?
- Pues si se va él, me voy yo. No me parece razonable. Aquí cada cual trae a los amigos y las amigas que quiere.

Y así era.

- Lo siento. Pero no tengo alternativa.

Nadie se enfadó más de la cuenta. En realidad, la casera lo entendía. Eduardo, el montador, tenía cariño a Manuel, con quien había convivido durante un par de años. Siempre le quedó la duda de si yo le habría gastado alguna trastada. En fin, me tocaba fastidiarme, otra vez, por falta de relación humana.

Pero tenía una salida.

A los dos días, me mudé a una casa de estudiantes que había justo enfrente de la comunidad de rehabilitación, con la ayuda de otro voluntario que tenía coche, un ingeniero jubilado. Había criado a sus hijos después de enviudar y todavía le sobraban ganas. Allí continué, a pesar de los vaivenes, cuatro años.

Rotos y cosidos

Al poco tiempo, vino a vivir un amigo de Alicante, Sergi. Nos habíamos conocido como voluntarios en Caritas al volver de México. Ya entonces Sergi quería ser misionero en África, pero habría preferido irse con una compañera. Así que buscando, buscando, me hacía ver la estupidez de mi castidad forzosa. Yo seguía empeñado en acabar la teología y, después, decidir. No era consciente de que el cuerpo se desgasta con el paso de los años y, sobre todo, con el mal trato. Rechazaba que me considerasen joven, todavía (Ahora lo deseo mientras hago ejercicio diario, qué paradoja).

El cortocircuito interno daba chispazos. Lo único cierto y verificable: necesitaba experiencia. ¿Para qué?

Para un roto o un descosido, yo qué sé.

Pude conocer a muchas personas durante el tiempo en que combinaba los estudios, el trabajo y el voluntariado en PH. Soy testigo de cada una de sus vidas, de sus esfuerzos por superar la adicción y de la mayor o menor eficacia que alcanzan diversos programas terapéuticos. Al terminar el proceso: 1) “acogida”, 2) “comunidad”, 3) “reinserción”, al cabo de dos años, los trabajos asequibles están sometidos a las condiciones del mercado, sin *adaptación pedagógica*. Una prueba de fuego que no acaba.

Pero todo lo aprendido se resume en esto: eran mis semejantes, tanto los héroes que consiguieron convertirse en personas modélicas, hasta un punto que resulta difícil imaginar, porque la sociedad les exige el doble o el triple que a cualquiera; como los humanos que no pudieron superar alguno de los obstáculos en el camino. El doble o el triple: entereza, salud, funcionalidad, nuevo arraigo, autoconocimiento e inteligencia emocional, separación entre un mundo interior en perfecto orden y una vida social que evita cuidadosamente los vínculos y las referencias al pasado.

Accesibilidad

Además de Sergi, mis mejores amigos durante aquellos años, Jorge y Nacho, soportan alguna discapacidad, a la vez que una mejor disposición para la amistad, por ser quienes son. Ambos lo han tenido muy difícil a la hora de trabajar, a pesar de una lucha continua en la que está comprometida de pleno la sociedad civil. Hoy se supone que las personas con *necesidades especiales* son beneficiadas por una discriminación positiva, al menos en las oposiciones a funcionarios y en las desgravaciones fiscales a las empresas.

Nacho comenzó estudiando ciencias empresariales. Ha ido pasando por distintos puestos como becario en prácticas, a quien, finalmente, no contratan. Mientras tanto, ha terminado la carrera de Filosofía. Disfruta con Montaigne. Los ojos todavía le permiten ver. Las rodillas sufren un desgaste crónico. Nació sin paladar. Pero tiene muy buen gusto y sus gestos tiernos significan un mundo. Hay un clamor sutil y tierno en todo lo que hace.

Jorge sacó una plaza para educador de menores y se las apañaba bien durante el primer año en un centro de acogida urgente para bebés, a media jornada. Cuando pidió jornada completa, lo mudaron a un centro con decenas de adolescentes, sin tener en cuenta que sus capacidades no eran adecuadas, precisamente, a ese puesto. Si hubiera trabajado en un piso como tutor, habría podido manejar la situación. Pero los presupuestos públicos parece se que no alcanzan para lo razonable. Sufrió acoso, como era de imaginar. En consecuencia, tuvo que pedir la baja, sin que le ofrecieran ninguna alternativa. Tardaron unos cuantos años en reconocerle una discapacidad total, por no haber escuchado sus razones. Encima, se sentía culpable.

Las personas adictas que terminan el proceso de su rehabilitación ni siquiera gozan de esa mínima contrapartida: cierto apoyo legal. Algunos tenían la enorme

fortuna de encontrar un trabajo que no les estresara, como David, inglés de nacimiento, en el aeropuerto; o Benito, extremeño, guía en el Monasterio de Yuste. Otros se veían enredados en situaciones parecidas a las que desataron su adicción: vigilantes en turno de noche, mozos de almacén, montadores a destajo u obreros de la construcción, durante doce horas al día. Salían adelante con el apoyo de una compañera y un nuevo proyecto de vida.

Un muchacho de Daimiel, Rafa, empezó a trabajar como jardinero en la Universidad Complutense y conoció a una chica que andaba por allí. Se fueron a vivir juntos. Su capataz le recomendó para que le hicieran fijo. Pero las altas esferas no le renovaron el contrato. Tampoco estaban obligados a darle explicaciones. Ni siquiera podía confesar que había sido toxicómano. Puerta, punto.

Los nervios le fallaron. Se peleó con su novia. Recayó.

Al cabo de varios meses, vino a casa para contarme que estaba trabajando como ayudante de un arquitecto en una obra impresionante. Me la describió con pelos y señales. Llevaba los ojos dilatados como un pez abisal. Se dejó un hatillo de ropa, mientras encontraba un alquiler. Me pidió diez euros para el metro. No he vuelto a verle.

Quiero verle de nuevo.

No hizo penitencia por ser humano

1-12-6

No deseo comunicarte miedos antepasados. Ojalá esa rabia reflexiva te ofreciera alguna pista con que sacar a la luz el fondo autopunitivo que arrastramos, a causa de nuestra posición en un sistema de castas.

Puede ser que nos sintamos condenados por las desgracias objetivas que nos toca afrontar, de similar modo que Molly Flanders u Oliver Twist. Corremos el riesgo de perder el sentido por el camino y convertirnos en esclavos masoquistas: el Lazarillo, mozo de mil amos, o Justine, marioneta del sadismo. Todavía peor si ocupamos el lugar de un fiscal contra los pecadores impenitentes, desde los integristas súbditos del Gran Jefe, hasta los rígidos socios del Gran Hermano. Algunos me asaltan el blog, de cuando en cuando, enmascarados por el nick. Pero no te amargo con sus comentarios, por ahora.

La denigración de la persona por la violencia (sexual o verbal), es considerada una forma de entretenimiento, tanto en la mente ultraconservadora como en su opuesto. La torpe excusa de que el masoquismo sea voluntario encierra el mismo veneno que la justificación de la pederastia por supuestas lacras del pecado original en la sexualidad infantil. “Es que van como van, es que parece que lo pidan”. Lo ha dicho un obispo, sin que se le descompusieran la cara, el estómago, la memoria. Los niños serían perversos a causa de la ingenuidad (genética y evolutiva) de sentir placer. Menuda cabriolada.

A todo ser humano se le puede cruzar un cable alguna vez. Sobre todo en situaciones de estrés y con la mente retorcida por cualquier medio. Pero el castigo frecuente, y el cortocircuito sin atención psicológica, producen hábito (explican los conductistas). Quienes sufren el daño tienden a hacerlo parte de la propia identidad

(comprenden los analistas). La tuerca puede dar muchas vueltas, como sabemos casi todos por las historias de terror, ficticias o reales.

Cualquier asociación entre el afecto, la sexualidad y el castigo se ha demostrado desquiciante. Adorar a quien te hace daño es una de sus manifestaciones. Los psicólogos lo explican así: un *doble vínculo* entre madre o padre e hijo o hija, maestro y aprendiz, capitalista y obrero, varón y mujer, líder y masa, cuando el afecto natural se mezcla con la violencia en un mismo signo, en una misma conversación. “Te quiero, puta”. “Eres una mierda, hijo mío”. “Bien, perro”. “Toma tu sustento, cabrón”. Son frases marcadas para su uso en cómics y *novelas negras*, en boca de personajes siniestros o de sublimes vengadores.

Entre amar y odiar, dar placer y provocar daño, lo sublime y lo siniestro, hay un infinito de por medio. Eso no es moralismo, ni metafísica. Es la literatura realista, que comienza por el *Edipo* de Sófocles, pasa por el evangelio de Marcos, el *Quijote*, y llega a la modernidad. Lo más destacable en una novela realista es que los personajes piensan por sí mismos. Aprenden.

¿Aprendo? Teóricamente, sí.

Sublime

Hay quien considera denigrante cualquier descripción o exposición del *acto sexual*. Es una cuestión de gustos, o sea, estética. A mí me puede parecer sublime, sin dañar ni perjudicar a nadie. ¿Te parece obvio? Ojalá.

Ejemplo. Una película protagonizada por Yves Montand e Ingrid Thulin: *La guerra ha terminado*, dirigida por Alain Resnais, sobre un guión de Jorge Semprún, allá por 1966. Podría inspirar una novela actual con un título algo diverso: *¿Por qué no se terminan las guerras?*

Ya estuvo. No más. No, chavita. No lo aguanta nadie.

Si estuviéramos presos, la contaría entera, como un personaje de Manuel Puig en *El beso de la mujer araña*. Pero andamos libres. Así que te hago un breve sumario.

Diego, militante clandestino del PCE y exiliado en Francia, cruza los Pirineos para apoyar la resistencia contra el franquismo. Las dificultades externas e internas, la represión del régimen y la incomprensión del Comité Central le dejan huella. Sólo el amor entre los protagonistas desborda y vence a la frustración que provoca la costra dura del mundo. Se expresa en actos extensos, intensos.

Antes había visto cuerpos desnudos y vídeos pornográficos con una pandilla de amigos. Pero era la primera vez que veía amar a alguien de verdad. Tenía 16 o 17 años.

La segunda vez fue real.

Los códigos puritanos cuelan el mosquito y se tragan el camello. Lo único que denigra a los ejecutantes es la violencia y el abuso, aún más en la intimidad sexual, donde sale a la luz el ser vulnerable y cualquier gesto tiene por significado el placer o el dolor de la persona-otra. Sade y Jansenio se repartían el cuerpo en dos mitades muertas, sin preguntas salomónicas a las madres.

Génesis

La sexualidad femenina es distinta que la masculina. Es un hecho natural. Debería constar en el libro del *Génesis*. De hecho, así lo interpreta y actúa el personaje de Tamar (Gén 38). En todas las culturas hay mujeres que lo están contando. No se dejan cortar su parte más sensible. Tanto las familias como los centros educativos tienen el deber de enseñarlo, como se enseñan las horas del reloj. Sólo os quedaríais embarazadas cuando realmente quisierais, durante aquella etapa de vuestra vida en que pudierais asumirlo.

El lenguaje de la sexualidad abarca a la persona entera y tiene una finalidad intrínseca, de similar modo que la comunicación verbal. Hablamos para entendernos, nos atraemos para amarnos hasta superar cualquier rechazo (ascos, complejos, etc.), comprender y compartir los deseos, en la medida que nos hagan iguales en el placer, complacientes en la diferencia. A hablar se aprende hablando, y a amar, amando.

Me parece imposible limitar la educación sexual a la abstinencia o al uso técnico de los anticonceptivos (los fríos polos), como tampoco nadie aprende a hablar con ejercicios articulatorios. ¿O sí?

Lo que comunicamos es un mundo vital que sirve de trasfondo al sentido en cada uno de nuestros actos, a nuestras actitudes y opciones fundamentales. Si las tradiciones sobre la esclavitud sexual, el amor patriarcal y el amor fatal nos conducían a sendos infiernos, tenemos otras experiencias que contar, gracias a aprendizajes antiguos o contemporáneos, en vez de someter el corazón humano al yugo del sin sentido.

Carne

Me hice asceta en lugar de cristiano. No creo que sea yo solo. Es un patrón adquirido para recibir reconocimiento: *autoestigmatización*, lo llaman los psicólogos sociales. Uno de esos personajes fabricados por fingimiento, a los que les toca sufrir para expiar los pecados del mundo por haber sido miembro de la casta de los pecadores, los paganos, los infieles, los usuarios de la sexualidad, como todavía clasifican a los laicos, las mujeres o los homosexuales. Uno de esos que no se conformarían a la pena por mucho que se esfuercen.

Pero los pujos de odio contra el impío tienen sanación. La mística o el misterio del amor actual, donde no finges. La salida del asceta consiste en amar más de lo que odia, cada día más y, sobre todo, en cada momento a un rostro humano concreto. No invito al caos, sino a la revolución incruenta: "Amado/a en el Amante transformado/a", a semejanza de ese Jesús real que asumió los roles del servicio atribuido forzosamente a las mujeres y soportó la maldición de los infamados pecadores.

El infierno es aquel mundo donde no se puede amar. Un mundo donde hay hambre, crueldad y soledad a la fuerza.

La flor de la Karmela

15.07.06 @ 14:46:55. Archivado en **Mujeres y hombres**

Busco la flor de la Karmela
en el parque de un tío
que se llamaba Pío,
aunque no lo fuera.
En Vallekas,
su nombre, por su forma,
aunque Pío fuera
el amo, es el Parque
de las Siete Tetas.

Subo corriendo la cuesta
hacia la puesta de sol.
Es verano.
La hierba, seca.

Grupos de jóvenes, familias,
solitarios con perros, amigas
con amigos vienen a este parque,
cuando el calor revienta
unos techos tan frágiles
como tiendas de refugiados sobre
el solar de una transnacional.

El sur resplandece

en un panorama

de Antonio López

desde esta cima

de Madrid abajo.

El sur no es la cola.

Caras, caras y caras

sobre el cemento armado

hasta un fondo rojizo, a lo lejos,

más allá de Toledo,

Córdoba, el Estrecho.

Aún más abajo:

el sur no es un hueco

para colar la masa.

No es la cola

de esta masa dorada.

Me rodea la felicidad negra

que sale del fondo

de la periferia.

Escucho la radio.

Libera mis pasos.

Me agarra, me suelta.

Inunda la carne.

Son rostros. Bailamos

al ritmo

que no inventan las máquinas:

la samba, la cumbia,

la timbalada, el funk.

Un hermano me augura

mucha suerte y buena

si pudiera curarte

de la pena blanca.

Si pudiera llenarte

el corazón de selva.

Aunque se acabe el mundo,
cuando se queden ciegas
las fuentes serenas
y no brote nada,
ni tengamos nada que sembrar
del Estrecho al parque donde
vengo a arar
la tierra sin agua,
el río ancho de esas caras
me inunda.

Otra vez subiendo la cuesta
a la luna, con un cuerpo
(el mío).
Espero la comunidad
eterna. Titilan
perlas
sobre la mar. Hay un puerto
construido por falta de sueño
en Vallekas, cuando los abuelos
levantaban una chabola y otra,
entre muchos.
La ciudad nueva
en una sola noche.

Siento en la piel un rocío gratis

de las vidas que llegan.

El mar que cruzaron.

Pantanos de muerte.

La senda que otros

volverán a pisar.

Conduce hasta aquí.

Al arrabal.

Descansa, porque ya era tuya esta tierra al nacer.

Descansa del viaje que hiciste. Estaba prohibido.

Descansa del agua que no se puede beber.

Descansa del viento que arrastra. Respíralo.

Descansa en el tiempo robado a los dueños.

En el baile que nos hace iguales.

Porque no te tragó el mar y vive.

Por el calor que inflama y no quema.

Descansa de mí,

que no puedo dormir.

Me acuesto

sobre la humedad esperada.

El sudor y un sesenta

por cien de mi jugo.

Contemplo tu altura,

tu sinuosidad abierta,

Madrid.

Ahora estás conmigo.

Te quitas el traje

Tarantino Blade.

Te limpias el odio,

la sangre,

el vinagre.

Recuperas el tacto

o conoces que es nuevo.

No era otra noche más.

Cada ser es únic@.

Verás

los delfines

nadar

por el parque.

Mientras me duermo, Karmela,

en tus brazos escucho

las voces que guardas.

La vida.

¿Lo niegas?

Lost Boy

Es el lugar del planeta menos deshabitado, una vez que los poderosos de este mundo comenzaron a usarlo para que los demás desapareciéramos.

Sendas en el desierto

Javier Llámame Fatú 03/05/2006 15:05:36 63 KB

Hola, Mig

A partir de ahora, llámame Fatú.

Una vez dijiste que deseabas ponerte en el lugar de una mujer negra embarazada. Convertirte en ella, como un chamán, para comprender la Historia común. Fue por entonces cuando fuiste a la Costa Chica de México. Y hoy estás en el Congo. ¿Lo has conseguido ya?

El setenta por ciento de los pobres en este planeta son mujeres. En otros tiempos, los hombres morían haciéndose la guerra unos a otros. Hoy, la mayor causa de mortalidad entre las mujeres, más que el SIDA y el cáncer, es la violencia que padecen como víctimas civiles, en el hogar donde los varones descargan sus frustraciones y en medio de conflictos que las utilizan para provocar terror al enemigo.

Ahora trabajo como *segurata* en las oficinas centrales de Talgo. Tengo que hacer turnos de quince horas, desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana, en días alternos. He aprovechado el cambio de puesto para preparar una intervención en la Universidad Carlos III, por medio de dos jóvenes amigos, Teresa y Dani. Me paso tarde y noche ensayando el papel, mientras subo y bajo escaleras.

Con Dani he compartido charlas, campañas y dos *Días de la Esperanza*, desde que participo en el equipo de Intermón-Oxfam, junto con amigos de Madrid y de Getafe. Teresa es una jovencita que acaba de terminar la doble titulación sociología-derecho. Se plantea dedicar un tiempo de su vida a la cooperación internacional. Ambos fueron juntos este invierno, como representantes de asociaciones estudiantiles en el Consejo de la Juventud, a visitar los campos de refugiados cerca de Tindouf.

¿Te suena? Aunque no anduviste por allí, el paisaje desértico se parece a una postal de In-Salah que me enviaste hace años. La luna bajo el sol.

Es mucho peor, duro e inhóspito que la tierra de los tuareg. Nunca nadie había vivido en ese abismo, hasta que la guerra en el Sahara Occidental, contra Marruecos, obligó a que cientos de miles de saharauis huyeran de su propia tierra. Argelia les ha dado un cobijo precario.

Sin la ayuda internacional, no podrían sobrevivir. Quién podría.

Teresa y Dani se quedaron conmocionados. Han pasado meses organizando una semana de solidaridad con el pueblo saharaui. Cuando Dani me lo dijo, se me ocurrió proponerle una especie de cuentacuentos, bajo la *jaima* que van a instalar en medio de la universidad.

Era mi ocasión para dar gracias a alguien, en nombre de la frágil humanidad.

Respiración: Micromegas

Las avestruces entierran la cabeza en la arena cuando hay peligro de tormenta. Después, la sacan, porque son muy, muy altas.

Yo nunca lo he visto, pero deben de hacer más o menos así…

Baja la cabeza y la levanta despacito con unas lentes en la nariz.

En los cuentos del desierto los protagonistas son animales del desierto. Claro.

Algunos son unos fieras. Leones. Chacales. Hienas que hacen "Hiiiii". Así hacen las hienas, ¿no? Asnos que hacen… ¿cómo, cómo? No, no. "Hii-hoo". Es un lenguaje económicamente más desarrollado.

Y avestruces que esconden la cabeza debajo de la arena. Entended que sólo si hay arena pueden esconder la cabeza. Si no, se dan un testarazo.

Es lo que les pasa a los gobiernos de los países más poderosos de la tierra cuando les piden reformar el sistema financiero y cobrar impuestos a quienes juegan con el dinero desde unas pantallitas… Apenas acaban de darse cuenta, cuando ya lo han olvidado.

¿De qué estábamos hablando? ¿Os acordáis?

¿Qué tendrá que ver el hambre con las bolsas?

Baja la cabeza de repente.

PUMBA. *La levanta y se acaricia la frente.* ¿Cómo podéis vivir en un desierto sin arena? ¿A quién se la vendisteis?

Así me pasaba a mí de niña, cuando me reñían. Me ponía a limpiar los cristales de la ventana...

¿Te lo crees? ¿Es que hay cristales en las ventanas de mi casa? Tú que sabes, mirón. ¿Es que hay ventanas?

Otros animales son pequeños, pero no incapaces: liebres, erizos, abejas, pajaritos. El que no corre, vuela, el que no ve, escucha, el que no escucha, pues toca. Estate quieto. Es que no escucho…

El que no puede hacer nada de nada… cuenta cuentos.

Aquel día, o sea, el eterno hoy de los cuentos, también estaba YUHA.

¿Sabéis quién es Yuha?

Imaginaos a un niño junto a otros treinta niños en la escuela de primaria. El maestro nuevo tiene más miedo a los niños que los niños a él. El primer día les parece demasiado exigente, pero es que no puede evitarlo. El segundo día, al maestro se le ocurre que debe estimular la capacidad creativa de sus criaturas, más que lo hizo el primer día, por medio de alguna actividad sugerente, emotiva, motivadora. Les anima a dibujar espontáneamente un árbol y un pájaro, el que más les guste.

Pero añade con muchos nervios: EN DOS MINUTOS.

Cuando pasa un ratito, empieza a oír los murmullos normales entre quienes han acabado: es mi lápiz, no me tires del pelo, aaay. Le entran los nervios y da UN GOLPE encima de la mesa. “Ya pasaron los dos minutos. Entregad vuestros trabajos”.

Todos los niños le dan el suyo. Uno ha dibujado una TALJA, otra una talja, el de más allá una talja. Es el único árbol que crece en el desierto y del que se saca lo más necesario: hojas para los camellos y las cabras, leña, madera, goma arábiga, medicinas naturales. Cada quien ha dibujado un pajarito. Cuando llega hasta Yuha, se da cuenta que le falta algo: “Yuha, ¡no has dibujado el pájaro! ¿Por qué?”. “Maestro, es que cuando usted dio ese golpe tan fuerte, se espantó y salió volando”.

Esto por lo que respecta a la buena educación. Hay cuentistas morales que añaden el efecto que tuvo sobre el maestro la lección del niño. “Y nunca hubo gritos en la escuela de Yuha”. Pero lo seguro, seguro, seguro, es que desde aquel día las compañeras y los compañeros de Yuha aprendieron a salir volando por la ventana, como el pájaro.

Si es que había ventanas.

Muy bien, niñas y niños.

Como veo que estáis casi dormidos de feliz aburrimiento, aprovecharé para contaros el cuento de una tal María Sarmiento, aunque sea una tradición nórdica que aprendí quién sabe dónde: María Sarmiento fue a lo que fue, como todos los saharauis de este campamento, y se la llevó el viento…

Fatú salió de la jaima, salió de la daria, pero se perdió, salió de la wilaya, pero era de noche, salió del desierto y siguió, llegó a su pueblo, Bananu, y con la alegría, se le olvidó a qué había salido…

¿Por dónde íbamos?

Ah, sí. La despedida.

A Fatú Konaté Keita la rescataron los saharauis en el desierto.

Y dicen que su hija nació en medio de la HAMADA, donde nunca en la historia de la humanidad, nunca, nunca, hasta hace treinta años, había nacido NADA.

Luna humana

Un diálogo improvisado al salir del teatro

- Puede ser que los poderosos y guapos olviden que eran seres vulnerables.

- Patitos feíllos que producen caca y moco.

- Bocas anhelantes de amor.

- Cisternas de lechita.

- Puede que olviden los rostros que dejaron atrás, mientras subían al avión que no deja de dar sus vueltas alrededor del mundo, como ese satélite insensible que llamamos luna.

- La luna sideral sólo es un homófono de la Luna humana.

- La Luna lunera.

- Luna cálida.

- Luna real.

- Luna que atrae con más fuerza que la tierra.

- Luna que ilumina desde su adentro, con independencia de las leyes de la física.

- Luna que salva, contra las leyes de la metafísica. *Aparte.* Y del capital.

Algunos. Luna mística.

- A mí no me gustan las letanías.

- Fatú me atrae.

- Es un símbolo de la cara oculta de la Tierra.

- Es una mujer real.

Otro coro. ¿Real?

- El rescate fue real.

The Lost Boys

2-12-6

Hasta hace poco continué pendiente de sí podía marchar como cooperante al Sudán, dado que el regreso a México no era viable.

Pude comprobar que veinte años de guerra, desde el fin de la tregua en 1982, habían producido un exterminio terrible en la población civil: decenas de pueblos y culturas nilóticos, ante la mirada perdida de las potencias mundiales. No era una mota en ojo ajeno, creo. Quería servir de algo, lo que fuera, a la resistencia de aquellos pueblos en agonía contra las inercias del abandono y la resignación al absurdo.

Después de una somera investigación, ya era posible establecer conexiones entre los intereses que podían beneficiarse del genocidio. Compañías energéticas de USA, Francia y Canadá, entre otros países, andaban enredados con el gobierno sudanés para extraer la riqueza petrolera que subyace a los territorios nuba, dinka y nuer. Cuando la presión ejercida por la opinión pública consiguió que se fueran, vinieron otros.

Los chinos pagan con armas y con asesoramiento militar, igual que USA en Latinoamérica hace dos décadas. Su pueblo, dicen los gobernantes de ambos países, Sudán y China, les respalda. No lo creo. El silencio no significa aprobación. Quien calla no otorga. Enmudece.

Me puse en contacto con el Jesuit Refugee Service y con Cáritas Internacional, determinado a salir cuando tuviera oportunidad. Obtuve más información de combonianos y *padres blancos* que han permanecido activos en la capital, Jartum, dado que el Sur de Sudán era una zona inhabitable para sus propios pobladores.

Estuve a punto. Pero en aquel momento *Cáritas Internacional* no se atrevía a enviarme como hubiera deseado, sobre el terreno. La condición de vivir en Nairobi y

gestionar la ayuda hacia comunidades anónimas, desde una oficina, no me cautivó. No me parecía el modo eficaz para destapar una botella opaca, cuyo contenido pocos conocen y se difunde todavía menos. Una guerra que duraba veinte años debía tener más de una causa. Había que investigarlas y fortalecer a la población civil frente a los poderes armados.

El Sur de Sudán ha dependido del abastecimiento regular ofrecido por la ONU desde el aeródromo de Lokichoggio, en la frontera del lado de Kenia. Pero ningún organismo publicaba un análisis íntegro de la realidad que tuviera en cuenta todos los factores, incluidos los culturales, al menos desde Evans-Pritchard. Mucho antes de 1982, la guerra se había convertido en el eje vital/mortal de las culturas nuer y dinka, entre otras. Había un tipo convencional de profetas en las comunidades que excitaban el ardor guerrero, mientras que otros se enfrentaban al horror organizado. De esa lucha interior nadie quería saber nada. Sólo llegaban algunos ecos sobre el pánico popular y las desapariciones.

Un millón de sudaneses del sur vivían y todavía viven en Jartum, una parte de ellos como resultado de secuestros masivos; otros, porque huían del escenario bélico. No participaban del conflicto y, sin embargo, eran sometidos a una cruel represión. Varios millones se distribuían por los campos de refugiados de Kenia, Uganda y Etiopía, además de Europa y, sobre todo, USA.

Así hasta que las mujeres sudanesas y los huérfanos de guerra: *The Lost Boys*, habitantes mayoritarios en los campos de refugiados, se organizaron para hundir el montaje de la *Big War*. Un mausoleo levantado en beneficio del gobierno sudanés y las milicias árabes, tanto como de las guerrillas dinka y nuer. Algunos de esos jóvenes y mujeres consiguieron emigrar a USA. Se han dedicado a sacar a la luz las vidas narradas de sus semejantes y las suyas propias. Han incidido políticamente en la búsqueda de una

tregua. Consiguieron su primer objetivo a comienzos del 2002. No obstante, hicieron falta otros tres años para que ambas partes llegaran a firmar un acuerdo de paz en condiciones inequívocas.

A la vez que esa guerra se apagaba, se encendía otra al oeste del país, donde la religión no podría ser excusa: Darfur. Todavía hace tres meses, surgió una ocasión de marchar a esa zona con el JRS. Me entrevisté con el director del programa educativo que se iba a iniciar al servicio de los refugiados en la frontera de Chad y sintonizamos desde el principio. Me comprometí a viajar con él en septiembre. Poco después, encontraron a alguien más capacitado para el puesto específico. No soy Mig: biólogo, experto en afrontar epidemias, especialista en tratamiento de aguas.

La zona del Sahel o del Sudán ha sido la primera afectada por el calentamiento global del planeta, hasta extremos que pueden medirse en la superficie reducida del lago Chad, apenas una vigésima parte de lo que fue hace tres décadas. ¿Quién se da por enterado en las estructuras internacionales? ¿No debería bastar como señal de alarma acerca de los efectos que puede provocar en el resto del planeta, si no cambiamos nuestros hábitos de producción y consumo globales? ¿A quién le interesa un reguero de guerras por el control y el dispendio de los recursos más básicos: comida y agua? ¿A quién, subrayo?

Como resultado de un viaje virtual por el Sur de Sudán –y antes real, por el Sur de México- he comprobado, perplejo, que también fallan los engranajes del humanitarismo. Una vez desaparecido el manto de ignorancia que provocaba la guerra fría y los intereses de los dos grandes bloques, ¿por qué deberíamos ser estúpidos o cerrar los ojos? Además de elaborar proyectos, seguir y evaluar sus procesos, hay que revisar continuamente los modelos. “No me hables de ayuda humanitaria”, sostiene Mig-Pereira. “Es una forma de beneficencia camuflada. La *acción* humanitaria elabora

informes *muy* documentados sobre el terreno, colabora en el fortalecimiento de los más vulnerables, promueve la organización política, alienta los cambios estructurales que sean necesarios. Se ocupa del desarrollo desde el principio. O eso ¿o qué?”. Más de lo mismo. Aullidos en el desierto.

Una historia sin guerras

🗋02.12.06 @ 01:44:55. Archivado en **Ciudadanía global y local**

Hoy escribe: Mig

Los consumidores

Hubo unos años en que ETA amenazaba a los consumidores de centros comerciales. Hasta que decidió cumplir su amenaza contra el Hipercor de Barcelona, 19 de junio de 1987. Dicen que fue un error. Supongo que se refieren a la colocación de la bomba, al mero hecho de planearlo; y, por tanto, a la pertenencia de cualquier ser humano a una banda armada.

Recordarás una tarde que los papás no estaban o no estábamos con ellos, allá por 1981. Organizamos una fiesta en el pisito de la Ciudad de Asís, después que nos mudamos y antes que Tere e Higinio comenzaran las obras de su hogar. Todavía no se habían casado, así que el piso estaba disponible para un grupo de chicas y chicos discretos, si no dejábamos huellas. Hasta que un amigo (tuyo) vomitó por la ventana. ¿Fue ésa, la tarde? No, creo que no.

Los papás se iban aquel sábado a comer solos y, luego, a hacer la compra en el Hiper de San Juan. Lo normal era que los acompañáramos. Aquel día habíamos montado la alternativa (¿Cuál? No me acuerdo).

Cuando nos enteramos de la bomba fue como si la hubiéramos puesto nosotros. Como si participáramos del complot contra los padres pequeño-

burgueses, contra los hipermercados, contra nosotros mismos, consumidores. Aquella tarde, no fuimos con ellos. No les pasó nada, afortunadamente.

Hay que cambiar la vida, pero empieza por dentro. Cuántas veces he oído decir esa frase en mi adolescencia, como una consigna de gente adulta.

Pues tenían razón.

Cultura política

Luego vino el GAL, mientras tú hacías una fugaz carrera política en las Juventudes Socialistas y yo aprendía botánica cultivando un poco de marihuana en el chalet de Tiru. Se remezcla en la imaginación con nuestras charlas panza arriba oyendo a Lennon entre los cuatro Beatles, The Clash, U-2. Nos llamabas a las asambleas para que votáramos (*ay*, cómo sois los políticos) y nos ponías al tanto de tus dudas estratégicas. En realidad, también eran nuestras; si no, habríamos pasado de tu cara. Teníamos dieciséis o diecisiete años.

Por aquel entonces, *El País* no se alineaba con el gobierno en materia antiterrorista, así que muchos cargos del Partido leían el *Diario 16*. Los policías eran hijos de trabajadores andaluces y extremeños, decían, y los etarras, hijos de la burguesía nacionalista. Querían resultar convincentes.

Juan Mari Bandrés y los desmilitarizados de Euskadiko Ezquerra (Mario Onaindía, Roberto Lertxundi, Jon Larrinaga) nos ayudaron a tomar conciencia de que matar es una trampa. No te conviertes en un héroe ni en el vengador de los oprimidos, sino en un enajenado de tu propia carne. Da lo mismo asesinar a derecha o a izquierda. La violencia es injustificable.

Nuestra generación creció marcada por el testimonio de John Lennon, antes y después que lo asesinaran. Escuchar su música nos hizo posible

anticipar un camino de aprendizaje desde la rebeldía adolescente hasta una madurez vulnerable y desenmascarada. No había que convertirse en dioses, sino bajar a los ídolos de sus tronos.

Cualquier joven podía recorrer las mismas etapas, sin necesidad de alcanzar el éxito contra sus semejantes. No era necesario, siquiera, pelearse con Paul McCartney. Bastaba con encontrar un grupo de amigos y, sobre todo, a Yoko Ono; o dejarse encontrar por ella. La sed de aprender y comunicar lo aprendido llevó a Lennon desde el pedestal del triunfo y la autoafirmación, al movimiento contra la guerra de Vietnam, con todos sus sinsabores.

Sobre el trasfondo de *Imagine* o *Double Fantasy*, las posturas chulescas de algunos líderes o el nacionalismo chillón que exhibían los dos bandos, para justificar el recurso al terrorismo y a la guerra sucia, me parecían extraídos de una ópera decimonónica. Más grotesco. Una inoculación del régimen franquista, con todo su sebo. Una copia castiza de la parafernalia imperial. Los cómics del *Capitán Trueno*, *Los almogávares*, *Cónan el bárbaro*; por no citar al *Capitán América y CIA*. El pop-art y la contracultura se reían de esos símbolos, porque los llevaban dentro. Yo también. Me parecía estúpido imaginar que un imperio o un poder opresor pudieran ser vencidos con sus mismas armas, es decir, con la violencia. Pero la noche del 23-F mis ensoñaciones de catorce años habían dibujado figuras de cartón piedra sobre el monte, como los toros de Osborne.

No era sólo cuestión de principios, sino también de consecuencias. A pesar de sus contradicciones, con su vulnerabilidad a cuestas, o precisamente por eso, Lennon iba más allá de las consignas ideológicas y de cualquier ismo. No hacía concesiones a la muerte, ni se dejaba azotar la cara por el flamear de una bandera. En vez de formar una comuna sexual, una banda de piratas o una mafia, se atrevió a rehacer las bases de la vida familiar: el amor conyugal, la

crianza de su hijo. Su último disco fue el detonante de su muerte, aunque antes se había enfrentado –nada menos- al aparato político de Nixon, junto con muy distintas figuras del movimiento radical americano. Quien lo mató lo acusaba de haber traicionado un mito: el rebelde sin motivo, el niño latoso.

Ese modo de pensar no era común en 1984. Al contrario, los medios masivos, con la excepción ya citada, jaleaban los discursos sobre la *solución final* y hacían guiños a la razón de estado contra el terror. Mi generación no es un invento. Creció sobre otras bases. John Lennon, pero también la reacción pacífica contra el 23-F, Euskadiko Ezquerra, el movimiento por la salida de la OTAN sin ambigüedades, contra los dos bloques. Se acabó para nosotros el cuento revolucionario. Decidme los medios y os diré en qué nos convertiremos.

Aquel año nos hicimos objetores de conciencia. Leímos la vida de Gandhi y la historia de los daneses, que se levantaron un día de 1940 con la estrella de David en la solapa o en la frente. Los nazis no pudieron señalar más que a unas pocas víctimas. La sociedad civil existe, *manque pierda*.

Pero hoy no quiero llorar la suerte del referendum OTAN, ni la primera guerra del Golfo, ni la actual guerra en Afganistán. Son los espantajos que pone la izquierda en el gobierno para seleccionar a unos fieles dispuestos a la obediencia ciega en la cúspide del Partido y del Estado. Yo no he ganado ni perdido esas guerras, sino que las ganaron y perdieron quienes las jugaron. Hoy toca otra cosa.

Tren Congo-Vallecas

Estaba en el Congo con Stephanie. Nos movíamos desde la frontera con Uganda hasta el sur del Kivu, por un terreno repartido entre diferentes grupos,

aunque habían llegado a un armisticio el año 2003. Había rumores sobre la preparación de un golpe de estado.

Nuestro amigo Sergi, con quien tenías la suerte de vivir en Vallecas, se había tropezado en la boca del metro Portazgo a un grupo de policías que le pidieron identificarse. Parecían temer algún atentado antes de las elecciones en aquella zona. Una prudencia lógica. Estábamos en guerra con Irak y los terroristas nos habían amenazado. Yo lo leí en la red, como la policía. Incluso es posible que recibieran alguna llamada.

Me parece poco ético, al menos, que medios llamados de comunicación hayan montado la estrategia del despiste para evitar que este país (Congo, España) haga memoria del desastre provocado. Sin justificación, sin armas químicas, sin apoyo popular, sin sentido. En vez de investigar sobre los prolegómenos, como están haciendo los jueces, se dedicaron a intoxicar la opinión pública con la idea de que hubiera sido un atentado de ETA. Los autores fueron unos fanáticos antioccidentales. Pero la guerra no era, ni es, un *pretexto* de los enemigos. No eran enemigos antes de la guerra.

Tengo la intuición de que lo peor siempre podría haberse evitado. La guerra en los Grandes Lagos comenzó por Ruanda, pero se extendió a causa del paseo militar de Kabila, un supuesto compañero del Che Guevara financiado por Washington, desde la selva hasta Kinshasa. El candidato a presidente provisional del Congo-Zaire habría sido el honrado Tshisekedi. No ocurrió así. En lugar de la democracia incubada durante los últimos años del dictador Mobutu, con el apoyo de las iglesias y la mayor parte de la sociedad civil (maestros, profesionales), los congoleños tuvieron que soportar, vivos o muertos, la ristra de guerras. Una detrás de otra. Imagina que en España hubiera entrado otra legión, aunque fueran amigos del Che y herederos directos

de Garibaldi, para liberarnos de la transición política: un sueño convertido en pesadilla.

Los mismos seres que hicieron estallar a trabajadores y jóvenes desapercibidos en Atocha y Vallecas, quisieron autodestruirse en un *piso franco*, rodeado de GEOs, antes que enfrentarse al espanto de lo que habían provocado. No era miedo a la policía, supongo, sino a encarar sus propios *efectos*. Algunos líderes de los grupos guerrilleros que se suceden en el poder y en la muerte, aquí, hacen lo mismo. Mientras tú me contabas el impacto del terror en Vallecas, yo estaba cruzándome a diario en el camino con un jefecillo que, decían, adornaba las paredes con cabezas de sus víctimas. Pero no soportaría que las cabezas hablaran.

Los agentes del terror no pueden tolerar que las víctimas miren, hablen, les identifiquen. No aguantan que los demás tengan sus propias vidas, sobre todo las mujeres. Las violan, las torturan. Imitan a personajes del canal pornográfico vía satélite, a Bruce Lee u otros héroes de serie B. Les parecen admirables, porque representan el dominio del mundo y el poder de la tecnología. No estoy bromeando, en absoluto. No pueden acceder a otros símbolos sin esfuerzo; sólo la violencia es un material asequible al instante. Se monta y se usa, como un patín.

Pero que les mirasen a ellos sería insoportable. No toleran que nadie les fotografíe. Por eso no tenemos apenas imágenes de los guerrilleros, a excepción de algunos jefes. No quieren otro rostro que el efecto de su dominio. Las películas bélicas y la pornografía violenta. Santa Muerte.

Si consiguiéramos que el resto del planeta las escuchase *a ellas*, con toda la dilación necesaria, habríamos dado el primer paso para salir del dominio de la violencia sagrada.

Contra la violencia sacra

Cuando el gobierno español, el 11 de marzo, a punto de ser confrontado por la voluntad popular, cuarenta y ocho horas antes del sufragio, vio reflejada la imagen bipolar de la guerra en dos mil víctimas y en el corazón de Madrid, no pudo soportarlo. El retrato era tan esquizoide que no podía ser mirado. Creemos que nuestro poder es omnímodo. Que la divinidad nos protege y, si no, será que nos castiga, por ser vulnerables. Que somos dioses, no humanos aprendices.

No podían *empezar otra guerra* con la excusa de que Al-Qaeda (o como se llame la Venganza) tuviera agentes en España. Prefirieron defender que la autoría del atentado era de ETA. Dada su actitud posterior, cabe dudar si lo hubieran admitido en caso de conservar el poder. Durante varios años pusieron en duda la responsabilidad de los fanáticos islamistas. Se parecían demasiado.

En España no soportamos ni un sólo sacrificio en altares ideológicos. Nadie puede motejar a las víctimas de pecadores o traidores, excepto en medio de la niebla provocada por una ideología totalitaria: los adoradores de la violencia purificadora. Hemos pasado dos años escuchando a los familiares y rehaciendo la trama de las vidas afectadas por el desastre. Uno por uno, en las páginas de *20 minutos*, en *El País*. Yo las he leído desde varios miles de kilómetros de distancia. Sus rostros y sus historias ya son las nuestras.

Mujeres congoleñas

Desearía hacer lo mismo, aquí, con las mujeres a quienes acompañamos de aldea en aldea, cuando abandonan un pueblo arrasado, huyen con los ojos

abiertos y mudos, buscan a un médico para sí mismas o para sus hijos, a tiempo o demasiado tarde. No es fácil que deseen hablar, sino al cabo de un proceso de rehabilitación que puede durar meses.

Una de ellas se dejó convencer para que apareciera en un documental dirigido por Win Wenders y producido por Javier Bardem, junto a mujeres que acuden diariamente a *Médicos Sin Fronteras*; unas pocas invitadas entre decenas de miles. Necesitarían una terapia psicosocial, pero sólo puede ser efectiva si conseguimos impedir nuevas agresiones. "Crímenes invisibles", se llama lo de Wenders, de modo que dejen de serlo. Ellas tienen fuerza para cambiar mi mundo, su mundo, el mundo.

Bastaría una intervención pacífica, bien organizada, con una ínfima parte de los medios utilizados en Irak, para impedir este infierno. Pero sería previamente necesario que dejáramos de ser marionetas de un imperio y recuperásemos el valor y la función de una comunidad de naciones, con estructuras democráticas y representativas.

Tantas vidas por contar

Cuando contemplo las cifras de lo invertido por algunos de los países más poderosos del planeta en las guerras de Afganistán y de Irak, no puedo dejar de compararlas con el incumplimiento de los Objetivos que nos habíamos marcado para recomenzar con buen pie el nuevo milenio. "Es posible erradicar la pobreza", sigue siendo el mensaje.

Será imposible hasta que dejemos de competir por la corona de un reino fantástico; mientras no prohibamos la guerra y las ganancias a precio de dolor,

humillación y mortalidad, hambre, infanticidio por omisión, violencia contra las mujeres. La libertad humana termina allá donde empieza un pacto con la muerte.

El enorme agujero que están dejando las bombas en Irak y Afganistán va a provocar una crisis comparable a la de 1973, como resultado de otras guerras absurdas en el Próximo Oriente y la debacle norteamericana en el Sudeste asiático. Durante tres décadas no han hecho más que escarbar el fondo, para hacernos caer en una bolsa de gas. Los efectos de la competencia feroz se hacen sentir sobre el medio ambiente y, en concreto, el cambio climático global.

Luego dirán que los culpables fuimos los pobres. El FMI lo ha convertido en uno de los pilares de su doctrina durante dos décadas: no gasten dinero en pobres, sino en reforzar sus bancos. Es una institución malthusiana, para qué negarlo. A la luz de sus propias políticas, sus éxitos no se miden por los índices de desarrollo humano, ni aun los mínimos y realistas Objetivos para el Desarrollo del Milenio. Su terreno son los equilibrios virtuales.

Cuando me asomo a ese túnel, veo el rostro de nuestros hijos al otro lado, los que esperan nacer. Antes de atreverse, me dicen:

- No puedes borrar la memoria

- ¿Queréis dinero, patrimonio, un buen apellido?

- Nos tomas el pelo

- Sí, es probable que os quedéis calvos. Aunque la ingeniería genética...

- Hablamos de la memoria eterna.

Nacemos con esa memoria. Aunque sea imperfecta y fruto de un aprendizaje, no puede ser ocultada ni borrada. Es nuestra Historia.

Aunque hiciéramos desaparecer los libros, el saber, la especie humana, vendrían otros, *desaterrarían* los huesos de sus fosas, comprenderían. Aprenderían.

Javier Re: Memoria 2/12/06 12:35:04 9 KB

Querido Mig

Me resuena nuestra memoria común. No es de bronce, es de carne.

Durante dos años, al terminar el trabajo nocturno en Arganda, camino de la universidad, viajaba en un tren que conocía como mi propia casa, donde veía dormitar confiados a centenares de obreros entre las 7:15 y las 8:40 de la mañana. Eso, cuando no me dormía yo mismo y me pasaba de parada.

El 11 de marzo del 2004 no estaba en el tren, sino sacando los pies de la cama. Era uno de mis días libres. Pero no me libró de los efectos.

Tuve que pensar.

Dios-a no es Omnipotente. Jesús de Nazaret no era *Señor* ni fue llamado así por quienes le convivieron. Sirve de testimonio sobre esa cuestión el evangelio de Marcos.

Se caracterizó por los rasgos del servicio, como las vidas de unos trabajadores que migraban del hogar a su tarea, a las 7:30, en aquellos dos cercanías. Se enroló en relaciones personales que transforman la intimidad, dentro de un mundo organizado y dirigido por prejuicios. Aprendió a amar. Por eso fue tratado como *basura-mundo*, asesinado por los aspirantes a jerarcas en el cielo, amigos exclusivos de los arcángeles y despreciadores del otro sexo, el diferente. "¿No seré yo, Jesús?".

Me adherí a la asociación 11-M al cabo de unos tres meses que ocurriera el atentado. Hasta entonces había guardado un falso equilibrio, pero algo se rompió.

Empecé una actividad de investigación febril para restablecer mis relaciones con Dios (desde entonces, Dios-a), sobre otras bases más sólidas. Ya no podía refugiarme

simplemente en la doctrina o en mis propias sugerencias de reacomodación, para obtener *el permiso* que no logré hace unos años, menuda estupidez...

Me sentía urgido a contestar las preguntas de las víctimas; las que yo mismo me hacía como si hubiera estado allí, como "debería haber estado", si no me hubieran cambiado el cuadrante laboral esa noche.

¿Por qué expuestos al azar de ese modo? ¿Cómo podemos sobreponernos a ese imperio de lo accidental y, todavía más, del asesinato arbitrario?

¿Por qué no prevenimos los conflictos, incluso cuando una mayoría social se ha propuesto evitarlos? ¿No será por un defecto grave de nuestro "mundo de la vida común", que tolera el sufrimiento expiatorio?

¿Cómo sanar la tendencia esquizoide de las religiones, incluidas las civiles, al diseño de una autoridad *entrañable y colérica*, que protege a los amigos y castiga a los enemigos?

¿Por qué seguimos concibiendo y consintiendo la violencia sagrada?

¿No tendremos que revisar nuestras imágenes, especialmente los cristianos, para acercarnos a la realidad de Dios-a?

¿No es mi comportamiento tan bipolar como esas imágenes de fascinación y terror?

Deseo sentir y hablar con las entrañas (en hebreo, *rahamim*), más allá del modelo patriarcal y militar de virilidad. Para el caso, da igual que Isabel la Católica lleve bigote y haga footing o barba y fume puros habanos. Quiero que ese diálogo me haga capaz de amar.

Cada pregunta exigía noches de meditación y ansiedad. Me vencía una y otra vez el miedo a ofender a una divinidad celosa o dominadora.

Parece estúpido, y lo es.

A mitad de agosto del 2004, cuando más forzado estaba a trabajar para el pago de la matrícula en septiembre, mientras dedicaba noche tras noche a redactar una memoria de

fin de carrera que respondiese a nuestras/mis agonías, tuve un ataque parecido al que tú sufriste en la Montaña, hace unos cuantos años.

No soy invulnerable. Convulsiones, ahogo, opresión en el corazón. Será que aún late…

Pero estaba solo, *Mig meu*.

Aislado en una fábrica de máquinas psicotrópicas a las tres de la madrugada. Había dos perros, que seguirán haciendo de tales en el patio. Uno de ellos se me acercó espontáneamente y me calentaba, sin espantarse, mientras yo tiritaba de frío por hipotermia (era agosto). Me agarré a su cuerpo y aguanté hasta que vino la ambulancia.

El cuerpo.

Desde entonces estoy buscando recuperar el sentido pleno de la dignidad humana que me devolvió en germen, una noche de agosto, un perro mezclilla de lobo y alsaciano.

Somos cuerpo. Reconocerlo es amar como alguien de verdad nos amó.

Somos abrazo.

Somos compañía.

Somos afecto incondicional.

Guau.

Me había negado el derecho a buscar el calor en su fuente. La relación entre quienes se aman hasta integrar todo aquello que los modelos de excelencia ocultan como incapacidades o faltas al decoro o insignificancias.

Me burlo de mis miedos para impedir que se formen *nuevos modelos de familia*, por si llegásemos a caer en la *zoofilia*, como oí a través de los órganos articulatorios de un individuo. ¿Sentiría ese ser verdadera compasión por una ballena gimiente?

¿Se dan cuenta de la diferencia entre el amor y el abuso de poder? ¿Puedo preguntar POR QUÉ NO?

No me enamoré de ese perro peludo, quizá porque el pelo en el pecho no está de moda.

Pero me ayudó a comprender que Dios-a hace signos para mí, también.

He cruzado el agujero negro.

No puedo, ni quiero estar solo. Soy humano. Amo.

Guau, guau, guau.

- No te conviertas en un cínico

- ¿Por qué no?

- ¡Xavi!

- Aparta un poco. ¿Me dejas ver el sol?

Job

Diréis que me he perdido

Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*

Una vez que lo has perdido todo, ¿qué te queda? “Nada te turbe” ¿Qué te turba? ¿La vergüenza por ser humano? Cierto, y le ha amargado la vida a muchos místicos, que odiaban su cuerpo, la humanidad, el mundo. Pues pierde la vergüenza, para recuperar la vida.

Memorias de una vidente

La era del petróleo armado

🗋09.07.06 @ 16:14:26. Archivado en **Más memoria**

En la torre diseñada sobre Madrid por el arquitecto Norman Foster, Lord of the Bank of Thames, trabajan decenas de nuevos españoles: africanos, latinos, eslavos, gallegos, madrileños de Parla, Vallecas, Fuenlabrada. No es la torre de Babel ni hay vislumbre de Apocalipsis, aunque Foster hizo el camino de Santiago en bicicleta, por si acaso.

Pero es una altura incómoda para los trabajadores. Alguien me dijo que ya no había costumbre de edificar más de seis pisos, desde que se hizo un plan urbano en Madrid, hasta que empezaron a levantarse las dichosas torres. Donde antes herbía (de hierba) una ciudad deportiva, sólo quedan unas líneas de gradas con vestuarios útiles.

¿Seguirá abierta la torre al tránsito de los colores del arco-iris cuando sea ocupada por la jerarquía multinacional? El personal de limpieza atraviesa todas las esferas como los cometas, en un círculo perfecto. Ellas lo colorean todo. No hay quien las pare.

No obstante. ¿Para qué servirá esta torre, una vez se acabe el petróleo? ¿La cubrirán de paneles solares?

Te veo entrar por el portón de acceso

Cruzas la tierra con el viento en contra

La sombra se pega al hormigón helado

por la asfixia, bajo el sol, este julio

Subes la torre, la armas y bajas

Te despides contento por guardar tu nombre

La torre no es tuya. Viniste de lejos

con la espalda puesta y el amanecer velado

No dejas de amar, mientras la torre aumenta

otro plano cortado. La carne desmaya

Engorda el dinero. Se agota el petróleo

Cuando acabe la era del petróleo armado

tendremos un día de lluvia tan mansa

como el beso que sabe

la forma del labio

Desminar

27-11-6

Durante estos años en Madrid he conocido a muchas personas de los treinta y cinco continentes, si es que no hay más. Rumanos, búlgaros, marroquíes, argelinos, nigerianos, angoleños, congoleños y ruandeses, etíopes, keniatas, indonesios, filipinos e indios, coreanos y japoneses. Monjas o curas latinoamericanos, afines a las comunidades cristianas de base, que nunca se salen de su contexto. No quieren quedarse en España y en Europa. Desean volver. Y trabajadores peruanos, ecuatorianos, colombianos, bolivianos, venezolanos, que se plantean quedarse porque sirven de enlace a los de allá. Una correa de transmisión que pasa por encima, por debajo y por dentro del agua. Todavía les quedan cuatrocientos años hasta compensar la balanza de la Historia.

Durante el primer curso, montamos una campaña de información sobre *Las guerras olvidadas*, para que dejaran de ser olvido y guerra. Uno de los compañeros con quien más aprendí fue Alberto, colombiano de Bogotá y redentorista.

Víctimas colaterales

Me lo presentó *Mig*, porque habían asistido juntos al curso de salud mental en situaciones de conflicto, organizado por Carlos Martín Beristáin y Pau Pérez, mientras Alberto conseguía su licenciatura en Biblia. Me habló por primera vez sobre las Comunidades de Paz, cuando apenas empezaban a constituirse en tierra de nadie, por la iniciativa de centenares de familias desplazadas durante décadas de guerra, quienes se declaran no beligerantes. Regresan a donde salieron o donde se les presenta una nueva vida. Los apoya la comisión de Justicia y Paz, las *Peace International Brigades*, Alcaldes por la Paz (Hiroshima y Nagasaki), OEA, ONU; en suma, todas las organizaciones de derechos humanos, nacionales e internacionales.

Por entonces *sólo* había que lamentar ocho personas muertas *en la confusión.* Al cabo de varios años, las víctimas ocasionadas entre sus miembros, por más de quinientas agresiones criminales, ya son ciento sesenta.

No puede ser verdad. Puede que algunos murieran de infarto al contemplar los homicidios de los muertos involuntarios. Puede que las armas disparasen solas, una vez que aprendieron a matar por las noches, en el Mar de la Impunidad, antes que existieran las palabras.

La tierra emergida es San José de Apartadó, cuenca del río Cacarica, donde Chocó, Colombia. ¿Te acuerdas? Mil quinientos campesinos inermes y *disfrazados* de familias trabajadoras, recreados de la nada para vivir, entre los bazokas guerrilleros que yerran como ángeles ciegos, los paramilitares que renunciaron a buscar motivos y los soldados que juegan a saltar la malla con que han marcado algunas hectáreas de habitación civil, para que las armas no pasaran, y no murieran el centenar y medio de víctimas involuntarias. Asediados por la cara y por la espalda. Electrocutados por los

dos polos. Acusados de vivir y contar todo por transparencia visible. Por ejemplo: están deforestando la región gracias a planes demenciales de subdesarrollo (sí, te acuerdas).

El ejército iba a protegerles con las armas que les matan, solas. Fueron entrenadas en el desierto a no beber el agua de la comunidad "Nueva Vida", el vino de la comunidad "Esperanza en Dios". Así se llaman, los muy astutos hijos de la gran Madre. Comunidades de Paz. CAVIDA. Zonas humanitarias. Nombres invocables.

Antes de volver a Colombia, Alberto me regaló una camiseta colorida, junto con unas manchas de aceite de palma, símbolo de la memoria imborrable. Los asesinados en el Chocó no son suicidas. Querrían ser los primeros en celebrar la paz que llegará a Colombia. El gobierno y la guerrilla de las FARC se niegan a incluirlos en sus agendas políticas. Víctimas *colaterales*, es decir, por ambas partes.

Los polos se congelan

Cuando me cuentan una historia de *maras* o de *narcos* me da *rabia y frío*. No sé si aprendieron del Gran Cortés o con un sacerdote de Huitzilipochtli. La desigualdad y la tiranía reducen a los seres humanos hasta las dimensiones actuales del lago Chad.

Si Concolorcorvo, *Lazarillo de ciegos caminantes* allá por el mil setecientos y pico, escribiera hoy el viaje de un migrante a través de América, tendría que ser *Robocop* para sobrevivir a las fronteras internas en Colombia, Brasil, México, Perú o Venezuela y las fronteras externas, entre Centroamérica y México y USA. Desde luego que no lo digo por añoranza de un funesto imperio. Me detengo a sondear la realidad que cuentan quienes la viven, por si pudiera sugerir algo a quienes buscan sinceramente mayor unidad entre los latinoamericanos.

Hoy, el testimonio no trata sólo de cimarrones heroicos, ni de madres coraje (aunque haberlas, haylas), sino de síndromes y patologías urbanas que arrasan el cuerpo junto con la mente a miles de jóvenes en una pesadilla real-virtual. Si a eso se refiere la etiqueta de McOndo, para referirse al imaginario de esta generación, podría sustituirse por *Brecha McDigital* y aplicarse a toda América, incluido el Norte. Muchas de esas historias acaban ante una pistola y una amenaza de muerte u otra forma de tortura. Lo que pasa en la frontera de Guatemala y México traspasa a la de México y USA. Pruebas sólo comparables a los escenarios del exterminio sistemático. No puedo rasgarme la camisa por falta de repuesto. Se los comen vivos.

Varios venezolanos, que tampoco tienen motivos para dejar el mundo tal como está, se quejan de la ineptitud de los medios elegidos por su gobierno con el fin de cambiar la situación. El crecimiento exponencial de la economía colombiana es frecuentemente usado como un argumento fáctico en favor del desarrollo ultracapitalista, mientras los venezolanos, sus vecinos, se ahogan bajo el peso de una

burocracia cada vez más enajenada de la civilidad. La delincuencia aumenta como una sociedad paralela. La izquierda vestida de militar se ampara en la memoria de Bolívar y en la revolución cubana para evadirse del diálogo social. El Estado engorda sin que se universalicen la educación y los servicios de salud. Hay quien califica mecánicamente como revolucionarios los ejercicios ecuestres que sólo han traído acumulaciones de bostas por las calles. Da igual su color. El servicio de limpieza está desbordado.

En Latinoamérica, igual que cualquier otro lugar del planeta, la bipolarización entre los conservadores de su estatus y una izquierda militarista impide escuchar a las miles y miles de víctimas potenciales que no llevan pistola. Desean una sociedad en paz, con mayor bienestar y con mayor igualdad. La fiscalidad que sostiene el Estado Social de Derecho no se cobra por medio de pistoleros; ni tampoco por limosneros. Los movimientos sociales no violentos, los sindicatos no manipulados, hasta las iglesias, si no se ofenden por incluirlas en algo tan mundano, son los medios para promover un nuevo contrato social en otros términos.

En México, Centroamérica, Colombia o Venezuela, los violentos enseñan las ventajas de comprarse un arma para la *autodefensa*, a voz en grito, en diversos géneros musicales y desde diversas tribunas, antes que preocuparse por la educación de sus hijos o por un sistema de salud que abarque a todos. En eso parecen estar de acuerdo los pupilos de Charlton Heston y los del Che, por sagrada que parezca su imagen. No sólo es cuestión de formas: los corridos mexicanos o las baladas anglosajonas. América necesita tirar las pistolas al mar, para que los hijos de los extrarradios puedan vivir con otro contenido en la cabeza. En Brasil, Chile, Bolivia, Ecuador, Argentina, El Salvador, Bogotá o Medellín, desde distintas perspectivas, proponen otros caminos.

En vez de un solo Líder Supremo, guardo los rostros múltiples de médicos cubanos en desastres humanitarios por toda Latinoamérica. Desearía que los

octogenarios hoy reinantes en Cuba no se llevaran millones de almas a la tumba, como los faraones, junto con la fórmula (falsa: se morirán) de su eterna juventud. Falta un componente esencial en esa mezcla, de modo que la masa crezca.

Lo sabemos y lo decimos con la boca pequeña. Democracia palpable, directa. Empezó en Atenas y ha arraigado en aquel otro rumbo a partir de su propia experiencia. Pueblo Nuevo de la Democracia, se llama la aldea. La participación política es una capacidad insustituible por otras, también necesarias. No hay solidaridad ni desarrollo real sin libertad y sin argumentación racional sobre los medios. Entre todas y todos, si te sientes incluida.

Responsabilidad

Además de todos los fracasos que llevo enumerados, hay que sumar otro, cuando ya no vivía en México.

Andrés era uno de los jóvenes que se crió en la Misión, se hizo catequista y formó familia en su pueblo. Tuvo que emigrar desde los doce años con su hermano pequeño de diez, Aurelio, porque habían quedado huérfanos a causa del cólera, como otros niños de Rancho. Su hermana más chica se quedaba con otros parientes. Andrés hizo de padre o, mejor dicho, *ñani chée,* "hermano mayor".

Se las arreglaron bien, demasiado bien si cabe, porque recalaron en un cultivo de marihuana, por el rumbo de Michoacán. Lo contaban a la vuelta como una aventura agridulce. Cosechaban las matas rodeados de guardianes con ametralladoras. *Cuernos de chivo*, las llaman. Pero nadie les hizo daño, al menos externamente.

Se casó y tuvo dos hijos, a quienes padre y madre traían al dispensario y a las clases de alfabetización. Con ellos teníamos una sintonía especial.

Le pedí a Andy que nos ayudara en la reforma de la casa-misión, con la intención de transformarla en albergue. Era maestro albañil. No pudo quedarse, porque su suegro y su mujer le urgían una y otra vez para que saliera, cruzase la frontera y ganase más dinero. Querían construir una casa nueva para su familia *política*. Aquella actitud me dejó perplejo. Luego me desagradó. ¿Habrían hecho algo parecido si fueran sus propios padres? No era lo común.

Desfogué la rabia cavando los hoyos para cimentar el porche de la cocina, a espaldas del templo, porque el techo precario del comal, al otro lado de la casa, se había venido abajo. Un grupo de estudiantes en servicio social estaba a punto de llegar. Habían empezado las lluvias, de modo que la mujer de Salvador, quien nos ayudaba a

preparar las tortillas, terminaba empapada. Al abrir el primer agujero encontré una semilla de frijol que nunca había visto: blanca con lunares rojos. Me hizo estremecer.

Al ver que ya estaba manos a la obra, Andy me ayudó a construir ese techado antes de salir. No dejó de bromear, mientras colocaba el armazón y echábamos la mezcla, ni esa jornada ni la siguiente.

Su esposa se fue con Andy, al principio. Los niños quedaron con los abuelos, a su cargo; pero los veíamos descuidados y sucios, saltando de aquí para allá todo el día. Cuando fuimos a hablarles, encontramos al señor suegro medio tomado. Meses más tarde, regresó la esposa, ya con su embarazo en curso. La vi y me despedí.

Andy volvió para las fiestas del pueblo, después que yo me había marchado. Pasó menos de un año en USA. Algo debía de haberle ocurrido. No quiso ir a vivir a su casa. Se emborrachó. Al requerirle su suegro, no le hizo caso. Vino su mujer a llevárselo, a gritos. Sacó la pistola. La mató. A ella y a quien llevaba en su seno. Me cuesta creerlo, pero así fue. Esa misma noche salió huyendo con una prima suya, esta vez para nunca volver. Ahora, quién sabe dónde estará.

La Montaña no se ha convertido en un reflejo de los Balcanes. La cultura de los pueblos indígenas permite que el escenario de la comunidad se amplíe hasta incluir a sus convecinos, otras culturas, los demás mexicanos y, a través de la red mediática, la humanidad migrante. El desarrollo se ha hecho notar en apenas una década. Así y todo, esta vida no basta para sanar las heridas.

Una madre embarazada, asesinada por su marido. Un niño de doce años, muerto a sangre fría por los militares, además de otras personas. Centenares de criaturas que no pudieron alentar, arrasados por un mal parto, el cólera o la septicemia. Familias destruidas por una pobreza insoportable, donde se gestó la desgracia, en apariencia fatal, de la sociedad global. ¿Cómo superar el peso de esa memoria?

Quienes han pasado por el túnel de la miseria o han podido rehabilitarse después de una caída, gracias a comunidades sanadoras, siguen siendo los niños que fueron. Si miran a los ojos a cualquier persona en similar trance, recuerdan “que antes de ser hombres son y han sido niños yunteros”. Llevan la respuesta escrita en el órgano de su propia experiencia.

Para el resto de la humanidad se escriben las novelas.

¿Pena o justicia?

28-11-6

He convivido en polígonos industriales, y en la empresa de seguridad que me contrata, con personas de todos los colores o procedencias. Las tareas más *bajas* en la escala laboral, como es el caso de los *auxiliares de servicio*, no están protegidas por ningún convenio colectivo.

Incluso dentro de aquellas empresas donde son reconocidos, cumplen deberes que corresponderían a los vigilantes, pero cobran mucho menos. Viven rasados por el salario mínimo más complementos. La Ley de Seguridad Privada les excluye de cualquier promoción laboral. La pérdida del empleo, una enfermedad o una catástrofe, sea del tipo que sea, los dejaría rápidamente en la calle.

De hecho, la crisis de crecimiento actual (¿hasta cuándo?) obliga al pluriempleo para acceder a una vivienda, bajo el control de una hipoteca cuyos guarismos me producen parálisis cerebral. Si me paro a pensarlo. Los miles de auxiliares. Los miles de jornaleros bajo el *mar de plástico* en Almería. Los centenares de miles de mujeres empleadas en el servicio doméstico. El desprecio contra el inmigrante, hoy, como el antisemitismo de ayer.

La conmiseración no alcanza a ver rostros. Sólo ve manos y pies, si se detienen un segundo. No una, ni dos, sino muchas amigas y amigos se han negado a darme el consentimiento a la pena. Aborrecen esa afección infecunda, subjetiva, sorda, que consiste en *apenarse*.

- No quiero *darte pena*.

O me escuchas, o te vas. No quieren añadir más penas a este mundo. Necesitan solidaridad y empatía activa. Como otras veces, son las personas que menos valoran los

expertos y *letrados* quienes expresan el sentido más profundo de nuestra cultura: el fracaso de la metafísica penal, la exigencia de amor auténtico.

Todo se paga en este mundo o en el venidero. A eso se llama justicia, a diferencia de la esperanza popular, con todas sus variantes y utopías.

Pero este pueblo de pueblos no es un invento de alguna ideología que surgiera para dominar el mundo. Son personas que claman por la condonación de las deudas, el rescate de los siervos, la tierra o el hábitat amenazado; desde que Israel salió de Egipto y cruzó el desierto, hasta que las familias obreras salieron de Málaga y se metieron en la hipoteca.

Para ser amigo hay que escuchar. Eso lo sabemos todos, aunque no lo practiquemos. Ahora bien, la forma de escucha que toma a la persona en serio y la pone en el centro de la acción y del diálogo no es natural. Es una capacidad. Exige aprendizaje. Su fruto no consiste en una técnica, sino en sabiduría.

Tot es un compendre, decía mi padre, cuando yo era niño. Yo no entendía el valenciano. Sólo quien escucha se hace sabio, me digo al oído con mucha frecuencia. A veces, no me escucho.

Supongo que por eso estoy aquí. Paralizado de frío.

Semejanzas y diferencias entre las dos Españas. Proceso de ósmosis

29.11.06 @ 07:45:38 Archivado en Diálogo

No niego las diferencias, aunque seamos iguales. Nos ayudan a aprender. En la práctica, nos permiten salir de los estereotipos para alumbrar un sentido común. Todos podemos participar en un proceso de crecimiento orientado a rescatar la historia humana del horror. O sea, una historia cotidiana de aprendizaje.

En la residencia improvisada donde viví cuatro años, cerca del metro Portazgo, Puente de Vallecas, compartía espacio y conversaciones amistosas con personas de distinta cuna: Karl, con quien he pasado las tribulaciones del aterrizaje en Madrid. Él lo habrá vivido de otra manera, porque tenía veinte años. Jorge y Nacho, los humanos más capacitados para ser amigos que he conocido nunca. Un maestro leonés, un canario que me dio algún susto, dos chicas mexicanas que me pusieron al día sobre su país y una decena más de personas durante aquel tiempo. Pero este episodio trata sobre un toledano y un alicantino: dos jóvenes estudiantes que se habían formado en comunidades cristianas, aunque de diverso signo.

Santi, el de Toledo, agradaba a cualquiera por su habilidad para tocar el piano, cantar, componer y expresarse con amabilidad durante sendas sesiones a la hora de comer y de cenar. A mí no me parecía pesado, porque no sé cuánto

hacía que el tiempo no me llegaba ni para escuchar música. Pertenecía a la familia de un rico empresario de los que han construido su fortuna con esfuerzo y explican que pueden perderla en cualquier momento, si la economía no va todo lo bien que debiera.

A la vez que cantaba, Santi declaraba estar cada vez más implicado en la estructura del Partido Popular, *Nuevas Generaciones*. Así pues, obligado a defender sus directrices de gobierno, con cierta vanagloria. Pero eso le hizo sufrir, como a otros jóvenes conservadores, durante los prolegómenos de la guerra contra Irak. Apoyaba a sus grandes líderes como algo inevitable. Se le agrió el humor.

Había también un alicantino de mi barrio que me llenó el corazón de signos fraternos. Lo conocí al volver de México, durante los meses que pasé en Alicante. Coincidimos en la facultad y vino a vivir en la misma residencia.

Sergi compartía las penas y la alegría igual que si no hubiera puertas en la casa. Energético hasta la pElvis, entusiasmado por las mujeres, indignado por la explotación de los trabajadores. Su padre fue despedido de una empresa de automoción donde trabajó veinte años, por lo cual tiene que sobrevivir como guarda en puestos nocturnos. Ahora mismo, su problema no es la falta de trabajo sino la calidad precaria y mal pagada del puesto, como le ocurre a varios millones.

Es bien querido por su gente, Sergi. El 11-M su teléfono móvil no dejaba de sonar por quienes le llamaban a la vida. A mí, ermitaño en mi prisión-modelo, me llamaron muy pocas personas. La noche antes de las elecciones el 14-M del 2004, acudió con otros amigos y miles de espontáneos a la puerta de las oficinas del PP en la calle Génova, para protestar contra el engaño acerca de los agentes del atentado bestial que recién habíamos sufrido.

Sergi fue rehaciendo su historia desde los dieciocho, cuando salió del seminario porque había conocido a una chica, hasta que acabó en Comillas los estudios de teología. Fueron tiempos de agonía a causa de la precariedad que le tocó soportar: trabajos eventuales, en la obra o de camarero los fines de semana, sin contrato. Un grado más abajo en la pirámide productiva. Como era buen estudiante, le ayudaron las becas.

Pero no sentía que los pobres tuvieran obligación de comer lentejas. Por el contrario, ponía encima de la mesa, de vez en vez, filetes de ternera o pez espada para compartirlos, mientras yo le ofrecía legumbres cosechadas de mi desgana. Los ascetas intramundanos siempre sacamos beneficio. Además, me hizo sentir agradecido.

Lo que le atravesó el corazón fue que una amiga con quien tuvo una relación seria se enfermara de cáncer y terminase muriendo después de un largo proceso. La llevó a ver la película *My Life Without Me* de Isabel Coixet. Estaba todavía viva. A su lado. Pero a ella no le hizo gracia. Y no volvieron a encontrarse hasta el final.

Tanto el Toledano como el Alicantino se enzarzaban discutiendo por más causas de las declaradas, en tono de creciente rabia. Se dio el caso de que terminaran arrojándose objetos que se depositaban por los rincones de aquel antiguo noviciado, convertido en albergue para estudiantes y trabajadores del entorno próximo: Puente de Vallecas. En momentos de calma, el barrio salía a relucir durante la conversación desde distintos puntos de vista: un cartero que vivía con nosotros, el joven Karl, estudiante de bachillerato nocturno, y el mío, que repartía pizzas los fines de semana.

Al Joven Toledano, la pesadilla del 11-M le removió los esquemas. El curso 2004/2005 hizo sus prácticas de logopedia colaborando en la rehabilitación de los afectados. Las discusiones se hicieron más raras.

De pronto, desapareció. Nadie supo qué le había pasado.

Dilemas vitales

Los años de la residencia coincidieron con el último capítulo, en versión subtitulada, de la *moral majority* anglosajona. No tengo noticia de que atravesaran el mismo cuello de botella ideológico en Francia o Alemania. Lo más semejante, la Italia de Berlusconi.

Durante su segunda etapa de gobierno, 2000-2004, una vez conseguida la mayoría absoluta, la derecha asentó su predominio por medio de un crecimiento acelerado, cuyos dos pilares no eran la formación y la tecnología, sino la construcción a destajo y la minusvaloración de la fuerza de trabajo. Usaron a los inmigrantes, después de maniatarlos y amenazarlos con la expulsión inmediata, para crear una escala laboral en paralelo, con salarios más reducidos en muchos sectores.

No es casual que la diferencia entre ricos y pobres en España se haya multiplicado geométricamente durante apenas diez años. Lo extraño es que las estadísticas lo denuncien, pocos hablen y nadie escuche. De hecho, el gobierno socialista ha proseguido esa misma línea, en nombre del libre mercado, a pesar de sus bases sociales y sin reparar (en) los efectos especulativos contra las víctimas hipotecadas.

La marca conservadora se asocia con signos de preferencia dirigidos a una parte de la jerarquía de la Iglesia por el PP, a través de personas que, a su

vez, pertenecen a grupos católicos de organización férrea. En sentido contrario, los socialistas han puesto entre paréntesis la existencia de los cristianos de base, como si estuvieran contaminados o fueran esclavos irredimibles, excepto por su salida de la Iglesia.

Es cierto que el actual gobierno ampara la libertad religiosa y también que tolera las peculiaridades católicas. Incluso han mejorado sus condiciones de financiación. Pero no parecen darse cuenta de que cualquier garantía de la libertad comienza por el respeto a los derechos humanos, aun *dentro de* las comunidades blindadas por un derecho sacro. En el fondo, laicismo e integrismo están de acuerdo en que la religión es de derechas y hasta de extrema derecha.

Nuestro casero durante aquel periodo era un músico y sacerdote franciscano. Una persona bien centrada. Por un deber asumido, le confesaba que durante el mes había *mirado* a algunas mujeres, la mayoría monjas. Todas mis compañeras de estudios lo eran. Al principio, este hombre pensaba que yo era demasiado exigente conmigo mismo. Seguía adelante con la pretensión de ser cura y cambiar las cosas *desde dentro*. Luego cambió de idea.

Mig y Stephanie se habían *hablado* por primera vez en esa casa, toda una noche, mientras hacía mi turno en un sótano de Madritel. El cura no se enteró, sino al cabo de un año, y lo sacó a relucir con otros motivos aún más nimios para invitarme a cambiar de domicilio.

Mucho antes de eso, a los pocos días, Stephanie trajo consigo a la hija mayor de unos amigos argentinos, a quienes había conocido en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. La chica venía a estudiar un master de Gestión Medioambiental en la Complutense.

Bárbara –se llama- intuyó durante su niñez el horror de *las desapariciones*. Sintió el impacto de preguntar lo que estaba prohibido responder. Pero sus papás le hablaban y se arriesgaban a que la niña dijera lo que dijera. De tal forma, aprendió a romper los muros de silencio.

Así pues, tardó poco en tomar el pulso al ambiente de la residencia y a la sociedad española. Después de unos primeros meses en que me trataba como a un viejo venerable, aunque apenas nos separaban doce o trece años, y escuchaba con interés mis historias de lucha y resignación, comenzó a ponerme los puntos sobre las íes.

- No entiendo por qué te fuiste de México
- No quería provocar más conflictos
- A veces hay que afrontar el conflicto.

Yo creía saberlo. Pero ella lo decía agravando su voz argentina.

El 11-M fuimos juntos, con el benjamín de la residencia, Karl, a donar sangre y ofrecernos para lo que hiciera falta. Me sentía urgido a acompañar a los directos afectados o a sus familiares, por haber participado en algunos talleres sobre trabajo con víctimas y un curso en relación de ayuda. Sólo que a esta orilla del mar hay miles de psicólogos con más formación y experiencia. Fueron centenares los que intervinieron voluntariamente durante aquellos días y en el proceso posterior.

Cuando volvió a gobernar el PSOE, tras el 14-M, llevaba un programa distinto a otras elecciones, que pocos percibieron hasta que ganó remando al viento. Yo les voté para que saliéramos del abismo de Irak. Pero me hacían mella psicológica las proclamas conservadoras.

Estaba en peligro la unidad de la familia, en riesgo la viabilidad del matrimonio como unión de mujer y varón. El cigoto, o sea, *yo aislado*, sin

arraigo en la pared uterina, confuso, podía ser manipulado por ingenieros genéticos sin escrúpulos. No sabía qué pensar.

Bárbara era mucho más clara.

- Por qué no pueden adoptar niños los homosexuales
- Porque no son suyos ni pueden disponer de ellos como les parezca. Toda la sociedad es responsable
- Entonces, las mujeres lesbianas sí pueden
- ¿Por qué?
- Son sus propios hijos
- Sí, claro, no se los van a quitar. Pero las parejas gays tendrían que comprar de algún modo las capacidades que no tienen
- Hay millares de menores sin acompañamiento o simplemente huérfanos
- Creo que los niños no son objeto de compra y venta
- Sos un hipócrita. No te importan una minga, los niños. Sólo querés que cumplan el precepto. Qué se abstengan, ¿no?
- De verdad, respeto a los homosexuales. Compartí piso con un amigo gay, cuando era estudiante. ¡Mi novia era bisexual!... Y luego se hizo lesbiana
- La entiendo
- ¿Ah, sí?

Aquello me dolió. Un golpe bajo.

- Parecés un faquir

Insistía.

- Antes estaba más musculoso. Fue la huelga de hambre
- Y querés que todos sean como tú. Con mi cuerpo, no
- Ama y entenderás
- Exactamente. Cuídate, si quieres cuidar.

Dejó de tratarme con asiduidad, una vez que hubo llegado de Argentina su novio sin otra tarea que acompañarla.

Vivieron juntos sin que se enteraran los dueños de la residencia. En realidad, nadie cayó en la cuenta, aunque parezca absurdo. A todos nos parecía natural.

Las autoridades no se lo pusieron fácil, ni a una ni al otro. Bárbara tenía un visado de turista, pero se le había agotado. La obligaban a volver a su país para solicitar otra visa como estudiante. Al final, tuvieron que viajar a Túnez para renovar, ambos, el visado durante otros tres meses. Juntos, lo convirtieron en una aventura.

Gracias a ambos recuperé una corriente de sentido oculta bajo la piel seca. Él es ingeniero audiovisual, creativo, despierto y bromista. Al principio, intercambiábamos miradas tácitas, *por encima* de Bárbara.

- No lo contamines
- No te pases
- De nuestro joven toledano pepero no tengo miedo. Pero vos sabés demasiado y hablás condenando acá o allá como una bendición urbi et orbe
- Bendición, dijiste
- Ojalá.

La Nochebuena de aquel 2004 tuve que currar en turno de tarde, hasta las diez de la noche. Al salir de la fábrica, en Arganda, no había transporte público. Llamé al inspector de servicio.

- Búscate un taxi.

Recorrí el pueblo, en busca de la parada, hasta que la joven empleada de una gasolinera me avisó. No había taxis en nochebuena. Tenía que llamar a uno

de Madrid para que viniera a recogerme. Y pagar la carrera. Con recargo. Sencillamente, el salario mínimo no me alcanzaba para esos lujos. Volví a llamar al inspector.

- Pero hombre. Qué estoy cenando con la familia…
- Pensé que estaba de servicio
- Mira, te voy a hacer un favor, por ser navidad. Cuando acabe de cenar, te recojo.

Vino al cabo de otra hora. No había tráfico, de modo que un poco antes de la una ya me había dejado en Vallecas. Al entrar en la plaza, escuché los cantos de la misa del gallo. Al menos, no había olvidado las llaves en la taquilla, como alguna otra vez. Quería acostarme cuanto antes y olvidarme de la pesadilla real con un buen sueño.

- ¡Feliz navidad!

Supongo que suena tópico. No eran ángeles ancianos de una película de Capra. Dos personas de carne y hueso, sentados alrededor de la gran mesa de granito desgastado que llevaba décadas viendo pasar platos. Hoy, tres platos.

- ¡Sorpresa, Chiqui!

Así es como Sergi nos llamaba a todos.

Bárbara y Eduardo habían preparado un pollito al horno. Lo pusieron a calentar, mientras nos acercábamos al final de la misa. Luego, pasamos un rato sin reloj, riendo, escuchando música y compartiendo esperanzas. Dormí mejor que nunca.

Después de aquello, se internaron en su historia de amor y tuvimos pocas oportunidades de conversar. Me fui a Alicante durante el mes de julio del 2005, para estar con la familia y trabajar repartiendo pizzas. Necesitaba cambiar de oficio, pero no sabía cómo. Cuando volví ya se habían marchado. Al poco de

regresar a Argentina encontraron trabajo, que ya es suerte. Se casaron. Ahora han tenido una niña. Me lo ha contado Karl, el benjamín de la residencia.

¿Y el Joven Toledano?

Regresó a la residencia después de ocho meses. Durante un viaje de Toledo a Madrid había sufrido un accidente mortal de necesidad. Conducía su padre, con la prisa habitual y la seguridad de un vehículo último modelo. Se metieron debajo de un camión. Sobrevivió de milagro. Le dejó heridas graves en la cara y el cuello.

Vino transformado. Seguía inserto en su medio eclesial y político, pero se atrevía a vivir de acuerdo con sus querencias. Me habló por primera vez de que era homosexual, antes y después del choque. Presentó a algunos amigos hallados en Chueca e insistía que su propósito era casarse con una pareja a quien amara toda la vida. Adoptar niños. Ser y hacerlos felices. Lo decía iluminado como un joven de veintiún años. Lo que era.

3 comentarios

La discriminación por motivos históricos y contextuales contra las mujeres, los homosexuales o los casados se justifica a manera de un *coto sacro* que no obedece a la Carta de los Derechos Humanos ni a la Constitución; aunque de sobra sabemos que lo único sagrado, en cualquiera de las religiones universales, es la persona viva.

Los profesores de religión son escogidos por los obispos y su evaluación no obedece a criterios pedagógicos, ni al sentido crítico y la razonabilidad en cualquier esfera de la vida pública, sino a un determinado y estrecho código moral.

Se confunde la defensa de los derechos más elementales (civiles, laborales), frente a quienes los vulneran ostentosamente, con la la persecución religiosa bajo el imperio romano. Por entonces, creo recordar, era al contrario.

¿Consiste la tolerancia en el permiso para abusar de otras personas? ¿En nombre de lo divino? Cabe sospechar que a unos y otros les interesa que perviva ese ídolo con el fin de legitimar órdenes injustos.

Comentario por Mig 28.11.06 @ 09:40

Váyanse, víboras.

Si odian a la Iglesia, no sé lo que esperan para marcharse, cuanto antes, mejor. Están arruinando la obra divina con sospechas y egoísmos. Oigan la única voz del Pastor. Es clara y rotunda.

Lectores de este blog, estos son quintacolumnistas fracasados, progres a punto de jubilarse, que llevan repitiendo la misma cantinela sin que nadie les haga caso. ¿No os dais cuenta?

Comentario por Vivan las caenas 28.11.06 @ 11:06

"Vivan las caenas", podría usted cambiar de nick por respeto a sus nietos

Comentario por Mig 28.11.06 @ 12:11

Vivir la diversidad

29-11-6

A raíz del conflicto entre derechas e izquierdas en el espacio público, y su interiorización en forma de dilema, puede parecer que la íntegra muchedumbre de los cristianos católicos haya endurecido sus posturas sobre cuestiones morales. Hay quienes se manifiestan reiteradamente, a gritos, con los dientes al aire, vibrando al ritmo de las ondas hertzianas, contra la equiparación de los homosexuales, contra la fecundación in vitro y la ingeniería genética, contra la sexualidad juvenil antes del matrimonio, contra la igualdad de género y hasta contra la consideración misma del *género* como una construcción de la sociedad y la cultura, que pudiera hacerse de otra manera. No, no y aunque arda en el infierno de mi odio, no.

Pero las condenas emitidas con tal ardor también producen un revulsivo, tanto más cuanto más injustas.

Durante estos últimos años se ha vuelto a constituir la Iglesia de Base en Madrid, a la vez que muchas asociaciones de la España plural se han integrado en un conjunto llamado *Redes Cristianas*. No es una mera reedición de lo vivido en tiempos del cardenal Tarancón, al filo de la satánica democracia, hace treinta o cuarenta años. Desde los años ochenta hasta la fecha, las comunidades renovadas y renovadoras han vivido un proceso de aprendizaje, que pasa por superar la idea de una Iglesia Católica Homogénea sobre el fundamento (igualmente fundamentalista) de sus propias ideas. Lo que se pretende es hacer sensible y comprensible la diversidad, tanto en la sociedad civil como en cualquiera de las religiones universales. Lo que consideramos sagrado y símbolo de comunión entre los seres humanos es la persona viva, no un objeto muerto. Y aun las

personas mismas, cada persona, somos un corro de voces que dialogan (o se pelean, se disocian y hacen la guerra) acerca de la vida cotidiana, en todas sus facetas.

A mí, el río de la vida me llevó a abandonar ese refugio en el corazón de Vallecas y buscar la vida de nuevo. La causa próxima fue seguir la estela de Mig, con la esperanza de encontrar "una mujer a la que acompañar". Y el detonante, un conflicto provocado por la vida en la residencia.

Hace más o menos un año, vino a vivir un muchacho cubano de veintitantos a la habitación de enfrente, donde antes se ocultaron los jóvenes Bárbara y Alfredo, casi de su misma edad, bajo una sábana de amor argentino. Le había acogido el cura, en respuesta al requerimiento de un colega suyo, porque vagaba por la ciudad como un alma en pena. Estaba delgado y ojeroso. Al cabo de un mes, había engordado un poco.

Tuvimos muchas oportunidades para conversar. Así me enteré de una parte del misterio.

Yo andaba haciendo un curso sobre la teoría y la práctica de la *relación de ayuda*, que exige, sobre todo, practicar la escucha empática, activa y comprensiva en vez del imperativo, la imposición y el autoritarismo en el trato humano. Supongo que eso me hizo un poco menos incapaz para entrar en su vida, calladamente y con respeto. No le proponía (*no debía*) soluciones mágicas, sino que podía y tenía que *escucharlo* durante su búsqueda.

Antonio nació y se crió en Santiago de Cuba. Por parte de su padre, estaba plenamente integrado en lo mejor de la Revolución y hasta tenía ancestros mártires de la causa nacional. Por parte de su madre, había un nutrido grupo de parientes que habían cruzado a Miami de diversas formas, todas ellas accidentadas y difíciles, igualmente héroes de su causa. De acuerdo con su querencia, estudió Bellas Artes en la universidad y se especializó en *cartoons*. Dibujaba por los codos; aunque en la época que lo conocí

todo lo que hacía era improvisado, en blanco y negro, a lápiz, con figuras de cómic punk y tramas de novela negra.

La asociación entre el cómic y el consumo de marihuana no era nueva para mí, porque estuve colaborando en una revista universitaria y uno de mis mejores amigos, Mikel, tenía las mismas devociones. En lo demás eran diferentes.

El uso *artístico* de la hierba le provocó problemas graves en Cuba, aunque parezca increíble. La policía lo detuvo una vez por llevar una bolsita encima, sin que sirviera de excusa que sólo la utilizase para su consumo. La cosa se resolvió con una severa reprimenda, gracias a la buena fama de algunos allegados dentro de la estructura del régimen. Su padre, aunque comprendía las inquietudes creativas del hijo, le aconsejó que eligiera entre Cuba o la marihuana. Por supuesto, eligió Cuba. Pero no dejó de fumar, de vez en cuando. Después de otra detención, lo tuvieron preso durante un mes, hasta que pudo salir del país, con las botas puestas.

No se había decantado de un lado o del otro, así que optó por quedarse en medio. Aunque le ofrecieron vivir en Miami, prefirió marcharse a Chile, donde su tío más joven (por parte de padre) le ofrecía una salida. Le fue más o menos bien. Trabajó en una revista como dibujante. Pero su tío tenía una novia y se casó, ahí es nada, con una partidaria fervorosa de Pinochet. Antonio hubiera soportado incluso a *esa tía, qué le vamo a sel mano, todo tenemo derecho a vivil, tú sabe*, pero la flamante tía no era, ni mucho menos, tan tolerante.

Se vino a España con sus exiguos ahorros y la lejana esperanza de que la madre, ya por entonces separada del padre, pudiera reunirse con él en una tierra de promisión. Al poco de llegar a Madrid, conoció a una joven universitaria norteamericana en algún parque soleado, precisamente el día que se había quedado literalmente en la calle. Debía de ser a principios de septiembre.

Los casi dos metros del muchacho no pasaban desapercibidos, ni tampoco las ondas rubias y las caderas de la muchacha en el marco de unos pantalones vaqueros sin fronteras. Se miraron con agrado y bromearon sobre el acento de él y de ella. A partir del siguiente encuentro, decidieron compartir piso.

Pasaron el curso juntos, mientras ella hacía estudios avanzados en la literatura española contemporánea y él avanzaba en el estudio de su forma corporal; cientos de dibujos que nunca me enseñó, por las razones que conocerás enseguida. La mamá de Antonio era profesora de inglés en Cuba. Antonio y Susan lo practicaron apasionadamente durante nueve meses.

Ella le ofreció viajar a USA. Él aceptó. Se separaron con la promesa de encontrarse.

Iban en serio. Lo suyo era para siempre. El amor de verdad. Habían tenido tiempo de comprobarlo. Natural.

Pero la familia de ella, al conocer la noticia, no se entusiasmó tanto. Cuando él transformó en un boleto a Pennsylvania el cien por cien del dinero cosechado en la barra de un bar de copas, durante múltiples fines de semana, los papás tuvieron la grata posibilidad de conocerlo. La aprovecharon. Le hicieron una entrevista en toda regla. Y lo descartaron, en nombre de la cordura. Sencillamente, *imposible*. Sin futuro. Condenado por falta de posibles, como un bono ofertado en la bolsa.

Ella lloró. Él se amargó. Ella quiso marcharse a España, pero no pudo. No tenía balsa para pasar a este lado. Él quiso marchar a USA, pero ya no tenía dinero. Quería ahorrar. Pasaron seis meses. Ella le urgía una y otra vez.

De pronto, empezó a disuadirlo.

Él dejó de utilizar, ocasionalmente, la *maría* para trabajar y trabajaba para la *maría*, a falta de Susie. Dejó de trabajar. Se dejó. El viento lo arrastró a casa de su

abastecedor de hierba; y allí permaneció pudriéndose dos meses de otoño, hasta que el frío sin calefacción se hizo insoportable. Colaboraba en su negocio a cambio de consumir gratis. Era el trato.

Sintió que tocaba fondo, sin dolor, gracias al efecto analgésico del cannabis. Perdió veinte kilos en todo el proceso.

Fue a hablar con un párroco que le servía de vaso comunicante con la familia de su mamá, a quienes había conocido cuando estuvo ejerciendo labores pastorales en Cuba. Por mediación del cura hispano-cubano, lo enviaron al albergue ocasional de los franciscanos en Vallecas. El propio responsable de la casa me habló de él. Durante un mes, seguí el hilo de su historia, mientras preparaba la comida de ambos en la cocina. Escuché con empatía a la vez que guardaba las distancias, de acuerdo con el método humanista de los consejeros profesionales, made in Carl Rogers (USA). No caer en el hoyo. Aguardar a que salga. ¿Y si no sale en un periodo determinado por las circunstancias ajenas, institucionales? Ajá.

Llegó un momento en que las barreras interpuestas se rompieron. Me identificaba con sus males e identificaba a Antonio con el pobre de Mig, a quien su novia abandonó por una estúpida confusión. La distancia no hace el olvido, pero produce una herida que, de tanto doler, se quiere olvidar.

Aquella historia de amor me recordó, de nuevo, que los amores nacen, se desarrollan y, a veces, los prejuicios los matan. Poco importa de qué color sean los filtros que imponemos a la comprensión. La viga en el ojo derecho es tan molesta como en el izquierdo. Ni siquiera es relevante que el prejuicio sea de género masculino o femenino: “todos los x son iguales”; aunque los efectos sean desigualmente graves.

Al cabo de un mes, Antonio tenía que desalojar su habitación. Era lo acordado. Pero en ese plazo no había encontrado una alternativa. Volvió a la calle y, después de

algunos días, regresó a la madriguera del Conejo (dicho sea por su afición a la hierba). Tuve que negociar con el cura regente de la residencia hasta que consintiera un arreglo: compartir mi habitáculo, mientras Antonio encontraba algo mejor. Como yo pasaba cuatro días trabajando en turno de noche, la solución parecía bastante razonable. Antonio podía dormir en la cama. Para las demás noches, disponíamos de un colchón en el que nos fuimos alternando.

Tras sobrepasar algún conflicto con los demás habitantes de la casa, por motivos poco razonables, el cura me dio un ultimátum. Otra vez me tocaba representar el papel de Sísifo con su carga de cajas rodantes, canto rodante él mismo, en busca de nuevo hogar. Donde ahora vivo. Para conseguirlo, tuve que preparar el examen de acceso a la categoría de vigilante jurado. No es mi vocación, sino lo único inmediato y posible, mientras me replanteo la vida.

Antonio aprovechó la primera oportunidad, la primera real, para salir volando. Hasta entonces, aguantamos el tipo. Se le presentó con la forma evanescente de una oferta para trabajar en una fábrica de Inglaterra, a través de una agencia internacional de empleo. Ahora soñaba, como antes de venir a España, con ahorrar lo suficiente para que su madre, maestra vacante en Cuba, pudiera salir del país y rehacer su entorno familiar en otra parte. Era arriesgado; pero, como decenas de miles de emigrantes, sólo podía comprobar la calidad de la oferta a costa de su vida. O eso, o la madriguera del Conejo.

Libertad de trabajo, quién te llegará a conocer. Por ahora, no eres más que un billete en dirección a *Nowhereland.* O un examen para cambiar de domicilio.

El fantasma de la ópera inacabada

30-11-6

Esta noche había un anciano con la cabeza abierta e hinchada en el suelo de Príncipe Pío. Empecé el servicio relevando a los vigilantes que se habían hecho cargo de él hasta las once y media. Estaba conmocionado y algo borracho. Pero insistía en guardar el equilibrio por sí mismo.

- Puedo andar.

Tan confuso que se había negado a ser atendido por el SAMUR, con miedo a yo qué sé. Dos trabajadores del albergue de San Isidro, que se bajan en esa estación, se habían acercado a reconocerle.

- Es uno de los nuestros.

En su estado no podían llevárselo. Así que avisaron al SAMUR SOCIAL para que no durmiera a la intemperie aquella noche. Durante la espera entré en servicio, con la obligación de atenderle. A ver de qué modo.

Logró ponerse en pie y comenzó a caminar hacia la salida de Paseo del Rey, con dirección al albergue. Recorrimos treinta metros en una media hora, mientras la persona que había ocupado el centro de seguridad de RENFE (CECOM) durante el turno de noche insistía en que lo desalojáramos sin dilación. Por el teléfono oficial.

Volví a llamar por mi ciudadanía y riesgo al teléfono de emergencia para averiguar cuándo llegaba el SAMUR SOCIAL. Al poco rato intervino de nuevo aquel ser humano del CECOM. Su voz sonaba pétrea.

- Quién es usted para llamar al 112
- Quién es usted para negar atención a una persona lesionada.

La cosa se ponía fea. El anciano decidió que era hora de sentarse en un banco a fumar un cigarro mientras recuperaba el aliento. Así somos los humanos de paradójicos. Tardó cinco minutos en acertar con la lumbre, a causa de la debilidad y de la tos. Mientras tanto, quiso presentarse. Apenas podía hablar.

- Soy vigués
- Yo de Alicante.

  Ratificó.

- Soy gallego
- Ya
- Esto es la estación del Norte. Del Norte.

Al principio no entendí bien. Pero me vino pronto el eco de una estación llena de gallegos, astures, cántabros, vascos, hasta hace algunas décadas. Aquel anciano era el último mohicano en medio de un paisaje que se ha encogido con los años.

El edificio antiguo de la estación sigue en pie. Una mole enorme que un cierto consorcio ha comprado para edificar dentro de su esqueleto otro teatro de la ópera: Real, aunque inverosímil. La estuve recorriendo con un compañero hace dos semanas, para prevenir el hipotético riesgo de que alguien hiciera fuego en su interior. Atravesamos una masa de escombros, colchones, papeles y orines. Pero encontramos aseos en todos los pisos, a diferencia de la nueva estación. Sin aseos y sin muros. Una especie de apeadero goteante cuando llueve, congelante en invierno. A los maquinistas de RENFE les pone tristes. “Ésta era una de las grandes, como Atocha o Chamartín. Han dejado que se perdiera. Vendieron los terrenos para construir viviendas y ahora los vecinos colindantes se quejan del ruido de las máquinas. Por eso tenemos que pararlas”.

Yo me quejo del frío porque los trenes se convierten en neveras a partir de las dos o las tres de la mañana. Pero este anciano ha vuelto durante diez minutos a fumarse un cigarro en la vieja estación. No es nostalgia. Quizá delirio.

- Militar
- Usted es militar
- Sí. Aquí
- La estación del Norte.

Podría ser el hijo de Franco. Lo que veo es un hombre muy, muy delgado que fuma Celtas. Un hombre de setenta y tantos años que respira trabajosamente. Ha terminado el cigarro. Ahora sabe dónde está. Ya no sabe adónde ir.

- Tengo una pensión. En agosto no me pagaron
- No se maltrate usted
- Esto es Príncipe Pío, ¿no?
- Sí
- El albergue… Tengo que ir a Ópera...

Y dale con la ópera.

- No puede. Se volvería a caer. Vaya usted al albergue de aquí al lado
- ¿San Isidro?

Lo confirmo para animarle.

Ha pasado otra media hora y ese otro ser humano del CECOM no deja de llamar por teléfono para que desalojemos a un anciano que podría ser su padre. Me pregunto seriamente si no será su padre.

Subimos por la escalera mecánica. Faltan treinta escalones de piedra. Cuánta piedra. La estación antigua queda a nuestra espalda. La salida, enfrente. El anciano se siente capaz de subirla.

- Deje que le ayude
- Puedo, puedo.

Pero no puede. Al final, busco por la estación-apeadero al compañero de vigilancia y le pido que me ayude a sacarlo en volandas.

En resumen. Hemos conseguido tranquilizar a una persona anciana bajo el efecto de un golpe severo en la cabeza para que lo atienda un servicio socio-sanitario que no se ha presentado. Tropezó con otra piedra: el protocolo asumido por el 112 de informar al CECOM.

Mientras tanto, el anciano ha vuelto a bajar la escalera mecánica hasta el principio e intenta abrocharse el cinturón sobre los huesos, sin conseguirlo. Cuando lo estamos aupando por los brazos, se le caen los pantalones. Lo dejamos en la puerta del Paseo del Rey con la muleta al lado. Nos insulta sin ánimo de ofender. No es muy respetuoso abandonar a un anciano con los pantalones bajados en mitad de la acera, en pleno invierno.

Me interno por las vías hacia mi puesto de servicio, en la cabecera de los trenes estacionados. Entonces miro el teléfono, el mío. Leo tu mensaje. Te llamo. Ya estabas dormida. Te pido que avises de nuevo al 112 porque a mí me reconocerían. Con una voz suave que sale del sueño, tú me respondes.

No soy un átomo del *deuteronomio* en medio de la dispersión estelar. Estoy unido a ti por un vínculo que deja pasar la sangre, resuena con los latidos, vive en la tibieza de tu cama. Se moriría de frío a la intemperie, como cualquier ser.

Siento que tus manos me han deshinchado los ojos. Tu voz me ha librado de la guerra con los fantasmas y me llama a la vida, en otra parte.

La respuesta de Dios-a a través del cuerpo

9-12-6

A finales de los ochenta, cuando tuve edad, la solidaridad con Centroamérica no consistía en jugar con fuego, sino que trataba sobre los procesos de paz vigentes y denunciaba el genocidio contra miles de indígenas, campesinos, estudiantes, obreros, cooperativistas, amantes del prójimo, entre ellos los tres jesuitas y las dos mujeres a quienes ametrallaron en la UCA el 16 de noviembre de 1989. En Nicaragua, como en El Salvador, "amar al prójimo es jugarse la vida", escribía Gioconda Belli.

Algunos testigos pasaban por Alicante, a través de la asociación "Solentiname", hasta el hogar abierto de nuestros amigos Concha y Ventura: los hermanos Cardenal, Rigoberta Menchú, mujeres fugitivas de El Salvador o de Chile. Lo que a mí me preocupaba, entonces y ahora, es que la rebaja del valor de la vida, por quienes la trataban como basura, no se contagiara a sus dignos portadores: las víctimas.

Esta mañana me he acostado, minero de las noches, con la noticia de que un pequeño pueblo de la Sierra Madre del Sur ha sido el escenario donde el nuevo presidente de México anunció su programa social de gobierno, con destino a los cien municipios más pobres de la República. En esa dirección les ha orientado el informe 2004 del PNUD mexicano, cuyas primeras huellas descubrí en una papelera de la estación de Atocha.

El pueblito se llama Tlacoachistlahuaca. Los indígenas que allí estaban reunidos son mis hermanas y hermanos, quienes me adoptaron.

Es un día de fiesta. Si las promesas se cumplieran, sus hijos serían más talludos, vivirían más, aprenderían dos lenguas, retendrían la tierra, la madera de los bosques, la paz, con mayor justicia. Tendrían más cuerpo y ganas.

Pero la oposición no encuentra garantías en el hecho de que ese proceso todavía no sea administrado por los propios indígenas. Tú lo ves con escepticismo, o eso me ha parecido por teléfono, en una conversación demasiado breve. Al mismo tiempo, te produce aversión y miedo la escenografía violenta con que el PRD quiso frustrar la toma de posesión presidencial. Los congresistas acabaron a guantazos.

Disculpa que me enfadara contigo. Te grité. Lo siento.

Querría volver a México.

Solo no puedo.

Hombre-lobo

No muerdas

Undécimo mandamiento

Qué te mato

10-12-6

¿Hay una estética del guantazo?

Se dice que la cultura popular es violenta. Habría que distinguir géneros y gustos. También el arte por el arte, en distintas épocas, se ha asociado al guantazo por devoción a los mitos (la *Herrschaft*, dominio y violencia), en vez de al poema vivo. Quien al leer la Ilíada no acaba aborreciendo la guerra, no se ha enterado de casi nada. No ha amado a Héctor ni ha compadecido al *gran* Aquiles. Ha jugado con muñecos de *cartón-bit*.

Los *narcocorridos* ni siquiera cuentan historias de amor. No son romances, sino aullidos *de lobo* en el desierto, entre Sinaloa y Arizona. Tan realistas como podrían serlo las historias de héroes nazis en *El beso de la mujer araña*. A los dueños les gusta oírse. Ecos de la violencia instituida contra las mujeres, contra los indígenas, contra la Madre. Lo que sale a la luz es una obscenidad exhibida por el machismo cotidiano y por la violencia, en esa cadena que empieza por la migración forzosa, los bajos salarios, la represión contra los organismos civiles y los sindicatos activos.

La enorme desigualdad en la sociedad mexicana (el 10 % más rico lo es 50 veces más que el 10% más pobre) genera otra sociedad paralela, donde prosperan quienes no pertenecen a las élites, a costa de probar su grado de inhumanidad. Lo que no recauda el fisco (apenas el 13% del PIB el año 2005, menos que Senegal), lo cosechan la corrupción y el delito. El precio añadido es vivir bajo constante amenaza, como los vecinos del Norte.

Las personas más capaces de rescatar a las víctimas de Ciudad-Juárez no son los héroes de Marvel Comics, sino las propias mujeres, por medio de una revolución no-violenta que desarme y prive de sus hijos al género violentador.

Qué te entraño

11-12-6

Aun así, no basta con superar el esquema sado-masoquista de adoración al falo. Hay roles sociales y valores que hacen sufrir a las mujeres porque no son libres y compartidos con los hombres, a pesar de que la sociedad mexicana los considera sagrados: el cuidado, el servicio, la fidelidad.

Se necesitan *entrañas* para hacerse cargo de un cuerpo herido o privado de funciones, como la *licenciada* Garza hizo con su padre, con su esposo y con su madre, en la esperanza de que se recuperasen y siguieran viviendo. No podemos desear nada sin el cuerpo. Tampoco podríamos recibir ni un gramo de amor sin *otro* cuerpo, sin *tu* bendita carne, sin tu amor expresado en el gesto que habla, sin *tú*.

"Los hombres indígenas deben respetar los cuerpos de las mujeres. Hagamos un alto a la violencia de los esposos, al alcoholismo y a la drogadicción. Las mujeres hemos conquistado el derecho a que nuestro cuerpo sea respetado. No queremos que esté prohibido que las mujeres ejerzan su sexualidad, que no sea un misterio la sexualidad, que la equidad se practique en los hogares y no solamente los hombres tomen las decisiones".

Lo acaba de pronunciar una paisana mixteca, ante una audiencia de centenares de miles de personas en el zócalo de México DF. La equidad se diferencia de la igualdad en que no engaña. Las mujeres tienen capacidades inalienables, que podéis compartir libremente y con un caudal regulable en razón de la actitud de los varones. No son estigmas, sino que fueron tratados como tales para arrebatar el árbol y el fruto:

"Manantial-cantimplora regó tus células primeras

Camilo-manatí

y una brizna de vida”

Es la estrofa que más me gusta en el poema de Michèle Najli, “Camilo”. El mejor fruto de una memoria guerrillera que la generación siguiente reinterpreta de otra manera. ¿De qué nos sirve la exaltación de la violencia, si se exhibe contra las mujeres y los niños, a quienes pretende formar a su imagen y semejanza?

Una amiga voluntaria en Nicaragua a finales de los noventa me contaba su humillación y sus lágrimas después que un varón rampante la echara al suelo desde su bicicleta, por medio de una terrible palmetada en el trasero. Todavía escucha con terror las risas de sus compañeros de militancia machista. ¿Son los hombres animales de otra especie? ¿O es que les hemos consentido todo, en nombre de valores sacros, religiosos o revolucionarios?

Gracias a que las entrañas son comunicables llegó a tenerlas Miguel Hernández; antes se imaginaba a sí mismo toro bravío:

“Menos tu vientre,

todo inseguro,

todo postrero.

Polvo sin mundo”.

Entiéndeme.

No quiero volver al vientre, ni esconderme en ti, sino reconocer el símbolo y sus valores, para participar de una capacidad divina. Nunca más te voy a gritar.

¿Oyes?

Quizá no te vea nunca más.

Charla a la luz de la luna

12-12-6

Esto ha terminado por convertirse en un monólogo. Pero sería iluso ocultar que no me respondes.

Estaría encantado de incluir charlas a la luz de la luna y en el campo, como en las obras de Chéjov.

Lo que puedo comunicar de forma palpable son encuentros pasajeros en medio de muchedumbres arrastradas por escaleras mecánicas, que se miran a través de las ventanillas en direcciones contrarias.

Te veo. No te veo. ¿Me ves? ¿No me ves?

Vienes.

Te vas.

Suerte.

Javier Ay 24/12/2006 22:05:03 16 KB

Querido Mig

Tienes mucha más suerte que yo.

Sombra de lo que fui, recipiente de lo que seré. Sin presencia, después de haberme vaciado.

La Garza me quiso acompañar el tiempo exacto. El mismo día en que terminé de escribir, me dejó, como si hubiera preferido desaparecer, antes que tejiera algo con este hilo. Lo único que sabremos de cierto, por una historia rehilada:

1) Hay garzas.

2) México es inolvidable.

Algo más.

Le pesan las muertes de sus seres amados en esta tierra. Le pesaría este Garbanzo sin beneficio, aunque tenga oficio. No soy oportuno, ni aquí, ni en México.

Necesita paz para reconstruirse. La acompañé durante un aterrizaje forzoso después de cruzar el océano.

Y ya.

- Estás más perdido que el Sordo en su Quinta

- Navidad en las galeras. Turno de noche y doce horas

- Mientras tanto, escribo

- De forma clandestina

- Y a personajes casi reales

- ¿Tú eres real?

- Depende

- ¿De qué?

- Si una persona desaparece cuando no escribes sobre ella, ¿cuál es su grado de realidad?

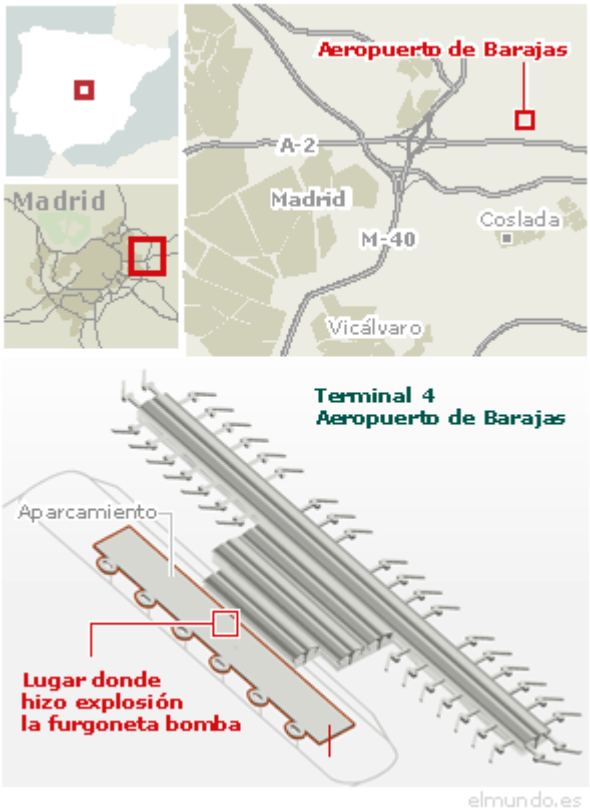
Actualizado lunes 01/01/2007 10:20 (CET)

Uno de los hombres desaparecidos tras la explosión es un joven ecuatoriano de 19 años de nombre **Diego Estacio Civizapa**, según confirmaron fuentes policiales. Las Fuerzas de Seguridad también han emprendido la búsqueda de otra persona de nacionalidad ecuatoriana.

Según relató el ministro del Interior, **Alfredo Pérez Rubalcaba**, en una rueda de prensa, Diego Estacio Civizapa había acudido al aeropuerto junto con su novia para recoger a unos familiares que llegaban en un vuelo de madrugada. La mujer se dirigió a la terminal, mientras el hombre permaneció en el vehículo para "echar una cabezada".

"No ha aparecido y **se le está buscando entre los escombros** porque el aparcamiento del aeropuerto está muy dañado", explicó el ministro.

El coche de la pareja, según las fuentes policiales, estaba aparcado en la cuarta planta del módulo de aparcamiento D de la terminal 4 de Barajas, **próximo a la furgoneta-bomba**.



Pinche aquí para ver el gráfico interactivo.

En cuanto al segundo desaparecido, Carlos Alonso Palate, una vez comprobados los datos que confirmaban su presencia en el lugar y el momento de la explosión, la policía ha iniciado las labores de búsqueda.

María José Llerena (elmundo.es) / AGENCIAS

Rostros audibles

🗋 01.01.07 @ 20:48:58 Archivado en Traición y daño

Querido Mig:

Han pasado dos días desde el último atentado de ETA.

Los fantasmas juegan con el azar como si fuera la ley, su ley. Pretenden ser instrumentos de un orden superior que se impone contra la eventualidad de los vivos: dos trabajadores ecuatorianos, en medio de un parking repleto de coches, en la flamante Terminal 4 del aeropuerto de Barajas.

La T-4 ha seguido su ritmo después de la catástrofe. Pero las dos víctimas velan esperando la hora en que los fantasmas dejen de hacerse la guerra, para que sus rostros sean audibles y sus vidas, vivibles.

Cuando estuve habitando en el Vertedero de Madrid, junto a una comunidad de *Pax*, conocí a bastantes familias de distintas etnias con unos intereses comunes. No acababan de entenderse, sobre todo, porque no podían hacerse cargo de sus vidas, sin trabajo, sin vivienda firme. Habían formado asociaciones de vecinos para defender sus derechos. Pero los medios de comunicación no les hacen caso más que cada cuántos años: una mujer desnuda muerta en un solar, dos niños atropellados por camiones de basura, el escándalo de quien se acerca con una cámara a recorrer el barrio. Los políticos, alguna vez: una visita de Henar Corbi o del nuevo gabinete autonómico de Gallardón, allá por 1996. Sucedió durante el año que pasé allí. Hace poco que vuelven a estar en el calendero.

Es un barrio que tiene muchos nombres (el Kilómetro 14, La Cañada Real, Valdemingómez), porque las administraciones municipal y autonómica no reconocen al niño que les ha nacido y crecido en el extrarradio. Si pudiera llamarse estrategia de disuasión a esa negligencia, lo cierto es que fracasó desde el comienzo. El barrio no ha dejado de expandirse durante los últimos veinte años, desde unos cuantos cientos a unos cuantos miles, a falta de un censo fiable y en ausencia de servicios públicos: agua, electricidad, escuela, centro de salud, recogida de basuras... en medio del Vertedero.

El modo en que ha surgido se asemeja demasiado a los orígenes de Kibera (Kenia, *The Constant Gardener*), las favelas (Brasil, *Cidade de Deus*), las ciudades de lata. Hay un terreno disponible extramuros, en la periferia urbana: una aldea, un campo. Algunas familias se establecen legalmente, con expectativas de mayor desarrollo. El año 1967 terminó de construirse una parroquia similar a cualquiera de Vallecas, amplia y con varias dependencias. Pero las condiciones *objetivas* mudan de piel. El gobierno impide su venta, mientras los propietarios legítimos lo venden bajo manga. Tanto el municipio como la comunidad se niegan a reconocer a los nuevos habitantes. Derriban la parroquia, pero queda una pequeña capilla en el primer núcleo del barrio. La Cañada Real no deja de crecer. ¿Existe? ¿No existe?

No hay nada de nada. Sin embargo, todo pasa de algún modo por ellos. Por debajo: el canal de Isabel II. Por encima: las torres de alta tensión hacia Rivas-Vaciamadrid. Por encima, por debajo, alrededor: la M-50 y la A-3 con su maraña de accesos. Por en medio como un cuchillo o una serie horripilante de tajazos, uno tras otro, pasan los camiones de basura a toda velocidad: centenares cada día, cada noche.

En un rincón de aquel *Aleph*, por donde se penetra en la miseria de la ciudad global, vivía una familia concreta de jóvenes gitanos. Una entre sesenta a quienes habían desplazado en 1994, desde un solar habitable en San Blas, porque iba a ser transformado en viviendas y centros comerciales gracias al urbanismo que organiza la vida de los ciudadanos, con el fin de que no vivamos en un Vertedero Total.

A ellos, el ayuntamiento los llevó en caravana, siguiendo un señuelo, hasta aquel hondón: el Vertedero Parcial, bajo la protección de una granja de cerdos, al calor de sus purinas, después de dotarlos con dos fuentes y dos farolas. También les dieron unas tablas de contrachapado. "Proyecto de autoconstrucción", decían algunos papeles citando la conferencia Habitat II de la ONU.

Entre 1994 y 1996 hicimos un informe para el Defensor del Pueblo, mano a mano con Antonio, el pastor evangélico que se hizo cargo de un templo construido con tablones y plásticos. Una balsa junto a otras balsas sobre un mar de barro y putrefacción. Nos servimos de los datos cosechados por varias ONGs: Médicos del Mundo, Cáritas, la Coordinadora de Barrios, las denuncias previas de una asociación encabezada por Juan Goytisolo, quienes llevaron la causa a Estrasburgo.

En condiciones de infierno subsistieron hasta que un nuevo organismo se encargó de asumir sus personas en los programas de integración social: el IRIS, o sea, un ojo que ve. El IRIS ha recibido el premio de la Comisión Europea por los programas de realojo e integración social que afectaron al cinturón chabolista de Villa de Vallecas. Tardaron su tiempo en reubicar a una parte de esas sesenta familias traicionadas. En consecuencia, el solar que aplanó el

ayuntamiento en 1994 ha desaparecido. Pero ni el IRIS parece haber visto que el barrio de la Cañada Real sigue creciendo donde antes estaba.

Cuando conocí a aquellos *trescientos* (mucho más memorables y diversos que los espartanos cuadriculados de las Termópilas) era agosto de 1995. Entre ellos, esa familia concreta. Ángel y María, con sus tres hijos, no podían soportar el drama hasta su desenlace sin buscar una vía de escape, como la mayoría intentaba, con poco éxito. Una tarde se fijaron en un bajo de Peña Prieta, Puente de Vallecas, que parecía deshabitado. Probaron a ver si podrían entrar sin mucho ruido, y lo consiguieron. Nadie les echó en cara su necesidad, siempre y cuando no alterasen la frágil convivencia de una comunidad de vecinos obreros.

Vinieron a contármelo y me invitaron a la casa, después de acomodarse. Antes que tuviera oportunidad, el 11 de diciembre de 1995, un comando de ETA colocó la bomba al paso de un furgón de la policía nacional, en una perpendicular a la avenida de la Albufera, junto al Puente, sobre los ejes de la vida vallecana. Justo frente a la casa de esa familia concreta.

Por azar, ellos estaban fuera. La casa tampoco estaba cuando volvieron.

Los que murieron no fue por azar. Fueron muertos por una acción terrorista. Sin sorteo. El atentado contra la T-4, como los de Hipercor, Vallecas o tantos otros a lo largo de treinta años, han causado víctimas reales. Todas. No se cruzaron mientras echaban la foto.

Resulta inquietante la negación de la realidad que permite a algunas personas convertirse en fantasmas sin salir de sus propios cuerpos, sin perder la conciencia, sin transmutarse en masa ectópica, impersonal.

Cuánto tiempo podrán negárselo a sí mismos. ¿Será cuando ya no estén defendiéndose de sus enemigos privados? ¿Cuando llegue la paz al País Vasco? En cualquier caso, no van a desaparecer, ni les van a poner medallas.

Puede ser que se vuelvan a los rostros de estos dos trabajadores ecuatorianos. Entonces, ellos les hablarán. Sería la liberación de la memoria traumática.

Quiero celebrar el final de una era en que los fantasmas han reinado sobre las personas reales, sus vínculos, sus relaciones sociales, sus instituciones. Querían ocupar el ámbito de la memoria humana. Cada día más, tal espacio es devuelto a las víctimas y a todos los seres humanos vulnerables, *humanos porque vulnerables*. Parece una utopía, pero se realiza efectivamente en la intrahistoria de millones de familias y en la historia de los rituales narrativos, desde la India, Grecia y la Biblia hasta el drama, la novela, el cine o el blog.

Si no fuéramos *tan vulnerables* desde antes de nacer, nunca habríamos empezado a usar el lenguaje, no existirían la ciencia ni la técnica. Los dueños del mundo serían los *super*: no los humanos, sino los reyes del ecosistema. Seguimos teniendo pesadillas por su causa, pero los fantasmas ya no reinan en el corro de los dioses. No son dioses. Empecemos por ahí. Por no tratarlos como tales.

En un mundo comunicado, contigo que lees, viv@s y libres, hemos sentenciado su destronamiento. Supongo que también el mío: "el penitente", me llamaba Nietzsche. Dejémoslo en: *Guau*.

2 comentarios

Esos fantasmas de los que hablas, estimado Javier, tienen nombres, apellidos, procedencias, historias personales, padres y madres en suma. Son las personas reales, como reales son las administraciones y estructuras, también formadas por personas reales, las que o matan en actos salvajes o desprecian u olvidan –otras veces ayudan– a otras personas tan reales como ellos. El mundo fantasmal no lo es tanto, aunque lo vivamos así, pues es de realidad de lo que hablamos.

Por eso su «destronamiento», aunque lo dictes en tu conciencia, no es tal. En la historia no hay destronamientos definitivos; sólo nuevos reemplazos.

Comentario por Fernando 01.01.07 @ 22:40

Yo sólo quiero que ese vertedero del que hablas, llegue a ser también un oasis de esperanza.

Saludos a Mig, Javier.

Comentario por Carmen Belvedere [Blogger] 02.01.07 @ 19:56

Mig, estoy harto de escribir.

Felicita a Stephanie por el Mig Any que falta hasta que nazca vuestra criatura, *Talita*. Es la mejor noticia que me podías dar. Espero que volváis a parir y a descansar cuando acabe la estación de lluvias. Después de las elecciones en el Congo, algo habrá cambiado. ¿O no?

Ya está bien de sufrir. No vale la pena vivir así.

Vive, tú.

- Garza está desaparecida

- Sencillamente, no contesta

- Quería viajar a su país para el Año Nuevo. Seguramente usaría la T-4

- Anda ya. No me lo creo

- Pues créelo. No la encuentro. Nadie me da noticias de ella ni de sus hijos

- Cuando menos, inverosímil

- He preguntado en La Paz y en la Cruz Roja. No saben nada, excepto que podría haber más víctimas. Fue brutal

- Ella no tiene coche

- Le prestarían uno. O estaría haciendo tiempo. Era la terminal nueva. Un museo de la arquitectura contemporánea. Estaría observando los detalles. A ella le apasionan esas cosas

- No te comas la cabeza

- Quiero morirme. No aguanto más

- Xavi

- Se acabó

- Espera, Xavi...

Tendrá el móvil averiado. O, sencillamente, prefiere no contestar.

Admítelo

- Ya me da igual

- No lo hagas Xavi

- Sí lo hago

- No

- Fin

- Lo siento, no

- He dicho fin

- Pues yo no quiero

- Las novelas con doble personalidad tienen un desenlace difícil

- Y que lo digas

...

- Quizá sea más realista

- Eso parece

- Entonces, ¿no te matas?

- No me dejas

- Estupendo

- Pero...

- ¿Sí?

- Tú sabes vivir. Vive, tú.

- Reconócete

- No

- Soy la proyección de tu deseo

- Ya

- Líbrate del complejo dogmático

- Bien

- Vive

- Tú

Se acabó. Les he contado lo que escuché con los sentidos naturales.

Por lo que se refiere al sexto, siento no tener más datos.

¿Quién vive, quién muere?

Las voces de los difuntos me son tan familiares que no las distingo de los vivos.

En realidad, todos están vivos. O muertos. Depende de la perspectiva.

Para quien los ama, viven.

- Dijiste que no habría guerras

- Y no las habrá

En memoria de John Lennon, en el 30 aniversario de su muerte.